

*Ru Emerson*



*LA PRINCESA  
DE LAS LLAMAS*

Lectulandia

El rey Sedry, el usurpador, se sienta en el trono de Darion, obsesionado por los ojos silenciosos y grises de su hermana Elfrid, cuyo Poder Mágico es parecido al suyo propio y que, pese a la tradición, ha sido también entrenada en el manejo de las armas. Tras ocho años de exilio, Elfrid volverá para vengarse de sus hermanastros y convertirse en la Princesa de las Llamas.

La magia, los poderes ocultos, el tarot y las hazañas marciales se dan cita en esta narración.

**Lectulandia**

Ru Emerson

# **La princesa de las llamas**

ePub r1.1

Dyvim Slorm 27.05.13

Título original: *The Princess of Flames*  
Ru Emerson, 1986  
Traducción: Ofelia Castillo  
Ilustración de la portada: Juan Giménez  
Retoque de portada: orhi

Editor digital: Dyvim Slorm  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para papá y mamá, que siempre me animaron.  
Para Doug, que vivió para contarlo.  
Y para Bill Spahr, por el empuje que hizo que se mantuviera en marcha.

# **PRIMERA PARTE**

## La bastarda

# 1

Elfrid soltó poco a poco el aire inspirado, mientras la tercera esfera tomaba cuerpo y quedaba suspendida junto a las otras dos —iridiscentes, luminosas— en la penumbra del palco de los juglares. Sentía adormecida una pierna; cambió de posición con cuidado, ojos y mente concentrados en la temblorosa imagen que flotaba, al alcance de su mano, sobre el majestuoso salón de Alster. Bien. Entonces, pues...

Frunció el ceño. Intentar tener una visión clara era buscarse un dolor de cabeza. Pero quizás esta vez...

De pronto, en el globo de la izquierda y en el de la derecha aparecieron dos tenues figuras: un hombre y una mujer. Una sonrisa curvó los labios de Elfrid y fue rápidamente reprimida a medida que los hologramas se difuminaban. Madre. Padre. Después de todo, su instructor estaba equivocado y Rolend tenía razón: empezar con imágenes conocidas, hasta lograr una visión clara; y después volver a los ejercicios, una vez que ya se había tenido la experiencia.

En el globo central, una diminuta llama iluminaba las figuras laterales y a la muchacha que las modelaba: dieciséis años, tal vez, aunque era tan delgada que podría haber sido más joven. Sólo los ojos grises, de mirada grave y solemne, lo desmentían.

Una hora dedicada a este ejercicio también producía dolor de cabeza. Los llamados Dones Reales lo producían, si se perfeccionaban como ella perfeccionaba los suyos. La verdad es que era probable que nunca la convocaran para usarlos oficialmente. Pero ella había desmentido con su práctica a los que afirmaban que para conquistar los Dones era requisito indispensable tener sangre real por vía paterna y materna. En comparación con esta forma avanzada de la Luz Difusa, el Aura casi no requería entrenamiento ni esfuerzo alguno; la Llama, rara vez algo más que una débil chispa, aun en los descendientes más fuertes de Alster, era un juego de niños; y la Adivinación, apenas un ejercicio aburrido.

Pero el raro Toque Curador, eso sí era algo que valdría la pena desarrollar. ¡Eso le enseñaría a Sedry! Desde luego, para trabajarlo tendría que conseguir a alguien dispuesto a soportar el toque de una bastarda. No era imposible.

La visión vaciló otra vez; impaciente, dejó de lado la febril charla mental, los trillados pensamientos. Sus ojos pasaron con orgullo de un rostro sonriente al otro.

—¡Elfrid! ¿Dónde estás, niña? ¡Elfrid! —se oyó de pronto.

Los hologramas se desvanecieron, los globos que los habían contenido estallaron como pinchados por un alfiler. Al resplandecer la Llama, el globo central soltó un breve destello, y luego se apagó. Maldición. Elfrid suspiró al oír la voz de Panderic, cascada por la edad y con acento malhumorado, resonar por el estrecho pasillo.

Entonces estiró sus largas piernas y se deslizó del elevado alféizar. Era inútil ignorar a la vieja mujer; como Ama de los hijos de Alster, Panderic conocía casi todos los escondites de aquella parte del castillo, y se daría cuenta de que ella estaba evitándola. Y durante muchos días le haría la vida imposible. Soltó su amplio vestido, que por comodidad llevaba recogido en el ancho cinturón liso, hasta que le cubrió los tobillos.

—¿Panderic? —La voz de Elfrid era baja y algo ronca, y tuvo que repetir su nombre al verla aparecer: Panderic era bastante sorda.

—¿Qué haces aquí? ¿Quieres que me gaste las suelas buscándote? —Irritada, se acomodó los mechones grises que habían escapado de su cofia y que la humedad pegaba sobre la tosca frente—. El Rey quiere verte, ahora mismo, (aunque él sabrá para qué) —añadió farfullando y mirándose las manos fuertes y arrugadas.

Elfrid tenía un oído excelente, pero su rostro delgado e impasible no mostró la menor señal de haber escuchado el comentario, ni tampoco de haber notado los modales insultantes de Panderic al dirigirse llamándola «niña» a ella, una Princesa, aunque sólo lo fuese nominalmente. Ninguno de los otros hijos del Rey había recibido nunca un tratamiento tan descomedido. Se les llamaba «mi Señor», «mi Señora», desde la infancia; a todos, desde el Príncipe Heredero Sedry y la Princesa Sigron hasta el Príncipe Rolend.

Desde luego, Alster se había casado con la Dama Sigurdy, y Elfrid era la única hija del Rey y su joven amante de Marga. Por eso desde muy temprana edad había aprendido a ignorar los insidiosos comentarios de Panderic; las pullas del Príncipe Heredero y el Príncipe Ascendiente, Hyrcan; y los desaires de sus hermanastras.

No eran sólo sus hermanastros y su Ama quienes así la consideraban. Elfrid tenía plena consciencia de que la mayoría de los que moraban detrás de los altos muros del castillo de Arolet, como sin duda también gran parte de la nobleza de Darion, miraban con gran disgusto a la hija bastarda del Rey. Si ella hubiese sido una persona más débil, ese hecho le habría causado un profundo sentimiento de inferioridad. Pero de algún modo, Elfrid había salido de la niñez con su autoestima bastante intacta.

Eso se debía en gran medida a Alster, ya que trataba a su hija menor exactamente igual que a sus otros hijos, si bien por tradición tendría que haberla alejado o, mejor dicho, exiliado de la Corte, junto con su madre. Pero Alster no había hecho ni una cosa ni la otra, sino que había afrontado imperturbable la ola de desaprobación que circulaba por la Corte.

Era una actitud totalmente acorde con la personalidad del Rey Campesino, como le llamaban los nobles a sus espaldas. Alster prefería abiertamente la compañía de sus maestros de armas y sus palafreneros a la de sus pares y hasta a la de sus hijos legítimos. Y Elfrid, la única hija de su amada Miriellas, era el solaz de su madurez. Parecida a él en el aspecto físico, aunque algo delgada para la tendencia familiar, y de

ojos más oscuros, la joven se le parecía también en las ideas y en el carácter; y durante el último año Alster se había aficionado a pasar con ella, cada vez que podía, parte de las tardes. Juntos cabalgaban, visitaban las perrerías y los establos, pescaban o cazaban. Y Elfrid levantaba estas horas preciosas como un escudo contra los sinsabores de la vida cotidiana.

Poco después de que la vieja Ama la encontrara, Elfrid, con el vestido de nuevo recogido hasta las pantorrillas para facilitar sus movimientos, bajaba corriendo la estrecha escalera de caracol que llevaba desde sus habitaciones a los aposentos privados del Rey. No hacía buen tiempo para pescar, pero tal vez podrían cabalgar. O quizá su padre la llevase otra vez al patio de armas. Alster, desafiando el dictamen de la costumbre tanto para las mujeres como para los hijos ilegítimos, le había permitido al Maestro de Armas que la entrenase en el uso del arco. Por suerte, a Gontry le preocupaba la tradición tan poco como a Alster, y sólo le importaban las aptitudes que afirmaba ver en ella: La había estimulado y hasta le sugirió al Rey que la joven se las apañaría muy bien con la espada.

Elfrid aminoró el paso para no resbalar en los escalones de piedra, y una extraña sonrisa se dibujó en sus labios. Apretó los puños. Desde luego, ella no se atrevería. Ni su padre ni Gontry se atreverían. Pero una espada, Alayya, Elorra, una espada...

Se detuvo bruscamente antes de llegar a la cámara del Rey, aún oculta por el último tramo de escaleras: a sus oídos llegaban voces apagadas. El estruendo de la voz de bajo de su padre, sus palabras confusas. Y otra voz, aguda y que parecía a punto de quebrarse como la de un niño bajo la presión de la furia: la de su hermanastro Sedry, el Príncipe Heredero.

—¡... ya estoy cansado de todo eso, Padre!

—¿Quién te ha dado el derecho a estar cansado de algo? —Elfrid se reclinó contra la fría y húmeda pared, asustada. Alster era famoso por su mal genio, pero ella nunca lo había oído tan furioso—. Qué buen hijo, un hijo maravilloso... ¡una sanguijuela! ¡Qué digo! ¡Algo peor, un maldito estúpido!

—Son mis posesiones, Padre, tú me las concediste cuando cumplí veinte años.

—Tus posesiones, sí, Príncipe. Con cierto grado de supervisión que, evidentemente, todavía necesitas. ¡Por los Dos! ¿Qué pretendes? ¿Tomar el control absoluto de la Marca, sin dirección ni prueba? ¡No has aprendido nada estos últimos años, Sedry! ¡No puedo confiar en que gobernarás con sensatez una provincia, por no hablar de Darion cuando yo ya no esté! Joven idiota, intrigando con los hijos de mis barones para arruinarnos...

—¡No hicimos ningún daño, Padre! En todo caso, hicimos más bien del que tus consejeros criticones, con sus interminables intrigas, me hubieran permitido hacer. ¡Hombres viejos agitando las banderas de la tregua con manos paralíticas! ¡Aj! —

escupió—. ¡Me repugna! Los salvajes han estado merodeando por Darion desde que yo era niño. ¿Crees que unos pedazos de trapo atados en palos los detendrán?

—¡Un Príncipe de Darion —estalló Alster—, no se refiere a los Fegez como a «salvajes»! ¡Eso es propio de ignorantes y no va contigo, Sedry!

Elfrid bajó un escalón más y luego otro, pegada a la pared. El áspero muro de piedra raspaba las trenzas que ella seguía haciéndose, pese a la insistencia de Panderic en que era un peinado infantil e impropio de una muchacha ya crecida. Sedry volvió a escupir.

—¡Pronto se apoderarán de toda Darion, gracias a ti y a tus viejos cobardes y serviles! ¿Es eso lo que quieres lograr, Padre? Lo que hicimos, mis hombres y yo...

—¿Hombres? —Alster soltó una carcajada burlona—. Tú y tus hombres nos podríais haber hecho entrar en guerra, muchacho estúpido, atacando por sorpresa sus montañas, como hicisteis. Los Fegez no se lo han tomado a la ligera, y los Dos saben cuánto nos costará apaciguarlos.

—¿Apaciguarlos? ¿Apaciguar a los salvajes?

—¡Apaciguarlos, sí! ¡Eso dije y eso quise decir! —gritó el Rey, interrumpiendo la brutal carcajada de Sedry—. ¿O es que prefieres barrerlos de las tierras, Príncipe? ¡Ve, entonces, ve con tu banda de cachorros, si es eso lo que quieres! ¡Pero no me culpes por vuestras muertes, Sedry!

—¡Valiente declaración, Padre! —exclamó Sedry, airado—. ¿Te gustaría, no? Librarte de mí...

—¡Sedry! —El rugido de Alster resonó en la escalera. Elfrid se dejó caer y se apretó las manos entre las rodillas, para que dejaran de temblar. Sabía muy bien lo que era una disputa, sobre todo entre su padre y su excitable primogénito y heredero. Pero nunca había oído ninguna tan feroz como aquélla. Además, odiaba las escenas, los gritos; odiaba todo aquello—. Si yo quisiera desheredarte, fíjate bien, si quisiera, lo haría. Aunque no me complace elegir entre Hyrcan y tú. Él es aún más parecido a su madre que tú. Todos vosotros, toda la prole de Sigurdy, sois maliciosos, hipócritas, egoístas, como lo era ella. Nunca fui tan feliz como el día en que la envié a Bienes.

Se hizo un breve y desagradable silencio, roto una vez más por el Rey. Desvanecida la ira, habló clara e incisivamente, y cada palabra tenía el peso de un voto sagrado.

—Escucha, primer hijo de mi sangre, y presta atención a lo que voy a decirte. Ésta es la última vez que me desobedeces, a mí o a los consejeros que envié a la Marca para completar tu educación. Otro incidente como éste y te encontrarás convertido en un exiliado, pidiéndoles asilo a los beldenianos; tú y tus amigos pendencieros. Un Príncipe no tiene leyes propias, lo sabes muy bien. Existe el Consejo de los Barones y también el Witan; y ambos deben ser tenidos en cuenta. Y no digo nada del bien común, y menos aún del sentido común, porque no lo

entenderías.

—¡Cómo puedes decirme eso a mí! —exclamó Sedry, evidentemente tratando de controlar su propia furia—. ¡Tú, que más de una vez has sometido las leyes a tus deseos, a tus caprichos! Desoyes las advertencias de tu querido Consejo, contradices a tu antojo al Witan...

—¿Eso crees? Pero nunca en perjuicio de Darion como lo has hecho tú, Sedry. Además, ¿cómo te atreves a juzgarme? —¿Y se lo preguntas al primogénito de la Reina Sigurdy?

—¡Se lo pregunto al primogénito de la Dama Sigurdy, Príncipe! Ella dejó de ser Reina desde que yo obré con sensatez y la envié a servir a los Dos, como bien sabes. Nómbrame un solo caso en que yo haya actuado con imprudencia y puesto a Darion en peligro. —Se hizo un silencio—. No puedes, ¿verdad?

—Tergiversas mis palabras, Padre. —La voz de Sedry se elevó, quebrada por la ira—. ¡Puedo mencionar una ocasión en que actuaste en contra del Consejo y del Witan, para no hablar de las tradiciones y el honor! Y también puede hacerlo mi Señora Madre.

—Eras un niño de corta edad y con menos juicio que el que tienes ahora, si eso es posible, cuando tu madre dejó mi casa para ir al convento de Elenes.

—Obedeciendo tus órdenes, Padre...

—¡No me interrumpas! Tú no sabes nada de ese asunto, Sedry. ¡No sabes nada de nada!

—¡Por lo menos sé que debo creer en las palabras de mi madre antes que en las tuyas! —estalló Sedry; sus palabras eran casi ininteligibles—. Repudiar a tu esposa, anular esa unión desafiando las convenciones y todas las enseñanzas de los Dos. ¡Tú, tú que abiertamente haces ostentación de la hija de tu último juguete, para ofender a tus hijos honestos!

—¡Silencio! —rugió el Rey. Su grito resonó, quebrado por el chasquido de metal contra metal: uno de los dos había sacado su espada. Elfrid bajó corriendo los últimos escalones y se detuvo al pie de la escalera. Sedry le daba la espalda, tan cerca que habría podido tocarlo con la mano. Su alta y delgada figura estaba tensa. Sus brazos rígidos estaban elevados a modo de escudo. Su capa era un charco azul a sus pies, donde había caído. Tenía la cabeza vuelta hacia un lado, y miraba con cautela al Rey, que se enfrentaba a él a tan sólo unos centímetros de distancia. El rostro por lo general pálido del anciano estaba encendido, le temblaba la corta barba y sus ojos grises resplandecían de furia. No hacía falta el Aura que expandía un nimbo verdoso sobre sus hombros y sus manos para ver cuan indignado estaba. Sostenía la daga, un juguete enojado, contra el vientre de su hijo.

Se oyó un repiqueteo de botas que avanzaban hacia la cámara: tres de los guardias personales del Rey, alertados por las voces, se acercaban a toda carrera. Elfrid

retrocedió algunos peldaños en silencio, tratando de no ser vista. Las últimas palabras de Sedry aún quemaban en sus oídos.

—Estoy desarmado, Padre. —La voz del Príncipe Heredero se elevó para que le oyeran los guardias.

—Ya veo. ¡Olían!

—¿Señor? —respondió uno de los guardias, acercándose.

—El Príncipe no se siente bien, está exhausto. Escóltalo hasta sus habitaciones y cuida de que permanezca en ellas.

—Pero, Padre...

—Obedece, Olfan. —El Rey interrumpió con firmeza la súplica de su hijo—. El Príncipe tomará sus comidas en sus aposentos, hasta nueva orden.

—¡Padre!

—Como mandéis, Señor. —Se oyó un breve forcejeo y después los pasos se alejaron hasta perderse por el corredor.

Hubo un silencio.

—¿Elfrid? —llamó Alster. La muchacha descendió una vez más los últimos peldaños. El Rey seguía en el mismo lugar; de su mano colgaba, olvidada, la daga—. Lo has oído todo, ¿no es cierto, pequeña? —Elfrid asintió—. Lo siento.

—No me importa, Padre —dijo ella. No era del todo una mentira; al menos no bastaba para desencadenar el extraordinario y agudo sentido de Adivinación del Rey. La repetición de ofensas semejantes durante dieciséis años había llegado a limar la aspereza de las palabras—. Sedry siempre sabe qué decir para herir más. —El Rey soltó una risita malhumorada.

—Así es. Sedry es impaciente. Siempre ha sido impaciente, desde niño. Siempre ha querido tener más de lo que podía abarcar. —Alster pasó un brazo alrededor de los delgados hombros de su hija. Al hacerlo miró la daga y frunció el ceño como si no recordara de dónde la había sacado ni para qué. Después la guardó, con un encogimiento de hombros, en la vaina que llevaba en el antebrazo. Se acercó a la joven—. Estaba impaciente por tener un arco cuando debería haberse conformado con practicar la lucha y jugar con sus amigos y sus perros. Cuando consiguió el arco, quiso una espada. Cuando aprendía el control de la Luz Difusa, quería perfeccionar la visión a distancia y la Llama plena. Pero, desde luego, no quería trabajar para lograrlo. Ahora, tendría que estar aprendiendo el arte de gobernar y quiere mandar sobre toda Darion. —Alster suspiró con pesadumbre mientras cruzaban el salón—. ¿Qué piensas tú, Elfrid? ¿Debería él gobernar Darion?

—No —replicó ella. Era un juego que practicaban a menudo desde hacía un tiempo: él la interrogaba como si fuera su más valioso consejero; ella reflexionaba y después respondía seria y cuidadosamente.

—¿Y por qué no?

—Es demasiado irascible. En realidad no le interesa Darion, excepto como una cosa más para tener, como una posesión. Y además, él sólo podrá gobernar después de que tú hayas muerto, Padre. —El Rey se rió entre dientes; recuperaba pronto su buen humor.

—Eres una jovencita inteligente; y conoces muy bien a Sedry. En cuanto a esto último que has dicho, espero que de verdad lo pienses.

Elfrid levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Crees que yo hablo como Merasma? No, Padre. —Esta vez el Rey soltó una carcajada, echando la cabeza hacia atrás, mientras entraban, juntos y abrazados, en el soleado patio.

—Sí que eres inteligente, muchacha. Yo diría que Merasma nunca ha dicho lo que pensaba en toda su vida. Sólo dice lo que cree que los demás quieren oír. ¡Mujercita fastidiosa! —escupió—. Son todos fastidiosos, los hijos de Sigurdy. Son iguales que ella: amables conmigo por lo que pueden conseguir. Y se preguntan por qué me divorcié de ella y la envié lejos. Piensan «mujeres», todos piensan lo mismo, desde Sedry hasta Sigron. ¡Pues bien, no fue por eso, condenados sean! ¡Ya me gustaría ver a uno de ellos casado con una criatura como Sigurdy durante tanto tiempo como yo lo estuve! Habrían encontrado razones para divorciarse antes, mucho antes. —Su brazo estrechó los hombros de Elfrid—. Ninguno es como tú, niña.

—¡No soy ninguna niña, Padre! —Elfrid le miró, exasperada El Rey volvió a reírse, encantado.

—¡Vaya, vaya! —exclamó—. No, desde luego, no eres una niña. Pero eres cuatro años menor que Rolend. Eres mi hija menor y la última.

—Tengo dieciséis años, casi diecisiete —dijo Elfrid con voz neutra.

—Lo sé, muchacha, lo sé. Ven, hoy sólo disponemos de una hora. ¿Qué haremos? ¿Quieres ir a pescar, eh? —Le sonrió y tironeó una de sus largas trenzas oscuras.

Elfrid levantó la cabeza y le miró, todavía con el ceño fruncido, pero cuando él le guiñó un ojo, dijo, como avergonzada:

—No quiero ir a pescar, Padre. El río está demasiado bajo y hace calor. Hay cachorritos recién nacidos en el establo; y además... bueno... si Gontry no está ocupado, tal vez...

—Podría darte otra lección de tiro con el viejo arco de Rolend, ¿no? Sé que te lo ha prometido. Pero no se lo cuentes a nadie, hija; trataremos de evitar problemas mientras podamos. En fin, ya veremos. ¿Así que tenemos nuevos cachorros? — Cruzaron el patio. Desde su ventana, el Príncipe Sedry les miraba. Detrás de los párpados entrecerrados de ira, su mirada les siguió hasta que desaparecieron detrás de la Torre de la Princesa.

## 2

La «enfermedad» del Príncipe Heredero duró seis meses, y Sedry nunca se la perdonó a Alster, si bien aprendió a hablar con prudencia y, quizás, a controlar mejor su carácter. Siempre meditabundo, añadió un motivo más de rencor a los muchos que ya tenía. Si Alster le hubiera dado algo más que un dominio simbólico de la Marca Oriental, razonaba con amargura, jamás se habría presentado aquel problema. Pero pasarse medio año prisionero por insultar a la amante del Rey y a su maldita hija, aquello era más de lo que podía aguantar.

Elfrid, consciente del odio de Sedry, se acostumbró a evitarlo en cuanto fue liberado de sus habitaciones; pero aquello sólo contribuyó a aumentar su disgusto. ¿Qué propósito la llevaba, criatura malvada, a ocultarse de él? ¿Qué se proponía, sino congraciarse con el Rey para obtener algún provecho?

El rencor de Sedry hubiera sorprendido mucho a Alster, que nunca persistía en su cólera una vez desaparecida la razón que la había provocado. Nunca se le habría ocurrido pensar que en aquello, como en tantas otras cosas, sus hijos eran muy diferentes a él: jamás se le habría ocurrido hacer vigilar a Sedry después de su liberación; se hubiera horrorizado ante la menor insinuación de que debía usar la Adivinación para invadir la mente de su hijo. Después de todo, el muchacho había sido castigado y había aprendido la lección, ¿no?

Doce días después de la «recuperación» del Príncipe Heredero y sólo tres antes de que tuviera que regresar a la Marca, sucedió que Hyrcan llegó cabalgando desde el Norte para solicitar ante el Rey libros para su madre. Y Rolend, todavía demasiado joven para sus posesiones en el Sur, había llegado desde el Castillo Orkry, veinte leguas al Sudoeste, donde estaba completando sus estudios y su entrenamiento militar. El Rey había partido a una cacería que duraría toda la noche, y se había llevado a Elfrid con él. Aquella noche tuvo lugar una reunión en las habitaciones superiores de la Torre de la Princesa, desiertas desde hacía largo tiempo.

Los últimos rayos del sol poniente se desvanecían detrás del alféizar de piedra, y mucho más abajo los ruidos de hombres y animales se oían apagados. Contra la pared opuesta, cerca de la puerta, estaban colocadas una mesa y varias sillas sin respaldo, apresuradamente cepilladas para quitarles el polvo de varios años. Sobre la rústica mesa de madera esparcíanse un farol tiznado, un jarro de vino y varias copas. Sedry se recostó contra la pared de piedra, sentado en una silla en equilibrio precario sobre dos de sus patas. Sus ojos seguían con pereza el movimiento mientras echaba vino tinto en su copa; una débil bola de Luz Difusa iluminaba las ondulaciones de la superficie de la bebida. Rolend, la mejilla apoyada contra un dosel suave y desteñido, miraba por la ventana, más allá de los tejados de Lertondale, hacia los lejanos bosques. Hyrcan era una sombra inmóvil cerca de la puerta cerrada.

—Si sólo estamos esperando a las damas, hermano...

—Tendremos que esperar, Hyrcan. Ellas no pueden ir y venir a su antojo, como nosotros. —La Luz Difusa, olvidada, se extinguió. Sedry vació su copa y dejó descansar la silla sobre sus cuatro patas, al tiempo que se incorporaba. Su cuerpo, delgado y fuerte pese a los seis meses de encierro, se movía con la indolente gracia de un guerrero, como si su dueño tuviera plena consciencia de su belleza. La vacilante luz de la vela iluminaba su cara, revelando los pómulos altos y una barbilla firme y bien afeitada pero en la que despuntaba ya una incipiente barba rojiza. Los ojos, de un gris pálido, casi plateado, se escondían detrás de unas pestañas oscuras y unas cejas rectas. La cabellera, de un oscuro tono dorado con reflejos rojizos, le caía espesa hasta los hombros, sujeta en lo alto de la frente por una estrecha banda de plata. Un rostro agraciado, finamente dibujado, casi hermoso, excepto por la boca algo petulante.

—¿Para qué las necesitamos, Sedry? Dentro de un año estarán casadas y se habrán ido. Morelis, probablemente a Embersy. —La voz de Hyrcan era más bien aguda y algo nasal—. Esto no les concierne.

—Quién sabe. Si no a ellas, tal vez a sus señores, quienesquiera que sean. Además, Hyrcan —prosiguió Sedry en tono seductor—, eso ya lo hemos hablado antes, tú y yo. La primera vez que confié en ti. ¿Recuerdas?

Hyrcan sonrió. Lo recordaba. Sedry había hablado primero con él. Sabía cómo hacerle sentir importante a uno. En parte, desde luego, gracias a su Rasgo: el Carisma de Sedry, si bien de naturaleza diferente y dirigido en otro sentido, no era inferior al de Alster ni menos eficaz, aun cuando uno le conociera. Tal como su propio Rasgo, el único aspecto de su parte de los Dones que él cultivaba; aunque uno supiera que lo que le apretaba el estómago era el Miedo, no importaba.

—Merasma y Morelis tienen nuestra misma sangre —prosiguió Sedry—. Son tan ávidas, si así quieres llamarlo, de poder y riqueza, como nosotros.

—Sé todo eso —gruñó Hyrcan. Se alejó de la pared y se acercó a la oscilante luz de la vela. Sus cejas espesas y muy juntas casi se tocaban—. Llena también mi copa, Sedry —añadió, adelantándola. Sedry sirvió vino para ambos y agregó un chorro de agua a la copa de su hermano. Hyrcan bebía poco, y sólo vinos livianos.

Comparado con el resto de su familia, aun con sólo dos de sus hermanos presentes, Hyrcan parecía —como su madre solía decir en broma— un «niño cambiado». Casi una cabeza más bajo que sus dos hermanos, aunque tres años mayor que Rolend, Hyrcan sólo tenía de Alster los claros ojos grises. Pálido, pecoso y de cabellos oscuros, sus facciones eran aún más delicadas que las de sus hermanas.

Hasta la pálida Morelis envidiaba las pestañas y los labios de Hyrcan. Sin embargo, algo se traslucía en su rostro casi afeminado que no permitía que se le considerase apuesto, ni siquiera guapo. El Rasgo, por supuesto. Pero Hyrcan era

también uno de los más diestros espadachines de Darion, de soberbia musculatura, aunque ya a los veintitrés años tenía cierta tendencia a engordar. Más aún, era un hombre peligroso, capaz de matar con frecuencia, por diversión o por motivos fútiles, y sin remordimiento.

—Escúchame, Hyrcan —continuó Sedry, levantando su copa en un saludo antes de beber—, tú sabes muchas cosas, pero no las relacionas correctamente. Merasma y Morelis son como nosotros, como he dicho. Pero además son mujeres: curiosas, aburridas por la rutina doméstica, y hasta podríamos decir, algo fisgonas. Ayudadas por la Adivinación, que ambas poseen en alto grado. Si no las incluimos en nuestros planes y se enteran de algo o lo sospechan, y sin ninguna duda eso ocurrirá, ¡bueno! Te apuesto a que en un par de días todo estaría entre sus pequeñas y delicadas manos, y se enredarían los pies en sus hermosos dobladillos bordados, de la prisa que tendrían en contárselo a nuestro Padre.

—¡Oh, sí! —dijo Hyrcan, inexpresivo—. Ya veo. —Hizo una mueca, respiró hondo y vació su copa de un solo sorbo.

—Debemos complacerlas, adularlas —prosiguió Sedry con ardor. Hacía meses que no usaba su Rasgo tan a fondo—. Debemos convencerlas de que nuestros planes sólo pueden beneficiarlas, de que una delación les causaría un daño irreparable; aunque desde luego, sólo se lo daremos a entender esta noche, cuando les pidamos ayuda. Debemos hacerles ver que nuestro Padre será menos útil para sus fines que nosotros. ¿Te das cuenta?

—Y una vez que se hayan puesto de nuestro lado, ya no podrán contarle a nuestro Padre lo que pensamos hacer, sin meterse ellas mismas en un lío, ¿no es así? —De pronto Hyrcan esbozó una sonrisa burlona.

—¡Qué astuto, Hyrcan! —Sedry levantó una fina ceja dorada—. A veces uno se olvida que detrás del fuerte brazo del guerrero, también hay una mente noble.

Hyrcan pareció muy complacido por esta observación.

—¿Y tú, Rolend? ¿Qué tienes que decir? —Sedry se volvió hacia la ventana—. Estás muy callado esta noche.

—¿Tú crees? —Rolend se apartó con brusquedad de la cortina, la copa vacía sujeta distraídamente entre sus largos dedos—. Mis excusas, entonces.

—Aceptadas, aceptadas, hermanito —dijo Sedry, riendo con amabilidad—. Aunque tu silencio más bien es un alivio por el ruido que hacemos los demás. Pero pareces indeciso, Rolend. ¿Todavía tienes dudas? Dime cuáles son, que yo las disiparé. —La mirada del joven Príncipe de Gennen era cálida cuando se cruzó con la de su hermano mayor. Sedry seguía siendo el héroe de Rolend, su protector, alguien a quien imitar, aunque ya no el ídolo sin mancha de su infancia.

Había cierto parecido entre esos dos hermanos, un parecido mayor que el existente entre los demás hijos de Alster. Y al igual que Sedry y que Alster, el Rasgo

Personal de Rolend atraía hacia él a hombres y mujeres por igual. Pero a diferencia de su padre, que usaba su Carisma para desafiar a su antojo las convenciones, y de su hermano, que usaba el suyo casi siempre para seducir a las muchachas de la aldea y a las jóvenes esposas de sus compañeros de la Marca, el Rasgo del más joven de los Príncipes de Darion iba acompañado de una compasión rara en la línea Real de su generación, y Rolend sentía profundamente la responsabilidad de tal sentimiento.

A sus veinte años, Rolend era delgado para su estatura, y no mostraba tendencia alguna a la obesidad, como Hyrcan, o a cierta blandura, como Sedry. Su rostro era anguloso y tenía los ojos hundidos debajo de las cejas rectas. Un bigote incipiente, de un pálido tono dorado como su cabello, le sombreaba el labio superior.

—No. Me has convencido, Sedry. —Rolend se volvió y clavó los ojos en la luna naciente que, enmarcada por la ventana, parecía suspendida contra un cielo rojizo y sin nubes—. Es mi propia conciencia la que debo tranquilizar.

—¿Conciencia? —Hyrcan soltó una risa áspera—. ¿Dónde estaba la conciencia de nuestro Padre cuando se divorció de nuestra Madre y la mandó a Elenes, sólo porque se había cansado de ella? ¿Qué conciencia...? —Pero se interrumpió cuando Sedry le puso una mano en el brazo y le miró en señal de advertencia.

—Sé muy bien todo eso, Hyrcan —replicó Rolend, impaciente—. Es diferente para ti. Lamento lo que sucedió con nuestra Madre, desde luego: el divorcio, con todo lo que ello implica, y el retiro en un convento. Pero ella se fue cuando yo era todavía un bebé y no la he visto desde entonces. ¿Cómo podría tener los mismos sentimientos que tú? Y no puedo creer que eso justifique el derrocamiento de un Rey. ¡No, Hyrcan, no trates de hacerme callar! —estalló, sosteniendo la feroz mirada del Príncipe Ascendiente y contemplándole con frialdad. El Aura de Hyrcan resplandeció con un rojo turbio e intermitente, y se apagó—. ¡No puedo creer que haya algo que justifique nuestros actos!

—No se trata sólo de nuestra Madre, aunque estoy de acuerdo contigo, Hyrcan, en que es un motivo suficiente. Esa no es mi única razón —dijo Sedry con serenidad. Su mano apretó el brazo de su hermano y, al advertir que Hyrcan no daba señales de volver a enfurecerse, le soltó.

—Ya lo sé —suspiró Rolend. Levantó su copa, frunció el ceño al ver que estaba vacía, y se dirigió hacia la mesa—. Me lo has dicho muchas veces, Sedry. No, no estoy haciendo una crítica. Quizás hasta tengas razón —dijo con voz sombría, más para sí mismo que para sus hermanos—. Tal vez sea un error que los Barones hayan sido despojados de sus antiguos derechos, sobre todo cuando debemos contar con ellos y sus hombres para enfrentarnos con Marga o con los Fegez. O con Genneldry, aunque las treguas podrían mantener a Genneldry a raya. Ya lo sé, sé que las tierras que nuestro Padre les devolvió son otra razón. —Volvió a suspirar y se encogió de hombros. Una sonrisa incómoda se esbozó en sus labios y la reprimió—. Y, además,

está Elfrid. La verdad, Sedry, es que le das demasiada importancia a la muchacha. ¿Qué puede hacer nuestro Padre, excepto disfrutar de su compañía? Ella... es de baja cuna.

—¡Con qué delicadeza lo expresas! —se burló Sedry. Rolend golpeó su copa sobre la mesa.

—¡Sí, es una bastarda! ¡Y además, mujer, hermano! ¡Y de Darion! ¡Bajo semejante triple carga, no hay nada que nuestro Padre pueda hacer para elevarla! Si nuestro Padre fuese Rey de Margayno de Darion, Elfrid podría tener plenos derechos. Él podría haber declarado morganática a la mujer y legítima a la hija. Aquí, en cambio, Elfrid sólo sigue viviendo por gracia de nuestro Padre. ¡Él no puede darle el trono, si es eso lo que crees!

—Hasta se podría pensar que la quieres, Rolend —señaló Sedry secamente. Frunció el ceño—. No sé qué pretende hacer nuestro Padre, pero sabes muy bien lo que piensa de las costumbres. ¿Acaso no es bastante que la tenga en nuestra casa? Podría haberla mandado de vuelta con los parientes de su madre, a Marga. O mejor aún, podría haberle hecho tomar la cofia de los Dos, tal como hizo con Sigron cuando se negó a casarse con el hombre que él le había elegido. ¡Por los Dos, un hombre sensato la hubiera hecho asfixiar en la cuna!

—Sedry tiene razón, Rolend. —La aguda voz de Morelis llenó la habitación, aunque había hablado bajo. Ella y su hermana gemela, Merasma, habían entrado sin ser advertidas—. Siento haber llegado tarde, Sedry. Aun con ayuda de Panderic, tuvimos que caminar hasta la capilla y salir por la puerta trasera durante los servicios. Algunas de nuestras mujeres no son de confianza.

—¿Y la vieja Panderic sí lo es? —preguntó Hyrcan.

Morelis clavó en su hermano menor sus ojos levemente saltones y de pestañas claras.

—¿Cómo puedes preguntar tal cosa? Panderic nos protege a todos, pero por ti se dejaría matar, Hyrcan. ¡Sin duda puedo confiar en ella más que en ti! —Levantó con altivez la cabeza.

Merasma se alejó de ellos con su habitual manera discreta y modesta.

—Sedry tiene razón —prosiguió Morelis—. Es un insulto para todos nosotros, para mí, que a las amantes de nuestro Padre se les haya consentido vivir aquí. Cuando por fin esta última mujer murió...

—Por lo cual debemos dar gracias a los Dos y a todos los santos...

—Muy divertido, Sedry —bufó Merasma—. La podrían haber dejado morir estéril. Desde entonces él no sólo ha traído a esa maldita criatura a nuestra casa, sino que ha hecho de ella su favorita. —Abrió los brazos en un gesto ampuloso—. ¡No puedo soportarlo!

—No tendrás que soportarlo mucho tiempo más —farfulló Hyrcan—. ¿Y

nosotros?

—Pero ¿cuántas veces, querido hermano —preguntó Morelis levantando la voz— te has visto obligado a compartir las dependencias de la casa con Elfrid? Eres hombre, libre de ir y venir a tu antojo. Puedes salir de caza y volver, si así lo deseas, a tus propias posesiones. Pero Merasma y yo...

—Puedes llamarles posesiones, si quieres —replicó Hyrcan con voz ceremoniosa. La desenfadada Morelis y él nunca habían simpatizado. Las gemelas eran sólo un año mayores que él—. En realidad, es una broma de mal gusto de nuestro Padre, y tú la repites. De todos modos, es probable que este año Ersonbol de Embersy del Sur te pida en matrimonio. Así que, ¿qué te importa?

—Siempre que él no le ofrezca a Elfrid, en vez de a mí —estalló Morelis. Sedry y Hyrcan la miraron—. Últimamente está estudiando a los nobles solteros —prosiguió, pronunciando las palabras clara y cuidadosamente, como para débiles mentales—, con intención de encontrar pretendientes para tres, no para dos. Por lo menos, eso es lo que nos ha dicho.

—¡No se atreverá!

—¿No, Sedry? —dijo Morelis con una sonrisita agria—. ¿Acaso crees que a Ersonbol le preocuparía mucho que su esposa fuera bastarda, teniendo en cuenta que es la hija de Alster, y por lo tanto vinculada al trono de Darion?

—¡Un vínculo tan lejano de Sedry que es como si no existiera! —replicó Rolend, sombrío. Le parecía más fácil enfrentarse a Hyrcan que a las gemelas—. Entre Elfrid y el derecho al trono somos seis, contando a Sigron (como debemos hacerlo, aunque sea mujer y haya profesado). Lo único que él puede hacer es darle una dote.

—Que sale de mi parte y de la de Merasma, hermanito. Pero de lo que se trata es de la idea —prosiguió Morelis, furiosa—. Sentirse en competencia con esa... con esa...

—¡Basta! —gritó Sedry, golpeando con las dos manos sobre la mesa. Las mujeres se sobresaltaron; Hyrcan sonrió, incómodo—. No es prudente quedarnos demasiado tiempo aquí, aun cuando nuestro Padre esté ausente. Y sólo los Dos saben cuándo volveremos a estar todos juntos, sin peligro de despertar sospechas. Tenemos poco tiempo. Y yo no quiero volver a pasar meses contemplando las paredes de mis habitaciones. Meras, Morelis, ¿estáis conmigo?

Morelis aceptó el asiento que Rolend le ofrecía, antes de levantar la barbilla y contemplar con dura mirada a su hermano.

—Sin duda has creído que estaría contigo; de lo contrario, yo nunca me hubiese enterado de esta reunión, ¿no es así, Sedry? Nunca te hubieras arriesgado.

—Quizá. Pero tú, mi querida hermana, debes confiar en lo que te ofrezco. Si no, no estarías aquí, dado que lo que quieres es lo mejor para ti.

—Como hija de Alster, no veo otra manera de seguir adelante. ¿Tú sí? Creo que

no. Los riesgos están bien equilibrados, Sedry. O yo no estaría aquí. Por lo menos, en este momento —añadió, con helada dulzura—. ¿No te parece, hermanito? —Sedry tuvo una sonrisa amable.

—Qué bien nos entendemos, Morelis. La víbora en las garras del halcón; pero la víbora tiene colmillos. —Se volvió en la silla—. Merasma, querida: en este asunto, ¿piensas como Morelis?

Merasma se encogió de hombros. Su Aura parpadeó con fulgor azulado alrededor de los hombros: estaba incómoda por sentirse de pronto el centro de atención. Así como su hermana no tenía pelos en la lengua, Merasma rara vez expresaba sus propias opiniones; prefería contestar lo que su interlocutor quería oír. Por consiguiente, dijo:

—No me importa lo que nuestro Padre haya hecho últimamente. Detesto a la muchacha.

—Tan claro como sería de esperar de ti —dijo Sedry, en tono seco. Pero sonrió con amabilidad y Merasma le devolvió una mirada inexpresiva.

—¿Es una broma, Sedry? Tu sentido del humor siempre se me escapa —prosiguió la joven, volviéndose—. Pero no importa, puesto que las dos estamos aquí. ¿Qué planes tienes y en qué podemos ayudar? No olvides que Morelis y yo no podemos quedarnos mucho tiempo; nos esperan después de los oficios.

—Tienes razón, desde luego, y te pido disculpas, hermanita. —Sedry levantó una de sus piernas, enfundadas en un elegantísimo pantalón, y se sentó en el borde de la mesa. Rolend volvió a la sombra junto a la ventana, y Hyrcan acercó un taburete—. Hyrcan y yo hemos alcanzado la mayoría de edad, y a Rolend le falta poco. Pero nuestro Padre todavía dirige nuestros menores actos como si fuéramos dos niños. No tolera ningún tipo de iniciativa. Por ejemplo, ya sabéis lo que pasó cuando mis hombres y yo hicimos retroceder a los Fegez hasta la frontera oriental. ¡Se nos podían haber echado encima otra vez! ¡Ya sabéis lo «mucho» que se puede confiar en los salvajes!

—Lo sabemos. Pero el tiempo es corto —le recordó Morelis secamente—. Nuestro Padre no delega nada, aunque pueda. Continúa.

—No ha hecho nada —prosiguió Sedry—, excepto mantener Darion tal como nuestro abuelo se la dejó. —Un movimiento cerca de la ventana le hizo levantar la cabeza—. De acuerdo, Rolend, la flota mercante fue idea de nuestro Padre, y una buena idea. Te lo concedo. Lertondale es un centro comercial más grande que cualquier ciudad de Marga o de Genneldry; y Carlsport ha triplicado su tamaño en los últimos treinta años. Pero que Darion permanezca intacta no se debe sólo a él. Podría haber mantenido las provincias de Mantran en el Sur, sobre todo si hubiera traído mercenarios de Belden, como yo le aconsejé. Miles de salvajes nos caerán encima el próximo invierno, si no éste; pero él no permitirá que luchemos contra ellos. Dice que

quiere tener vecinos pacíficos. Prefiere divertirse con su nuevo juguete —gruñó Sedry, asqueado.

—O ir de caza —intervino Merasma, de pronto. Miró desafiante a su hermano mayor—. Supongo que ya sabéis que Elfrid tiene un arco. Y que lo usa.

Sedry la miró sin expresión. Luego dijo:

—Nunca se atrevería... ¡no, desde luego sí que se atrevería! ¡Él se burla de las tradiciones, de las leyes! No me explico cómo el pueblo le quiere tanto, para no hablar de los mercaderes. Porque sería de pensar que un divorcio, seguido de un rebaño de amantes...

—Las amantes han sido sólo tres, para ser justos —le recordó Rolend con suavidad—. Y es improbable que los mercaderes o el pueblo le abandonen. Nuestro Padre ha hecho inmensamente ricos a los primeros y ha liberado del peso de la nobleza a los segundos. Por supuesto que le adoran. Aun sin el Rasgo, le adorarían.

—¡Pero un arco! —murmuró Sedry, como hablando para sí mismo—. A las mujeres les está prohibido usar armas.

—Costumbre que rara vez se respeta, Sedry, como bien sabes —le interrumpió Rolend—. La mitad de las esposas de nuestros Barones de la Marca manejan el arco tan bien como sus maridos. ¿Y qué me dices de la Dama Aldion, que encabezó el ataque contra los Fegez hace dos años, a caballo y con cota de malla?

Sedry rechazó lo de la Dama Aldion con un gesto de impaciencia.

—De todos modos, el hecho de ser bastarda debería bastar para prohibirle el uso de las armas —dijo con firmeza—. Nómbrame una sola excepción, aquí en Darion, hermano. —Rolend se encogió de hombros y volvió a la ventana.

—Los Barones protestan, y con razón —intervino Hyrcan.

—Por supuesto que protestan —dijo el Príncipe Heredero, yendo de pronto al grano—. ¿Quién querría tener por Rey a un hombre con aspecto y modales de campesino? Y si eso fuera todo... Pero no lo es. El año pasado nuestro Padre y su querido Consejo, el Witan, hicieron valer su derecho a fijar los impuestos en sus feudos. Y ése es sólo el más reciente de los insultos que han recibido. ¡El Rey apoya abiertamente a los siervos en contra de sus señores! Un Barón ya no puede obligar a sus campesinos a trabajar las tierras, a permanecer en sus aldeas natales, no puede disponer de los rebaños de sus siervos...

—¡Rebaños de los siervos, por los Dos! —murmuró para sí Hyrcan.

—¡Por los Dioses! —exclamó Sedry—. Los campesinos le adoran, sí. ¿Y eso qué importa?

—Eso es asunto suyo —dijo Merasma con remilgo—. Es de muy mal gusto que un Príncipe busque la adulación del vulgo; le rebaja.

—Estamos de acuerdo contigo, hermana, no lo dudes —replicó Morelis secamente—. Es a nuestro Padre a quien tenemos que convencer. —Merasma le echó

una mirada sombría.

—Ya es demasiado viejo para aprender —exclamó Sedry. Se puso en pie de un salto y recorrió inquieto la habitación—. No es como si nuestro Señor no lo hubiera intentado. No, es imposible. Por el bien de Darion, tiene que retirarse.

—No se retirará, Sedry —dijo Hyrcan, contemplándose las manos con aire pesimista.

—¡Desde luego que no lo hará! Nunca he esperado que lo hiciera; o bien perdí la esperanza cuando me entregó el gobierno de la Marca y después envió a cinco viejos para que vigilaran que yo no tomara ninguna medida, no dictara ninguna ley que no hubiera podido ser dictada por él mismo. —Sedry giró de repente sobre uno de sus talones, volvió en dos zancadas hasta la mesa, y se apoyó en ella para contemplar fijamente a sus hermanas—. Darion desaparecerá si tengo que esperar a que él muera y me la deje. Para entonces habrá pasado a formar parte de Genneldry o de Marga o la habrán arrasado los salvajes. Eso si no me deshereda en uno de sus arranques de mal humor, que son cada vez más frecuentes. —Volvió a mirar a sus hermanos, uno tras otro—. Es capaz de hacerlo, lo sabéis, y pronto. En tal caso, Hyrcan, podría desheredarte también a ti, y arrojar el manto real sobre los jóvenes hombros de Rolend. —Echó una mirada al más joven, que se volvió, incómodo—. Y ése sería el menor de todos los males posibles —añadió, con una sonrisita irónica que, a su vez, hizo sonreír a Rolend.

—A él nosotras no le importamos nada —dijo Morelis entre dientes—. Nos abandona, a Meras y a mí, durante meses. Sólo de vez en cuando se digna invitarnos a alguna cena oficial, para exhibirnos ante los príncipes visitantes. Sigron, enterrada viva en Elenes, como nuestra Madre, y ¿por qué? Por haberse negado a casarse con el viejo Creav de Genneldry, de sesenta años y medio loco. Además...

—No era tan mal negocio —señaló Sedry secamente—. Si Sigron se hubiese tragado su mal genio y se hubiera casado con el viejo, hoy sería Reina y Regente de un joven Príncipe, como lo es la Reina Tevella. Pero excusadme —prosiguió con dulzura—, ¿decíais? —Morelis le echó una mirada malévola; la furia contraía una de las comisuras de sus labios.

—A ti tampoco te quiere, Sedry —estalló al final—. Y en cuanto a ti, hermano... —añadió, mirando de reojo al Príncipe Ascendiente.

—En cuanto a mí, ¿qué? —preguntó Hyrcan. Su voz suave era amenazadora. Morelis le devolvió una sonrisita perversa.

—En la corte se dice que nuestro Padre se hace purificar por los sacerdotes cada vez que tu sombra le toca.

—Hermana...

—¡Basta, maldición! —gritó Sedry. Morelis le dirigió otra sonrisa malévola a su hermano menor y después se volvió—. Así es: nuestro Padre no nos ama demasiado.

A Rolend le quiere un poco. Pero sí se preocupa bastante por la que esta noche está cazando con él. ¿Dices, Meras, que tiene un arco? Los Barones se enfurecerán cuando lo sepan. —Se detuvo un momento y continuó—. Muy bien. No obstante, nuestro Padre tiene que ocuparse de nosotros porque la Bastarda sola no le sirve de nada, y él es un hombre práctico cuando hay que serlo. Nuestras dos hermosas hermanas son excelentes prendas comerciales para Darion...

—¡Qué amable! —Estalló Merasma en uno de sus raros accesos de furor. Sedry hizo un gesto de disculpa con la mano, y se encogió de hombros.

—Sin embargo, así es. Y lo mismo puede decirse de Belladessa de Embersy del Norte, que será mi esposa si nuestro Padre y sus hombres cierran el trato. Es un hecho de la vida para la gente de nuestra clase y tú lo sabes muy bien, Merasma. A una Princesa se la entrega a cambio de oro, prestigio, paz; o bien los trae con ella. El hecho de que seas de Darion te da prestigio, y ese prestigio es tuyo. Belladessa, en cambio, dará gracias todos los días si es entregada en matrimonio al heredero del trono de Darion y no al cuarto hijo de Jochim de Marga.

Merasma reprimió otro estallido de ira, apretó los labios y se acercó a la ventana.

—No —continuó Sedry—, tal vez nuestro Padre no nos ame a ninguno, pero debe ocuparse de nosotros. No puede desheredarnos a todos. Un hijo, y legítimo, tiene que sucederle. Pero eso no viene al caso. En un año más, a lo sumo en dos, nuestro Padre no podrá desheredar a nadie. Y sólo quisiera añadir —dijo, en un magnífico despliegue de falsa timidez—, que ninguna de vosotras, hermanas mías, quedará perjudicada por apoyarme si mis planes dan sus frutos antes de que seáis... digamos... concedidas.

—Desde luego que no —contestó con aspereza Morelis, interrumpiendo con una mirada a Merasma, que iba a replicar—. Nosotras también somos peones en tu juego y tienes que colocarnos bien en el tablero. ¿Hasta dónde estás seguro de tus fuerzas?

—¿Hasta dónde puede uno estar seguro de nada? —Sedry se encogió de hombros—. Todos los Barones de la Marca me apoyarán, dado que nuestro Padre no hace nada para protegerles de los salvajes. Muchos de los más jóvenes ya están conmigo. Los sureños todavía consideran suyas las montañas de la frontera. Y a nuestro Padre nunca le ha preocupado mucho lo que sus señores puedan pensar. Les atropella así como nuestro Abuelo atropello a los campesinos. Pero a diferencia del vulgo, los Barones son capaces de morder la mano que les castiga. Y entonces quizá corra sangre.

Rolend se movió, inquieto, y Merasma se retiró de la ventana.

—No hablemos de sangre —dijo Merasma. Sedry se echó a reír.

—¡Dioses! ¡Qué delicada eres, querida Merasma! Y sin embargo, si pudieras meter una daga entre las costillas de Elfrid sin que nadie lo advirtiera, tal vez no serías tan fina. No, claro —levantó una mano para detener la airada respuesta—, ése

no es tu estilo. ¿Veneno, tal vez? ¿Un accidente?

—¿Por quién me tomas? —siseó Merasma, sus pálidos ojos estaban repletos de furia helada.

—Por alguien como yo, querida mía —murmuró Sedry. Parecían estar solos en la habitación envuelta en sombras—. Por alguien que conoce el valor de un riesgo calculado. Alguien cuyo Rasgo es sensato. ¡Qué útil debe ser, querida hermana, pasar inadvertida, ser casi invisible, sólo con desearlo! Alguien entrenado en el Fuego, como lo somos todos; un oportunista, alguien que cree en el azar, un azar que podría asumir la forma de una muchacha, sola de pie en lo alto de la empinada escalera interior; o sentada, también sola, en el estrecho alféizar de una arcada en la galería de los juglares. Piénsalo: la súbita aparición de alguien podría sobresaltar a una muchacha perdida en sus pensamientos; y si a ello se sumara una chispa de...

—¡No! —dijo Rolend, con voz profunda y áspera—. Esto ya lo hemos hablado antes tú y yo, Sedry. Elfrid no sufrirá ningún accidente, ni ahora ni cuando tú accedas a la corona. Tampoco se derramará la sangre de nuestro Padre; y eso incluye a la muchacha. —Sostuvo sin temor la mirada de su hermano mayor—. Yo no lo toleraré.

—¿Tú no lo tolerarás?

—Eso he dicho, hermano —le interrumpió Rolend, furioso. Hyrcan contempló atónito a su hermano menor—. No está bien, para empezar... ¡No! ¡Escuchadme, todos vosotros! Está mal y va contra todas las enseñanzas de los Dos. Pero vayamos al grano, Sedry: ¿Crees de verdad que podrías lastimar a Elfrid sin que nuestro Padre se diera cuenta de tu participación? Jamás ha usado la Adivinación contra nosotros, lo sabes, todos los sabéis. ¿Pero acaso tienes alguna duda de que en semejantes circunstancias la usaría? —Se hizo un silencio—. Además, se daría cuenta, con Adivinación o sin ella, aunque lo planearas con todo detalle. Silencio.

—¡Reflexionad! Nuestro Padre siente un gran afecto por ella. Si Elfrid cayese desde la ventana de su habitación esta noche, uno de nosotros sería culpado. Si comiera pescado mal preparado y enfermara, mañana a esta hora ya estarías a mitad de camino rumbo a Genneldry, por haberla envenenado, Sedry. —Rolend hizo una pausa. El silencio era incómodo—. Deja de lado toda idea de accidente, Sedry. Yo, en tu lugar, cuidaría la vida de esa muchacha más que la mía propia.

Sedry permaneció varios minutos con la mirada perdida en la creciente oscuridad. Sólo se oía el roce del vestido de Merasma contra el piso áspero y desnudo. Por último, asintió lentamente.

—Tienes razón, por supuesto. Y ahora veo por qué nuestro Padre te tiene en tan alto concepto. Tú piensas, cuando los demás actuamos. Tú razonas; yo, en cambio, muchas veces sólo veo el sentido general de mis actos cuando ya es demasiado tarde. Además —continuó, pensativo—, no necesitaré hacerle nada a la muchacha, si sigue demostrando ese impropio interés por las armas. Los campesinos podrán defenderla;

los nobles, no.

—Todo lo que ellos hagan será cargado en tu cuenta, Sedry —dijo Rolend tranquilamente—; aun cuando nuestro Padre le diera una espada.

—¡Nunca se atrevería! —exclamó Hyrcan riendo.

—¿No? Si ella se la pide, lo hará. Y Elfrid es capaz de semejante cosa, Hyrcan.

—A mí no me sorprendería —comentó Morelis, con malevolencia—. La muchacha es francamente masculina en muchos aspectos.

—No tanto —intervino Merasma. Los ojos le brillaban de malicia—. Tú viste cómo miraba a ese joven de la Marca en la última Fiesta de la Cosecha.

—Oh, bueno. Pero sólo eso...

—De todos modos, le miró.

—Sí, pero tú le viste a él tan bien como yo, hermanita. —Dejó escapar una risita—. Flaco y con el cabello cortado a la moda de la Marca. —Se contuvo—. De todos modos, no tiene importancia: Continúa, hermano, tenemos poco tiempo.

—Bien. —Sedry hizo una pausa como para distanciarse del chismorreo de sus hermanas. ¡Dioses! Qué vida tan limitada llevan las mujeres, pensó—. No importa lo que nuestro Padre pretenda hacer, a menos que lo haga rápido. Y eso no sucederá, ya le conocemos. Además, tened en cuenta, hermanas, que un casamiento con el heredero de Embersy apartaría a la Bastarda de su lado para siempre. Y eso es algo que él no desea, ¿no es así?

—No olvidéis lo que he dicho —señaló Rolend—. Cualquier daño que Elfrid pueda sufrir nos será atribuido a nosotros. Y yo rechazaré de plano toda ayuda del Sur si significa algún perjuicio para nuestro Padre... o para Elfrid. Lo juro.

—Lo tendré muy en cuenta —le aseguró Sedry—. Pero se está haciendo tarde y es mejor no poner a prueba la paciencia de los Dioses esta noche.

—Morelis y yo tenemos que regresar por la capilla y eso significa un camino más largo —dijo Merasma—. Creo que ya es suficiente por esta noche. —Se levantó bruscamente—. Vamos, hermana.

Sedry se inclinó en una reverencia gentil, besó por turno las manos de sus hermanas y sostuvo la puerta mientras Merasma convocaba una bola de suave Luz Difusa y la seguía en silencio, junto a su hermana, a lo largo del corredor oscuro y desierto.

—¿Cuánto tiempo más vamos a esperar? —inquirió Hyrcan de pronto—. Madre no se ha encontrado bien este último año; otro invierno en Elenes puede matarla.

—Hyrcan, sabes muy bien que daré el golpe tan pronto como los Barones me respalden. —Sedry entornó la puerta y volvió a la mesa—. Tú también has empezado a sondear a tus amigos, ¿no? Bien. Muy bien. Pero los signos aún no son favorables.

—¡Bah! —Hyrcan miró con acritud a su hermano mayor—. Supersticiones,

Sedry. ¡Tienes fe en cosas prohibidas! Cartas, cuencos llenos de agua y viejas que adivinan el significado de las ondas. Todo eso contraría las normas de los Dos —dijo por fin, con cierta pedantería.

Sedry rió en silencio.

—Escúchame, Hyrcan. Acepto la cháchara de los sacerdotes contra las adivinas. ¡Pero no se trata de que yo me valga de ellas, como lo hacen los salvajes, para leer el futuro en las vísceras de una oveja muerta! —Miró abstraído por la ventana—. Pero los caminos de las estrellas... Hay algo de cierto en todo eso, Hyrcan. Lo he comprobado más de una vez. Sabes, es sorprendente lo que una mujer me dijo hace poco, y sin saber nada más que la hora de mi nacimiento. Me dijo... —Le echó una mirada a su hermano y suspiró—. Bien, olvídalo.

—¿Piensas liberar a nuestra Madre enseguida? —Hyrcan había seguido el hilo de sus propios pensamientos, ignorando gracias a su larga práctica, la exaltación de Sedry—. Te conozco, Sedry. No te importa que nuestra Madre esté prisionera en ese lugar, ¿verdad? Quiero decir —corrigió, confundido—, que es una casa de los Dos y, desde luego, santa. ¡Pero tan pobre! Las habitaciones son rústicas, la comida es mala y no hay diversiones. Cuando pienso que ella está allí, que ella...

—Lo sé, Hyrcan. —Sedry pasó un brazo alrededor de los robustos hombros del Príncipe Ascendiente—. Y siento lo mismo que tú, créeme. No sé demostrarlo, eso es todo. Confía en mí, hermano mío. Mi primer acto como Rey será enviarte a Bienes a por ella. —Sonrió—. ¿Estás satisfecho? —Hyrcan asintió lentamente. Sedry levantó la voz y dijo:

—Príncipe de Gennen ¿tengo vuestra venia? —Rolend suspiró, levemente, cerró los ojos y asintió—. Te doy mi palabra, Sedry.

—No lo olvidaré, Rolend. Y ahora podéis iros, jóvenes. Salid por las escaleras traseras. —Rolend cruzó la habitación en silencio, se deslizó por la puerta entreabierta y desapareció. Las manos de Sedry se demoraron un momento sobre los hombros de Hyrcan—. Juro ante ti, hermano, que nuestra Madre tiene prioridad en mis pensamientos. No pasa día sin que yo sienta el insulto a nuestra sangre.

—Pero es el insulto a ti, no a ella, lo que sientes —replicó Hyrcan, con la súbita y rara agudeza que en ocasiones hacía recordar a sus familiares y compañeros que su inteligencia no era tan nula como parecía. Se encogió de hombros e hizo una mueca. Como Rolend, Hyrcan nunca había perdido del todo su veneración por aquel gallardo hermano mayor, aun cuando conocía las debilidades de Sedry tan bien como las suyas. Incluso mejor, puesto que Hyrcan no era dado a la introspección—. Lo que importa es el resultado, Sedry —añadió.

—Bien. Necesito tu ayuda, Hyrcan. Nuestro Padre es un enemigo peligroso. Debemos tener cuidado, tú y yo. —Dejó caer las manos, conjuró una bola de Luz Difusa y la hizo oscilar hacia adelante y hacia atrás—. Debo regresar al Este esta

semana. Será mejor que no usemos el correo, puesto que hasta ahora nunca lo hemos hecho. Nada raro, nada inusual debemos hacer. ¡Recuérdalo!

—¿Y si necesito enviarte un mensaje, Sedry?

—Quizá con palomas mensajeras. Me entretuve con ellas todo este año y algunas están entrenadas para volar entre mis posesiones y las de Eavon y Gorst. Sería sencillo entrenar otras entre las tierras de Eavon y el sur de las tuyas, Hyrcan.

—¿Confías en el viejo Eavon? ¡Es íntimo amigo de nuestro Padre, Sedry!

—Lo sé. Pero tiene cinco hijos; y el menor, Baldyron, come de mi mano. —De pronto recordó los chismorreos de sus hermanas: flaco y con los cabellos cortados a la moda de la Marca. ¡Dioses! ¿Sería posible? ¿Su joven e idealista seguidor y la Bastarda? Rechazó el pensamiento por temor a reírse y ofender a Hyrcan—. Le he prometido tierras. Nunca las conseguirá de otro modo. Me ocuparé de que muy pronto te envíen como regalo algunas palomas y un entrenador. Si alguien te pregunta, dirás que ya habíamos hablado de eso y que yo te lo había prometido.

—Así lo haré.

—Bien. Ahora vamos, hermano. —Se estrecharon las manos e Hyrcan se internó en el oscuro vestíbulo con aquella gracia felina tan sorprendente para su robusta figura de piernas cortas. Sedry le contempló sombríamente algunos momentos. Por último, apagó las velas y se dirigió a sus aposentos.

### 3

Nueve días después de la reunión clandestina, Sedry partió hacia sus posesiones del Este y, al parecer, se apaciguó. No hubo más fiestas ni salvajes partidas de caza, y tampoco incursiones en las aldeas Fegez vecinas ni depredación de los rebaños y los campos de los aldeanos. El Príncipe dedicaba gran parte de su tiempo a estudiar (tanto el arte de gobernar como el desarrollo de sus Dones personales) y escuchaba con seria y correcta atención a los mariscales de su padre; seguía sus advertencias y consejos y hasta obedecía sus órdenes haciendo alarde de tranquila buena voluntad.

Transcurrió un año, el segundo. Hasta los más encarnizados detractores de Sedry se veían obligados a reconocer que se había operado en él un cambio sorprendente. En cuanto a Alster, feliz de pensar que su primogénito había entrado por fin en razón, estaba encantado. Durante la visita del Príncipe al Castillo Arolet para el Solsticio de Invierno (ocasión en la que prestó la misma solemne atención al Witan y al Consejo de los Barones), Alster, una vez más, le proclamó públicamente su heredero.

Hyrcan permaneció durante la mayor parte del tiempo solo en el Norte, con los asesores de Alster. Su instructor personal en los Dones Reales, intimidado por el excepcional dominio que Hyrcan tenía de su Rasgo, y por su total indiferencia por el resto de la Magia familiar, había desistido de su tarea y regresado a su Monasterio desde hacía tiempo. El Príncipe Ascendiente visitaba a su madre con frecuencia, como siempre lo había hecho, en abierto desafío a la orden de su padre de que la Dama Sigurdy debía permanecer en estricto confinamiento. Por lo demás, también se esforzaba por gozar del favor del Rey.

El nuevo pasatiempo de Hyrcan, el adiestramiento de palomas mensajeras, le tomaba, según sus asesores, más tiempo del debido; pero como Sedry había recuperado los favores de Alster, no se lo recriminaron. Era evidente que aquellos pasatiempos satisfacerían a Hyrcan hasta que Sedry le encomendase otras tareas.

Rolend alcanzó su mayoría de edad y le fueron entregadas sus posesiones del Sur, junto con una legión de consejeros para ayudarle a administrarlas. El joven Príncipe pasaba casi tanto tiempo en Arolet como en Mergriv, pero por lo demás prestaba total aquiescencia a los deseos de su padre; y a Alster se le oyó más de una vez decir que la marca de Sigurdy no estaba en todos.

Dos años produjeron también un gran cambio en la hija menor del Rey: de una muchacha delgada y demasiado solemne, Elfrid, a los dieciocho años, se había convertido en una mujer alta y esbelta, de cuerpo musculoso y casi desprovisto de curvas femeninas. Sobrepasaba en estatura por varios centímetros a sus hermanastros y hasta a su padre, el Rey. Su rostro, si bien no se podía considerar bello, era impactante: un óvalo de delicado diseño enmarcaba unos ojos gris oscuro, que resaltaban sobre la piel tostada como la de un guerrero. Tenía pecas en la nariz; y la

boca, más bien grande, rara vez se abría en una sonrisa. Además, Elfrid se había vuelto aún más retraída. Le gustaban poco los quehaceres femeninos y prefería, en cambio, cabalgar, pescar y cazar. En dos años había llegado a ser certera con el arco y también ágil y diestra con la espada.

Ya no intentaba ocultar sus preferencias, como lo había hecho antes. Por otra parte, habría sido imposible: sus primeros enfrentamientos con los jóvenes que Gontry le había puesto por delante eran tema de conversación en todas las tabernas y puestos de mercado de Lertondale. Si la joven en cuestión no hubiera sido Elfrid, la reacción habría sido de disgusto y total desaprobación. Pero las gentes de la ciudad eran tolerantes, la consideraban una persona algo extravagante y, al igual que su padre, no sujeta a las convenciones. Tratándose de Elfrid, sus virtudes guerreras no constituían sino una faceta más de su singular personalidad, y suscitaban la admiración de los campesinos y los mercaderes.

La nobleza estaba escandalizada porque, siendo mujer y noble, llevaba pantalones y se entrenaba en las artes marciales. Sedry, con la conciencia tranquila por no haber sido él quien difundiera las habladurías, no perdió tiempo en ganarse las sensibilidades ofendidas, sino que siguió consolidando el apoyo que precisaba para tomar Darion y hacerla suya.

No necesitaba, en realidad, más de quinientos hombres, porque pensaba atacar Arolet. Era una jugada bien calculada: el segundo hogar del Rey, Orkry, estaba en el Sur, en la zona de mayor descontento. Lertondale era, y siempre había sido, la ciudad del Rey. Pero el Castillo de Arolet estaba atravesado por antiguos túneles y pasadizos, la mayoría sólo conocidos por unos pocos. Por medio de aquellas vías, antaño de escape y que ahora servirían para atacar, Sedry planeaba tomar por sorpresa al Rey y a su guardia personal. Orkry, en cambio, podía ser fortificada; y Sedry no pensaba gastar tiempo y esfuerzo en un sitio. Dejaría que las gentes de Darion le vieran firmemente establecido en el trono. De ese modo, la sorpresa desbarataría todo apoyo que el anciano podría, de otro modo, conseguir. En cuanto a la ciudad, ¡que los mercaderes y el vulgo se atrevieran a atacarla en nombre de Alster, y ya verían qué clase de hombre les gobernaba!

El cuerpo principal de los seguidores de Sedry sería desplegado en varias direcciones, para asegurar que el Rey no pudiera recibir ayuda alguna. A las órdenes del hombre escogido por Hyrcan, dos mil hombres permanecerían en el Norte, donde Sedry no estaba seguro del apoyo con que podía contar. La liberación de la Reina Madre ayudaría allí, sin duda, pero aun así...

Hacia el Este, había un número excesivo de Barones de la Marca que no daban muestras de haber perdido su lealtad al anciano Rey. Era de verdad sorprendente, dado que Sedry contaba con el apoyo de los Barones más jóvenes y de los numerosos nobles sin tierra. El pueblo de la Marca había estado inquieto en los últimos tiempos,

pero aquel problema era insignificante: la guerra con los salvajes les mantendría ocupados.

Desde luego, habría que invertir mucho en Lertondale. Sedry no quería correr riesgos allí. En el Sur, era extraño cuánto amaba el campesinado a su padre, sentimiento que los nobles sin duda no compartían. Sedry ya se había asegurado de la participación de mercenarios beldenianos, porque en el Sur podría haber verdadera lucha. Y quizá Genneldry considerara la guerra civil como una oportunidad para anexionarse más territorios fronterizos de Darion.

Hyrchan y Rolend estarían con él, por supuesto, cuando Arolet fuera tomada: una demostración de solidaridad familiar significaría una ventaja adicional. Hyrchan se había negado a permanecer en el Norte bajo ningún concepto; y Sedry pensaba que Rolend, a pesar de sus recelos, y aunque se había comprometido con una compañía completa, sería una ayuda de gran valor para mantener a raya al Príncipe Ascendiente. En cualquier caso, Rolend era uno de los pocos hombres partidarios de Sedry que de verdad no temía a Hyrchan, que no sufría la influencia de su Rasgo (o al menos así lo parecía). Hyrchan, desmandado, podía estropearlo todo. El único que podía controlarle era Rolend, si es que alguien podía.

Tres días después de la Fiesta de la Trilla, dos años después de los seis meses de «enfermedad» de Sedry, quinientos hombres armados y con cota de malla se reunieron en el Claro del Cazador, cuatro leguas al suroeste de Lertondale. Desde allí avanzaron por la niebla en grupos de diez o doce hasta llegar a la entrada del antiguo refugio que conducía directamente a la sala de los banquetes, en el corazón mismo del hogar de Alster.

El estruendo resonó a través de las grandes salas, haciendo temblar el suelo. La joven se despertó de repente, pero tardó algunos instantes en darse cuenta de lo que pasaba. Las puertas interiores, arrancadas de los viejos goznes, se habían derrumbado en el vestíbulo embaldosado, debajo mismo de las ventanas de su habitación. Así parecían indicarlo los ásperos gritos que se oían cada vez más cerca. Saltó de la cama, se arrancó de un tirón la fina camisa de dormir y la arrojó lejos. Un breve destello de Luz Difusa le bastó para encontrar los pantalones de montar y la hermosa camisa nueva que se había sacado pocas horas antes. Dejó que la luz verdosa flotara sobre su cabeza mientras se vestía, con un oído atento a los gritos que resonaban en el patio. La cota de malla corta; no, mejor dejarla. Era una prenda demasiado reciente y no estaba familiarizada con ella. Por lo menos, no tanto como con los pantalones de montar y la camisa que, al final y a regañadientes, el Rey le había autorizado a llevar para su entrenamiento en las armas. La cota sería una molestia más que una protección. Arrebató el viejo cinturón donde llevaba la espada, la daga tirada sobre la mesa y, descalza, se precipitó hacia los aposentos del Rey.

Es obra de Sedry, pensó. No le cabía ninguna duda, aun antes de que en el extremo del corredor aparecieran los hombres corriendo hacia la Guardia personal del Rey. Todos llevaban los colores del Príncipe Heredero: azul claro y blanco. Elfrid corrió hacia ellos, lanzando gritos de aliento y alertando a la guardia. Uno de los hombres de Sedry se echó sobre ella, riendo, y murió con la risa burlona en los labios.

Un estrépito de pasos en el espacio cerrado le hizo volver la cabeza: más hombres bajaban por la escalera de caracol. Algunos estaban ataviados con los colores del Príncipe Heredero; otros, con los del Príncipe Ascendiente: rojo y amarillo. En medio del grupo, alguien mantenía en alto una pica, y en ella flameaban los blasones de los tres hermanos. ¿Rolend aliado con Sedry? ¡Oh, Dioses, no! ¿Rolend? No podía creerlo.

Desechó todo pensamiento y siguió corriendo. Los invasores se precipitaban hacia el Rey, que había salido de sus aposentos y, en ropas de dormir, permanecía de pie, atónito, espada en mano.

Pero Alster no estaba tan confundido como para bajar la guardia, y dos de sus adversarios cayeron heridos de gravedad antes de que también él cayera, golpeado en la cabeza por el mástil del estandarte. El portador del estandarte murió un instante después: la espada de Elfrid le atravesó la garganta. La Guardia del Rey acudió en su ayuda y los atacantes huyeron hacia la puerta principal. Los guardias les persiguieron. La joven quedó sola con el Rey caído, los muertos y los moribundos.

Durante un momento, Elfrid permaneció inmóvil, mirando con aire ausente al portaestandarte muerto. Después se inclinó, lo arrastró a través del salón y lo arrojó

sobre otro de sus camaradas. Sobre ambos tiró la pica con los blasones. Con movimientos ágiles volvió sobre sus pasos y se arrodilló junto al Rey, le puso una mano en la frente y la otra sobre la garganta, para sentir el pulso. He matado, pensó; sintió un vago asombro, pero el pensamiento no significaba nada. Se volvió hacia el anciano, que había abierto los ojos. Al principio no pareció verla.

—¿Padre?

—Elfrid. Fueron... fueron mis hijos. —Su voz era temblorosa. Con un esfuerzo se incorporó y contempló los cuerpos caídos, el estandarte con sus colores claramente visibles—. Yo creía en Sedry, confiaba en él... yo... —Cerró los ojos—. ¡No puede ser! ¡Todos mis hijos! —gritó de pronto y se desplomó contra el cuerpo de su hija. Elfrid le sostuvo e inspiró profundamente. No está muerto, se ha desmayado, pensó. Un hilo de sangre corría por la frente del Rey, manchaba los cabellos blancos. Habían hecho violencia contra un anciano, pero aquélla no era la verdadera herida.

El corredor se llenaba de humo. Un alarido de mujer se elevó por encima del fragor de la batalla, y cesó abruptamente.

—¡No habrán incendiado el castillo! Pero el humo disminuyó hasta desaparecer. No, no nos quemarán vivos, no necesitan hacerlo. Volvió a arrodillarse. Luchaban cerca, pero nadie se acercaba. Esto no es un mero asesinato. Sedry nos ha atacado con todas sus fuerzas para arrebatarnos Darion al Rey. Y después: Pobre Padre. Creyó que se habían asustado porque les mostró los dientes.

Pensó en llevar al anciano hasta su dormitorio y defender la puerta. No, imposible. El Rey era pesado; podría arrastrarle hasta la habitación pero no lograría acostarle en su cama. Y Sedry conocía todos los recovecos de Arolet tan bien como ella. Había dos pasadizos debajo de aquel cuarto. ¿A dónde llevarle? Quizás a... No, tampoco. Era demasiado tarde. Muy bien, entonces...

Apretó los labios, soltó poco a poco el aire contenido, sacó la larga y delgada daga del cinturón y la colocó en el suelo, junto a la espada y cerca de su rodilla. Empujó al Rey lo más cerca que pudo de la pared y lo medio cubrió con las pesadas colgaduras. Después se volvió y esperó.

Le pareció que transcurrían horas. Más humo, y después nada. Gritos, entrecocar de armas, por un momento cerca y después alejándose hacia el ala del castillo donde Merasma y Morelis, aún solteras y sin compromiso, seguían viviendo. Desde la dirección opuesta, los estruendos de una lucha encarnizada, cada vez más cerca.

Con pesar, Elfrid se apartó de su padre y empuñó las armas con sus manos largas y firmes. De la penumbra surgían figuras que reconocía a medida que entraban en la zona iluminada. Se detuvieron de repente cuando la vieron de pie, sola en medio del corredor, los muertos y el estandarte a sus espaldas.

—¡Tú! —Hyracan se adelantó. Con un gesto de la espada detuvo a los siete hombres que le seguían. Mostró los dientes en una mueca feroz al ver las pálidas

vestiduras del hombre caído junto a la pared, detrás de la joven y a su derecha—. ¡Nuestro Padre y tú juntos! ¡Qué suerte!

—¿Suerte, Hyrcan? ¡Atrévete a tocarle! —Elfrid levantó su espada.

Hyrcan se echó a reír, pero su mirada seguía siendo salvaje. Su Aura, rara vez visible, esparcía ahora un siniestro resplandor rojizo alrededor de sus hombros y sus manos; su Rasgo irradiaba terror en todas direcciones.

—Sedry me dijo que el muy idiota lo había permitido. ¡Armas de caballero para una bastarda! —Detrás de él hubo un leve movimiento de protesta. Hyrcan habló por encima del hombro—. ¡El primero de vosotros que se mueva, es hombre muerto! —escupió—. ¡Decirme que me atreva, cuanto tú te has atrevido a esto! —Atravesó la distancia que les separaba de un salto felino y su espada chocó con la de Elfrid—. ¡Protégelo, entonces... si puedes!

Elfrid se sobrepuso al miedo. Su rostro, entrenado desde hacía tiempo para ser inexpresivo, permaneció impasible. Se movió levemente hacia atrás, y se colocó entre su hermanastro y su padre caído, la espada lista. Su mano izquierda, que aferraba la daga, colgaba laxa pero separada del cuerpo.

Era una pose desesperada, una pose de tonta, lo sabía. Un año y medio de lecciones con el anciano Gonty no eran nada, al menos contra Hyrcan, con diez años o más de entrenamiento. Su espada, forjada para su peso y su fuerza, era demasiado estrecha y liviana, no podía medirse con la de Hyrcan. Sus brazos, aunque vigorosos por el ejercicio constante, tampoco eran nada comparados con los del hombre. Y, además, él había matado ya antes, por necesidad o por placer. ¿Y ella?

Fatalista, se regañó a sí misma con ferocidad, mientras paraba un ataque fulminante y casi rompía la guardia de su adversario. Está pesado como un oso viejo, ya no es joven, y está ebrio de gozo por su traición. Levantó la barbilla y consiguió esbozar una fría sonrisa en respuesta a la mueca iracunda de Hyrcan.

Tan intensa era su concentración que casi no advirtió las risas que estallaron entre los secuaces de Hyrcan cuando dos de los hombres apostaron por ella, ni el súbito e incómodo silencio cuando otro de la compañía, las serpientes gemelas de sus brazos como sombras oscuras contra el tabardo verde pálido, les hizo callar ásperamente.

—¡Es Baldyron! Le habría reconocido en cualquier parte, en cualquier circunstancia menos en ésta (¡tonta de mí!). ¿El hijo de Eavon del lado del sanguinario Hyrcan?

El miedo le hacía un nudo en el estómago, amenazaba ahogarla.

—¡Maldito seas, Hyrcan! —siseó—. ¿Crees que puedes usar eso contra mí? —añadió, con una voz baja y suave que contrastaba con el odio helado de sus ojos oscuros—. ¿De verdad quieres que hagamos intervenir las habilidades de la familia? —La punta de su espada restalló y saltaron chispas. Hyrcan palideció y sacudió la cabeza—. ¿Tal vez —dijo Elfrid maliciosamente— no puedes derrotarme de otro

modo?

El Príncipe saltó hacia adelante con un alarido salvaje; Elfrid blandió su espada y detuvo los furiosos golpes.

El mero hecho de que se defendiera era un tributo a su destreza y su coraje y también a las enseñanzas de Gontry; pero no se atrevía a alejarse del Rey y aquello jugaba contra ella. El brazo con que empuñaba la espada empezaba a dolerle y estaba entumecido, al igual que la mano, después de haber interceptado un golpe por lo alto que habría bastado para separarle la cabeza del cuerpo. Sentía las piernas pesadas. De pronto, el eco de varias voces se abrió paso hasta su conciencia: ¡Sedry! ¡Viene Sedry!

Hyrcan hizo una finta, arremetió, lanzó una estocada a fondo y la punta de su espada atravesó la camisa de Elfrid y se deslizó de arriba abajo, a la altura de las costillas. Ella dejó escapar un grito y se tambaleó, pero cuando el Príncipe Ascendiente avanzó, con la espada en alto para matar, Elfrid golpeó con la mano izquierda y le enterró la daga en el vientre. Hyrcan la miró, atónito, retrocedió tambaleándose y cayó. Elfrid, aturdida por el dolor lacerante en el costado, se dejó caer pesadamente sobre una rodilla, logrando con un supremo esfuerzo de voluntad mantener su posición entre los hombres de Hyrcan y el Rey. Sus ojos grises examinaron a los hombres uno por uno, evitando la oscura figura ataviada con los blasones de la Casa de Eavon. ¡Oh, Dioses! ¿Cómo ha podido? ¡Con Hyrcan!

—¡Tocad al Rey si os atrevéis! ¡Cualquiera de vosotros! —Nadie se movió.

Entonces Hyrcan gimió. Uno de sus hombres se adelantó, examinó con manos diestras la herida y apoyó sobre sus rodillas la cabeza de frondosa cabellera.

—Si muere, tú, juguete del Rey... —escupió.

—Si muere, sirviente de Hyrcan, Rolend será el Príncipe Ascendiente — interrumpió Elfrid con voz fría. Los cabellos oscuros le caían sobre la frente—. Tú no puedes hacerme nada peor que lo que Sedry ya ha planeado. —No hubo respuesta. Uno o dos de los hombres parecían estar incómodos.

Otro breve silencio, roto por el sonido de unos pasos rápidos bajando la escalera circular que llevaba a las habitaciones de Elfrid. Aparecieron Sedry y Rolend, acompañados por unos cuarenta hombres. A espaldas de Elfrid, el Rey se agitó y murmuró algo, pero cuando ella se arriesgó a echar una mirada, se había desvanecido de nuevo.

—Apártate de él. —Una mirada le había bastado a Sedry para darse cuenta de los hechos y se plantó frente a la joven, los labios apretados para contener una furia creciente. Su Aura arrojó un resplandor rojizo a través del estandarte caído.

—No.

—¿Vivirá mi hermano?

Sus ojos entrecerrados no se apartaban de la figura caída. El servidor de Hyrcan

asintió pero, al darse cuenta de que el Príncipe no podía verle, habló.

—Es probable que sí. Con muchos cuidados. Es una herida fea y profunda, pero vivirá.

—Rolend, envía a un hombre a por Panderic. Y tú, ve...

—No, hermano. Yo hago falta aquí. —Rolend hizo un gesto a uno de sus hombres, que se volvió y emprendió a toda prisa el mismo camino por el que habían venido; pero él se acercó a Sedry.

El Príncipe Heredero le echó una mirada siniestra, que Rolend mantuvo con firmeza. Condenado muchacho, debería haberme imaginado que me causaría problemas. Al final, Sedry se encogió de hombros y se volvió hacia Elfrid.

—¡Muévete, he dicho! ¡Ya! —Una chispa brotó de su mano y golpeó a la joven en el hombro. Elfrid se estremeció pero no hizo ningún movimiento.

—¿Vas a matarle, Sedry? ¿Harás lo que Hyrcan no pudo hacer?

No me moveré.

Su espada osciló y volvió a quedar quieta. Sedry se echó a reír con una risa desagradable.

—Hyrcan es un tonto. No pretendo asesinar a mi padre.

—¿No? Hay pocas cosas que no serías capaz de hacer, Sedry. Pero de todos modos, yo no tengo nada que perder. Fui sentenciada a muerte cuando derribaste las puertas, y lo sabes tan bien como yo. —Rolend dio un paso adelante, pero se contuvo.

—No. —Sedry habló como Elfrid: con una voz inexpresiva, sin matices—. Darion es mía, mía como debió haberlo sido desde hace mucho tiempo. Tengo toda la ciudad.

—¿Toda? —Pobre Padre.

—Toda. Y puedo permitirme ser generoso. —Una sonrisa helada cruzó su rostro. Los ojos oscuros de Elfrid, entrecerrados por el dolor, buscaron por un momento los de Rolend—. No haré daño a mi Padre. Y tú, Bastarda, eres de su sangre. Eso te salva.

—Mentira. —¿No se da cuenta de que yo sé? ¿Acaso cree que la mitad de mi sangre me niega la Adivinación? ¿O simplemente no le preocupa que yo sepa que piensa matarnos?

—No es mentira. No necesito mentir, porque he ganado. No pienso perder el apoyo de la nobleza. O el de Rolend. Se lo prometí, hace mucho tiempo. —Sedry habló por encima del hombro—. Díselo, hermano. Tal vez a ti te crea.

Rolend se adelantó y se arrodilló ante ella, poniéndole cariñosamente las manos sobre los hombros. De su persona irradiaba la compasión.

—Sedry dice la verdad, te lo juro, Elfrid. Lo juro por los Dos, parienta mía. De otro modo, no me habría aliado con él.

Él lo cree. Sedry miente, Rolend dice la verdad. ¡Y Ealdyron, hijo de Eavon! ¡Oh, Dioses, Bal apoyando a Hyrcan, ayudando a mi sanguinario hermano en el más vil de todos sus actos! ¡Entre todos los hombres, él, Baldyron! Elfrid se desprendió del abrazo.

—No quiero hacerte más daño, Bastarda —prosiguió Sedry fríamente—. Yo no soy Hyrcan, para dejarme arrastrar a una batalla y perder por exceso de confianza. Estás sangrando, apenas si puedes tenerte en pie. Sólo tengo que esperar. —Se hizo un silencio—. Apártate, no puedes ayudarle.

Era una amarga verdad. Elfrid se mordió los labios mientras Rolend le restañaba la herida con los destrozados faldones de la camisa.

—Confiaré en tu palabra, pariente mío —dijo al final. Rolend inclinó la cabeza. La espada cayó de la mano de Elfrid y, con ayuda de Rolend, se puso en pie. Entonces Sedry avanzó y se arrodilló junto a las colgaduras, observando al anciano Rey. Si Hyrcan lo ha estropeado todo... ¡no debe morir en Arolet! Respiró aliviado. El pulso era lento pero firme.

—Uno de éstos le golpeó con el estandarte —dijo Elfrid, en voz tan baja que Sedry apenas oyó sus palabras—, y yo le maté.

—¡Condenado Hyrcan! —gritó, rechinando los dientes—. Nunca debería haber... Bien, ya no puede remediarse. Gracias a los Dos, su herida no es grave... creo. —Hizo un gesto y ordenó a sus hombres—: Ocupaos de ellos. Cuando el Rey recupere la consciencia y la Bastarda haya sido atendida, traedlos a la Recepción. Rolend, quédate con Hyrcan. Si Panderic cree conveniente trasladarle, llévalo a sus antiguos aposentos. De lo contrario, usa las habitaciones de Alster.

—Hermano. —Rolend inclinó, sumiso, la cabeza, pero de un paso franqueó la distancia que les separaba. Sus dedos se clavaron en el brazo de Sedry—. Me juras...

—Te lo he dicho diez veces, por lo menos —replicó Sedry impaciente—. No tocaré a la muchacha y tampoco haré daño alguno a nuestro Padre.

Se volvió y se alejó a grandes pasos. Elfrid se apoyó contra la fresca pared de piedra, con los ojos cerrados. Los abrió cuando una espada le tocó levemente el brazo. Con un enorme esfuerzo atravesó el salón y siguió a los hombres, todos extraños, que llevaban al Rey.

Hasta transcurridos dos días, el Rey no estuvo en condiciones de presentarse ante su primogénito. Para todos los que asistieron a aquella audiencia era evidente que el anciano había sufrido un terrible daño. Alster se había encogido de forma visible desde la invasión de Arolet, se había convertido en un hombre mucho más viejo a sus sesenta años y parecía no ver bien, porque con frecuencia tropezaba y se pasaba una mano por los ojos. Murmuraba para sí mismo cuando Elfrid le introdujo en la gran Sala de Recepciones; su fuerte brazo derecho le sostenía mientras caminaban hacia el estrado. Elfrid vestía las mismas ropas desgarradas y ensangrentadas que llevaba la noche del ataque, llevaba las trenzas descabelladas como si se las hubiera hecho sin peine ni espejo y acomodaba su paso al de Alster. Transcurrieron varios minutos largos y silenciosos hasta que llegaron al pie de los tres anchos peldaños que conducían al trono.

Sedry estaba de pie a la derecha del sillón tallado y un escalón más abajo, porque todavía no había sido coronado. Su Aura esparcía sobre sus cabellos un resplandor dorado verdoso de satisfacción, que hacía resaltar las joyas engarzadas en la túnica de terciopelo oscuro y el anillo de esmeralda en el índice de su mano derecha.

—Como pariente cercano, eximimos al Príncipe Alster, ex Rey de Darion, de rendir pleitesía. A ti, no te eximimos. —Elfrid sostuvo de frente su fría mirada y sólo dobló una rodilla cuando dos hombres se adelantaron con gesto amenazante. Después de un silencio. Sedry prosiguió—: ¿No preguntas cuál será tu destino?

—No. Ya está sellado, lo sepa yo de antemano o no. Tú me lo dirás, cuando decidas hacerlo.

Los ojos de Sedry se entrecerraron.

—¡Qué criatura tan fría eres! No sé si eres valiente, como dicen algunos de los aquí presentes —hizo un gesto con la mano para abarcar todo el salón— o simplemente eres incapaz de una emoción verdadera. —Se sentó en el peldaño más alto, junto al trono—. Dije la verdad la última vez que nos vimos. Negaría todo lo que he planeado si matara a nuestro Padre. O a ti. Desde luego, no deseo hacerlo. — Mentiras. Una mentira tan fuerte que hizo sonarla Adivinación en su mente como una campana enloquecida—. Pero lo que es más importante aún, los Barones no volverían a confiar en mí, y yo necesito su ayuda.

»Sin embargo, no puedo encarcelaros dentro de las fronteras de Darion. El Príncipe Alster sería un constante peligro para la paz y la seguridad de estas tierras.

—El exilio, entonces.

Elfrid se puso en pie de un salto.

—¡Mátanos ya y completa tu obra, entonces! ¡Él no sobrevivirá a semejante viaje! —Su voz llenó el salón, haciendo cesar el murmullo de las conversaciones

desconcertadas de los asistentes—. ¡Mira a tu Padre, Príncipe! Está herido y la impresión que le han causado tus actos ha perturbado su razón. No está en condiciones de recorrer ni la mitad de Darion; además, es posible que nieve durante la semana, y en los bosques de Arlonia hay leones y osos. ¡El frío solo sería suficiente para matarle la primera noche! —Se detuvo para tomar aliento; cuando volvió a hablar, su voz era monótona e inexpresiva—. Ni yo podría aguantar el viaje a pie hasta Carlsport, en esta época del año. Ni tampoco muchos de tus hombres. Esto es un mero asesinato.

—Conoces la ley... Elfrid rió con amargura.

—¡La ley! Tú eres la ley en Darion ahora. Para bien o para mal. Te lo digo a ti, y a todos los que te sirven. —Levantó la voz e hizo un gesto con la mano como para abarcar a todos—: Es un asesinato mandar a este anciano al exilio, a pie. Sedry la miró y luego paseó la vista por el salón reclamando silencio. Por último suspiró con ostentación.

—Muy bien. Un caballo para el anciano; sí, debo conceder eso. —Elfrid abrió la boca para hablar pero volvió a cerrarla cuando Sedry levantó una mano en un gesto de advertencia—. Una cabalgadura. Comida y bebida para diez días. Una bolsa de monedas para que ambos podáis entrar en Embersy o en Belden.

—Mis armas...

—Tú no tienes armas. Ningún exiliado puede llevar armas; y a ti ese derecho te está doblemente negado, pese a lo que mi padre pueda haber hecho antes. Sin embargo —añadió, mientras se ponía de pie y empezaba a pasearse por el estrecho escalón—, soy consciente de que hay peligros desde aquí hasta el mar, peligros que el ex Rey de Darion no se preocupó de eliminar. Niego que sean tan grandes como tu histeria femenina te lleva a creer. Pero el Príncipe Alster puede conservar su daga. Tú tendrás un bastón, como el que cualquier doncella llevaría para caminar.

—Y si llegamos a Carlsport —replicó Elfrid con calma— será por la gracia de los Dos, Sedry, y no por tus actos. —El Príncipe giró de pronto sobre un talón. Su rostro, habitualmente pálido, estaba encendido.

—¡Debes llamarme Príncipe, Bastarda! Te he concedido más que a muchos de los que han recorrido ese camino. No provoques mi ira. El destino del anciano pende de tu lengua viperina. ¿O acaso quieres que vaya a la costa solo? —Elfrid apretó los labios y, con visible esfuerzo, guardó silencio. Los dedos de Alster se clavaron a su brazo reclamando su atención.

—¿Todos mis hijos fueron asesinados cuando los espectros cayeron sobre nosotros? Fueron los Fegez, estoy seguro. Nadie puede ser tan feroz en el ataque. —Miró a la joven, parpadeando, pero no pareció oír las palabras tranquilizadoras que ella le murmuraba al oído—. Debo conocerte, chiquillo, tú me has traído aquí desde los salones donde los espectros celebran su triunfo. ¿Eres acaso mi Hyrcan? No, y

tampoco el valiente Sedry. —Sus dedos temblorosos tocaron la barbilla de Elfrid—. Eres imberbe, como mi joven Rolend, pero tampoco eres él. —Su cara se descompuso y las lágrimas surcaron las mejillas arrugadas y la barba entrecana—. Ya no tengo hijos, chiquillo. No, y tampoco hijas. Eso sólo causa dolor. —Se volvió, se apartó de Elfrid y extendió los brazos. Por un breve instante su Aura fue un espléndido resplandor dorado que iluminó todo su cuerpo—. ¡Muertos, todos muertos! —clamó con voz terrible. Tosiendo, vaciló y se apoyó en su hija, que se estremeció, se mordió los labios y le ayudó con delicadeza a sentarse en el suelo.

Allí permaneció, tranquilo de pronto, contemplando sus manos y murmurando para sí.

Cuando Elfrid se incorporó su rostro estaba blanco.

—¡He aquí lo que has hecho, Príncipe Sedry! —Su grito rasgó el aire—. Tendrás que rendir cuentas ante los Dos por esto. ¿Y qué les dirás?

—¡No fue culpa mía! —estalló Sedry—. ¡Le advertí a Hyrcan! ¡Les advertí a todos los que estaban con él! El anciano no debía ser lastimado, en ningún caso. ¡Pero él prefirió luchar, maldito sea! ¿Acaso tú les hubieras ordenado a esos hombres que se dejaran matar como corderos? Él se resistió y no tuvieron elección.

—¡No podría haber actuado de otro modo! —gritó Elfrid. Dos de los hombres del Príncipe se colocaron entre ella y Sedry, espadas en alto—. ¡Éste es Alster! ¡Mejor guerrero que tú, Príncipe! ¡Aun a su edad, jamás se habría quedado esperando dócilmente, como una anciana, caer en las manos de alguien como tú!

—¡Silencio! —aulló Sedry. Elfrid calló, el rostro pálido, la respiración agitada—. ¡Sacadlos de aquí! Dadles una cabalgadura adecuada para el Príncipe, y también comida y bebida. Tú, Bastarda, escoge ropa para ambos. Nadie podrá decir de mí que te mandé al frío mal ataviada. Y me darás tu palabra, valga lo que valga, de que irás directamente a Carlsport y no intentarás desviarte de esa ruta.

—Es una palabra mejor que la tuya; y la tienes —replicó Elfrid con voz helada—. No arriesgaré la vida de nuestro Padre por la esperanza de vengarme de alguien como tú. —Sin agregar palabra, se volvió, ayudó al anciano a incorporarse y le acompañó lentamente hacia la puerta.

Cuando hubieron salido, Sedry se acercó a su nuevo escudero, heredero de un Barón menor de la comarca del Este, e íntimo amigo suyo.

—¿Cómo está mi hermano, Nolse?

—Mejora, Señor. —Nolse sonrió: una mera, casi imperceptible contracción de las comisuras de los finos labios—. Estaba despierto hace un rato, y la vieja ama estaba dándole un caldo. Él... no... —La sonrisa se hizo más amplia, poniendo un brillo de malicia en sus fríos ojos negros—. No aprueba vuestro plan de exiliar al Rey.

—Príncipe —le recordó Sedry, mesándose la barba con aire ausente—. Malhadado sea Hyrcan. De todas maneras, casi lo estropea todo; él y los estúpidos

que le acompañaban. Siete hombres, Nolse, y ninguno capaz de detenerle.

—Hum... —farfulló Nolse. Se imaginaba muy bien la escena. Él mismo sentía terror ante el Príncipe Ascendiente.

—Por suerte la muchacha pudo mantenerlo a raya —dijo Sedry.

—¿Cómo? ¿Le estáis agradecido a la Bastarda? —Nolse soltó una carcajada.

Sedry se encogió de hombros.

—Ya sabes lo que quiero decir. —Miró a su escudero de soslayo—. ¿Tú la has visto luchar? Yo no. Pero he oído decir que lo hace bien.

—Yo estaba con vos —le recordó Nolse—. Pero después hablé con Baldyron y Jessack. Los dos estuvieron allí. Les dice que no fue la suerte lo que mantuvo a vuestro hermano a raya tanto tiempo. Y Bal dice que ella podría llegar a igualarlo. Si es que —añadió, sonriendo apenas— vive lo suficiente, desde luego.

Sedry levantó las cejas. El hijo menor de Eavon tenía un innegable talento con las armas.

—Pero tenéis razón, Señor —prosiguió Nolse—. Los Barones del Norte no habrían aceptado la muerte del Príncipe Alster, ni siquiera en lucha franca.

—Y tampoco la mayoría de los Barones de la Marca. Incluso en el Sur hay mucha más gente delicada, como Rolend, de lo que uno podría creer, Nolse. Genneldry no se queda atrás. Y nosotros necesitamos todo ese apoyo. Aún necesito a Rolend. —Sedry volvió a sentarse en el peldaño, se echó hacia atrás apoyándose en los codos y contempló absorto el alto techo—. El exilio, entonces. Excelente medio de resolver un dilema que ha perturbado a los hombres desde la primera vez que un trono fue usurpado, me atrevería a decir. Pero... el camino desde Arolet hasta el mar es largo. Y dicen que Arlonia está volviendo rápidamente al salvajismo.

—Eso dicen —replicó Nolse, con voz neutra.

—Se han visto osos cerca del camino, y corren rumores sobre bandidos. Deberías investigar eso.

—Desde luego —asintió Nolse seriamente. Se miraron a la cara. El escudero inclinó la cabeza en un saludo y salió de la habitación.

Sedry volvió a su contemplación del techo. No era necesario decir en voz alta pensamientos que era mejor callar: Nolse pensaba como él y sabía lo que quería. Y cómo lo quería. Podía dejar las cosas en sus manos. Sonrió con una sonrisa amplia y desagradable.

Nolse se detuvo cerca de la puerta para enviar a varios hombres fuera del castillo: algunos a los establos a cambiar la guardia; otros, a vigilar desde los muros exteriores; y el resto a tomar la comida de la tarde. En el vestíbulo se encontró con el joven Baldyron de Eavon.

A Nolse le tranquilizaba un poco pensar en Baldyron en esos términos. Es cierto

que era el menor de los hijos de Fresgkel, dejando de lado a Elyessa, que era un niño; y además era también seis años menor que el escudero del nuevo Rey. Pero frente a frente con él, Bal tenía la seguridad, la fuerza interior de un primogénito; actuaba según sus propias ideas, y Nolse, por lo general expansivo y conversador, se sentía extremadamente incómodo cerca del joven Eavon.

No era que Bal fuese rudo, en modo alguno. No necesitaba serlo. Simplemente estaba allí, su rostro moreno suavemente cortés, sus profundos ojos oscuros inexpresivos.

Mientras se acercaba al joven, Nolse pensó que lo que más lo irritaba era que Bal decididamente descollaba entre los demás, incluido él.

—El Rey te envía sus saludos, Bal, y te pide que busques a los Consejeros de Alster. Deben presentarse ante él ahora mismo. Sugiere también que trates de comer ahora, porque te necesitará durante la cuarta guardia.

El hombre de la Marca se inclinó con elegancia, se volvió y empezó a subir las escaleras con paso rápido. Nolse se quedó mirándole con el ceño fruncido. Algo iba mal: Bal tenía los labios pálidos, estaba ojeroso y parecía enfermo. Se encogió de hombros. Mientras no fuese la peste, nada tenía que ver con él; Baldyron no contestaría a una pregunta solícita acerca de su salud. Y pensándolo bien, acerca de ninguna otra cosa.

Nolse se encaminó de vuelta al salón principal. Tenía cosas que arreglar, y rápido: Sedry dependía de él. ¿A quién mandar? ¿En quién podría confiar para la misión a Carlsport? ¿Quién sería capaz de planear la mejor y más sencilla emboscada y llevarla a cabo con éxito dentro del bosque? Una maliciosa sonrisa curvó sus labios mientras bajaba la escalinata y se dirigía a los cuarteles transitorios. La única desventaja de su plan, le parecía, era que no podría ver la expresión de la cara de ella cuando sucediera.

Baldyron se detuvo bruscamente en lo alto de las escaleras. Los Consejeros, Dioses, dónde podría encontrarlos; y, para colmo, el odioso heredero de Woldeg persiguiéndole para que cumpliera con las tareas de Sedry. Echó una ojeada desesperada al largo pasillo con sus numerosas puertas cerradas. La tercera de la derecha conducía a los aposentos de las Princesas Gemelas; dos viejas siervas chismorreaban en el umbral. Les dio el recado y siguió avanzando.

Su expresión era sombría. Por fortuna recordaba el camino por haberlo recorrido la noche anterior; y más aún, lo recordaba porque conocía los recovecos de Arolet. Había mucho por hacer. Y además, la cuarta guardia, bendito sea Sedry, podría haber sido peor. No había mucho tiempo, pero bastaría.

Se deslizó con pies ligeros a lo largo de un corredor en sombras, hasta la habitación que compartía con los quince hombres que le acompañaban y que había

puesto a las órdenes de Sedry. Después salió, embozado en su capa, con un envoltorio bajo el brazo y tanteando la pared con la mano derecha. Abajo, hacia la... ¿derecha? ... y de nuevo hacia la derecha.

Su sentido de la orientación no le traicionó: salió al salón de los banquetes, oscuro y desierto en ese momento. El suelo estaba aún cubierto por los despojos de la batalla y el aire olía a madera húmeda y quemada. Ningún guardia vigilaba la entrada del túnel. Se precipitó hacia el interior, casi corriendo, y avanzó decidido hacia el Claro del Cazador.

## 6

Elfrid aminoró el paso. El Rey debía estar dormido; había hablado cada vez menos durante la última hora. Y no tenía sentido atosigar al caballo, un pobre animal que había pasado hacía años la flor de la edad y, además, era rengo. Pero si no se le forzaba más allá de un trote cómodo, su paso era regular y no parecía que fuera a tropezar. El Rey, no, el Príncipe, el Príncipe Alster, yacía con la cara contra las negras crines hirsutas. Una lágrima corrió en silencio por la mejilla de Elfrid.

Hacía dos horas que habían dejado atrás Lertondale, las últimas granjas aisladas, y se aproximaban a los primeros árboles del bosque donde el Rey y su hija habían cazado con frecuencia. También habían pasado frente a los últimos campesinos silenciosos que les habían seguido con la mirada. Elfrid quiso ahorrarse la visión de tantas caras asustadas y tristes, y mantuvo los ojos clavados en el camino, levantando la vista sólo para asegurarse de que el anciano seguía aferrado a la montura. Durante la primera legua les acompañó una guardia que ella ignoró por completo.

Todo había terminado. Cualquier apoyo con que Alster pudiera haber contado se desvanecería como nieve de primavera apenas la noticia corriese por la Ciudad. Porque el anciano Rey estaba loco: el rumor había cundido como un viento helado hasta los mercaderes alineados al borde de la ruta, cuando Alster les sonrió, les saludó con la mano y después se echó a reír, interrumpiendo de vez en cuando sus carcajadas para caer en un discurso incoherente y entrecortado. Elfrid había azuzado al máximo el caballo, y murmuró una oración de agradecimiento cuando por fin dejaron atrás Lertondale.

Sus dedos acariciaron la larga y enjoyada daga ceremonial que había sido de su padre. Al menos Nolse, el secuaz y siervo de Sedry, no había respetado al pie de la letra las instrucciones de Sedry respecto del arma y, antes de regresar con su guardia, se la había entregado a ella.

La daga casi inútil y un bastón con la punta recubierta de estaño eran sus únicas armas. Las provisiones estaban envueltas y atadas al caballo: dos salchichas secas y varios panecillos; un pedazo de mantequilla y dos botas de vino. Además, una pesada capa de invierno, impermeable por fuera y forrada de piel por dentro. Pedernal y yesca. La estrecha bolsa de cuero, que tintineaba al golpear contra su pierna, contenía un generoso puñado de monedas de plata. Sedry le había permitido cambiarse el pantalón y la camisa, sucios y desgarrados. Pero se había regodeado malignamente al prohibirle vestir ropas similares. La capa de viaje y la falda algo más corta, de un tejido de lana oscuro y resistente, abrigaban más que los pantalones, pero resultaban incómodas, se enredaban en sus piernas y retardaban su paso.

Sedry no le había ofrecido la cota de malla, ni el chaleco de cuero que le regalara Gontro el último verano; y ella no los pidió.

Miró hacia arriba, temblando, mientras el sol se hundía detrás de un alto banco de nubes. Oscurecería temprano y haría frío. Quizás hasta lloviera.

De pronto, una advertencia recorrió aquel sentido interior que controlaba sus Dones: tres pájaros de plumaje gris y blanco surcaron el aire a baja altura y se perdieron detrás de los árboles, hacia el Oeste. Las palomas de Sedry, sin duda. Aferró la empuñadura de la daga. La causa de Alster estaba perdida, y también lo estaba él. La misma Elfrid estaba perdida, aunque por el momento no lo sentía. Un sentimiento de culpabilidad, de rabia, de frustración, la sacudió. No había salvación: Una doncella guerrera novata y herida para proteger con un cortaplumas a un anciano, pensó con amargura, y sus labios se crisparon, porque al dar un paso en falso la sacudida traspasó con una punzada de dolor el costado herido. No, la culpa no era suya, al menos no podía creerlo. Que su padre hubiese confiado en Sedry tampoco era culpa del anciano: él era así, simplemente. ¿Era entonces la culpa de Sedry, por ser codicioso y vil como su madre? La culpa no era de nadie, sino de todos.

Ya no importaba. Sedry no dejaría nada al azar, no era su estilo. Y ellos no llegarían vivos a Carlsport.

Alster se agitó, murmuró algo para sí y se irguió sobre el caballo.

—Tengo frío, chiquillo, frío. —Elfrid detuvo el caballo y ayudó al anciano a deslizarse hasta el suelo. Él la miró, todavía aferrado a la crin del caballo—. Debería conocerte, muchacho. Conozco a todos mis pajes. ¿Eres nuevo en mi servicio? —El lenguaje arcaico, con fuerte acento de la Marca, que hablaba en su juventud, resurgía con fuerza aunque lo había suprimido desde hacía tiempo. Se volvió, todavía aferrado al caballo, y retrocedió algunos pasos para observar el camino—. ¿Dónde está mi Elfrid? ¿Viene con nosotros? —El viejo jamelgo se quedó quieto, con la cabeza baja y las orejas erguidas.

—Yo soy Elfrid, Padre. Aguarda un momento. Aquí tengo un abrigo. —El anciano Rey miró inexpresivamente a su alrededor.

—¿Dices que también viene mi Elfrid? Es una buena hija. Todos mis otros hijos están muertos. ¡Muertos! —Echó la cabeza hacia atrás y contempló el cielo gris—. Dulces retoños, mirad su oscura belleza. Los árboles están cargados de frutos. La cosecha será abundante. —Retrocedió un paso más. Elfrid lo contemplaba con ansia, pero como no se alejaba de la cabalgadura, estiró el brazo para tomar el paquete.

Era difícil hacerlo todo con una sola mano, pero lo logró y la capa envolvió los hombros del anciano, rehizo de nuevo el paquete y lo colocó otra vez sobre el caballo. Su propia capa era liviana y el forro de piel estaba gastado, pero no tenía otra cosa.

Persuadir a Alster de que volviese a montar, y ayudarle a hacerlo requirió de Elfrid un esfuerzo aún mayor. Cuando se pusieron en marcha sus rodillas temblaban.

El Rey se mantuvo erguido durante un rato, mirando alrededor y manteniendo una

voluble conversación consigo mismo, que su compañera oía sólo por momentos.

—Un pájaro. Cuidado, muchacho. Dicen que espían a los hombres. Un puñado de granos, eso los engaña. —Cerró los ojos, cantó fragmentos de canciones festivas. Guardó silencio por un rato—. Todos muertos, mis queridos muchachos, mis bonitas hijas. ¿Y cómo puede un hombre viejo tener otros hijos? ¡Miriellas! —Elfrid se sobresaltó. Hacía mucho tiempo que no oía pronunciar el nombre de su madre—. Miriellas, mi bienamada, da un beso a este hombre viejo, dime cuan contenta estás de verme. ¡No, no eres Sigurdy! Yo la mandé —rió por lo bajo— a los establos, a forrajear con los ratones. —Silencio otra vez—. Todos muertos. —Había lágrimas en su voz—. Las grandes salas de Arolet, los amplios salones de Orkry, han temblado. Dicen que no queda piedra sobre piedra. —Volvió a reír, con una risita débil y triste. Elfrid se estremeció—. ¿No está oscureciendo, chiquillo? Debemos detenernos para pasar la noche.

—Todavía no es de noche, Padre. Sigamos andando un poco más.

—Ya no soy Padre —replicó Alster severamente—. Mis hijos están muertos. ¡Una mariposa! —gritó de pronto con regocijo, mirando el polvoriento camino y los árboles otoñales e inclinándose peligrosamente hacia adelante. Un resplandor de Luz Difusa parpadeó por un momento alrededor de la cabeza del caballo—. ¡Alayya, Elorra, por los Dos, es una señal! ¡Detente, muchacho! ¡Es mi Elfrid quien viene y debemos esperarla!

—Yo soy Elfrid, Padre.

—No me llames Padre, mis hijos están muertos. Yo... no puedo verme las manos, ya es hora de detenernos para pasar la noche. Mi Elfrid veía en la oscuridad, dicen, pero ella se fue.

—Padre...

—Voló —continuó el Rey con aire soñador— como una lechuza. Los espectros han quedado confundidos.

—Padre mío...

—Te digo que ya no soy Padre. ¡Mis hijos están muertos!

Silencio, excepto el sordo ruido de los cascos del caballo sobre el estrecho y polvoriento camino. El bosque se espesaba alrededor de los viajeros, las nubes oscurecían el cielo y, de vez en cuando, heladas ráfagas de viento les azotaban, alborotando los oscuros cabellos de Elfrid ceñidos en una larga trenza y agitando la blanca melena del Rey.

—Debemos detenernos —dijo el anciano, impaciente—. Ellos viajan de noche, las bestias, los Fegez. Mi Elfrid podía detener a las bestias, pero no está aquí. Los Fegez... ¿Quién los detendrá, ahora que el valiente Sedry está muerto? —Siguió murmurando para sí, pero al fin se inclinó hacia adelante y abrazó el pescuezo del animal, con los ojos cerrados. Su hija se secó las lágrimas con dedos helados.

No se atrevía a seguir avanzando. Llevaría tiempo juntar leña y encender un fuego; tenía que hacerlo mientras aún era de día. La fogata sería necesaria contra el frío, si no contra algo peor. Aun cuando fuera peligroso... ¡Bien, basta!

De pronto, se quedó inmóvil y sofocó un grito cuando el caballo le golpeó el costado. ¿Era el eco? No, otro caballo se acercaba al galope. Así que no nos dará ni siquiera un día. Yo creía que la oscuridad de Arlonia sería más conveniente para el asesinato de un Rey, pero Sedry siempre ha sido impaciente. Echó rápidas miradas a uno y otro lado, sacó la daga y retrocedió por el camino hasta situarse entre el caballo y el jinete que se aproximaba. Imposible esconderse: no había ni una roca, ni un arbusto. No había tiempo.

La niebla temprana y una elevación del camino le ocultaron al jinete hasta el último momento, pero el ruido de sus cascos resonó en el silencio del bosque. Entonces, un caballo bayo de amplio pecho, una cabalgadura de caballero pero sencillamente enjaezada, apareció ante su vista.

El animal se detuvo a pocos pasos de distancia. Se encabritó, pero una mano firme sujetó las riendas, hasta que quedó quieto. Elfrid permaneció de pie, inmóvil. El Aura jugueteaba alrededor de sus manos, poniendo en evidencia la daga. Durante algunos momentos el jinete permaneció en silencio. Después, con un movimiento súbito y violento echó atrás la capucha y mostró su cara alargada y morena, más ancha en los pómulos y enmarcada por una barba corta y bien cuidada. Debajo de la capa, Elfrid pudo distinguir el emblema de su cota de armas: dos serpientes verdes.

—¡Oh, Dioses! ¡Entre todos los hombres que Sedry podía enviar para matarles, entre todos sus serviles secuaces dispuestos a cumplir semejante hazaña! Se sintió flaquear: había llegado el momento, y quien estaba frente a ella era el hijo favorito del anciano Fresgkel. Una oleada de ira barrió el dolor. Y tú que culpaste a tu Padre por haber confiado en Sedry, pensó. ¿Y tú, en quién confiabas?

—Veo que la Casa de Eavon trata de congraciarse con el nuevo Rey de Darion —exclamó con firmeza. El jinete permaneció inmóvil y silencioso—. Acercaos entonces, no dejéis que el honor detenga vuestra mano. —Los ojos oscuros buscaron los suyos, pero en vez de sacar la espada, el caballero tomó un envoltorio y lo arrojó al suelo, frente a ella.

—Una ayuda para Alster, Rey de Darion. Y —vaciló— también para vos, Señora.

—No soy más Señora que él Rey —replicó Elfrid fríamente—. ¿Qué trampa es ésta?

—No es ninguna trampa.

No es una trampa. A diferencia de Sedry, él decía la verdad.

—Pero ¿por qué? Lo que habéis hecho puede costaros la vida.

—¿Creéis que no lo sé? —preguntó, con fuerte acento fronterizo—. No os confundáis, Señora. He jugado mi suerte al apoyar a Sedry y asumiré las

consecuencias. Pero no toleraré que se haga daño a este hombre, que fue Rey y lleva sangre real en sus venas. —Vaciló—. Ni a vos, Señora, que sois de su estirpe.

—Y sin embargo estuvisteis con Hyrcan —dijo Elfrid, con un nudo en la garganta.

—Ya estoy pagando por eso. Sedry me puso allí para contener a Hyrcan. —Rió amargamente—. ¡Contener a Hyrcan! ¡Como si alguien pudiera hacerlo! —Se contuvo y contempló a la joven—. No, vos salvasteis su vida. Os habéis ganado vuestras armas, digan lo que digan. —Miró al cielo—. Y vuestra herida... ¿Es grave?

—Sólo dolorosa —dijo Elfrid. Era una mentira, pero su orgullo le impedía decir otra cosa.

—¿Podéis usar vuestras armas? —insistió el caballero.

—Lo suficiente —respondió ella encogiéndose de hombros.

—Quizá. —No parecía satisfecho con la respuesta, pero guardó silencio. Miró de nuevo al cielo, tironeó de las riendas e hizo retroceder al caballo—. Tened cuidado en Arlonia, Señora.

—¿Cuidado? ¿Por qué?

—No sé nada más, sólo eso. Cuidado en Arlonia, vigilad cada sombra.

—¿Por qué me habláis así? ¿Por qué...? —Baldyron giró en redondo y tocó levemente los flancos de su caballo con los talones. El animal salió disparado. Elfrid lo contempló con una expresión vacía mientras se alejaba.

Más tarde convocó una bola de Luz Difusa sobre el camino oscurecido y se inclinó para examinar el envoltorio. Una manta: más abrigo para el anciano. Dentro de la manta (sus ojos se agrandaban, sus dedos se enredaban en el áspero tejido) una espada, su espada. Por los Dos, ¿cómo pudo conseguirla? Y además, ¡dioses!, una camisa y un pantalón; no era su ropa, probablemente le iría grande, pero era ropa con la que podría luchar cuando fuera necesario.

Había más: cuando sacó el pantalón apareció un arco, dos cuerdas de repuesto y un manojo de flechas largas, de asta negra. El diseño del asta, las plumas del extremo, eran extraños. Reconoció el viejo carcaj de cuero que pertenecía a Gontry. Torpemente se enjugó con la mano las lágrimas que le corrían por la cara.

Siguió mirando: vendas y unguento en un pote de mimbre; hierbas envueltas en lienzo. Se las acercó a la nariz: olían a jengibre. Aliviarían el dolor de su costado y evitarían la infección. ¡Dioses, había pensado en todo!

Palpó las flechas: eran viejas, pero estaban intactas, a juzgar por el aspecto. El peso de la espada era reconfortante. Por los Dos, de pronto tenían una posibilidad, cuando todo parecía perdido. Dirigió una mirada breve e intensa al camino desierto. Una ayuda para Alster, Rey de Darion. Y también para vos, Señora.

—Ningún hombre me había llamado Señora hasta hoy —susurró.

Apartó los pensamientos y se afanó con el paquete. Sujetó la espada y el carcaj a

su cintura y ató el arco a la montura. Después abrigó sus hombros helados con la manta.

Menos de una legua y podrían detenerse, pero había que darse prisa. La Luz Difusa era prácticamente inútil para buscar leña. El Rey suspiró en sueños mientras el viejo corcel avanzaba por el camino.

—Basta de jaleo, Panderic —gruñó Hyrcan. Apartó a su vieja ama y se incorporó con dificultad en el lecho. Tenía los ojos entrecerrados, y su boca delicada se apretaba en un gesto de dolor y disgusto—. No debiste dejarlos ir, Sedry.

—Ten cuidado con el tono que empleas conmigo, Hyrcan —respondió Sedry sin alterarse—. Estoy bastante disgustado contigo. Tu ocurrencia casi me cuesta esto... —Pasó con suavidad un dedo por la diadema que ceñía su frente. Era de oro y las piedras rojas que tenía engarzadas estaban casi ocultas entre el delicado diseño de hojas y vides.

—Fue estúpido de tu parte perdonarles la vida.

—Más estúpido hubiera sido matarles —dijo Sedry en tono terminante. Hyrcan lo miró pero no replicó; se reclinó contra las almohadas, tironeando de las mantas con dedos inquietos. Los diez días de reposo habían devuelto el color a las mejillas del Príncipe, pero todavía no había abandonado el lecho—. Reflexiona, Hyrcan —añadió—. ¡Matar a un Rey, no importa cuan mal gobernante sea! ¡Pero peor aún, matar a mi propio Padre! Todos los nobles habrían pensado: «Si ha sido capaz de hacer esto, ¿quién de nosotros estará a salvo con semejante individuo?». No, hermano. En lugar de eso, he sido piadoso. Al exiliarles...

Hyrcan rió por lo bajo.

—Te conozco, Sedry. Les exiliaste, sí, pero ellos jamás llegarán a Carlsport vivos. ¿No es así? —Sedry desvió la mirada—. Sabes que puedes hablar en presencia de Panderic.

—Pues bien, ¿qué quieres decir? —preguntó Sedry encogiéndose de hombros.

—Quiero decir que todo el mundo sabe muy bien por qué cuatro hombres estaban esperando en el cruce de los caminos en Arlonia, pero no se sabe por qué están muertos.

—¿Dónde has oído eso? —preguntó Sedry. Hyrcan no respondió. Jadeó, cerró los ojos y se recostó en los cojines.

—Lo he oído. ¿Y qué hay de cierto?

Sedry se incorporó y se puso a recorrer la habitación a grandes pasos.

—¿Quién lo sabe? Yo no. Al menos, no todavía. Ellos sólo tenían aquella hermosa daga que nuestro Padre gustaba de llevar a las Festividades, y un bastón. —Se detuvo junto a la ventana—. Aquellos cuatro no eran hombres de armas.

—Eran simples asesinos —interrumpió Hyrcan. Sedry le echó una mirada siniestra.

—Pero capaces de enfrentarse con quienes se tenían que enfrentar: un anciano loco y una muchacha herida. Me han dicho —prosiguió— que tres de ellos fueron muertos con flechas, flechas de asta negra. —Se volvió y miró a su hermano a los

ojos—. Conozco las flechas de todos los nobles de Darion, Hyrcan. Ninguna es negra.

—No. La Bastarda es hábil con el arco... dicen. —Hyrcan cerró los ojos de nuevo y permitió que el ama le acomodara las almohadas.

—Lo es; la he visto. Mejor con el arco que con la espada, de lo cual tú debes dar gracias a los Dos, Hyrcan. ¡Pero ella no tenía arco! —Sedry dio un puñetazo sobre su mano abierta—. Y aun cuando lo tuviera, tú la marcaste, ¿recuerdas? ¿Tensor un arco con un corte sobre las costillas y curado a medias? Creo que no es posible. El cuarto hombre —continuó, y sólo sus ojos traicionaban la furia que le invadía— tenía la daga clavada en el pecho.

—Un misterio —murmuró Hyrcan, dándose cuenta de que se esperaba de él algún comentario.

—Así es. Un misterio que puede quedar sin resolver, a menos que yo envíe al joven Eavon y a cinco de sus hombres a averiguar personalmente lo que pasó.

—La Bastarda, contra cuatro...

—¡Deja de hablar de ella, Hyrcan, hermano mío! ¿Qué puede haber hecho? No tenía armas, y ¿quién en Darion se habría atrevido a dárselas? ¿Los campesinos de Lertondale? Y en tal caso, ¿cómo las hubiera usado? Pero tal vez alguien les haya ayudado. De todos modos —murmuró, levantándose—, no puedo cambiar nada; hice lo que dije que haría, aunque no era mi intención hacerlo así. Se embarcaron en el Gyrfalcon, nuestro loco Padre y su querida hija, hace cuatro días. Llegarán a Embersy del Norte dentro de tres.

—Podrías mandar un aviso —dijo Hyrcan, tras un largo silencio.

Sedry, que había reanudado su paseo, sacudió la cabeza.

—Podrías enviar tus palomas —insistió Hyrcan.

—No hay mensajera capaz de atravesar el mar. Olvídalo, Hyrcan.

—¡Fui yo quien estuve al borde de la muerte, no tú, Sedry! —estalló Hyrcan. Sedry se apoyó contra la pared y echó la cabeza hacia atrás. Contempló con frialdad a su hermano con los ojos entornados.

—Sí, lo sé. Estuviste al borde de la muerte porque eres un tonto, Hyrcan. —Formó una bola fantasmal de Luz Difusa y jugó con ella, lanzándola de una mano a la otra—. Dejaste que tu odio infantil obnubilase tu habilidad con la espada. Y tus sentidos. ¡Y más aún, olvidaste tus promesas! Imagina lo que habría sucedido si hubieras muerto. ¡Muerto en combate por una moza descalza que ni siquiera sabe qué lado de una hoja debe afilar! —Esbozó una sonrisa ante la expresión sombría de su hermano.

—Morelis será Reina de Embersy del Sur antes de que termine el año —dijo Hyrcan, obstinado.

—Quizá. Pero eso no importa. Morelis es demasiado práctica para embrollarse

con semejante idea. —Hyrcan cerró los ojos y dejó que Panderic le enjugara las mejillas con un paño húmedo—. Pero no te sientes bien, hermano —prosiguió Sedry en tono amable— y no debo inquietarte. —Después, dirigiéndose al ama, preguntó—: ¿Debo enviar a los curadores?

Los monjes-médicos personales de la Reina Madre estaban ya en Arolet. Habían recorrido la distancia entre Bienes y el castillo en un tiempo brevísimo.

—No es necesario, Señor —replicó Panderic cortésmente.

—Tú eres la que mejor lo sabe, estoy seguro. Pero alertaré a la guardia. Si necesitas algo, llámales. —Panderic hizo una profunda reverencia. Sedry se volvió y salió de la alcoba.

El nuevo Rey atravesó lentamente el salón y se dirigió hacia la gran escalera que le llevaría al piso principal, donde estaba la Sala de Recepciones. Otra reunión con los obstinados Consejeros de Alster dentro de una hora. ¡Dioses, eran difíciles! Pero estaban aprendiendo, y rápido.

Si Hyrcan muriese sería desastroso, reflexionó. No por su estimada persona, desde luego. Sedry no amaba especialmente a nadie, y menos aún a su peligroso hermano homicida. Pero la facción de su madre era ante todo leal al Príncipe Ascendiente (Príncipe Heredero por el momento, hasta que Sedry tuviera un heredero propio), dado que Hyrcan había sido el único que se había declarado ferviente devoto de Sigurdy, en franco desafío a las órdenes de Alster. Y Sigurdy siempre había querido más a Hyrcan, su «niño cambiado», que al resto de sus hijos. En cuanto a sus parientes y a los que apoyaban a su familia, habría que darles tiempo para que transfirieran su lealtad plena al nuevo Rey. En el ínterin, el apoyo de la Reina Madre sería fundamental; y si bien Sedry confiaba en su apoyo por sí mismo, sería mucho más fácil con Hyrcan a su lado. Había que hacer todo lo posible para que Hyrcan se recuperase. El Príncipe era necesario.

Sedry bajó apresuradamente las amplias escalinatas y se detuvo en el vestíbulo en el instante en que se abrían las puertas para dar paso a los hombres: eran seis, mugrientos, mojados, como si hubiesen cabalgado toda la noche bajo la lluvia. Los colores del capitán, azul oscuro y verde pálido, apenas se vislumbraban bajo las manchas de sus ropas.

Entonces el Rey avanzó, con una amable sonrisa de bienvenida. Los seis hombres se arrodillaron con dificultad. Sedry apoyó una mano en el hombro del capitán.

—¡Baldyron, mi buen amigo! Bal, no esperaba verte hasta las primeras horas de mañana. Habéis cabalgado duro. —Llamó a un sirviente con un gesto—. Traed vino caliente y pan tostado para estos hombres. No, no aquí; iremos al salón pequeño. —Y después abrazó al alto y esbelto Baldyron, y lo condujo hacia el pequeño salón que había sido, hasta no hacía mucho, la salita privada de Alster. Los otros cinco,

exhaustos, les siguieron.

En la habitación las lámparas arrojaban un alegre resplandor sobre las paredes blancas. Un fuego ardía bajo. Otro sirviente entró detrás de ellos, se apresuró a echar más leña al fuego y avivó las luces.

—Sacaos las capas o pillaréis un resfriado. Poneos cómodos —dijo Sedry. La cansada sonrisa que asomó en el rostro de Baldyron fue respondida con otra, cálida, del Rey. Cuando todos estuvieron sentados, sin las capas y con la cota suelta en el cuello, trajeron el vino y las copas. Baldyron levantó la suya en un silencioso saludo, y bebió largos tragos.

—Mi agradecimiento, Señor, y el de mis hombres. —Su voz sonaba ronca y cansada—. Hemos descansado poco, porque sabíamos que querriais conocer las noticias cuanto antes. —Echó la cabeza hacia atrás y vació la copa.

A un gesto suyo, uno de sus hombres abrió la aljaba que llevaba y extrajo una flecha larga y muy delgada, con la punta en forma de dardo y rematada en el otro extremo por un curioso adorno de plumas de cuervo. El asta era mucho más larga que la de las flechas que se usaban en Darion, y no estaba pintada, excepto un pequeño dibujo rojo en el extremo superior: un aguilucho con las alas desplegadas. Sedry examinó el dibujo, palpó el asta con manos diestras. Después dejó caer la flecha sobre la pulida mesa. La punta y parte del asta estaban manchadas de sangre seca.

—No reconozco en absoluto este diseño. —Murmuró el Rey. Baldyron le miraba fijamente—. ¿Quién en toda Darion usa plumas de cuervo?

—Nadie. —Replicó el joven marqués. El discurso ensayado con cuidado fluía de sus labios—. El pueblo las considera de mala suerte; y los nobles las encuentran toscas. El estilo del asta es más beldeniano que de Darion, diría yo, aunque... quién sabe. Nunca he visto nada parecido en Darion. —Excepto, pensó, aquellas cinco que he guardado durante tantos años, aquellas extrañas flechas que me llamaron la atención en Carlsport.

De pronto, le asaltó una preocupación: ¿podía alguien haberse fijado en ellas cuando las llevaba en su equipaje? Su padre, sin duda; y también el rhamseano que le había asegurado que eran originarias de los desiertos del Oeste, más allá del mar. ¿Qué pensaría aquel mercader si supiera que sus exóticas flechas habían salvado la vida de un Rey y de una dama?

Otro pensamiento le preocupaba. ¿Cuál era el verdadero alcance de la Adivinación en el nuevo Rey? Menor que el de Alster, sin duda. Sedry no había sido aficionado al estudio en su juventud, y evitaba los ejercicios siempre que podía. Los Dones Reales debían ser ejercitados, trabajados. Cuidado, recordó, y dejó en suspenso el discurso mental que podía perderle. Sedry estaba hablando. Baldyron se incorporó con esfuerzo y prestó atención.

—¡No tiene sentido! —decía Sedry. Se sirvió más vino y llenó también la copa de

Baldyron con el brebaje, a pesar de sus rechaces—. No, mi joven amigo, no hablo de vos, que os habéis ganado mi reconocimiento por vuestra hazaña. —Las palabras de Sedry eran deliberadamente formales—. No olvidaremos la celeridad con que os movisteis para satisfacer nuestra curiosidad sobre este ataque contra nuestro pobre Padre. Aun cuando todavía no sepamos lo que sucedió, fuera del informe de Carlsport. Y ahora decidme: ¿pudisteis averiguar quiénes fueron?

Baldyron se encogió de hombros.

—Ninguno de nosotros les conocía, y no iban ataviados con los colores de ninguna Casa. —Sedry hizo un esfuerzo para reprimir su sentimiento de alivio—. Para seros franco, me parecieron más bien gentuza de Carlsport que verdaderos hombres de armas.

Por los Dos, pensó Baldyron con tristeza mientras hablaba, ¿cómo puedo tener un forte tan inocente? ¿Qué he hecho? ¿Qué daño me he causado a mí mismo, a mis hombres, a mi familia, al seguir a este hombre? Pero su rostro no reflejaba nada de lo que pasaba en su mente, y otra vez rechazó los pensamientos peligrosos.

—Bien, supongo que ya no importa —dijo Sedry al final, con un profundo suspiro—. Es un misterio, pero él está a salvo, y supongo que eso es lo único que importa, ¿no es así? En cuanto a ti —dijo, dirigiendo una brillante sonrisa a su compañero—, hijo menor de Eavon, no te faltarán honores, amigo mío.

—¡No lo he hecho por eso! —protestó Baldyron incómodo, pero el Rey se echó a reír.

—Lo sé, y por eso te estimo aún más. Un Rey puede confiar en pocos hombres, Lord Baldyron. Y vos sois uno de ellos. La Casa de Eavon os está negada, lo sé —continuó Sedry, usando, como lo hacía a veces, la forma arcaica de la segunda persona que era corriente en el habla de la Marca, donde él había vivido tanto tiempo—, pero habrá otra Casa para vos, después de que los espectros Fegez hayan sido rechazados... si aceptáis. —Baldyron le miró a los ojos y, con un leve suspiro, inclinó la cabeza ante lo inevitable.

—Me siento honrado, Señor, y de verdad agradecido. Aunque es poco lo que he hecho por vos...

Sedry se levantó y le sonrió.

—No, permaneced sentados, todos vosotros. No hagáis ceremonias por esta vez, amigos míos. Mi Consejo me espera, pero quedaos y terminad el vino. Pronto os traerán la comida. Bal, por favor, no te vayas todavía, quiero hablar contigo antes de que regreses a la Marca.

—Como digáis, Señor. —El joven volvió a inclinar la cabeza mientras el Rey salía de la sala de pronto con paso ágil. ¿Y por qué no? se preguntó Baldyron amargamente. Nadie se atrevería a culparle por el hecho, está limpio. Se volvió y se recostó en el respaldo de su silla. ¡Dioses, qué cansado estaba!

—No pudimos averiguar nada, nada de nada —murmuró uno de sus hombres mientras contemplaba el fondo de su copa vacía.

—Con ningún costo para nosotros, y hasta con alguna recompensa —le respondió un compañero—. ¿No te basta con eso? En cuanto al motivo de la presencia de aquellos cuatro hombres en Arlonia, o a quién les envió, yo no haría suposiciones; y tampoco debes hacerlas tú, si eres sensato. —Echó una mirada a su joven señor, pero Baldyron contemplaba el fuego con los ojos entornados y no parecía haberles oído—. Y en cuanto a quién les mató, bien...

—Ella...

—No te atrevas a hablar de ella entre estas paredes, si quieres conservar tu lengua —dijo un tercero, con rudeza—. Bebe lo que el Rey te ha ofrecido y no pienses más. —Bebió a fondo de su propia copa y se inclinó para llenar la de su compañero—. Nosotros no estamos hechos para pensar; por eso tenemos señores, para que piensen por nosotros.

—Hummm... Quizás. —El primer hombre sacudió la cabeza, miró de reojo a Baldyron y volvió a beber. Tras un silencio, añadió—: Dicen que el viejo Rey y la Bastarda han llegado a Embersy del Norte.

—Todavía no. Pero por lo menos el Rey no puede culparnos de que sigan vivos —murmuró el primer hombre. Sus compañeros le hicieron callar con un fuerte chistido. Baldyron les dio la espalda, se contempló las manos con ojos sombríos y pensó: ¿No puede?

## **SEGUNDA PARTE**

### **El arzobispo**

El jefe de los jinetes fijó la mirada en el letrero que se balanceaba en el crepúsculo: la pintura estaba descolorida pero su aguda vista alcanzó apenas a divisar el buitre detrás del estandarte, que antaño había sido rojo. Levantó una mano y la agitó hacia atrás y hacia adelante, a modo de señal, antes de desmontar. Varios caballos se acercaron detrás de él mientras empujaba la pesada puerta y entraba en el edificio.

La oscuridad era casi la misma dentro que fuera. Un fuego mortecino ardía en el hogar de piedra maciza. Un farol colgaba de una viga casi en medio de la gran habitación central. Las llamas de las velas titilaron en la súbita brisa, y volvieron a enderezarse cuando cerró la puerta tras de sí. Tres de las velas se alineaban sobre un rústico mostrador, detrás del cual un hombre y una mujer estaban de pie, mirándole con recelo: él con los brazos cruzados sobre el ancho pecho; ella, puliendo un jarro con la punta del delantal. Tres hombres, con vestimentas ordinarias, bebían sentados frente al fuego; contemplaron con abierta sospecha al recién llegado, que se dirigió, sin dar señales aparentes de haber notado su presencia, al posadero.

—¿Es aquí El Buitre Rojo? —preguntó. El patrón le miró durante un rato. Luego asintió con la cabeza, una sola vez—. ¿Fengel Cormric? —Otro movimiento de cabeza. La tensión en la taberna era tal que se podía palpar—. Soy Fidric Hamansson de Rhames. Me dijeron en Carlsport que aquí encontraría alojamiento para pasar la noche. Y comida.

—¿Quién lo ha dicho? —La mujer habló con una voz baja, que tal vez había sido dulce en otros tiempos pero tornada áspera con los años y las privaciones.

—El maestro del puerto. Un tal Venpar Hesk. Es viejo, tiene una pata de palo y los ojos bizcos.

—¿Venpar Hesk? Le conozco. —El posadero se relajó un poco.

—Dijo que te recordara la apuesta —prosiguió Fidric—, una bandera cuartelada y un barco llamado Alegre...

—Ni una palabra más. —El corpulento individuo sonrió de pronto y extendió una manaza firme y cuadrada—. Bienvenidos. ¿Cuántos sois? —La mujer dejó el jarro a un lado, tomó otro, volcó el agua que contenía y reinició su tarea.

—Seis. Dos son mujeres y quisiéramos un cuarto para ellas, aunque no quede ninguno para nosotros. —Al posadero le pareció tremendamente divertida la petición.

—De algún modo lo arreglaremos, señor. No habrá problemas.

—En tal caso, tomaremos tres cuartos. Mi Señor el Arzobispo necesita soledad, cuando puede tenerla. —El jarro cayó al suelo con estrépito.

—¿Arzobispo? —dijo la mujer, sin aliento, los ojos desorbitados por el asombro—. ¡Por los Dos! ¿No será Gespry? —El posadero le tocó el brazo.

—Shhh... No es bueno hacer preguntas, mujer. —Fidric sonrió, se inclinó hacia adelante y plantó un codo en el mostrador.

—¿Qué temes? Pues sí, es Gespry, buena mujer. Hemos venido a ayudar a vuestro Rey Alster contra los bárbaros del Este. Pero estoy contando cosas que sin duda ya sabéis.

—No, no es Alster —dijo la mujer, nerviosa—. Sedry, nuestro Rey es Sedry, desde hace ocho años.

—Mil perdones. Ha sido un lapsus —replicó Fidric con cortesía. Después se dirigió al hombre—. Ahora dime, ¿podrías servir una ronda de cerveza para todos? Voy a ayudar a mis amigos.

—Claro que puedo —respondió Cormric en el acto—. ¡Anda, mujer, más vasos! ¿O quizá preferiríais tomar vino, buen señor?

—Cualquier cosa, siempre que no os sea molestia, posadero —dijo Fidric, y acto seguido se dirigió a grandes pasos hacia la puerta. Las velas oscilaron cuando la abrió. Cormric se acercó a la puerta trasera y gritó hacia la oscuridad, llamando a alguien. Momentos después, un chiquillo de unos diez años, al parecer, su hijo, corrió detrás de Fidric para ayudar con los caballos.

Poco después el grupo se sentaba a una mesa cerca del fuego. El mesonero había avivado la lumbre y encendido más velas para hacer el ambiente más cálido. Los tres lugareños se habían trasladado a un rincón a fin de poder observar mejor a los recién llegados y hacer comentarios sin tener que susurrar.

Una de las mujeres estaba inclinada sobre la mesa, la frente apoyada sobre las manos, delgadas y muy blancas. La capucha le cubría el rostro. Pero la otra se había quitado la capa y acercaba al fuego sus manos pequeñas y delicadas. Era sin duda Fialla, la Dama del Arzobispo, tan famosa y tan criticada como él mismo. De la cabellera de un negro azulado, recogida con sencillez en la nuca para el viaje, escapaban tenues rizos que le enmarcaban el rostro. Espesas pestañas le sombreaban los ojos, que de vez en cuando echaban una mirada alrededor del salón. Eran ojos grandes, azul oscuro. Ni siquiera las vestiduras pesadas y cómodas que llevaba, apropiadas para cabalgar, lograban ocultar sus formas. Lucía joyas en las orejas y en los dedos.

Dos de los hombres vestían como Fidric; eran hombres de armas, su atavío lo revelaba. Los tabardos azul cielo, ribeteados de amarillo brillante, indicaban que estaban al servicio de un señor con medios adecuados para mantener a sus súbditos. La insignia dorada que se veía en cada pecho era la de Gespry: dos espadas cruzadas sosteniendo una mitra. Tostados por la intemperie y de mirada alerta, pese a lo cansados que debían estar, permanecían sentados con esa tensa negligencia que distingue a un hombre de clase. Llevaban las armas a la vista.

Uno de los dos se parecía tanto a Fidric que sin duda era su hermano. El mismo

peso e igual altura, una larga cabellera oscura y ojos castaños en un rostro pecoso que no delataba su edad. Tanto él como Fidric podían tener veinticinco años o cuarenta.

El tercer hombre era más bajo y su cabello era una masa casi negra de rizos salpicados de canas. Su nariz era aguileña y lucía un largo bigote caído, con mechones blancos y también rojizos.

El último estaba sentado entre las dos mujeres. Una de sus delgadas manos descansaba sobre la mesa; la otra se apoyaba sobre el hombro de Fialla. La luz destellaba sobre su anillo episcopal, tocaba de rojo la cota de malla y la vaina de la daga en el antebrazo. El Arzobispo se inclinó para hablar al oído de su dama, indiferente a los ojos de los parroquianos. Ella le devolvió la sonrisa y le estrechó la mano antes de levantarse para acercarse al fuego. El Arzobispo se reclinó en su silla, vació el jarro y cerró los ojos. El patrón y su esposa se miraron.

Sin duda no podía ser Gespry, Arzobispo de Rhames. El monje renegado (como le llamaban los sacerdotes de Darion), la Espada de los Dos, corrector de males. ¡El mejor y más famoso guerrero de aquellas tierras! Todos conocían los relatos: cómo Gespry había caído sobre los sitiadores de Neldwy en Embersy del Sur, con sólo quince hombres escogidos, y había liberado la ciudad. Cómo, acorralado, se había abierto paso solo a través de diez artesianos montados, sufriendo apenas algunos rasguños. También se contaba que había erradicado a tantos piratas del Sur que no hubo más ataques a los señores de la costa, en ambos lados del mar, durante tres años.

Desde luego, también habían oído hablar de Megen Cove, la gran batalla naval sostenida en aquel lugar. Corría el rumor de que Gespry había muerto a consecuencia de las heridas recibidas.

Pues bien, era evidente que no estaba muerto, porque aquel hombre no era un fantasma, aunque estaba muy delgado, los huesos de la cara se dibujaban bajo la piel tostada, y también los de las manos y las muñecas. Además, tenía el cabello absolutamente blanco, aunque no debía contar más de treinta y cinco años de edad. Había una sombra en las sonrisas que dirigía a la bella Fialla, como si aún mantuviera cierto control sobre el dolor físico a fuerza de pura voluntad. El posadero le dio un codazo a su mujer: los vasos estaban vacíos. Ella le miró con timidez pero se acercó a la mesa. Entonces el Arzobispo abrió los ojos, se levantó y se inclinó en una reverencia, con tanta gracia y cortesía que ella se turbó.

—Por vuestra amabilidad y vuestro techo, buena señora, mi agradecimiento y el de mis amigos.

—Yo... con su permiso, Señor, digo Monseñor. —El gesto la había confundido: no estaba acostumbrada a ser tratada con tanta gentileza. Sin embargo, hizo un esfuerzo para sobreponerse a su timidez y dijo—: Pronto traeré la comida. Sencilla, me temo...

—Todos estamos acostumbrados a eso —le aseguró él. La sonrisa que le dedicó

era afable y la mujer devolvió el gesto sonriendo a su vez tímidamente—. Una comida sencilla, bien preparada, es siempre bienvenida. Y la cerveza es magnífica —añadió Gespry. La mujer volvió a sonreír, más confiada, saludó y se retiró a la cocina. Sentía en su corazón las palabras del Arzobispo como un cálido abrazo.

Poco a poco volvió la normalidad a la taberna. Aunque la comitiva del Arzobispo era exótica, y demasiado grande para El Buitre Rojo, todos permanecieron sentados tranquilamente, comieron lo que se les ofreció y conversaron en voz baja sobre sus jarros de cerveza, como lo hubiera hecho cualquier otro viajero. Los hombres del rincón se fueron y más tarde llegaron otros. Era tarde cuando el último de los lugareños salió del local y el dueño cerró la puerta, asegurándola con una gruesa tranca.

—Bien. Con esto estará segura.

—¿Esperáis tener dificultades? —preguntó Fidric acercándose.

—No. Pero, como todos lo hacemos en Darion en estos tiempos, tomo mis precauciones y ruego que no suceda nada —replicó Cormric con aire sombrío. Echó una mirada hacia la mesa donde el Arzobispo y su dama estaban sentados, sus cabezas muy juntas, y pareció tomar una decisión—. Con vuestro permiso, quisiera hablar con vosotros un momento.

—Desde luego. De todos modos, Gespry pensaba hacerlo. Desea saber algunas cosas sobre el camino a la Ciudad del Rey, si es que podéis informarnos.

—¡Oh! —El rostro del posadero se ensombreció aún más—. Puedo informaros, por supuesto.

Volvió al mostrador, se sirvió un jarro de cerveza y se inclinó ante el Arzobispo antes de sentarse.

—Vuestro acompañante me ha dicho que queréis información sobre el camino a Lertondale.

—Así es, señor. Pudimos enterarnos de poco antes de partir, y en Carlsport no conseguimos casi nada. La gente parecía... poco dispuesta, diría yo, a hablar del camino. En realidad, a hablar de cualquier cosa.

—No es de extrañar, Señor. Yo estoy poniendo en vuestras manos mi vida, y las de mi mujer y mi hijo, por así decirlo, al hablar ahora. Además, uno no puede saber qué será considerado como un delito o a qué oídos llegarán las cosas. —Sus ojos recorrieron el salón—. Es un buen lugar, esta posada. Es mía desde que dejé de navegar, hace más de diez años. Y llevábamos una buena vida, hasta ahora. ¿Con cuántas personas os habéis encontrado, desde el puerto hasta aquí? Apostaría que con ninguna.

—Y ganaríais —replicó Gespry—. No nos hemos encontrado con nadie, en toda una jornada de camino. ¿Es eso usual?

—No lo era. Pero ahora la gente tiene miedo, desde hace varios años. Arlonia

siempre ha sido un poco salvaje, eso sí; pero los peligros tenían cuatro patas. En cambio ahora, hay más ladrones que osos.

—¡Qué extraño! —Comentó el hombre bajo y moreno que había dicho llamarse Gelc—. Nosotros no tuvimos problemas.

—No tan extraño —dijo el posadero mirándole de reajo—. Sólo atacan a los que no pueden defenderse. Pero un grupo como el vuestro... ¡Bueno! Pero ellos son la menor de nuestras preocupaciones. —Clavó la mirada en su jarro vacío—. Los enviados para implantar la ley y la justicia, los enviados para protegernos, bien, un hombre dice lo que se atreve a decir y nada más.

—¿Los hombres del Rey? —Preguntó Boresin, el hermano de Fidric—. ¿Estáis advirtiéndonos contra los hombres del Rey? —El posadero se puso pálido y tragó saliva.

—¡Por los Dos! Nadie se atrevería... Gespary le tocó el brazo para tranquilizarle.

—No os preocupéis. Habéis cuidado de nosotros; lo menos que podemos ofrecer como retribución es nuestro agradecimiento y... nuestro silencio. Estudiaremos vuestras palabras, señor, y mantendremos reserva, os lo juro. Ahora bien —añadió de pronto—, me han dicho que hubo una revuelta en Lertondale hace algún tiempo. ¿Qué ha pasado en la Ciudad?

—Cuando llegéis allí —replicó el posadero con voz neutra—, lo veréis. No puedo hablar de tales cosas en presencia de damas.

—¡Ah! Entonces habéis dicho suficiente. Os doy las gracias una vez más.

—El camino que conduce a la Ciudad está bastante bien, aunque ha empeorado mucho en los últimos dos años. Antes, un carruaje podía llegar rápidamente recorriendo el camino directo entre Carlsport y la Marca Oriental. Si tenéis sólo caballos, no encontraréis mayores dificultades, pero será mejor no viajar demasiado rápido. Un caballo se quebró las dos patas delanteras a menos de dos leguas de aquí hará un mes, o menos. Hay pozos —añadió el posadero en voz baja— y barro, donde el camino cruza el arroyo. Tendrían que haberlo desviado, pero no lo han hecho.

—Entonces necesitaremos más tiempo para el viaje; y prestar atención al camino en sí. Tendremos diversión entre El Buitre Rojo y Lertondale, ¿o sólo la hay en el bosque?

—Ya habéis dejado atrás lo peor —dijo el posadero, sacudiendo la cabeza—. Si no encontráis peligro desde aquí hasta Carlsport, tampoco lo encontraréis más adelante. Vuestras armas, vuestro número, os protegen.

—Pues bien... —Gespary paseó la mirada alrededor de la mesa—. ¿Qué decís, amigos míos? Si partimos temprano, podemos llegar al Castillo de Arolet antes de mañana al anochecer.

—Quizás —asintió el posadero—, si el tiempo ayuda. ¿Queréis que os llame al alba?

—Por favor —replicó Gespry—. Y preparadnos un desayuno, si es posible.

—Estará listo, señor. Vuestras habitaciones son las que están abiertas al terminar la escalera. Buenas noches a todos. —Los hombres de la compañía se levantaron y uno de ellos ayudó a la mujer todavía encapuchada a ponerse en pie. Al hacerlo, la capucha cayó sobre sus hombros y el posadero se mordió la lengua para reprimir una exclamación de asombro. Porque el cabello de la mujer era tan blanco como el del Arzobispo y su piel igualmente pálida y traslúcida con las venas visibles en las sienes. Unos ojos del azul más claro imaginable le miraron antes de que ella se volviera y, del brazo del guerrero, se dirigiese a la escalera. Una estrella plateada brillaba en su mejilla derecha.

¡Una Lectora de Tarot! Había oído hablar de ellas, él era un hombre de mar, había viajado. Algunas mujeres y pocos hombres, todos ellos con aquella falta de color en la piel y el cabello, tenían la habilidad de leer el futuro, por lo general con los Tarots, a menudo sin ellos. Se decía que algunos podían hasta controlar los acontecimientos y otros leían el pensamiento o le imponían a uno los suyos. No es que creyera en semejantes tonterías, pero...

Desde luego, también había oído hablar de la Lectora, la Adivina del Arzobispo, pero sólo ahora lo recordaba. También recordaba a la otra mujer; era imposible olvidarlo. El Arzobispo de Rhames nunca salía de su monasterio sin la Dama Fialla. O quizá fuese lo contrario: que ella no le permitiera viajar solo. Le echó una mirada. Las leyendas se quedaban cortas, pensó. Con sólo mirar a semejante mujer uno se explicaba por qué el Arzobispo nunca se separaba de ella. Pero ¿qué impulsaba a una mujer así a afrontar batallas navales, frío y privaciones? ¡Qué honor para un hombre!

Súbitamente consciente de su mirada, Fialla se volvió y le sonrió con amabilidad antes de dirigirse a la habitación que compartiría con la Adivina. El posadero sintió que la sangre le afluía a la cara, como un jovencito sorprendido espiando. Estaba muy bien por parte del Arzobispo, pensó confusamente, mientras Fialla se perdía en la penumbra de la escalera, no haber forzado las cosas en una casa de Darion. No es que a mí me importe, pensó, que ella sea su amante y no su esposa, que él sea un servidor de los Dos y por lo tanto no pueda tener mujer. Pero a muchos en Darion sí les importaría.

Apagó las velas, cubrió el fuego, apagó el farol y volvió a controlar la puerta. No habían tenido problemas durante todo el año, pero él no abrigaba demasiadas esperanzas de que las cosas continuaran así. Un hombre no podía sobrevivir mucho en esos tiempos, no había que hacerse ilusiones; y además, él tenía a una mujer y a un hijo que cuidar.

—Gespry... —Un susurro detuvo la marcha del Arzobispo.

—¿Fialla? —Una mano pequeña buscó la de Gespry y la retuvo un momento.

—Todo va bien, mi Señor. Ahora debes relajarte. —El Arzobispo esbozó una

sonrisa que brilló en la penumbra.

—¿Tú crees? Sí, por supuesto, todo va bien, lo sé. Habla bajo, Fialla mía. Las paredes tienen oídos, recuérdalo.

—Ya me lo has dicho: el Escudero del Rey tiene espías en todas partes. No lo olvidaré. —Tras una pausa, se acercó y tomó los hombros de Gesptry entre sus manos. El permaneció inmóvil un momento. Luego se inclinó hasta apoyar su cabeza sobre el hombro de Fialla—. Debes relajarte. Mi Señor el Arzobispo es un hombre muy sereno, ¿no es así? —Los dedos pequeños y hábiles masajearon los músculos en la base del cuello, mesando con dulzura la blanca cabellera que caía sobre la capa.

—Por supuesto. —La voz sonó por un momento burlona y tan tensa como los hombros. Después volvió a la normalidad: baja, cálida pero con cierta dureza, como si las palabras no importaran.

—¿Vale la pena todo esto? —preguntó ella de pronto. El hombre se apartó de Fialla con suavidad.

—¿Ahora lo preguntas? —Soltó una risita—. Un poco tarde, querida Señora.

—Buena respuesta —comentó Fialla secamente—. Pero sí, lo pregunto ahora porque mañana a esta hora será demasiado tarde. Esta noche todavía no lo es. ¿Vale la pena todo esto? —Sus manos frotaron los hombros tensos y los músculos del cuello, se deslizaron a lo largo de la espalda. Por debajo de los omóplatos podía sentir el ancho y ajustado vendaje que cubría casi todo el pecho del Arzobispo.

Una mano larga y fina buscó las suyas y la condujo hacia el fondo del vestíbulo, más allá de las habitaciones ocupadas. La luz de una luna casi llena atravesaba las pesadas nubes y les bañaba los hombros. El cabello de Fialla era negro azulado; el del Arzobispo, blanco como la nieve reciente.

—Es demasiado tarde. Ya era demasiado tarde antes de que la Adivina nos hiciera el Diagrama.

—¿Todo esto? ¿Acaso hay algo que merezca todo esto?

—Quizá. —Los ojos oscuros que se cruzaron con los de Fialla eran inescrutables—. Los Dos conocen mis pensamientos.

—Como los conozco yo —murmuró ella. Su compañero se rió por lo bajo.

—¿Sí? Quién sabe.

—Quién sabe —le imitó ella suavemente. Después se volvió y dijo—: Me voy a mi habitación. La Adivina ya está durmiendo y yo también debería estarlo, si es que vamos a partir tan temprano. Y es mejor que tú también vayas. Mañana por la noche...

—Sí. Mañana por la noche. La suerte tendrá tanto que ver como la habilidad y la larga práctica. —Miró pensativamente a lo lejos, más allá de los árboles iluminados por la luna. Después sacudió la cabeza y besó los dedos de la mujer—. Deséame suerte, si quieres ayudarme. —Fialla suspiró. Es inútil, pensó. Pero por lo menos

sabré que lo he intentado—. Buenas noches, Señora mía. Buenos sueños.

—También para ti, mi Gespny. —En el umbral de la puerta se volvió: él seguía de pie en el claro de luna, mirando hacia el bosque. El rostro que podía apenas entrever, con la blanca cabellera iluminada por la luna, era inexpresivo y ausente. Nada hay que yo pueda decir o hacer, se dijo gravemente. Mejor será acostarme.

—Hola, hermano. —Sedry se sobresaltó con el inesperado sonido de una voz en su oído izquierdo. El vino se derramó de su vaso, formó un charco en la mesa y empezó a gotear con un apagado plop, plop—. No fue mi intención asustarte —continuó Hyrcan. Se dejó caer en otro asiento, al lado del Rey. No parecía demasiado contrito—. Estabas sumido en tus pensamientos.

Sedry le echó una mirada sombría, si bien no demasiado sombría. Tenía los ojos enrojecidos y la mirada turbia. ¿Acaso estaba Hyrcan burlándose de él? Era difícil saberlo. Y el vino, junto con la falta de uso durante los últimos años, había embotado su sentido de la Adivinación. Pero ¡por los Dos!, ¿a quién le importaba, de todos modos?

—Tengo motivos suficientes —dijo por último— con las revueltas que se extienden por toda Darion, como la peste...

—No hay revueltas en el Norte —interrumpió Hyrcan en tono seco. Sedry apenas podía vislumbrar la cara de su hermano: su silla estaba fuera del círculo de luz arrojado por la única lámpara encendida. Pero lo que veía no le agradaba. Hyrcan parecía reírse para sus adentros, allí en la sombra—. Como te informé por medio de mis palomas, es difícil que durante algún tiempo el Norte vuelva a levantarse. Con un hijo de cada una de las Casas principales prisionero en el castillo de Kellich como garantía de la conducta de los Barones, y con la mitad de los plebeyos armados prisioneros o muertos...

—Es posible que piensen que ya no les queda nada que perder —murmuró Sedry. Vació el contenido de la jarra, la segunda después de la cena, en su copa. No se molestó en ofrecerle vino a su hermano, el Príncipe Heredero: Hyrcan seguía sin beber.

—No, creo que no. Hay un equilibrio muy delicado, Sedry, en estas cuestiones, que tú no entiendes. Falta de práctica, supongo.

Sedry se echó a reír.

—Comparado contigo, hermano, sin duda. El Azote del Norte será recordado cuando Darion ya sólo sea una leyenda. —Hyrcan miró fijamente a Sedry, que le devolvió la mirada con toda la serenidad que pudo. No era tarea fácil, sobrio o ebrio. Temía cada vez más a su hermano menor, aunque Hyrcan no le amenazaba, ni abierta ni encubiertamente, y jamás ejercitaba su Rasgo sobre Sedry. Aunque lo cierto es que no necesitaba hacerlo; y ambos lo sabían.

Era un milagro que las tierras que rodeaban Kellich, donde el Príncipe Heredero había establecido su hogar, no estuvieran arrasadas por completo; un milagro que quedara un campesino con vida en diez leguas a la redonda. Hyrcan había sofocado con tanta ferocidad las tres últimas revueltas que el país entero se estremecía aún con

el relato de aquellos horrores. Se decía que las mujeres preferían dar muerte a sus hijos y suicidarse antes que caer prisioneras de Hyrcan. Corrían rumores de que ponía a los prisioneros en celdas de dos o tres, sin comida ni bebida. La puerta de la celda se cerraba, decían, y sólo volvía a abrirse cuando todos estaban muertos.

Pocos sabían cuánto de verdad había en todo aquello, porque Hyrcan no hablaba y tampoco hablaban los muertos. Pero el Rey conocía los hechos, y ello sólo contribuía a aumentar su miedo por su hermano.

Cuando la esposa y el pequeño hijo del Príncipe Heredero murieron de la fiebre maligna, a comienzos de aquel año, cundió el rumor (casi un susurro) de que Hyrcan había sospechado que el bebé de Evrieh no era hijo suyo y que había dado muerte a ambos con los mismos métodos que a sus prisioneros. De aquella historia ni siquiera Sedry sabía nada. Además, había habido un brote de fiebre maligna en aquella época. La Duquesa y el pequeño Príncipe no habían sido vistos desde semanas antes del anuncio de su muerte. Pero aquel hecho también era común, ya que se trataba de una enfermedad muy contagiosa. Los cuerpos estuvieron expuestos en los funerales, como si el Príncipe no hubiera tenido nada que ocultar. Estaban consumidos, pero la fiebre producía aquel efecto. La conducta de Hyrcan durante todo el episodio fue ejemplar. Pero...

—He venido al Sur —dijo Hyrcan, interrumpiendo el silencio— para informarte sobre mis éxitos y ofrecerte mi ayuda en las Montañas, si me necesitas. —Sedry hizo un esfuerzo para volver al presente.

—No —dijo—. Con Rolend prisionero, el Sur está indefenso.

—¿Sus captores siguen leales a ti? —Hyrcan había sido partidario de la muerte de Rolend, cuando éste, el hermano menor de ambos, llevó a la gente de la Marca a la revuelta. Pero Sedry había elegido para él el calabozo, y su vida como prenda de la conducta de sus seguidores. Hyrcan aún no se lo había perdonado.

Sedry soltó una carcajada.

—¡Por supuesto, hermano! Merasma busca su conveniencia. Siempre lo hace. ¿Crees que elegiría entre su hermanito idealista y el Rey de Darion? —Hyrcan se encogió de hombros—. No. Y el viejo Conde besa el suelo que ella pisa. En el Este, sin embargo...

—Sí, los salvajes.

—Mis beldenianos llegarán esta semana. —Hyrcan se detuvo en el gesto de aflojar su cota. Sus cejas oscuras se arquearon—. No trates de darme lecciones, hermano —continuó Sedry, impaciente—. Esta vez no vienen a Lertondale.

—Eso es asunto tuyo, Sedry. Como recordarás, yo aprobé tus transacciones en la Ciudad. Aquellos mercaderes engordaron bajo el reinado de nuestro Padre; ya era hora de que les enseñaras su verdadera importancia en el esquema de las cosas. Simplemente me asombra que hayas tenido el coraje de volver a llamar a los

mercenarios.

—¡Mi coraje está donde debe estar! —estalló Sedry. Hyrcan volvió a reírse entre dientes—. Gracias a mí, la comarca ha estado muy tranquila a lo largo del río desde que hice decorar el puente árboles.

Hyrcan soltó una risotada, al tiempo que se palmeaba los gruesos muslos.

—¡Qué bueno! ¡«Decorar»! Pero ten presente, hermano, que debes vigilarlos de cerca. Esta chusma todavía recuerda el relajamiento de los tiempos de Alster.

—Lo olvidarán. —Sedry contemplaba su copa vacía. Se produjo un largo silencio.

—¿Y qué es ese asunto del Arzobispo guerrero de Rhames? —preguntó Hyrcan bruscamente. Sedry, todavía absorto en la contemplación del fondo de su vaso, se encogió de hombros.

—Mandé a pedir su ayuda, y él accedió a prestármela. Comandará a los beldenianos contra los salvajes. Llegará dentro de uno o dos días, según cómo esté el camino desde Carlsport.

—¿Por qué? —siguió interrogando Hyrcan, amenazador.

—¿Por qué no? —Sedry le miró con aire asombrado. Intentó poner en orden sus pensamientos—. ¿Desde cuando Rhames necesita una razón para guerrear? Un año, ayudó a Genneldry contra Embersy del Sur; el año anterior, a Embersy del Norte contra Arlesia. Ésa es su manera de servir a los Dos. Pregúntale a él, si tanto te interesa.

—No obtendría ninguna respuesta que valiera la pena. —Su mirada era escrutadora—. ¿Qué sabes de ese hombre, Sedry?

Sedry se encogió de hombros. ¿Qué le pasaba ahora a su hermano?

—Es el Arzobispo de Rhames; y también de Embersy del Norte y del Sur, cuando hay entre ellos paz suficiente para que lo acepten. Es un excelente soldado, un estratega brillante, un gran luchador. Posee los poderes de los Dos, los Dones Sagrados, iguales a los que los sacerdotes de Darion, todos los sacerdotes, ejercen. Se presenta como un mercenario pero no acepta paga, excepto para mantenerse.

—Pero viaja con una prostituta y una adivina —interrumpió Hyrcan secamente.

Sedry echó atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—¡Jamás lo hubiera imaginado! Pensaba más bien en los celos de un hombre de armas, pero al parecer, son los escrúpulos religiosos que nuestra madre te inculcó los que te hacen sentir ofendido. —La expresión de Hyrcan era siniestra pero Sedry volvió a reír—. Si su comitiva te molesta, hermano Hyrcan, será mejor que te vayas antes de que llegue.

—¿Por qué? —preguntó Hyrcan.

—Porque te conozco, hermano —respondió Sedry apartando su copa con un ademán brusco—. Encontrarás alguna excusa para provocarle, y yo no lo toleraré. Le

necesito para comandar a los beldenianos contra los salvajes. Mucho depende de su ayuda y no puedo confiar en que le dejes en paz.

Se produjo un silencio tenso.

—No, no me iré —dijo Hyrcan suavemente—. Pero te advierto, Sedry. ¡Cuidado con ese sacerdote!

—¿Qué pasa? ¿Ahora eres adivino? —Sedry se echó a reír, ignorando la mirada sombría de Hyrcan. El Príncipe Heredero nunca había mostrado gran dominio de los Dones Reales (con excepción, por supuesto, de su temible Rasgo personal) y hasta había llegado, en los últimos años, a declararlos versiones degradadas de los Dones que por derecho sólo pertenecían a los monjes y a otras personas dedicadas al servicio de los Dos. Si Hyrcan sentía o no su falta, nadie lo sabía. El Príncipe Heredero no era dado a las confidencias.

—Sensatez, hermano —dijo Hyrcan por fin—, sensatez. Uno de los dos tiene que tenerla.

Sedry reía, imperturbable.

—Tendré cuidado con Rhames, desde luego. Dado que es mucho mejor que yo con la espada, trataré de no disgustarle. Pero por lo que me han contado de él, creo que me gustará.

—No lo dudo —dijo Hyrcan mirándolo pensativo. De pronto bostezó con ostentación—. Ha sido un día largo para mí y he cabalgado mucho. Me voy a la cama. ¿Debo ayudarte a llegar a la tuya o vendrá a buscarte tu mono amaestrado?

—Eso nada tiene que ver. Deja en paz a Nolse, no le persigas.

—¿Así que llora sobre tu hombro? —se mofó Hyrcan.

—¿Es que todo el mundo tiene que temerte, hermano? —replicó Sedry, exasperado—. Es mi escudero, no el tuyo. Déjale en paz.

Hyrcan se puso en pie e hizo una profunda reverencia, pero su actitud era irónica.

—Como ordenéis, Señor. —Sedry extendió un brazo y Hyrcan se adelantó para sostenerlo. Por primera vez desde que entró en la habitación, la luz de la lámpara le iluminó de pleno. Las pestañas largas y oscuras le sombreaban las mejillas: mejillas anchas en un rostro obeso, enmarcado por rizos largos y grasientos. El cuerpo sobre el que se asentaba esa cabeza no era menos grotesco. Hyrcan, aunque conservaba su capacidad de lucha, y a un nivel terrorífico, había abandonado la batalla contra la gordura desde hacía tiempo.

Los labios casi femeninos, engañosamente delicados, se curvaron en una leve sonrisa. Extendió una mano fuerte y ancha y sostuvo al embriagado Rey. Este se puso de pie y se apartó de la mesa. La luz de las llamas del hogar brilló sobre las gastadas empuñaduras de las armas del Príncipe Heredero cuando éste rodeó los hombros de Sedry. Le guió por las salas oscuras, apartando con un gesto a los guardias, y después por la ancha escalinata que llevaba a las antiguas habitaciones de Alster. Sedry se

derrumbó sobre la cama y contempló a Hyrcan con ojos entornados mientras éste llamaba a Ogdred, el ayuda de cámara del Rey.

—¿Hyrcan...? —El terror formaba un nudo en su garganta, pero pronunció las palabras. Tenía que saber. La habitación giraba por momentos.

—¿Señor? —Los modales de Hyrcan eran ejemplares en la casa del Rey.

—¿Qué... qué les pasó realmente a tu esposa y a tu hijo? —Palabras compulsivas; en cuanto las hubo pronunciado, sintió un miedo atroz. Hyrcan se volvió con lentitud, los párpados entrecerrados, una expresión suave en el rostro y, tal vez por eso, aterradora. Ésta es, pensó Sedry, la cara de Hyrcan cuando mata.

Tragó con dificultad, tratando de contener la bilis que le subía a la boca; pero en cuanto Hyrcan se volvió hacia el Rey, éste se relajó. En el ancho rostro había aparecido una expresión de dolor casi grotesca. Cerró los ojos por un momento y dijo:

—Señor, sabéis que murieron de la fiebre, la última primavera. —Se inclinó y después salió de la habitación con paso rápido. Mentira. A Sedry no le hacía falta la Adivinación para saberlo, como tampoco necesitaba más que el testimonio de sus propios ojos para saber cuan cerca de la muerte había estado.

Una convulsión le sacudió y un grito se le estranguló en la garganta al tocarle Ogdred un brazo para ayudarlo a quitarse la ropa. Sí, hermano, no me confiaré. ¡Pero no es al sacerdote mundano a quien temo!

Caía la noche cuando los forasteros llegaron a Lertondale. Sin embargo, la incipiente oscuridad no bastaba para ocultar los tristes restos de la breve y sangrienta revuelta que había tenido lugar en la Ciudad. Fialla y la Adivina iban inclinadas hacia adelante, las capuchas cubriéndoles el rostro, los ojos fijos en la montura de sus caballos. Hasta los caballeros mantenían un silencio inusual y trataban de no mirar a su alrededor. El aire estaba quieto y fétido. Sólo Gespry cabalgaba erguido, mirando en torno como si quisiera grabar para siempre en su mente aquella imagen de la Ciudad. Su rostro, tostado bajo la pálida cabellera, tenía una expresión sombría.

No había gente en las calles, excepto alguna patrulla de los Guardias del Rey. Y aquellos hombres parecían nerviosos, aunque marchaban en grupos de por lo menos cuatro. Iban con las armas listas.

El río había bajado y el agua corría turbia; la luz de los faroles del puente formaba en su superficie sombríos parches amarillos. Cabezas cortadas parecían mirar vagamente desde los pilares de las lámparas. Al cabo de un rato, incluso el Arzobispo desvió la mirada y espoleó a su caballo. El resto de la compañía galopó tras él. Al otro lado del río, al final de un breve camino zigzagueante, se erguía Arolet.

La luna se elevaba en el cielo cuando el Arzobispo corrió las colgaduras y se apoyó en el ancho alféizar de piedra. Sedry les había concedido un conjunto de aposentos que antaño habían formado parte del ala de los niños. Una habitación había

sido destinada a sala de recepción y las otras a dormitorios. La más grande, con su balcón hacia el Este y la larga hilera de ventanas sobre el patio, sería ocupada por el Arzobispo y su dama. A la izquierda estaba la pequeña cámara destinada a la Adivina, y hacia el Sur, al otro lado del corredor, la habitación que compartirían los demás hombres.

Una mano pequeña rozó el rostro del Arzobispo; él se volvió y la tomó entre las suyas. Los ojos azul oscuro le miraban, interrogativos. Asintió una sola vez y se acercó a ella.

—Será mejor pensar que nos espían —murmuró junto a la cabellera de la mujer—. Más seguro para nosotros. —Y en voz alta añadió—: Fialla mía, debes estar tan cansada como yo, y estoy exhausto. Creo que el Rey no nos llamará hasta mañana; es tarde y sabe que hemos cabalgado mucho. —Se inclinó para besarla en la frente—. No hay agujeros para espiar dirigidos hacia el lecho. Alégrate. —Ella le revolvió los cabellos, riendo suavemente.

—Estoy furiosa —susurró ella—. ¡En los dormitorios! ¡No me desvestiré hasta que se haya apagado la última vela!

Gespry volvió a reír.

—Ven aquí —dijo en voz alta, poniéndole un brazo alrededor de los hombros—. Pondré otro leño en el fuego. Es un cuarto mucho mejor, debes admitirlo, que el que teníamos en Embersy del Sur hace cuatro años.

—Mucho mejor —dijo Fialla—. Por lo menos tiene ventanas.

—Y además, mira, es una noche muy clara. Te aseguro que se ven las Montañas del Este.

—Prefiero no hablar de ellas, Gespry. —Fialla se apoyó contra él.

—Está bien. No te gusta que yo luche contra los Fegez, ¿no es así?

Ella negó con la cabeza. El cabello negro, suelto para la noche pero aún sin trenzar, le cubría los hombros.

—Es un enemigo como cualquier otro —dijo el Arzobispo.

—No, no lo es —replicó Fialla—. Pero no lo discutiré contigo, Gespry.

—No, no discutamos. La noche está tan agradable. Salgamos un momento al balcón, ¿quieres? —La llevó hacia afuera, dejando las pesadas colgaduras corridas hacia un lado. La tenue luz de la habitación se reflejó en la vaina de la espada, en la empuñadura de la daga que llevaba enfundada en el antebrazo izquierdo. Una vez apoyados contra la balaustrada, Fialla se volvió, abrazó a Gespry y él apoyó la cabeza sobre su hombro—. Desde aquí puedo distinguir tres agujeros para espiar —susurró, y le dijo dónde estaban—. Además, hay un panel. No, no mires, un panel a cinco pasos de la chimenea. Cuando volvamos, pondré el biombo contra él. Espero que no lo necesites, pero si así fuese...

—Si así fuese —repitió Fialla con calma.

—Eres una dama valiente. Debes contar el tercer ladrillo desde el suelo, cinco desde la repisa de la chimenea. Tendrás que empujar, porque seguramente ese pasaje no ha sido usado en muchos años. Una vez dentro...

—Una vez dentro... —susurró Fialla.

—Derecho hasta llegar a la escalera. Después a la izquierda, sin subir. Siempre a la izquierda. Díselo a la Adivina, adviértelo a los hombres cuando tengas oportunidad. Hay otros, muchos otros, pero no creo que llegues a necesitar más que éste. Si es que lo necesitas. No veo peligro para ninguno de nosotros.

Los dedos de Fialla le rozaron levemente el cuello.

—No, ya no estás tenso. Las apuestas están hechas, las monedas están sobre la mesa, y ahora debemos jugar. —En voz alta añadió—: Tienes razón, Gespry mío, la vista es espléndida. Pero yo no tengo tu sangre guerrera y me estoy helando. Entremos, por favor, y corre las cortinas.

—Como deseas. ¿Quieres que avive el fuego? —Gespry hizo una ligera reverencia.

—No, estoy cansada, creo que me iré a dormir. —Se acercó a la cama, recogiendo el cabello hacia un lado para trenzarlo, y apartó las colgaduras del lecho con el hombro. Gespry tomó un pequeño biombo plegadizo y lo colocó entre la cama y el fuego, contra la pared. Sus miradas se cruzaron.

—Esto te protegerá, querida. —Gespry hizo ademán de dar vuelta alrededor del biombo para acercarse al fuego.

—No, apaga también las velas —dijo Fialla con voz firme. Gespry rió mientras se dirigía a cumplir la orden.

—Ha pasado tanto tiempo que ya no recordaba tus costumbres en casa ajena. Pues bien, ¡oscuridad total para mi Dama! —Dos velas más se apagaron, sumiendo la habitación en la penumbra.

Gespry se acercó al fuego. Cojeaba un poco de la pierna izquierda y frunció el ceño al apoyarla. Se quitó la capa con un gesto de impaciencia, desató los lazos de la cota de malla y se quedó en pantalón y camisa antes de inclinarse hacia el fuego. Ahogó un bostezo con el dorso de su larga mano, y buscó en la camisa la larga sarta de cuentas de rezar. Se la pasó por sobre la cabeza y besó las dos piezas de ámbar pulido que unían los extremos. Se dejó caer sobre una rodilla, retrocedió, se arrodilló totalmente, de cara al fuego, y cerró los ojos.

Entonces dio comienzo al ritual sacerdotal nocturno de los Dos. El Arzobispo obraba rápida pero concienzudamente, y entonaba las plegarias no sólo con corrección sino también con un adecuado sentido del culto.

A la izquierda de la repisa de la chimenea, el espía del Escudero estaba impresionado a pesar de sí mismo. Tal vez el Arzobispo se burlase de los deberes de los sacerdotes en cuanto a mujeres se refería (¡qué mujer esta Fialla!) pero no se

podía poner en duda su piedad. Tímidamente, el hombre repitió el signo de la bendición y observó al Arzobispo hasta que éste terminó sus plegarias y se puso en pie con la elegancia de un guerrero. Le pareció sin embargo que ahogaba un grito cuando se apoyaba en la pierna izquierda. El espía permaneció inmóvil hasta que Gespry desapareció detrás del biombo y, a deducir por los leves rumores que siguieron, se echó a dormir.

El Rey de Darion y el Arzobispo de Rhames se reunieron formalmente por primera vez a la mañana siguiente. Sedry estaba subyugado, su Aura, su carismática sonrisa en suspenso; pero había razones para ello. Le dolía la cabeza debido a la hora temprana y a los excesos de la noche anterior. No obstante, sus maneras fueron excelentes y su saludo lo suficientemente cordial cuando descendió para besar la mano del Arzobispo y recibir su bendición. Gespry, por su parte, estuvo correcto, preciso en sus movimientos, en la reverencia que hizo ante el Rey, y además, encantador en sus modales. Con pesar y sólo porque sabía que cenarían juntos aquella noche, Sedry le despidió para volver a sus ocupaciones matinales.

El Arzobispo salió de la sala de recepciones y cerró un instante los ojos cuando las puertas se cerraron tras él. He sorteado una barrera más. El Rey de Darion ha simpatizado conmigo. Quedaban pocos escollos ahora, pero a Gespry sólo le preocupaba uno: el Príncipe Heredero, Hyrcan, el hombre a temer.

Como si los Dos lo hubiesen decidido (Alayya, Elorra, ¡cómo se decidía la suerte de un hombre!), el Príncipe Heredero había partido la noche anterior. Es increíble, pensó Gespry mientras se dirigía a sus aposentos, que no nos hayamos tropezado en la puerta. Apartó a Hyrcan de su mente y sonrió con amabilidad a los guardias y a las dos doncellas que le miraban tan atónitas y reverentes, que casi se les olvidó hacer una reverencia.

Fialla estaba sentada en un taburete bajo junto a los balcones, cosiendo bajo la primera luz del sol. Remendaba una camisa marrón oscuro. Cuando Gespry entró, levantó la mirada y le sonrió cariñosamente.

—Eres tan poco cuidadoso con tu ropa como un jovencuelo, Gespry. —El rió y salió al balcón, estirando todo el cuerpo como para desperezarse.

—El Rey no te ha escatimado doncellas, Fialla. No necesitas hacer ese trabajo.

—¡Bah! Quiero que esté bien remendada. Además, necesito tener las manos ocupadas.

—¡Pobre Señora mía! La próxima vez traeremos un carruaje en vez de un caballo con el equipaje. Nunca tienes suficientes labores, ¿no es cierto? Belden se demora —añadió, estirándose de nuevo y mirando hacia el patio—. Permaneceremos aquí otros siete días, quizá diez. Pero el Rey tiene una gran biblioteca para su joven Reina y sus tutores y ha dado permiso para que la uses. —La novia de Sedry, una niña de doce años, había llegado a Arolet el año anterior, procedente de Embersy del Norte. Faltaban aún para que fuese coronada, y por el momento completaba su educación.

—Muy amable de su parte —exclamó Fialla. Gespry asintió.

—Muy amable. Mañana cenaremos con él.

—Dicen que ella es una criatura encantadora.

—Dicen que es muy hermosa —dijo Gespry—. Un poco pálida para mi gusto, desde luego —añadió, acariciando los rizos negros de Fialla—. Además dicen que también es inteligente y culta. Raro para una norteña; en sus tierras es difícil distinguir a los hombres de las ovejas por su inteligencia.

—¡Gespry! —Fialla se echó a reír, escandalizada.

—Está bien, prometo comportarme. Ven, deja esa maldita camisa. No la necesitaré hasta que marchemos contra los Fegez. —Fialla se estremeció y cerró un instante los ojos, pero sonrió reconfortada cuando una mano se posó en su hombro—. Tampoco hablaremos de ellos, entonces. Ven conmigo; el Rey nos ha concedido la libertad de andar por Arolet, y quiero dar un paseo antes de que haga frío.

—¿Y bien, hermano? —Sedry se sentó en el último peldaño del estrado en el salón casi desierto. Hyrcan se apartó de las sombras del trono y se acercó a él—. ¿Y bien? Ya le has visto. ¿Qué tienes que decir?

—En una entrevista formal... —replicó Hyrcan. Se encogió de hombros.

—Le has visto —insistió Sedry. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, sorprendido por el súbito latido entre sus sienes.

—Muy bien. Sigue sin gustarme, hermano.

Sedry recorrió el salón con la mirada. En el otro extremo, Nolsse cerraba los elevados portales detrás del último de los Consejeros y, a un gesto del Rey, salió él también. Los hermanos quedaron solos.

—¿Tienes una razón, Hyrcan? ¿Una razón valedera? A mí me gusta Gespry. Ya me había gustado en la primera entrevista y estoy seguro de que llegaré a apreciarle más a medida que le conozca mejor. —Un leve toque de los sentidos internos, que Sedry puso de lado. ¿Por qué el Arzobispo desencadenaba en él un leve sentimiento de... de algo...? Nada, no era nada. Tal vez la presencia de Hyrcan. De todos modos, los encuentros largamente esperados nunca colmaban todas las expectativas.

Hyrcan soltó una risa breve. Su expresión era amarga.

—Se da importancia, Sedry. Me atrevería a decir que escribe poesía, o toca la viola.

—Hyrcan, creo que estás celoso. —Sedry se apoyó en un codo y miró hacia arriba. El Príncipe Heredero soltó una risita burlona—. Presencia, la tiene. Y una hermosa mujer, que abandona su confort para viajar con él...

—Una prostituta —replicó Hyrcan.

—Si prefieres llamarla así... Pero en todo caso una de elevada cuna y sumamente bella, por lo que he oído. Inteligencia, piedad, riqueza, una legendaria habilidad con las armas y el arco...

—¡Bah! —A Hyrcan le sentaron mal aquellas últimas palabras—. Casi le matan en Megen Cove.

—Un mástil se le cayó encima —señaló Sedry en tono áspero—. No, Hyrcan, es

evidente que este hombre no te gusta precisamente por sus atributos. ¡Y escúchame, hermano! ¡No provoques a Gespary! Dado que eres tan hábil como él con la espada...

—Mejor —cortó Hyrcan. Sedry movió una mano con impaciencia.

—Como quieras. Además, no me preocupa demasiado tu opinión. Darion necesita a Gespary. Aunque sólo sea porque los beldenianos no obedecerían a nadie más que a él. Si me contrarías en este asunto, hermano, no me contrariarás nunca más. Nunca. —Se produjo un silencio tenso y desagradable. Hyrcan se incorporó. De un salto ágil, bajó tres peldaños, para poder mirar al Rey a los ojos.

—¿Estás amenazándome, Sedry?

—No, te lo aseguro. —Sedry sostuvo la mirada de su hermano con terrible esfuerzo. De pronto recordó la pregunta que le había hecho la noche anterior y su nerviosidad aumentó. Alayya, Elorra ¿tan borracho estaba?—. Yo gobierno en Darion, Hyrcan. Recuérdalo. Tú eres una gran ayuda para mí, hermano, y no olvido lo que te debo. Pero ningún hombre es irremplazable, recuerda también eso.

Otro silencio, más tenso que el anterior. De pronto Hyrcan sonrió (un movimiento de los labios, pero sus ojos seguían serios) y se inclinó con toda formalidad al tiempo que retrocedía dos pasos.

—Perdón, Señor. Gespary de Rhames es una espina que llevo clavada en mi corazón, pero no le molestaré, si lo ordenáis.

—Lo ordeno.

—Como gustéis. Y ahora, si ya no me necesitáis, será mejor que vaya a ver si los palafreneros se ocuparon de mi caballo anoche.

—Desde luego. —Sedry se puso en pie. Su hermano abandonó rápidamente el salón. Su leve y gracioso paso felino resultaba aún más raro que cuando Hyrcan era más joven y estaba en forma.

Una vez las puertas cerradas detrás del Príncipe Heredero, Sedry se derrumbó en el sillón y se entregó a vagos pensamientos. Era casi mediodía; una breve reunión con Nolse y los mensajeros de Orkry. Después sería la hora del almuerzo, y hoy Juseppa sólo tenía lecciones de historia y de lengua, de modo que comería con él. El Rey sonrió al pensar en su joven Señora.

Era perfectamente adecuada, reflexionó. Una jugada excelente desde el punto de vista político, puesto que Embersy del Norte era un buen aliado, aunque sólo fuese por el incremento del comercio. Además, aunque era lo bastante hermosa para complacer a Sedry, que era exigente en estas cuestiones, Juseppa era aún demasiado joven para interferir en sus aventuras con otras mujeres. Y esas otras eran muchas, muchísimas.

La mayoría, conscientes del honor, se habían ofrecido al Rey: la esposa del alcalde de Lertondale era una de ellas; la Dueña del Castillo de Orkry, otra. Muchas otras se habían rendido ante los primeros intentos de persuasión, como la rubia dama

de Nolse y varias damas de honor de Juseppa.

Desde luego, Sedry no vacilaba ante las amenazas, extorsiones o hasta el simple uso de la fuerza, seguido en algunos casos por la amenaza de la denuncia. Por ejemplo, la hija del Presidente de su Consejo, Maldiss, con sus rubias trenzas recogidas con recato alrededor de su cabeza, de modo que ningún hombre de Arolet la miraba dos veces, vestida en la forma en que se vestía. O Elyessa, la hija de Eavon, con una espesa cabellera rojiza deshecha en rizos que le llegaban a las rodillas, y una sombra de pecas sobre la delicada nariz. ¡Dioses! ¡Aquellos enormes ojos verdes, tan indefensos! Por desgracia, dentro de poco tendría que poner fin a tales placeres, o al menos volverse más prudente. Juseppa era tan inocente, tenía tanta devoción por él... Tal vez creyese lo que él le decía. De todos modos, aún faltaban cuatro años para que entrara en su lecho.

Sedry suspiró; había recuperado del todo su buen humor. Contar sus mujeres siempre le producía aquel efecto.

Además, esta noche Gespny y la Dama Fialla cenarían con él. Nolse ya le había informado. Todos sus hombres habían hecho encendidos elogios de su belleza. Y una vez más rechazó con irritación aquel algo que cruzaba por su mente cuando pensaba en el Arzobispo. ¡Maldito Hyrcan y su desconfianza! A él le gustaba el Arzobispo.

Diez días después y cuarenta leguas hacia el este, Gespry detuvo su caballo y se inclinó hacia un lado para mirar al valle, quince metros más abajo. Tenía unas cuatro leguas de largo y más de media milla de ancho. Aquí y allá se erguían bosquecillos de pinos, fresnos y sauces, pero la mayor parte del terreno, con sus suaves ondulaciones, era prado abierto. Un río poco profundo serpenteaba como una cinta brillante y lisa. Era poco profundo en toda su extensión y sus riberas estaban cubiertas de una espesa vegetación de malezas y matorrales.

Al norte del río se levantaba el campamento de Darion. Los beldenianos (una fuerza por lo menos una vez y media mayor que el ejército de la Marca) ocupaban la orilla sur, a lo largo del agua. En la extensión ocupada por ambos campos se habían cortado todos los arbustos y la hierba alta. En medio del campo mercenario, instalado en un claro, se levantaba el pabellón azul y oro del Arzobispo. El estandarte de Gespry flameaba en una pica clavada en el pasto frente a la tienda.

Los ojos de Gespry registraron el detalle y después volvieron a recorrer el valle. La lejana pared rocosa, igual a aquélla en que se encontraba él ahora, se elevaba en un áspero acantilado de granito, despojado de árboles o malezas y con salientes en muchos sitios; era aun más alta que la pared meridional.

—¡Por los Dos! —exclamó Gespry—. ¿En qué estaba pensando el Rey? ¿O habrán sido los estúpidos Señores de la Marca? Este lugar es una trampa mortal, no hace falta ser muy listo para verlo. —Su cabello blanco dejaba al descubierto su rostro delgado. Una áspera brisa presagiaba lluvia. La Adivina y la Dama Fialla, que se mantenían apartadas del precipicio, junto con los animales de carga, intercambiaron miradas de resignación. El Arzobispo había estado irritado desde que salieron, con un humor tan negro como el cielo. Boresin espoleó su caballo y se adelantó.

—Creí entender —empezó a decir en tono de disculpa— que se había elegido este sitio porque está resguardado del viento.

—Al diablo con el viento —estalló Gespry con tono brusco—. Prefiero despertarme helado que con el cuchillo de un salvaje clavado en el estómago. —Después sonrió, de pronto amable—. Te pido mil perdones, Boresin, no es culpa tuya. Estoy deshecho por la cabalgata y además este valle no me gusta nada.

Gelc desmontó y se acercó cojeando para echar una mirada intranquila hacia abajo.

—Tendrían que atravesar esa planicie; un centinela bastaría para dar la alarma. No hay ningún lugar donde puedan esconderse, y no veo cómo alguien, armado o no, podría bajar por la pared rocosa.

—¡Ah! —dijo malhumorado el Arzobispo mientras su mirada sombría recorría

otra vez el valle—. Pero tú no eres un sal... un Fegez. Tal vez ningún ser humano pueda...

—Ellos son hombres. Pueden ser asesinados como hombres —dijo Fialla desde las profundidades de su pesada capa de lana. Sólo alguien que la conociera bien podría haber notado el temblor de su voz. El Arzobispo se sobresaltó al oír sus palabras y se acercó a ella. Los ojos oscuros del hombre tenían una mirada preocupada y sólo recuperaron su serenidad cuando Fialla sonrió.

—Es como dice la Señora —murmuró Gelc.

Gespry se incorporó en los estribos.

—Vamos. Si es una trampa, ya es demasiado tarde para preocuparse. Al menos por esta noche. Será mejor que nos protejamos del viento antes de que también empiece a llover. —En esto, hizo girar su caballo hacia el estrecho sendero que les llevaría casi una legua en la dirección de la que habían venido, a través de un frondoso bosque de pinos, hasta el valle mismo. Boresin y Fidric, que guiaban los dos animales de carga, seguían detrás y Gelc cerraba la fila. Con súbito impulso, la Adivina espoleó su caballo y alcanzó a los hermanos. Fialla echó una última mirada al valle que se extendía a sus pies, y después a la embozada figura que ya se adelantaba por el sendero. Se acurrucó en la capa y espoleó el caballo. Por lo menos, bajo los árboles, el viento no sería tan crudo.

Cuando entraron en el campamento de Darion, fueron recibidos con grandes aclamaciones. Los hombres rompían filas, salían de las barracas, a medio lavar y todavía mojados por haber cruzado el río, para ver al legendario Arzobispo de Rhames y a su pequeña comitiva. Hasta el último de los arqueros les conocía: eran las mismas cinco personas que les habían acompañado durante los últimos diez años. Hasta la Adivina se echó atrás la capucha; y la Dama Fialla saludaba y sonreía desde su sitio junto a su Señor. El mismo Gespry, en un brusco cambio de humor, se inclinaba para estrechar las manos que se tendían hacia él. Una cálida sonrisa transfiguraba su rostro.

La algarabía aumentó cuando la compañía vadeó la corriente y entró en el campamento beldeniano. Muchos de aquellos hombres habían luchado ya junto al Arzobispo, muchos habían participado en la batalla de Megen Cove, cuando la Armada de Genneldry había sido expulsada con eficacia de los mares. Un sargento de arqueros se acercó, arrastrando a su compañero: su sobrino, un muchacho muy joven que se había enrolado en el ejército el verano anterior.

—¡Mira, Zormerian! —exclamó mientras su cara llena de cicatrices se distendía en una gozosa sonrisa—. ¡Éste es un hombre al que vale la pena seguir, muchacho! ¡No es como el Rey de Darion, que dirige las tropas muy a salvo, desde cientos de millas de distancia!

—Pero, tío Zorec, dicen que el Rey Sedry ya está en marcha y que se unirá al

ejército esta semana. —El viejo sargento le miró airado. Otra vez andaba prestando oídos a todos los chismes—. ¡Eso dicen!

—Dicen —replicó Zorec en tono áspero; pero un momento después recuperaba su buen talante, al inclinarse el Arzobispo para tocarle el brazo mientras murmuraba «Mi buen sargento...»—. En cuanto al Rey —prosiguió Zorec, con voz más amable—, lo creeré cuando lo vea, no antes. Pero éste —reiteró con entusiasmo—, éste sí es un hombre para seguir. Aunque —añadió, contemplando los caballos que se alejaban— está tan delgado... Apenas si le reconozco. Y su cabello era rubio, dorado. —Estaba preocupado, porque en realidad Gespry había cambiado poco, en comparación con lo que un hombre podía cambiar, y sin embargo...

—Dicen que lo hirieron de gravedad —comentó el muchacho, apoyándose en su tío para mirar a los jinetes—. Dicen que casi se muere.

Zorec parpadeó y trató de poner en orden sus pensamientos.

—Así es —dijo, sombrío—. Yo estuve allí. Yo ayudé a la Dama Fialla a abandonar el Rompeolas y a pasar al Jinete de las Tormentas. La ayudé con estas manos. Pero ella no quiso abandonar el barco hasta que Gespry fue trasladado. —Zormerian, que había contemplado extasiado a la bella Fialla de Rhames, con su joven corazón revuelto, se volvió y miró a su tío con muda admiración.

El interior de la tienda del Arzobispo era cálido y templado, sobre todo después del crudo viento que habían soportado durante casi toda la tarde. Era un refugio amplio, regalo de ciertos nobles beldenianos en prenda de gratitud por la ayuda de Gespry contra los piratas del Sur. Faroles de plata colgaban de la estructura interior, y velas aún sin encender estaban colocadas en candelabros de bronce de ancha base, que sujetaban los cuatro ángulos del enorme mapa de Darion oriental que cubría la larga mesa. Alrededor de ésta, había sillas y taburetes de tres patas; allí tendrían lugar las reuniones del Consejo de Guerra de Gespry y sus capitanes beldenianos, y los Señores de la Marca que quisieran tratar con los mercenarios. Finas alfombras de hilado de Embersy del Sur cubrían la espesa hierba de la pradera, excepto en dos lugares donde el pasto había sido cortado para instalar los fuegos. En la parte posterior estaba el lugar donde dormirían los hombres, y una alcoba para la Adivina. Y más allá, una cámara con cortinajes para el Arzobispo y su Dama.

—Otra prueba —murmuró Gelc—. Siempre una prueba más. —El Arzobispo, que se había quitado las botas apenas entraron en la tienda, y se paseaba por las alfombras descalzo, soltó una risita.

—Así es, amigo mío. Y en mi opinión, ésta es la última. ¡Pero cuidado! Las paredes de tela guardan pocos secretos. —Y señaló la abertura que hacía las veces de puerta y frente a la cual se paseaba uno de los tres guardas de puerta así como guardias de honor beldenianos.

—La gente ve lo que quiere ver —señaló Fidric, que estudiaba el mapa, apoyado

contra la mesa—. ¿Y qué quieren ver, sino a Gespry, sano y en buena forma? Las cosas van bien, Gelc, no te preocupes. —Gelc le miró en silencio. Fidric sostuvo su mirada por un momento y después se volvió hacia la Adivina, que se había instalado bajo una de las lámparas y estaba ya ocupada en colocar sus cartas siguiendo un complejo ritual en el círculo de luz. Giró una carta y la colocó aparte dentro del círculo, inclinada hacia la izquierda: Tres de Espadas, una gran batalla—. Estamos a salvo, como lo estamos siempre antes de una batalla, hermano de armas —prosiguió diciendo Fidric—. La Adivina no ha visto nada...

—Nada —concedió la Adivina con calma, mientras los demás se preguntaban cómo podía concentrarse tanto en sus cartas y seguir, sin embargo, las conversaciones a su alrededor. Levantó la cabeza y miró a los hombres uno por uno, dejando a Gelc para el final—. Nada todavía...

—¿Todavía? —preguntó el pequeño guerrero. Ella se encogió de hombros.

—Tú me conoces, Gelc Garnacsson. Sabes lo que veo y lo que no puedo ver. Todavía no veo nada que pueda causar una desviación importante del Esquema establecido en Rhames, cuando se decidió este viaje. —Giró otra carta y colocó al Arquero junto al Tres de Espadas, pero inclinado hacia la derecha—. Hay esquemas contrapuestos, debido a la manipulación de tantos individuos, de tantas personas diferentes. ¿Acaso tú puedes discernir los enfrentamientos individuales en una batalla mientras participas en ella, soldado? ¿O predecir su desenlace por los primeros enfrentamientos?

—No —admitió Gelc—. Pero tú...

La Adivina suspiró suavemente.

—Yo sé. —Elaborar un Esquema Maestro era una carga pesada. A veces, como en esta ocasión, ella lo sentía—. Hay variables —dijo por último—. Tú lo sabes muy bien, Gelc. Muchas de esas variables, juntas, podrían destruir el Esquema, a pesar de lo que yo prediga.

—Pero...

—Pero no veo tal perturbación ahora, o en el futuro próximo.

—Te ofrezco mis excusas, Adivina.

—Aceptadas, Gelc. —Volvió a sus cartas con toda tranquilidad. Con lenta determinación añadió otras tres al montón superior; después acomodó el mazo con dedos hábiles y colocó una carta más en el centro del diseño. El Loco, hacia arriba, la miraba con sus extraños ojos azul castaño.

Gelc se acercó al Arzobispo, que había abandonado su paseo para sentarse en una silla de respaldo bajo; Fialla, en pie detrás de él, le acariciaba los músculos de la nuca, con aire ausente.

—Se diría que no tienes confianza, Gelc —dijo Gespry de pronto.

—¿Confianza?

—En mi espada, entre otras cosas. —Gespry hizo una mueca de dolor al hundirse los dedos de Fialla en los músculos de su hombro. Boresin, que había estado tendido cuan largo era en el extremo opuesto al sitio de la Adivina, se incorporó y se apoyó sobre un codo.

—No es así, Gespry. No le hagas caso. Ya sabes cómo es Gelc antes de una batalla.

Gelc rió en tono burlón. Fidric se acercó.

—No estabas mucho mejor a bordo del Rompeolas, hermano —dijo en tono conciliador. En aquel momento entró uno de los beldenianos. Traía varios pesados jarros de metal y dos o tres botas de cuero llenas de vino.

—¡Aquello fue diferente! —protestó Boresin. Con un gesto apartó a su hermano, distribuyó los jarros, olfateó con cautela los recipientes del vino y, con un encogimiento de hombros, sirvió del que le pareció más aceptable—. Además, yo nunca he sido marinero —añadió, mientras servía a Gespry y a Fialla. La Adivina no bebía otra cosa que sus infusiones de hierbas. Fialla se inclinó y apretó la mano del soldado.

—Si algún afecto tienes por mí, no vuelvas a hablar de Megen Cove.

—Desde luego, Fialla. Excúsame.

—Bebamos —aconsejó Gespry en tono suave. Bebió un largo trago—. Todos estamos tremendamente cansados. Ha sido una cabalgata demasiado larga, y con esta trampa al final... ¡Aj! —No pudo reprimir un gemido. Los dedos de Fialla se habían hundido en su hombro.

—Eso sí —dijo Fialla como en broma pero en un tono que no admitía réplica—, juro que si alguno de vosotros vuelve a pronunciar la palabra «trampa»...

Gespry extendió las manos para tomar las de Fialla.

—Yo, por lo menos, no lo haré mientras mi cuello esté a tu merced, querida.

Fuera de la tienda sonó una campana. Entró un joven guardia para anunciar al Arzobispo que los capitanes de ambas fuerzas, junto con diez Barones de la Marca, deseaban reunirse con él después de cenar.

Fue una reunión larga y ardua, que se prolongó hasta bien entrada la noche. Fialla, que se había retirado a la cámara encortinada, junto con la Adivina, en cuanto llegaron los primeros capitanes beldenianos, tuvo razones más de una vez para sentirse orgullosa de su compañero. Hubo episodios delicados: Gespry hablando con Goldeg, el hombre de la Marca responsable de la elección del emplazamiento del campamento, con aquella voz opaca y sin inflexiones, propia de sus momentos de mayor furia; después, una respuesta seca pero no maliciosa a una observación obvia hecha por alguien; y en otro momento, su cálida respuesta a una sugerencia interesante.

Así se ganaba Gespry a los hombres, y así había dominado siempre las reuniones tácticas, tanto en su monasterio como en el Consejo del Rey en Embersy del Norte o en cualquier otro lugar. De pronto, Fialla se sintió invadida por una intensa oleada de tristeza. La mano de la Adivina se apartó de las cartas y se posó en su brazo.

—El está bien, Fialla. No temas.

Fialla sonrió. Un pobre esfuerzo de su parte que, lo sabía, no engañaba a nadie. No debo permitirme este tipo de cosas, se regañó a sí misma con rabia. No es justo ni para él ni para mí; y además, es peligroso para todos.

—Ten confianza —prosiguió la Adivina con aire sombrío—. Todo va bien. Nada le sucede.

De improviso, se oyó una discusión en la sala principal del pabellón. Era Gespry y Nevered, el más conservador de los nobles de Darion, a quien era fácil identificar por sus palabras y por su voz potente y algo atiplada.

Con un toque ligero, la Adivina llamó la atención de su compañera y le indicó los Tarots con un gesto. Fialla, agradecida ante la perspectiva de un poco de diversión, se acercó e inclinó la cabeza sobre el juego extendido sobre el tapiz.

Por su relación con la Adivina, Fialla ya conocía las cartas y también sabía algo de su lectura. Los arcanos mayores, veinticinco, eran a menudo toscamente dibujados en las cartas. Pero aquella adivina tenía unos naipes de gran belleza, porque su patrón no le escatimaba nada. Treinta y cinco arcanos menores, azul y oro, divididos en cinco palos: Espadas, Bastos, Agua, Fuego y Tierra.

La Adivina había empezado por el diseño más simple: una lectura para una sola persona. Cuatro pequeños montones de cartas custodiaban las esquinas y rodeaban a un Significador doble: la Princesa de las Llamas, atravesada por el Sacerdote. Después tomó cartas de los cuatro montones y empezó a colocarlas centradas entre las esquinas y paralelas a la Princesa. Cinco de Espadas: enfrentamiento, verbal o de lucha real. Hacia arriba; por lo tanto, no hay amenaza. Siete de Espadas: emboscada, provocación. También hacia arriba. Niebla.

La Adivina vaciló, pareció reflexionar mientras golpeaba suavemente la última carta con su delgado dedo índice. Niebla, engaño. Desde el principio, el viaje había estado lleno de esa señal, que aparecía en todas las lecturas. No tenía sentido intentar una clarificación mayor; por lo menos, no mediante aquella lectura. Echó una mirada hacia la sala donde Gespry le ofrecía argumentos persuasivos al mayor de los beldenianos, que estaba decidido a enviar exploradores aislados hacia el este y hacia los bordes superiores del valle.

—Podéis enviarlos, Señor; son vuestros hombres y podéis utilizarlos como mejor os parezca. No discutiré, si ésa es vuestra última palabra. Ahora bien, si recuperaréis alguno de ellos con vida, ésa es otra cuestión. Yo lo dudo. —Hizo una pausa para darle tiempo al otro para hablar, y ante su silencio, continuó—: Nosotros no somos expertos en bosques, Señor. Al menos, no como un Fegez lo entiende.

Se oyó otra voz, en el dialecto arcaico y fuertemente acentuado de la Marca. Era un hombre mayor.

—Los salvajes son animales herejes, zorros; o espectros. No se les puede ver si ellos no quieren. Y después, bueno, después es demasiado tarde.

—Os lo ruego, mi Señor de la Marca, no habléis de espectros. Lograréis asustarnos, a mí y a mis hombres. —La voz de Gespry. Risotadas. Después la conversación se hizo entonces más distendida. Se oyó un entrechocar de jarros: alguien servía vino.

La Adivina dio vuelta a una última carta y la colocó debajo del centro de su juego. Con el rostro moreno iluminado por el fuego que sostenía en el hueco de sus manos, el Príncipe de las Llamas miraba hacia lo alto, como si hiciese una ofrenda a la Princesa. La Adivina se sentó sobre los talones y una extraña sombra cruzó fugazmente por su cara.

—Qué extraño —murmuró.

—¿Extraño? —Fialla había permanecido distraída, escuchando a medias las conversaciones de los hombres. Pero al oír el comentario de la Adivina, se volvió hacia ella.

—La Princesa. —La Adivina levantó un instante la mirada y después volvió a sus cartas.

—Sí. —La Princesa, una figura pálida bajo su corona de llamas, con la espada en la mano, tocada por el fuego azul, levantaba la cara seria y resuelta.

—Estas cartas —dijo la Adivina, señalando las tres primeras— indican batalla, confusión, impostura. No hay peligro.

Fialla asintió y, señalando la última carta, preguntó con la mirada.

—El Príncipe —murmuró la Adivina—. Ubicado como está, debería estar en el Esquema, tendría que haber aparecido ya. Y todavía no lo he visto.

—Tal vez haya parentesco...

—No. —La Adivina hizo una pausa mientras sus dedos acariciaban los naipes—. No hay parentesco. Y sin embargo...

—¿Sin embargo...? —la instó Fialla. La Adivina no contestó; la miró absorta un largo momento.

—Es extraño. —Se encogió de hombros—. El Príncipe de las Llamas y la Princesa son muy parecidos; de los Arcanos Mayores, estos dos son los más íntimamente vinculados entre sí. Esto no significa una amenaza para el Esquema. Pronto lo entenderé.

Tomó la primera carta del mazo a la derecha del Príncipe y la sostuvo por un momento en el aire. Después la volvió con la cara hacia arriba y la colocó con los ángulos tocando a la Princesa y al Príncipe. El Loco.

—Sorpresa —suspiró Fialla—. Pero ¿buena o mala?

—La Adivina frunció el ceño. Algo parecía inquietarla, algo que se desvaneció un instante después, cuando barrió el juego con una mano y empezó a mezclar los naipes para hacer con ellos un montón que colocó con la cara hacia abajo.

—Ha sido una lectura muy imperfecta —dijo. Acomodó el mazo y lo devolvió al cofre enjovado y forrado de seda que Gespry le había regalado para guardar sus Tarots—. Parece que esta noche no harán falta mis servicios —afirmó.

—No —dijo Fialla—. Sólo hablan de guerra y de batallas. Pero alguna otra noche, sin duda te los pedirán, sobre todo los beldenianos.

—Bien —dijo la Adivina simplemente—. Estoy cansada y necesito dormir.

—No se quedarán mucho más —comentó Fialla, y le sonrió. La Adivina le devolvió la sonrisa, casi con timidez.

—¿No?

—Es poco probable. Fidric les ha estado sirviendo vino beldeniano desde que llegaron; y es un vino fuerte. —Vaciló, extendió una mano y la apoyó sobre el cofre—. Nunca... ¿nunca te asusta?

—¿Asustarme? ¿Mi Don? —La Adivina se reclinó contra la cama baja del Arzobispo y pareció reflexionar—. No. No es como tú crees. —Su mirada buscó la de Fialla.

—Entonces, ¿cómo es?

—Hay que construir un Esquema —dijo, y apoyó la mano sobre la caja labrada—. No nos creemos Dioses ni usurpamos ninguno de los derechos o poderes de los Dos. Aunque la mayoría, que no nos ven como los simples adivinos que somos, así lo crea.

—Yo no...

—Tú no, desde luego —continuó la Adivina ante la vacilación de Fialla—. Tú has visto gran parte del Esquema, y también los guerreros. Y Gespry. Pero aun así, no es como crees. —Hizo una pausa como para poner en orden sus pensamientos—.

Sería correcto decir que tú conoces bien a Gespry y que, en muchas circunstancias, puedes predecir lo que hará o dirá.

—Creo que en la mayoría de las circunstancias —replicó Fialla. Recogió los pies debajo de su amplia falda: la noche estaba refrescando.

—Un... entrenamiento en la lectura de los Tarots, como el que yo he tenido, te otorga esa misma facultad con gente que no conoces. Y la construcción de un Esquema es meramente la creación de una forma que implica a mucha gente, y la forma en que reaccionarán. En parte son las cartas, en parte el Don, pero a veces es algo que participa de ambas cosas, y al mismo tiempo es algo más.

»En este caso —prosiguió—, puedo decir que, debido a que el Rey de Darion es un determinado tipo de hombre, debido a que piensa de cierto modo y hace ciertas cosas, debido a que su hermano el Príncipe Heredero es un determinado tipo de hombre, tú les conoces tan bien como yo, debido a todas estas cosas, y a la forma en que se han combinado, se producirá cierto resultado.

—Si nos mantenemos en nuestro propio camino —añadió Fialla. La Adivina asintió con mirada grave.

—Más en este caso que en cualquier otro, he tratado de mantener el control; hay más cabos sueltos que incorporar a la trama que lo que sería de desear —dijo con una sonrisa despectiva—. Pero eso también forma parte del Esquema. Y quizá sólo Gespry de Rhames y yo podríamos ser tan tontos como para desafiarlo.

—Gespry... —empezó a decir Fialla.

—Tú debes cuidar tu parte —dijo la Adivina, y sus ojos volvieron a reflejar aquella mezcla de comprensión y advertencia—. Recuérdalo bien, y no te abandones ni un momento. Ése es uno de los hilos más débiles de nuestra trama: que podamos olvidar un detalle, pronunciar la palabra equivocada en el momento equivocado.

—No lo olvidaré —le aseguró Fialla con aire sombrío.

—Tu parte es la más difícil, lo sé —dijo la Adivina—. Si hubiera podido ser de otro modo...

—Lo sé. No te preocupes. —Su atención se volvió entonces al otro lado del pabellón. La reunión se terminaba. Los hombres de Darion, discutiendo aún, mientras se retiraban, de la cantidad de hombres armados que deberían dejar en cada puesto, el número de hombres de refuerzo que incorporarían, se fueron al poco rato. Poco después los beldenianos les siguieron.

Gespry estaba solo, repantigado en una silla de alto respaldo, en la punta de la mesa, con una copa de vino a medio vaciar al alcance de la mano y las piernas extendidas. Abrió los ojos cuando Fialla acercó un asiento y le tomó una mano. El guardia beldeniano que anteriormente había anunciado la llegada de los capitanes desvió deliberadamente la mirada mientras retiraba las jarras y las copas. Gespry esbozó una sonrisa fatigada.

—Qué bien has hablado —murmuró Fialla.

—¿Tú crees? —parecía estar en un estado peligrosamente cercano al agotamiento.

—Claro que sí; de lo contrario, no lo diría —respondió Fialla—. Pero estás cansado. Necesitas dormir.

Gespry se encogió de hombros y una sonrisa apesadumbrada distendió su boca.

—Podría dormir una semana entera. Pero debo decirle a Fidric que no me llene la copa con tanta frecuencia. Mi cabeza no aguanta ese vino tinto. —El joven beldeniano volvió a buscar las últimas jarras, acomodó el mapa sobre la mesa y se retiró con una reverencia.

—Razón de más para irte a la cama —replicó Fialla con dulzura. Se apartó de la mesa, apagó las velas más próximas y bajó el pabito de dos de las lámparas. Una tercera se había consumido momentos antes y la cuarta quedaría encendida toda la noche—. Vamos, Señor mío. —Gespry refunfuñó pero se dejó llevar.

—¿Qué habéis decidido? —preguntó Fialla mientras volvía a correr la cortina. Gespry se arrojó sobre el mullido lecho con un leve suspiro y cerró los ojos—. No dormirás bien con esos pantalones. Llevan encima toda la tierra del camino de Lertondale. Si quieres meterte bajo las mantas esta noche, tendrás que quitártelos. — Otro gruñido, pero el Arzobispo, con los ojos todavía cerrados, se sentó con ayuda de Fialla y empezó a sacarse la pesada Camisa y a tironear de los lazos de su chaleco, mientras ella le quitaba las botas. Después se libró de los pesados pantalones de lana. Gespry se sentó en el borde de la cama mientras la dama acomodaba las mantas. No daba muestras de sentir frío, aunque sólo vestía una calza liviana hasta las rodillas y un ajustado vendaje alrededor del pecho, desde las axilas hasta las últimas costillas. Estaba más dormido que despierto cuando su dama le ayudó a enfundarse en una holgada camisa de noche de mangas largas, y le arrebujó el suave lino y las pieles alrededor del cuello, antes de apagar la lámpara principal y desvestirse ella misma.

—No se han decidido muchas cosas esta noche. —La voz soñolienta surgió de entre las mantas; después de todo, Gespry había oído la pregunta—. Siempre es así. Y los Barones de la Marca son más orgullosos que la mayoría; no les gusta la idea de pedirles ayuda a los mercenarios beldenianos.

—Quienes a su vez son muy orgullosos —dijo Fialla con un estremecimiento, vestida ya con su leve ropa interior. Se acordó en el último momento de dejar a mano la capa, antes de deslizarse entre las mantas.

—Sí que son orgullosos —asintió Gespry, con un bostezo—. Pero por lo menos todavía se dirigen la palabra, aunque sólo sea para gritarse mutuamente, así que todavía hay esperanza. Sin embargo, es raro...

—Es raro... —insistió Fialla, después de un silencio bastante prolongado.

—Mmmmm... Sí, es raro lo poco que los hombres de la Marca conocen a los

Fegez. Han vivido entre ellos la mayor parte de su vida; muchos de los Barones son gente mayor, que recibió sus tierras de manos de Alster hace cincuenta años. Y sin embargo ninguno de ellos ha luchado contra estos salvajes mano a mano.

—¡Gespry! ¡Qué vergüenza!

—Repito sus palabras, Señora, me limito a citarles. —Suspiró—. Y por eso es imposible conseguir una descripción decente, para no hablar de un relato digno de confianza acerca de toda esa historia de que cambian de forma. Y todos parecen creerlo sin reservas. Pero no hablan.

»No pude sacarles de este maldito valle, y tampoco a los mercenarios, aunque creo haberles persuadido de que no deben mandar más grupos pequeños de exploración y de que tienen que apostar más guardias en el campamento. —Otro suspiro—. Tal vez mañana tengamos novedades. Han mandado a buscar a uno de sus hombres más jóvenes, que por lo visto conoce...

—¿Conoce?

—Mmm... El Señor de Korent. —Gespry estaba casi dormido—. Creo que ése es su nombre. Tuve que arrancar a Golpret de la garganta de su hermano justo entonces y no pude volver a preguntar.

—¿El Señor de Korent? ¿Y por qué te lo envían a ti?

—Sus posesiones son las más orientales de la Marca y él conoce a los Fegez mejor que nadie. Pero creo que no le ha gustado ser convocado. Tal vez te necesite para apaciguar al muchacho, Fialla.

—¿Muchacho? ¡Vamos, Gespry! —Fialla se apoyó sobre un codo. Gespry se volvió para mirarla y se acurrucó en las mantas. Los ojos oscuros se cruzaron un instante con la mirada de Fialla y volvieron a cerrarse.

—Me parece que es joven. Por lo menos, joven para ser un propietario. Apenas había llegado a la mayoría de edad cuando recibió Korent del Rey Sedry, como un favor por su ayuda contra el anciano Rey, por su ayuda en el derrocamiento y el exilio de Alster. —Fialla apretó los párpados. Dioses. Le había parecido detectar una extraña hostilidad en la voz de su compañero—. Debo decir —añadió Gespry con voz suave— que me apetece conocer a este joven Señor de la Marca.

Despuntaba el día cuando Fialla despertó; pero Gespry ya se había ido. También habían partido con él los tres soldados: el Arzobispo, insatisfecho aún con la seguridad, había ido a recorrer el valle. Faltaban los pesados pantalones, las botas embarradas y la camisa de lana que había usado el día anterior, así como la característica capa azul cielo, forrada y ribeteada de amarillo pálido.

Fialla se apresuró a vestirse en el aire helado de la mañana y se dirigió a la sala principal del pabellón.

En las dos hornallas ardía un fuego bajo y el ambiente era mucho más cálido. Una nota que confirmaba adonde había ido Gespry estaba a la vista sobre la mesa, junto al desayuno: frutas frescas, pan caliente, recién sacado del fuego. Varias lonjas de carne seca muy poco condimentada, un tarro de crema de manzana. Cerca del fuego humeaba un recipiente abierto, lleno de la bebida llamada café que Gespry había descubierto durante una de sus misiones en los desiertos al este de Rhames, y de la que se había convertido en adicto. En un día normal, Fialla ni siquiera se hubiese acordado del café, pero aquella mañana, cualquier bebida caliente le apetecía; de modo que llenó el pesado jarro del Arzobispo, lo llevó hasta la mesa y se sentó lo más cerca que pudo del fuego, con los pies enfundados en medias estirados hacia el calor.

Bebió varios sorbos —era horrible, pero calentaba el estómago— antes de prestar atención a la comida. Primero comería algo y después saldría a recorrer el campamento beldeniano a caballo. La mayoría de los soldados la conocían, de alguna de las campañas del Arzobispo, y era una buena oportunidad para conocer a los demás. Fialla tenía plena consciencia de su ascendiente sobre aquellos hombres, y sabía que en ese aspecto, le era de gran utilidad a Gespry; pero sobre todo, a veces podía enterarse de cosas, resolver pequeños pleitos, ocuparse de asuntos para los cuales el atareado Arzobispo y sus hombres no tenían tiempo.

Tenía los pies algo hinchados por las largas horas de cabalgata del día anterior, y las botas le apretaban, pese a la suavidad del cuero. Después se puso una bufanda de un tejido plateado, un adorno sobre la sencilla lana oscura de la camisa y la falda pantalón que rozaba el borde de las botas. Encima un tabardo, acolchado como protección contra el frío y el viento, que lucía las armas de Gespry y las de su propia familia: un lebrél en actitud alerta frente a una torre, y debajo el lema «Iyo ge partes», Yo sirvo. Para terminar, la pesada capa gris oscuro como la camisa y la falda, pero con rayas de un azul intenso.

Cuando salió, el frío la golpeó y la hizo jadear. Sacó los guantes que llevaba al cinto y envió a un guardia por su caballo.

Fue una cabalgata agradable, a pesar del frío. Durante más de una hora recorrió el

campo, deteniéndose con frecuencia cuando algún soldado abandonaba por un momento su tarea y la llamaba por su nombre para hablarle de la última vez que la había visto, o informarse de la salud del Arzobispo. Esto último con algo de ansiedad, porque los mercenarios consideraban a Gespry uno de los suyos. Fialla desenterraba nombres (rangos militares cuando no podía recordar los nombres, episodios de otros tiempos) de su excelente memoria, y se veía recompensada por la cálida respuesta de todos los que hablaban con ella.

Varias veces desmontó para hablar con varios soldados al mismo tiempo. Se había corrido la voz de su presencia, y los hombres que no habían salido del campamento se agolpaban a su alrededor.

Cabalgó de vuelta al pabellón con renovada confianza, y la sonrisa que dedicó al guardia que la ayudó a bajar de su cabalgadura fue más amable que de costumbre. El muchacho la miró deslumbrado mientras ella entraba en la tienda y dejaba caer la cortina tras de sí.

Otro jarro del café de Gespry, para el frío. ¡Aj! Tendría que tomarse tiempo aquella misma tarde para buscar su pequeña provisión de té. Las hojas para infusiones no estaban en su lugar, debían estar en otro sitio y por eso no las encontraba. Mientras tanto, quizá Golpret tuviese cantidad suficiente para compartirlo con ella, aunque el té beldeniano era apenas mejor que el café de Gespry. El Rey Sedry le había ofrecido algo que él llamaba «chocolate»; era importado, le dijo, de tierras muy lejanas, una bebida fuerte, aunque un poco dulce para su gusto. Qué tonta había sido, pensó, al no aceptar su ofrecimiento de regalarle un poco.

Sonó una campanilla y el guardia gritó: «Un hombre quiere ver al Arzobispo».

—Déjale pasar —respondió ella, apartando el jarro de café. La cortina se abrió para dejar paso a un hombre alto y delgado, que se acercó a la mesa a grandes zancadas.

Es joven, fue su primer pensamiento; pero el cabello castaño oscuro ya era plateado en las sienes y en la barba bien cuidada que le rodeaba la mandíbula más bien ancha, en la que destacaba una boca grande bajo el espeso bigote. Una hermosa boca, tal vez; pero en aquel momento estaba crispada en un gesto de disgusto. Su cabellera era tan larga como la de Gespry pero no escalonada, partida al medio y cayendo lisa hasta los hombros, a la moda de la Marca. Los ojos entrecerrados parecían ser negros.

¿Otro de éstos? se preguntó irritada. Algunos de los nobles de Darion, aunque muy pocos de la Marca, debía reconocerlo, habían expresado su reprobación por el hecho de que un sacerdote, con votos de servicio a los Dos, viajase en compañía de una mujer, o peor aún, de su amante. El joven parecía disgustado; y también exhausto, advirtió ella de pronto. Casi no podía tenerse en pie. Fialla le indicó un sillón con los brazos y el respaldo acolchados.

—Sentaos, Señor —invitó.

—Después de vos, Señora —replicó el joven, y esperó que ella tomara asiento, antes de dejarse caer en el que le habían ofrecido. Educado para ser Marqués, aunque un poco brusco, pensó Fialla—. Soy Baldyron... Korent. Me dijeron que su Excelencia no está en el campamento. Necesito verle inmediatamente. —¡Ah! Entonces el disgusto no tenía nada que ver con ella.

—Está recorriendo el valle para tratar de aumentar nuestra seguridad aquí. Regresará en cualquier momento. Pero, en cuanto a vos, ¿habéis comido, Barón? —Silencio. El hombre se pasó una mano curtida por el sol y la intemperie por la cabellera, y clavó la mirada en la mesa—. Me temo que no —siguió diciendo Fialla—. Tenéis el aspecto de un hombre que acaba de llegar de un largo viaje. Aquí hay pan y fruta y un poco de carne seca. Y café, que por lo menos está caliente, aunque a muchos no les gusta su sabor.

—Ya he tomado café antes, una vez. Mi agradecimiento, Señora. —Levantó la barbilla y miró a la joven: parecía verla por primera vez. Sus ojos se abrieron de asombro. De pronto, consciente de la persistencia de su mirada, se ruborizó y bajó los ojos hacia la comida que ella colocaba frente a él—. La verdad —prosiguió con voz inexpresiva pero de la cual la hostilidad había desaparecido— es que creo que no he comido nada desde ayer por la mañana. Hubo un momento en el que pensé que no podría partir.

—¿Obligaciones? —inquirió Fialla, y al mismo tiempo puso ante él un jarro de café. Él masticó, tragó, y después negó con un gesto.

—No. Las bestias... perdón, Señora. Los Fegez. —Se inclinó sobre el café humeante—. Han rodeado Korent. Una pequeña compañía les distrajo en los muros del Norte para que yo pudiera escabullirme por el Sur.

—¿Vuestras posesiones corren peligro? —preguntó Fialla. Sin darse cuenta tomó un sorbo de café, hizo una mueca y apartó el jarro.

—No por el momento. He defendido bien mi heredad, pensando en esta guerra. —Levantó hacia ella su mirada preocupada—. Pero allí me necesitan. En realidad, no debí haber venido.

—Desde luego. —No tenía sentido discutir con él. No había arrogancia en sus últimas palabras: simplemente, se tomaba en serio sus responsabilidades.

Sin darse cuenta de que ella le observaba, el joven se reclinó en el sillón y terminó de beber.

—Mil gracias, Dama Fialla. Es decir, creo... —por primera vez pareció confundido; no encontraba las palabras—. Yo... presumo...

—Soy Fialla —interrumpió ella—. Y no es necesario que me deis las gracias, Señor.

—Estaba más hambriento de lo que pensaba. —Una auténtica sonrisa borró el

ceño de su cara y le quitó de golpe diez años de edad; no debía tener todavía treinta—. Habéis salvado mi vida, Señora.

—Ha sido un placer, Barón de Korent —replicó Fialla devolviéndole la sonrisa.

Una sombra atravesó su rostro. Fue tan fugaz que ella pensó que lo había imaginado. Volvió a sonreír y sacudió la cabeza.

—No, Korent es el nombre de mi casa; yo me llamo Baldyron... Bal.

—Señor Baldyron, entonces. Si deseáis más café...

—No. Lo considero una medicina. Uno sólo lo bebe si lo necesita.

Un tintineo de arneses y el ruido de cascos amortiguado por el pasto llamó de pronto su atención. Fialla se puso grácilmente de pie al tiempo que Fidric apartaba la cortina, para dar paso primero a Gelc, después a Boresin y por último a Gespry, con su capa azul y el blanco cabello agitado por una última ráfaga de viento.

En cualquier caso, el joven de la Marca no tenía ninguna duda acerca de su identidad, porque se levantó, se fue derecho hacia el Arzobispo y puso una rodilla en tierra frente a él, con la cabeza inclinada.

Fialla abrió los ojos de par en par. Bajo la piel tostada, el rostro de Gespry palideció, y un fugaz terrible miedo brilló en sus ojos. Los cerró y alzó las manos en la Bendición. Una luz llenó por un momento el recinto, aureolando la oscura cabellera del hombre de la Marca. Gespry volvía a ser él mismo al estrechar la mano de Baldyron, pero Fialla aún estaba impresionada. Alayya, Elorra ¿qué habrá visto?

—¿El Señor de Korent? —le preguntó Gespry sonriendo con afabilidad al hombre que tenía delante—. ¿No? Señor Baldyron... Bal. Mi más profundo agradecimiento, señor. Habéis cabalgado velozmente, y además me dicen que los bosques entre Korent y este valle están infestados de bárbaros. —Caminó hasta el fuego y luego se acercó a la mesa, llevando en la mano el recipiente con el café. Le indicó al joven Barón que tomara asiento a su derecha.

Fialla se retiró a la alcoba, se despojó de la capa, el tabardo y las botas. Tras un momento de búsqueda sacó de su equipaje unas suaves babuchas, se las puso, tomó la bolsa donde guardaba sus labores y se instaló junto al fuego. Gespry había apartado su café y examinaba un dardo de cuatro puntas, un pequeño abrojo, a la luz de una de las lámparas.

—Cuidado, Excelencia. Las puntas están envenenadas. —Gespry asintió. El pequeño objeto era de un desagradable color verde oscuro.

—¿Con qué?

—Belladona, probablemente. La usan con frecuencia; la víctima muere entre pesadillas infernales. —Fialla se estremeció—. Pero no es el único veneno que usan. En la guerra prefieren usar acónito o nicotina. Un hombre con belladona en las venas aún tiene tiempo de matar a uno o dos Fegez. Encontré este dardo hoy, al alba... aquí. —Se levantó la capa y señaló un lugar cerca del cuello, una marca casi imperceptible

entre dos anillos de su cota de malla.

—Los Dos os han protegido —murmuró Gespry, devolviéndole el dardo—. ¿Cómo los usan?

—Los soplan con cerbatanas, y a veces los usan como punta de lanza. Estos seres también utilizan cuchillos y un arco corto, similar al nuestro. Espadas, rara vez. Picas, de vez en cuando: las puntas son de metal blando, pero tratadas como los dardos. — Baldyron clavó la mirada en sus manos—. Pertenecen a los bosques y a los árboles, se confunden con ellos. Un grupo de hombres a caballo no son nada para tres Fegez. Espero —añadió, poniéndose en pie con visible esfuerzo— que les hayáis prohibido a vuestros pastores mercenarios enviar grupos de exploradores en busca del enemigo. Encontrarían demasiados.

—De eso ya estaba enterado —asintió Gespry.

—Bien. No siento simpatía por vuestros guerreros contratados, Señor. Pero les necesitamos.

—Los beldenianos y vuestros Barones —respondió Gespry con suavidad, en un evidente cambio de conversación— me llaman Gespry, amigo mío. Sería mejor que vos también lo hicieseis. —Una pausa. Baldyron asintió y, a pesar de su rostro impasible, pareció complacido por el gesto de Gespry.

—Como gustéis. Ahora veamos. —Su dedo largo y moreno recorrió el mapa, indicando una zona a algo menos de diez leguas del valle y al Noroeste del mismo—. Aquí está indicado un campamento Fegez, pero hace varios días que ha desaparecido. Ese clan ha rodeado Korent, con apoyo y refuerzos de... —Su mano volvió, a moverse y señaló otro círculo rojo.

—¿Y tú conoces este...? —preguntó Gespry. Baldyron se encogió de hombros.

—Son marcas de clan; esta zona está habitada sólo por los Cazadores Grises. Entre los que entraron a Korent conté cuarenta y cinco hombres con el cuerpo pintado y el tatuaje de los Cazadores Grises. No se permite que más de sesenta hombres al mismo tiempo lleven las marcas de un clan; de ello se deduce que si quedan algunos de esos hombres en el campamento que habéis marcado en este mapa, no son suficientes para constituir una fuerza de ataque. Ahora bien, un grupo de emboscada, eso sería otra cosa.

—Ya veo. —Gespry miraba el mapa: Korent estaba enclavada en un estrecho valle rodeado de estribaciones montañosas, muy cerca de las fronteras de Darion. El joven Barón estaba en un sitio difícil, no cabía duda.

—En mi opinión —prosiguió Baldyron—, vuestras fuerzas aquí constituyen una amenaza que ellos deben afrontar, debido a vuestra presencia en su territorio y el tamaño de los campamentos. Los que dudan de que los Fegez atacarán este ejército son tontos. Y si los amigos de mi padre os han sugerido que el gran número de hombres que hay aquí significan seguridad...

—Lo han hecho con frecuencia —interrumpió Gespry secamente.

—No les prestéis oídos. Los Fegez no son tontos, aunque tampoco son civilizados. Saben qué tipo de amenaza es para ellos vuestra presencia aquí. No confiéis en los guardias apostados por nuestros hombres o por los vuestros; doblad los que tenéis. Triplicadlos cerca del río; los salvajes necesitarán agua y vuestros hombres no los verán hasta que sea demasiado tarde. No mandéis grupos pequeños ni individuos aislados, sino compañías enteras, a patrullar los límites. Concentrad vuestras fuerzas aquí —su dedo indicó el extremo más oriental del valle— y también aquí —señaló un punto en la mitad de los acantilados septentrionales—. Sé muy bien qué aspecto tiene esa pared rocosa, pero las bestias la ven más bien como una escalera que como un obstáculo.

—Ya veo.

—¿Y en cuanto a vuestros caballos?

—Ya hemos pensado en eso, amigo mío —dijo Gespry—. Los mercenarios los han traído dentro del campamento, lejos del agua y de los límites.

—Bien. —Los dos hombres estudiaban el mapa en silencio.

—Dado que conoces tan bien a los Fegez —arriesgó Gespry por último—, quizá puedas decirme algo más acerca de... del cambio de forma que se les atribuye.

—¿Cómo podría contestar a esa pregunta? Si dijera que es verdad, de todos modos no lo creeríais. —Baldyron esbozó una débil sonrisa.

—Los hombres rara vez creen en hechos de magia hasta que se enfrentan con ellos. Yo sobrellevo —y el Fuego Sagrado jugueteó entre las puntas de sus dedos— algunos de esos hechos en mi servicio de los Dos, y por lo tanto soy más comprensivo que muchos. —Silencio—. Entonces ¿es cierto?

Baldyron se encogió de hombros. Su sonrisa se había desvanecido por completo.

—Nunca he tocado a una bestia ataviada con ropas de hombre, armada con armas de hombre. Tampoco he tocado nunca a un guerrero Fegez en una batalla nocturna. Y poseo en alto grado el Don de Darion: creo en pocas cosas que no pueda tocar. Lo que he visto, sin embargo... —Volvió a encogerse de hombros—. Lo que un hombre ve bajo la luz de la luna y las estrellas... bien, tal vez cada cual deba decidir por sí mismo.

—Sin embargo, lo que tú crees... —presionó Gespry después de un silencio.

—Bien... —Sus ojos oscuros sostuvieron por un momento la mirada del otro—. Ellos cambian, Señor. Pero no lo creáis porque yo lo diga. Muy pronto podréis comprobarlo por vos mismo. —Fialla, inadvertida cerca del fuego, apretó los puños aferrando su labor para detener el temblor de sus manos, y se mordió el labio inferior. Sentir tal terror la llenaba de disgusto, pero no podía controlarse. Baldyron se aclaró la garganta—. Regreso a Korent esta noche. —Gespry levantó la cabeza.

—Imposible.

—De ningún modo. Debo irme.

El Arzobispo se puso en pie.

—No es seguro para ti —dijo, con expresión sombría.

—Pocas cosas en mi vida han sido seguras. —La mirada de Baldyron era inexpresiva—. Mi infancia transcurrió en la Marca. Crecí entre las incursiones de los salvajes. ¿O acaso creéis —añadió bruscamente, porque Gespry permanecía inmóvil y mudo— que lo que me preocupa es la seguridad de mis tierras y de mi título?, ¿que me aferré estúpidamente a la casual benevolencia del Rey Sedry, hasta el punto de que preferiría morir antes de dejar de ser el Barón de Korent?

—Yo no he dicho nada. —La voz de Gespry era suave, pero Baldyron siguió hablando sin prestarle atención.

—En mis tierras hay doscientos hombres armados que protegen a trescientos campesinos. Granjeros y pastores, Arzobispo. Ellos dependen de mí, se refugiaron detrás de mis murallas cuando los Fegez cayeron sobre ellos hace algunos días. Yo les debo...

—¿Qué? —interrumpió Gespry con brusquedad—. ¿El sacrificio de vuestra vida? Si abandonasteis Korent tan bien protegido ¿creéis que ayudaréis a vuestra gente muriendo a mitad de camino entre aquí y allá? —Fialla le miró sorprendida. Impropia de Gespry, una respuesta tan emocional. El Barón de la Marca sacudió la cabeza lentamente, pero su expresión seguía siendo obstinada.

—No moriré. No soy un Fegez, pero conozco el camino desde este campamento hasta mi casa. —Se produjo un silencio—. Seré más útil allá que aquí, lo sabéis. Tenéis suficientes hombres; no necesitáis a un pequeño propietario.

—¿Supongo que piensas descansar y dejar reposar a tu caballo, antes de partir? —inquirió Gespry, por último.

—Ya lo he arreglado con mi padre, Fresgkel de Eavon. Él me conseguirá otro caballo. Y no partiré hasta el anochecer. Según todos los rumores, los Fegez no ven mejor que nosotros en la oscuridad.

Gespry suspiró.

—Bien. Es vuestra decisión, Señor.

—Así es. Mi padre tiene un lugar para que yo duerma, pero quería daros toda la información que tengo. Si deseáis hablar algo más conmigo —añadió con timidez— estaré en la tienda de Eavon. Volveré esta noche, antes de partir.

—Por favor —dijo Gespry. Sonrió afectuosamente. La tensión se había evaporado—. Veo que tendré que revisar los pocos planes que hicimos anoche. Dejadme reflexionar sobre todo esto que me habéis dicho. Volved, si así lo deseáis, para la comida de la noche. Tendré más preguntas que haceros y además, dado que soy responsable de vuestro peligroso viaje, permitidme por lo menos asegurarme de que partiréis adecuadamente alimentado. —La sonrisa del joven Barón fue breve pero

iluminó sus ojos cansados.

—Mi Señor...

—Gespry.

—Muy bien, Gespry. Mi Señora Fialla. —Baldyron se inclinó y besó la punta de los dedos de la dama—. Gracias por haber compartido vuestro desayuno con un hombre helado y hambriento. Os veré más tarde, si los Dos lo quieren. —De nuevo se arrodilló ante el Arzobispo, se levantó, le estrechó la mano y se apresuró a salir.

Fialla corrió al lado de Gespry. Cuando el Barón de la Marca hubo desaparecido rumbo al campamento de Darion, el Arzobispo se dejó caer en su silla. Sus ojos muy abiertos estaban clavados en la puerta.

—Gespry —dijo ella con firmeza. Sus pequeñas manos le aferraron los hombros, le sacudieron—. ¡Gespry! ¿Qué pasa?

—Nada, Fialla. —Pero su mirada era sombría.

—¡Gespry! ¿Qué es? ¿Qué has visto en él que yo no he visto?

Gespry se echó a reír. Por algún motivo, la observación de Fialla le resultaba divertida.

—Estoy bien, Fialla. No te preocupes. Sólo... una pequeña aprensión. Tal vez que los Dioses están preparando mi tumba...

—¡Shhh, Gespry! —Fialla se arrodilló a su lado, le tomó las manos. Estaban heladas, inertes.

—Estoy bien, Fialla, de verdad. —Liberó una mano, levantó la barbilla de la joven y la miró a los ojos—. No hay por qué preocuparse. Al menos por ahora.

—¿No? —Fialla seguía ansiosa, no podía encontrar una razón para la inquietud de Gespry. ¿Por qué no le decía qué pasaba? Algo había, pero él estaba resuelto a ocultárselo.

—Nada. Simplemente... Nada. —Sonrió. Y con eso Fialla tuvo que darse por satisfecha por el momento.

Transcurrieron tres largos días más, fríos y lluviosos. Las reuniones nocturnas en la tienda del Arzobispo eran cada vez más tensas. El Arzobispo mismo estaba desmoralizado y contribuía poco a la planificación. La espera le estaba afectando, y las constantes disputas no mejoraban las cosas.

Tampoco las mejoró el regreso del joven Barón de Korent al cabo de dos días; llegó pálido, delirante y a pie. Había entrado tambaleándose en el pabellón del Arzobispo, interrumpiendo una sesión áspera e improductiva entre Gespary y el anciano Eavon. Se había desplomado en brazos de su padre, murmurando: «No, es inútil, hay demasiados», antes de desmayarse. Tenía un corte profundo, hasta el hueso, que le atravesaba la mejilla y le llegaba al nacimiento del cabello. El anciano había encontrado el abrojo en el bolsillo del cinturón de su hijo. Por suerte, la herida estaba limpia y no había sangrado mucho; de otro modo, Baldyron no habría llegado vivo al campamento.

Aquella noche se había presentado temprano, pálido como un fantasma y silencioso. No pronunció una palabra y se fue pronto. Una noche de sueño parecía haber mejorado su estado (al menos Fialla ya no tuvo la impresión de que apenas podía tenerse en pie) pero sus ojos estaban como muertos, como manchas oscuras en un rostro macilento, el rostro de alguien que se sentía responsable por la vida de sus amigos, camaradas de armas, siervos, por toda la gente de Korent.

De lo que le había acontecido durante su frustrado intento de regreso a sus tierras, se negó terminantemente a hablar, ni tan siquiera con su padre. Sólo dijo: «Estoy aquí. ¡Y ahora basta!». Pero se le veía envejecido.

Y también había envejecido Gespary.

En la cuarta mañana, sin embargo, se produjo un cambio, llegaron dos noticias separadas, por vías diferentes: los Fegez estaban avanzando; una numerosa banda se desplazaba hacia el Este y el Sur a través de tierras pobladas. Por la rapidez de su movimiento y por la dirección que llevaban, llegarían al extremo oriental del valle, tal como Baldyron había señalado que podrían hacerlo. La otra noticia, traída desde Arolet por las palomas mensajeras, decía que el Príncipe Heredero ya había partido hacia el campo de batalla y que el Rey le seguiría al cabo de uno o dos días.

Hyrchan, en efecto, arribó a la noche siguiente, pero se fue derecho al pabellón del Rey, después de rechazar de forma escueta la invitación de Gespary para que asistiera a las sesiones de planificación y estrategia, al otro lado del río.

Fialla sabía que la presencia del Príncipe Heredero influiría mucho sobre todos ellos, y en particular sobre Gespary, tan sensible al temperamento de las personas. Pero Gespary, al menos en apariencia, seguía entregado con entusiasmo a los planes bélicos, si bien éstos eran por fuerza pocos y dependían de los Fegez.

Gespry sostuvo prolongadas y arduas discusiones sobre la primera batalla. Rechazó tanto las sugerencias de los Barones de la Marca de enviar todas las fuerzas contra los bárbaros como la idea de los beldenianos de permanecer donde estaban y atraer a los Fegez a terreno descubierto.

—No podemos enviar una tropa completa, señores, sería temerario. Se desbandarían y huirían, y entonces ¿qué haríamos nosotros? ¿Perseguirles? Y por otra parte, ¿quién de nosotros cree realmente que nos atacarán si esperamos? No — prosiguió, silenciando las protestas con un enérgico gesto—, lo mejor es empezar con una pequeña incursión. No pretendemos ponerles en fuga el primer día. Hemos venido aquí para enfrentarnos a ellos ¿no es así?

—Una fuerza pequeña puede apoyarse en refuerzos. No se trata de una jugada a todo o nada —intervino de forma inesperada Baldyron, rodeando la mesa y acercándose al Arzobispo—. La decisión de Gespry ha sido tomada con mi ayuda. ¿Acaso creéis que él no sabe nada de los Fegez? ¿Creéis que tampoco yo los conozco? —Gespry frunció apenas el ceño y sus labios formaron la palabra Fegez—. Gespry de Rhames ha venido para ayudarnos, a petición nuestra. Sugiero que sigamos su consejo, dado que lo hemos buscado —dijo por último con voz enérgica.

La mirada de Gespry se cruzó un breve instante con los ojos oscuros y apagados.

—Como dice mi amigo Bal, ignoro muchas cosas sobre los Fegez. Sin embargo, le he escuchado a él, y a todos vosotros, y de batallas algo sé. —Se puso en pie y se apoyó en la mesa—. Vosotros, los de Belden me conocéis bien, y espero que no dudaréis de mi capacidad. Y vosotros los de Darion... Bien, hemos pasado largas y agotadoras jornadas juntos. Yo he comenzado a evaluaros, y vosotros a mí. —No hubo respuesta. Los que estaban más cerca encontraron de pronto algo muy interesante que mirar en algunos papeles o por encima de los hombros del Arzobispo—. Pero todavía podemos decidir el lugar y el momento de la batalla, si nos movemos con rapidez. Podemos perder esa ventaja, por estupidez o por nuestra incapacidad para ponernos de acuerdo. Ahora bien, una incursión aislada me parece la mejor manera de empezar a atacar a los bárbaros. Una prueba de fuerzas, una prueba que nos permitirá conocer mejor su manera de luchar, que nos dará tiempo para planificar mejor y con más cuidado las próximas batallas. Y si mañana necesitamos ayuda, una segunda fuerza puede estar preparada...

—¿Necesitamos? —preguntó alguien. Gespry buscó al que había hablado. Era Cretony, Conde de la Marca, un hombre de mediana edad, bajo, robusto y bastante hosco.

—Desde luego. Soy un guerrero, Señor, me gano el pan honradamente. —Se oyeron risas nerviosas al otro lado de la mesa. Cretony le miró, dubitativo.

—Un hombre herido... —empezó a decir—, aunque sea competente...

Gespry le interrumpió con una voz que no admitía réplica.

—Un hombre que está curado desde hace tiempo, Señor. Veamos ahora: para darles a los Fegez una falsa sensación de seguridad, yo diría que no necesitamos más de cien hombres; y pienso buscar voluntarios. Tal vez doscientos hombres más, preparados para el combate.

—No os faltarán voluntarios. —Señaló Gelc con calma, por encima de las otras voces—. Nosotros tres —continuó en el silencio que siguió, y señaló con un gesto a sus dos hermanos— encabezaremos la lista, por supuesto. —Un súbito cambio se produjo en el pabellón, casi una sensación de alivio, como si el punto más importante ya estuviera resuelto. Gespry inclinó la cabeza.

—Por supuesto.

—Que mi nombre esté también con los suyos.

—Por supuesto, amigo Bal —asintió Gespry sin girar la cabeza; no soportaba la idea de mirar de nuevo aquellos ojos. Después se volvió hacia Gelc, que se había puesto en pie de un salto—. Completad la lista, compañero de armas. Pero creo que no deberían ser sólo mercenarios...

Más murmullos entre los capitanes que estaban a sus espaldas.

—Creo —dijo Gelc, a mitad de camino hacia la salida— que invitaré a algunos compañeros a dar un paseo mañana por la mañana. Trataré de que sea un grupo mixto. —Le hizo un guiño a Gespry, giró sobre los talones y salió. Sus hermanos le siguieron. Cretony de la Marca se quedó mirándoles con el ceño fruncido. Algunos de los hombres más jóvenes soltaron risitas incómodas.

Gespry se volvió hacia su compañía. Baldyron estaba recostado en su asiento, con los ojos cerrados, pero los abrió cuando el Arzobispo volvió a sentarse.

—Sería mejor que invitaras al Príncipe Heredero a integrar tu grupo —dijo. Gespry asintió.

—Ya lo había pensado.

—Bien. Él estará allá.

—No ha tomado parte en la planificación —gruñó Eavon. Baldyron le dirigió una mirada de advertencia.

—Cuida tu lengua, Padre. Tus cabellos grises no le importan al Príncipe Hyrcan, y no bastarían para salvarte el pellejo. No —añadió pensativo— ni ha tomado parte ni le importa. A Hyrcan sólo le interesa la matanza, no cómo se planea.

—Y tú cuida también tu lengua. —Eavon le dio unas palmaditas en el brazo—. Es un poco larga.

—Quizá, quizá. —Baldyron sonrió con aire fatigado. Se levantó con esfuerzo y, sin decir una palabra más, apartó la cortina y salió de la tienda. Eavon le siguió con una mirada ansiosa y también se puso en pie.

—Os pido mil perdones —murmuró, escabullándose hacia la salida—. El muchacho todavía no está bien. Será mejor que vaya con él.

Los demás consejeros se retiraron poco después, la mayoría cabizbajos pero resignados: las cosas se les habían ido de las manos, y estuviesen o no de acuerdo con los planes del Arzobispo, la estrategia ya era un hecho. Ya no podían hacer nada, salvo prepararse, si no para librar combate por la mañana, al menos para las batallas que sin duda vendrían después.

Gespry no se había movido de su silla y apenas si había farfullado algún saludo cortés cuando los capitanes mercenarios y los de la Marca se retiraron. Fialla se acercó a él mientras el pabellón se vaciaba y deslizó los dedos por la brillante cabellera blanca.

—Necesitas dormir Gespry. Tanto como lo necesita el joven Bal.

Gespry la miró impassible.

—No tanto, y por favor no vuelvas a pronunciar ese nombre en mi presencia. Tendré pesadillas esta noche; y las soportaría mejor si él no figurara en ellas. —Una leve sonrisa hacía menos duras sus palabras.

—Todo va bien, Gespry. Has hecho cuanto podías hacer. Hasta la Adivina... — Echó una mirada por encima del hombro hacia el rincón donde la Adivina se sentaba con las piernas cruzadas. Una vez más desplegabla el diseño personal, el más limitado, colocando cartas en las cuatro esquinas del As de Espadas. Se detuvo, con una última carta en la mano, y la colocó antes de hablar.

—No hay peligro.

—¿Ningún peligro? —preguntó Gespry con una risita amarga.

—Para ti, ninguno. En una batalla siempre hay peligro. Pero no hay daño para ti; y pocas pérdidas de vidas. Ningún daño para el Esquema. —Gespry cerró los ojos. Fialla tomó una de sus largas manos entre las suyas y la apretó cariñosamente.

—Siempre hay peligro —susurró—. Siempre. ¿Te ha detenido eso alguna vez? — Los preocupados ojos oscuros buscaron los suyos.

—¡Piensa en ello, Fialla, piensa! —Un músculo se contrajo en la delgada mejilla, justo debajo del ojo derecho—. Luchar, sí, cualquiera puede luchar cuando la causa es lo bastante importante. Pero disponer de las vidas de otros, de las vidas de hombres que con toda probabilidad tendrán una muerte horrible porque yo los envié a ella, porque yo los elegí para...

—Lo sé. —¿Qué otra cosa podía decir?—. Sólo quería... tranquilizarte. Yo... — Vaciló—. Gespry, mil veces has pasado de este modo la noche anterior a una batalla. Y siempre tienes miedo, lo sé. Porque es bueno vivir, porque sientes una honesta preocupación, un verdadero amor por los que te siguen. Porque entiendes tu responsabilidad para con ellos. Y, sin embargo, nada de eso te ha impedido jamás, ni les ha impedido a ellos, hacer lo que había que hacer.

La alta y delgada figura se apartó suavemente.

—Yo no puedo... Sé lo que quieres decir, Fialla. —Tragó con esfuerzo—. Y te lo

agradezco. Pero... —Su voz se quebró, y por un momento su rostro se descompuso, se crispó—. Yo... no tengo derecho, ¡ningún derecho! Mi propia vida, ésa sí que la puedo entregar, ¿y quién iba a perder con ello...?

—Shhhh —le recriminó Fialla, señalando la puerta de la tienda. Si alguien entrara ahora...— Yo perdería, Gespry, lo sabes. Todos nosotros perderíamos...

—No tengo derecho. No puedo, no puedo... —Gespry sacudió la cabeza. Movi6 los labios pero no salieron palabras. Por último prorrumpió—: Si te defraudo, Fialla, si os defraudo a todos...

—No nos defraudarás.

—No puedes estar segura. Y... si los Dos me encuentran indigno, si el Fuego me es negado, ¿qué sucederá? —Escondió el rostro entre las manos.

Fialla obligó a su compañero a levantarse y lo arrastró a la alcoba, antes de que alguno de los beldenianos entrara y viera al Arzobispo en semejante estado. Al pasar junto a la Adivina, echó una mirada al diseño de los Tarots. El As de Espadas: batalla. Rodeándolo, la Princesa de las Llamas y, contra ella, el Diez de Espadas, desenlace triunfal. La Dama de los Pájaros, su propia carta; el Sacerdote, la de Gespry; cruzadas ambas por la Niebla. Mientras miraba, la Adivina giró dos cartas más: el Príncipe de las Llamas y el Loco. Siguió andando, arrastrando a su compañero.

—Escúchame —dijo con firmeza, obligando al Arzobispo a tenderse en la cama—. Por fin has demostrado ser humano, amor mío. Estás exhausto y tienes gran necesidad de dormir. —Silencio. Por último, un intento de sonrisa por parte de Gespry.

—Lo siento, Fialla. No quise...

—Sí, lo sé. Por otra parte, no está mal que te apoyes en mí, ¿sabes?

—Yo... Está bien, creo que tienes razón. Necesito dormir.

—Entonces, duerme —replicó ella con brusquedad pero sin violencia—. Será mejor que estés bien despierto mañana, insisto, si es que has de luchar contra esos bárbaros.

—Es verdad, querida. Muy bien dicho. —La aterrorizada figura que se había desesperado minutos antes parecía ahora una pesadilla soñada por ambos. Gespry se sentó, empezó a despojarse del pantalón y la camisa y por último se quitó la prenda interior. Fialla examinó el vendaje, con la camisa de noche en la otra mano.

—¿Aún es cómodo?

—Creo que sí. Cumple su cometido —dijo él encogiéndose de hombros.

—Ya lo creo. —La joven palpó los bordes del vendaje para asegurarse de que las costuras que ella misma había hecho seguían firmes—. Sólo de mirar eso, me duelen los pechos —añadió. Gespry echó una mirada divertida a los amplios senos de Fialla, apenas ocultos por su ropa interior, y rió por lo bajo—. Sí, riéte de mí —se burló ella en tono cariñoso.

—No digas eso, Fialla. Jamás me burlaría de ti. —Su mirada era cálida—. Gracias.

—A tus órdenes —bromeó ella. De pronto, en un impulso, se inclinó y besó la suave mejilla—. Ten cuidado mañana. No tendré otra oportunidad de decírtelo. —Su compañero asintió.

—Tendré cuidado. Ven. ¿Apagarás tú la lámpara o quieres que lo haga yo? —Después la habitación a oscuras quedó también en silencio. Fialla permaneció tendida y quieta, siguiendo con los ojos las sombras de hombres y caballos al otro lado de la lona de la tienda, hasta que estuvo segura de que Gespry dormía. Más allá, en la amplia cámara alfombrada, los capitanes también dormían; Gelc, un poco apartado de los demás para que sus suaves ronquidos no despertaran a nadie.

La lectora del Tarot permaneció despierta casi toda la noche, desplegando sus cartas en el pabellón silencioso.

Fialla despertó en la hora gris que precede al alba, con el tintineo de los arneses y el inconfundible rumor de cascos pisoteando la hierba. El lado derecho de la cama estaba vacío pero aún tibio. Se incorporó sobre un codo, y parpadeó, soñolienta. Gespry estaba en pie junto a la cortina, mirando hacia la sala, vestido ya con pantalón y justillo, y con la camisa en la mano.

—Esa camisa no, Gespry. La marrón.

—¿Mmmm? Oh, sí. —Con un esfuerzo para volver a la realidad, el Arzobispo se acercó al lecho. Fialla ya estaba en pie, buscando en uno de sus bultos la camisa apropiada.

—Aquí está. Para que te dé suerte, como siempre. Aunque yo creo que te la pones para las batallas porque disimula las manchas de sangre. Es para no asustarme. — Gespry le dirigió un gesto burlón y amable. Las dudas y los temores de la noche estaban olvidados.

A través de la delgada cortina, Fialla podía oír las voces de los hombres: Gelc se quejaba de algo; Fidric respondía con calma. La Adivina conversaba con alguien cerca de la puerta. Estaba lleno de gente. Por supuesto, siempre era así.

La cabeza de Fialla emergió de un abrigado ropaje de escote liso; con dedos ágiles colocó en el vestido un cuello de muselina bordada y lo acomodó con gracia, ajustándolo a su garganta. Deslizó con placer los pies en las babuchas orladas de piel y sintió su tibieza. Después tomó los extremos de la cinta que adornaba su cabeza y los ajustó alrededor de su opulenta cabellera, que se deslizó hacia la espalda.

—Ven, déjame que te ayude. Después tendré que afeitarte junto al fuego.

—Gespry suspiró pero aceptó la ayuda sin quejarse. Un momento después estaba enfundado en la sencilla vestimenta oscura.

—Ya ha llegado alguien que quiere hablar contigo —dijo Fialla—. Como siempre. Toma —añadió, cubriéndole el pecho con un paño suave y poniéndole en la mano una escudilla de cobre. Acercó el resto de los instrumentos de afeitar, hizo sentar al Arzobispo en su sillón favorito y le sirvió café antes de tomar el recipiente de cobre y llenarlo de agua caliente.

—Tú que me quieres —suplicó Gespry débilmente— permíteme tomar la mitad de mi café antes de empezar. —Fialla rió.

—¿Cómo podría negarme? —Pero la barbilla y las mejillas del Arzobispo estaban ya enjabonadas cuando los primeros hombres, Eavon, Marchham y tres más, fueron introducidos en la tienda.

La cortina exterior, levantada, dejaba entrar el aire, que era frío pero ya no helado. El tiempo había cambiado durante la noche, el viento y las nubes habían desaparecido y el día prometía ser caluroso y claro. Gespry señaló las sillas con un gesto de la

mano.

—Poneos cómodos, señores. Ya sabéis dónde está el café. —No pareció sorprenderse de que nadie aceptara su ofrecimiento: excepto Baldyron y su padre, ninguno de los caballeros de la Marca, y pocos de los mercenarios, tomaban aquel brebaje.

Fialla limpió la navaja en el paño húmedo y jabonoso y empezó a pasarla con suavidad por la barbilla de Gespry. El Conde de Marchham hizo un gesto de horror y dejó escapar un juramento por lo bajo. Gespry se echó a reír.

—Es una excelente manera de asegurarse de que un hombre le será fiel a su dama ¿no os parece? —Eavon también rió, pero su mirada era absorta—. ¿Quién vendrá hoy con nosotros? —preguntó Gespry.

—Preguntad quién no vendrá y la lista será más corta —farfulló Gelc. La hora temprana y la batalla inminente le ponían nervioso.

—Unos cien —dijo Eavon—. Vuestro hombre y yo hicimos una lista. El dijo que querríais saber los nombres.

—Así es. Gracias. —Las palabras eran casi ininteligibles, porque Fialla había echado hacia atrás la cabeza del Arzobispo y le pasaba la navaja por la garganta. Cretony observaba con una fascinación horrorizada. Cuando Fialla terminó su tarea y se retiró, soltó un suspiro de alivio.

—Por los Dos, preferiría dejarme matar antes que permitirle a mi mujer que hiciera eso. Admiro tus nervios, Gespry.

—Ella lo hace mejor que yo —dijo Gespry con una sonrisa. Se pasó la mano por la barbilla—. Hace algunos años se cansó de los cortes en mi cara y resolvió ocuparse del asunto. Pero ¿estáis seguros de que no queréis tomar café? —Se encogió de hombros ante la negativa, llenó su jarra y la envolvió con ambas manos para sentir el calor.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Eavon de pronto. Cretony sacudió la cabeza.

—Tu hijo partió al alba con algunos hombres. Dijo que exploraría...

—¡Joven estúpido!

—No fue Bal sino tu hijo mayor, Telborn —precisó Cretony con cierta agria satisfacción—. Tienes dos hijos, Fresgkel, aunque a veces a uno se le olvida. Telborn dijo que iría hasta el límite sur, ya que desde allí se puede observar el extremo oriental del valle, sin peligro.

—¡Ah! —gruñó Eavon—. Eso parece más propio de Telborn. —No era muy afecto a su primogénito, un individuo tosco y torpe, de casi cuarenta años. Alayya, Elorra, se preguntaba a veces irritado ¿por qué no sería Telborn quien rindiera vasallaje a Sedry, y Baldyron el primogénito?—. Baldyron —continuó como para sí — ha cambiado desde que recibió Korent. Ha cambiado más de lo que yo hubiera

creído posible.

Aquel muchacho franco y alegre, que después se convirtió en un joven vital y comunicativo, se había transformado, de la noche a la mañana, en un individuo hosco, retraído, reservado.

¿Qué había sucedido? El anciano no lo sabía. Todavía. Años después, seguía preguntándose, preocupado. ¿Quizá su apoyo a Sedry contra el Rey Alster? Los Dioses sabían que no se había sincerado con su padre, ni entonces ni después, sabiendo cómo pensaba Fresgkel al respecto. La confianza entre padre e hijo había desaparecido cuando Bal empezó a salir a cabalgar con el joven Sedry. Inevitable, desde luego. Y después, su desastroso matrimonio con la autoritaria hija de Woldeg, Kresalla. ¡Cómo Sedry no tuvo vergüenza de decir que aquella boda era una recompensa! Y Bal se había limitado a aceptar el hecho como venía sucediendo en los últimos años: sus pensamientos permanecían ocultos detrás de la impasibilidad de su joven rostro, secretos para su padre, secretos para todos.

Sin embargo, los Dioses velaban por sus criaturas, por extraños que pareciesen sus caminos. La muerte del niño había sido terrible, y también la de los valerosos guerreros de Korent que habían dado sus vidas tratando de protegerle y de salvar a su madre. Estúpida mujer, insistir en viajar a la Corte en aquel momento. Los Fegez, al menos, le dieron una muerte rápida.

El anciano Barón levantó la mirada consciente de que había estado divagando.

—Sin embargo, es un buen muchacho —añadió como disculpándose.

—¿Quién ha dicho otra cosa? —preguntó Cretony clavándole la mirada—. El muchacho está un poco ensimismado desde hace un tiempo, pero ¿por qué preocuparse tanto?

Gelc se adelantó y se interpuso entre los dos hombres, con un largo trozo de grueso papel en la mano. Dos columnas de nombres lo cubrían. Gespry se acercó para leerlos a la luz de la lámpara.

—Conozco a la mayoría de estos hombres —dijo Gespry por fin. Gelc se acercó.

—Más o menos el número que yo esperaba. La mayoría jóvenes, ya que sólo se trata de una escaramuza. Pero tuve que incluir también al viejo Zorec, no sé si le recuerdas.

—Por supuesto. El viejo sargento. Cómo podría no recordarle. Tiene un excelente ungüento para las quemaduras.

—Lo sé —dijo Gelc con un estremecimiento. Él también se acordaba. Maldito Gespry ¿por qué tenía que hablar de semejante cosa en aquel momento? Las quemaduras de Gespry habían sido terribles; él mismo tenía aún cicatrices rojas en las costillas, recuerdos de los últimos y desesperados momentos a bordo del Rompeolas. Lanzó una mirada de reproche al Arzobispo, volvió a la lista y siguió examinándola junto con él.

Los señores de la Marca se miraron. No era de extrañar que aquel hombre tuviera tanto prestigio sobre la tropa. Los pocos soldados que no conocía o no recordaba, Gelc se los describía, uno por uno. Los que lucharan con él aquella mañana serían recordados en la próxima batalla.

Gespry vació su jarro, dejó a un lado la lista y se dispuso a vestir la cota de malla. Boresin apareció como un rayo para ayudarle. La blanca cabeza emergió del escote y momentos después Gespry se ajustaba la vaina de la daga en el antebrazo izquierdo mientras Bor anudaba los lazos del cuello.

Se oyó el chapoteo de los cascos de un caballo cruzando el río, y poco después un nervioso cambio de palabras cerca de la entrada. Uno de los guardias beldenianos entró seguido de un darionense alto y corpulento. El recién llegado se dejó caer apenas sobre una rodilla y se incorporó casi inmediatamente.

—Señor...

—Gespry, si gustáis —corrigió Gespry con gesto amable.

—Telborn de Eavon para serviros, Señor. —El gesto y la voz eran insultantes—. Padre —añadió, inclinándose hacia el anciano—. Han llegado al extremo superior del valle. Están a unas dos horas de distancia.

—¿Tanto? No es tan lejos como...

—Están a pie, lo que es claro indicio de exceso de confianza —interrumpió Telborn con aspereza. Gespry se apartó del grupo para poner la espada en su sitio—. Korent les debe haber resultado muy fácil —añadió con un desprecio apenas disimulado. Su padre le puso una mano en el brazo.

—Te aconsejaría, hijo, que no te expreses en esos términos en presencia de tu hermano. Está como loco con ese tema y podría ponerse violento contigo.

Telborn miró a su padre con impaciencia y replicó:

—Deja que lo intente, Padre. Hace tiempo que no tengo un pretexto para ponerle las manos encima. —Gespry le miró de reojo. Pobres los campesinos cuando este hombre herede Eavon, pensó. Empezó a ponerse las botas, acomodando con cuidado las piernas del pantalón dentro de la caña, a fin de no dejar pliegues que permitieran aferrarse a un enemigo de infantería. Fialla regresó momentos después, ignorando, con la soltura de la práctica, la agria expresión de Telborn. Tomó en sus manos la cabellera de Gespry y la acomodó en una trenza, cuyo extremo aseguró con una cinta de cuero.

—Fidric se ha ocupado de tu caballo, Gespry —murmuró después—. Tienes agua en la botella y pan y salchicha en el bolsillo pequeño de la silla de montar, como siempre.

—Bien. No estaré ausente tanto tiempo como para necesitarlo, pero es bueno que todo eso esté preparado. Señores —dijo después, volviéndose hacia los demás—, que éste sea un comienzo propicio.

—Así lo esperamos —replicó Eavon. Gespry advirtió divertido que una de sus manos aferraba con fuerza el brazo de su hijo, como para impedir cualquier imprudencia que el primogénito pudiera proferir. Y a juzgar por la expresión de la cara de este último, el gesto no había estado de más—. Nuestros deseos —añadió Eavon— de salud y seguridad.

—Que recibo y agradezco, con la esperanza de no necesitarlos —le respondió Gespry—. Que los Dos os protejan a todos. —Después se volvió, depositó un leve beso sobre la frente de Fialla y salió caminando con paso rápido y ágil.

Le recibió una aclamación. Fialla oía las voces pero no distinguía las palabras. Otra aclamación y después otra voz... ¿de quién? Telborn pasó junto a ella y se fue; Fialla, ante un gesto del anciano Barón, les precedió a él y al Conde de Marchham, pero se detuvo en la salida.

Una compañía montada llenaba el claro frente al pabellón; más allá, la niebla de las montañas; y en el pálido cielo, una luminosidad que anunciaba la salida del sol.

Baldyron —era él quien había replicado al Arzobispo— tomó las riendas de su caballo. La compañía entera inclinó la cabeza cuando el Arzobispo levantó las manos para pronunciar una breve plegaria. Una suave luz dorada fluyó de la punta de sus dedos y bañó por un momento a los hombres, mientras duró la Bendición. Después, sin mirar hacia atrás, se dirigió a su cabalgadura, un animal inquieto, blanco como los cabellos de su jinete, y montó con agilidad. Y se fueron, chapoteando al cruzar el río y lanzándose después a galope tendido rumbo al Este. Fialla se protegió los ojos con la mano contra los primeros rayos del sol naciente y contempló, hasta perderla de vista, la ondulante capa azul y oro de Gespry.

Era de noche. En los dos campamentos se celebraba la victoria. La incursión inicial de Gespry había derrotado a un ejército Fegez tres veces mayor, sin pérdidas de vidas y con pocos heridos. El pabellón del Arzobispo estaba colmado de gente y el nivel de ruido era tan alto que el juglar de Grolpet había desistido de su intento de hacerse oír.

—Nunca he visto nada como ellos. —Sevric, el hermanastro de Grolpet, había iniciado los festejos temprano y ya empezaba a hundirse en un estado de borrachera total. A falta de audiencia con el grupo de su hermano y los otros capitanes mercenarios, terminó por acercarse a Fresgkel, Barón de Eavon, que le escuchaba lo más amablemente que le era posible. Aun sobrio, el dialecto de Sevric era tan fuerte, tan lleno de palabras deformadas, que era difícil entenderlo—. Demonios —decía entre dientes— eso es lo que son...

—¿Demonios? —Eavon frunció el ceño. Hacía veinte años que escuchaba aquella cháchara y estaba aburrido del tema en todas sus variantes. Además él, Fresgkel, no le daba crédito. Era fácil decir que uno había visto algo raro—. De todos modos, hoy hemos matado a muchos. Y a los demonios no se les puede matar.

—Demonios dije, y eso quiero decir. —Sevric le miró primero con ojos enrojecidos. Clavó después la mirada turbia en su vaso de vino—. Salen del suelo, del pasto, donde uno juraría que no había nada. —Se tocó el fino corte que tenía en la frente, bajo el nacimiento del cabello—. Y después —continuó indignado— le disparan a uno con esos dardos, antes de que puedas ni siquiera tocarlos.

—Muy desagradable —dijo Eavon con amabilidad pero temblando por dentro. De la realidad de un dardo de las bestias sí que no se podía dudar. Y el mercenario había visto uno de cerca, cuando pocos en la misma situación hubieran vivido para contarlo.

—Creo que estaba envenenado —prosiguió Sevric con aire sombrío. Sus ojos azules buscaron a Gespry, que estaba sentado, en plena conversación con Grolpet y uno de los hijos de Woldeg—. De no ser por Gespry, me acertaba seguro, pero él me avisó y yo lo esquivé. —De pronto se puso a hacer muecas, con una incomprensible alegría de borracho. Eavon reprimió otro estremecimiento. Era evidente que aquel pobre campesino beldeniano nunca había tenido que sujetar a un hombre presa de las convulsiones de un veneno de los salvajes, ni tampoco se había visto obligado, por piedad, a poner fin a sus sufrimientos. Y Bal... ¡Basta! se dijo a sí mismo, y volvió a fijar su atención en el hombrecito que tenía delante. Sevric seguía hablando—. Y el Arzobispo lo remató antes de que pudiera ponerse en pie, y eso que son rápidos.

—Lo sé —comentó Eavon en voz baja—. Os comportasteis muy bien, todos vosotros. No se ha perdido ninguna vida.

—No, ninguna por ahora. —Sevric se reclinó, de repente melancólico—. Dicen que es una muerte horrible.

—No pienses en eso —interrumpió Eavon con rudeza—. Has escapado con vida. Y no creo que tengamos otro ataque por unos días. Esas criaturas son cautelosas. —Pero Sevric seguía sombrío.

—Sí, sí. Pero a lo mejor se arrastran sin que les veamos, o entran de noche. Peor que un ataque, peor.

—Eso no sucederá, si estamos preparados. Y además los salvajes no son lechuzas ni lobos, como dicen.

—¿No? —El mercenario le miró, francamente incrédulo.

—No, no lo son —repitió Eavon con firmeza—. No ven muy bien en la oscuridad, igual que nosotros. Ven —añadió, poniendo un brazo sobre los hombros del soldado—, necesitamos más vino. Me han dicho que la dama pálida de Gespny, la Adivina, echará las cartas esta noche —comentó, con el aire ingenuo de alguien que quiere cambiar de conversación—. Tú eres beldeniano y tienes experiencia en estas cosas. ¿Te parece que vale la pena, para un hombre como yo? —Sevric, atónito, pareció reflexionar con toda seriedad. Por último, se limitó a encogerse de hombros.

—Ella dice la verdad, lo creas o no. Pero yo pensaba que vosotros, la gente de Darion...

—¡Oh, sí! —exclamó Eavon con tono casual, llenando ambas copas—. Nosotros sólo creemos en las cosas que se pueden tocar, y lo que digan las cartas de la Adivina... Pero yo, a diferencia de la mayoría, no creo que eso pueda poner en peligro mi situación con los Dos. Además, a mi edad, estoy dispuesto a probar muchas cosas que habría evitado en mi juventud. Después de todo, en este mundo hay cosas mucho más raras que los Tarots de la Adivina. —Levantó el vaso y brindó —: Brindo a tu salud. —Sevric se echó a reír a carcajadas, recuperado su buen humor, y marchó al encuentro de su hermano. El de la Marca le saludó con la mano, mientras movía la cabeza pensativo.

—¿Qué te tiene tan perplejo, Fresgkel? —El Conde de Marchham había hablado a sus espaldas. Eavon hizo un gesto con la copa y bebió aprisa un buen sorbo para que no se derramara vino sobre la alfombra.

—Ese muchacho, el mercenario. Me pregunto si, a su edad, nosotros éramos tan temerarios y atolondrados.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno... —vaciló Eavon—. Tan indiferentes con la propia vida, para empezar. Ese patán se ha salvado por un pelo de la muerte esta mañana, ¡y de qué muerte! Y ya todo se ha convertido para él en un pretexto para jactarse; y en una historia más para la leyenda del Arzobispo.

—¿Hace tanto tiempo de nuestra juventud que ya no te acuerdas? —preguntó

Cretony con cierta aspereza—. Te diré, en una palabra, que sí lo éramos... Y por lo que yo recuerdo, éramos peores. Más bebedores, más pendencieros.

—Ya lo creo —asintió Eavon—. Pero teníamos motivos. Después de todo, Cretony, tú y yo fuimos los primeros que aceptamos posesiones en la Marca, en las provincias fronterizas.

—Gracias al viejo Elgurd. ¿Te acuerdas que entonces decían que nos había mandado allá para poner un poco de paz en la Corte? —Fresgkel sonrió. Se acordaba, claro que sí. Y tenían razón los que murmuraban: él, Fresgkel, y el Conde (por entonces sólo Cretony, segundo hijo del Palafrenero Mayor de Elgurd) eran los más temerarios de entre los contemporáneos de Alster—. Es curioso, sin embargo —prosiguió Cretony con aire nostálgico pero con aquella punta de malicia y áspero humor que caracterizaba a su familia— que Elgurd pueda haber sido el padre del pobre Alster; y que Alster haya sido el padre del delicado Sedry. Uno no puede contar con los hijos.

—Shhh... —siseó Eavon, mirando a su alrededor con frenesí. Semejante observación podía ser oída por alguno de los espías de Sedry (mejor dicho, de Nolse) y costarle la cabeza a ambos. ¿Tan borracho estaba Marchham?

No lo estaba. Le hizo un guiño a su amigo y dijo:

—Tranquilízate, hermano de la Marca. Nuestro bienamado Príncipe Hereadero y sus hombres están al otro lado del río, celebrando el baño de sangre de Hyrcan, Y ninguno de los babosos hijos de Woldeg anda por aquí.

—¡Cretony! Por los Dos, ¿te has vuelto loco?

—¿Yo? No. ¿Con quién hablo así, excepto contigo? ¿Y dónde es más seguro hablar que en medio de una multitud? Pero dejémoslo, si quieres.

—Claro que quiero —replicó Eavon, acalorado—. Ahora escúchame. Necesito tu consejo. Gespry ha prometido que su Adivina echará las cartas esta noche, y yo había pensado, bueno, que a lo mejor podría probar. ¿Qué te parece?

Cretony le miró pensativo.

—¿De verdad quieres hacerlo, Fresgkel? ¿Te atreverías a caer en desgracia con los Dos sólo por eso? —Otra vez su humor pesado: todo el mundo sabía que el Conde era agnóstico—. Muy bien. Muy interesante. Dile que yo también iré.

—Excelente. Así no seré el único viejo tonto —dijo Eavon, devolviéndole la broma y adaptando un aire angelical. Los dos soltaron la carcajada.

Algunos pasos más allá, Fialla estaba sentada, sola, al extremo de la mesa. Contemplaba absorta las hogueras del campamento beldeniano a través de la cortina levantada. La elevada figura de un hombre se inclinó ante ella en una reverencia. Era el Barón de Korent.

—¿Me permitís acompañaros, Señora? —Fialla le indicó una silla con gesto amable—. ¿Deseáis alguna cosa? Sólo tenéis que nombrarla, y la tendréis. —Ella le

sonrió y el joven le devolvió la sonrisa con galana cortesía.

—Estoy bien, gracias —respondió Fialla, seria y apartando la copa de vino.

—¿Tal vez os importuno? En ese caso...

—No, de ningún modo. —Con un esfuerzo, Fialla apartó sus negros pensamientos y le dedicó toda su atención. De nuevo una sonrisa iluminó el rostro del joven Barón; una sonrisa que se desvaneció cuando posó los ojos sobre el grupo formado por su padre, Marchham y el Arzobispo, que conversaban en el otro extremo del salón.

—Él lucha muy bien, Dama Fialla, teniendo en cuenta que sufrió heridas tan graves...

—Así es. Peores tal vez que lo que podáis imaginar —dijo Fialla con rostro serio—. Los Dos saben que tratamos de ocultar lo graves que fueron sus heridas. Durante un tiempo pensamos —la voz se le quebró, pero siguió hablando con decisión— que no podría volver a luchar. Nunca más. Y eso es una sentencia de muerte para un hombre como él.

—Desde luego. —Baldyron seguía observando al Arzobispo, que les estaba contando a los dos ancianos de la Marca una historia que les hacía retorcerse de risa—. Eso explicaría por qué está aquí luchando —dijo el joven Barón. Se volvió hacia Fialla, la boca sardónica bajo el espeso bigote—. ¿Por qué otro motivo un guerrero como él habría de ayudar a la atrasada Darion y a sus aún más atrasados cabañeros, contra un enemigo tan formidable como los salvajes Fegez?

—Entonces... ¿Vos creéis que él se está sirviendo de Darion y de sus dificultades, joven Barón, para probar sus fuerzas antes de partir en busca de riqueza y honores? —Fialla se inclinó hacia adelante y su pequeña mano aferró con fuerza la muñeca de Baldyron, que la miró, mudo de asombro—. ¿Creéis que la caída de un mástil puede haber cambiado tanto a mi Gespry? ¿O tal vez creéis que siempre ha sido así, que sólo acepta las empresas bélicas que pueden darle más riquezas y honores? ¿No habéis aprendido nada durante los últimos días, no habéis aprendido nada de él hoy, luchando a su lado?

—Yo...

—¿Creéis que porque es mercenario —interrumpió Fialla, furiosa—, no tiene honor? Vos sois un conductor de hombres ¿y así es como juzgáis a Gespry? Me equivoqué, Barón de Korent, me equivoqué con vos. Si ésa es la clase de hombre que...

—¡Dama Fialla! —La sorpresa se había convertido en desolación y eso desarmó a la joven—. Perdonadme, os lo suplico, no quise ofenderos. Sólo conozco al Arzobispo como mercenario, luchando un día aquí, otro allá, sin causa que defender...

—Excepto la de los oprimidos, los pobres, los débiles —replicó Fialla en tono

burlón—. No, no conocéis a mi Gespry. Escuchadme, entonces. —Cerró los ojos. Mi Gespry, Dioses, mi bienamado.

Cuando volvió a abrirlos su mirada estaba fija a lo lejos, más allá de las hogueras beldenianas. No parecía ver en absoluto al joven Barón de la Marca.

—Gespry no estaba destinado al sacerdocio. Es hijo de un conde de Rhames, que fue presidente del Consejo de Eyydayyen VII, y habría llegado a ser Consejero por derecho propio. Pero hizo pocos amigos en la Corte. De muchacho, era reservado, más bien tímido, y todos le creían soberbio y arrogante. Tenía pocos amigos, y ninguno íntimo. Y el heredero de Eyydayyen, Benneq, odiaba a Gespry. Para ser sincera —añadió, con un suspiro—, Gespry odiaba a Benneq tanto como el Príncipe le odiaba a él. A veces sucede: dos personas se conocen y, sin razón alguna, se matarían la una a la otra en aquel mismo momento. Así fue entre Benneq y Gespry; y el tiempo y la convivencia forzosa sólo empeoraron las cosas. Hubo disputas, escenas, hasta que se les prohibió enfrentarse en los torneos, dado que cualquiera de ellos podía ser el último.

Fialla respiró hondo y continuó:

—Y por último, durante una de las cacerías del Rey, pasó lo que tenía que pasar. La persecución les llevó a internarse en el bosque y, sin darse cuenta, se separaron de los demás. Gespry salió del bosque aquel mismo día un poco más tarde. El heredero de Eyydayyen fue encontrado al día siguiente, muerto.

—Gespry le mató.

—En defensa de su propia vida. Me lo contó una vez, hace tiempo. Me dijo que se arrepintió inmediatamente, y que todavía se arrepiente. Siendo Gespry quien es, no intentó huir ni excusarse, ni culpar al Príncipe. Se entregó a la piedad de Eyydayyen. Y yo creo que el Rey fue generoso. Le perdonó la vida con la condición de que entrase en el monasterio e hiciese los votos, renunciando para siempre a su herencia.

—Pero ¿nadie intercedió por él?

—A sus parientes no se les permitió hacerlo, y sus amigos no lo intentaron. Su padre le desheredó públicamente en el juicio.

—Ha recorrido un largo camino desde entonces. —Baldyron se miró las manos.

—Así es. —Fialla cerró los ojos por un momento y volvió a quedar absorta en la contemplación de los fuegos lejanos—. Durante más de un año se dedicó a la devoción, e intentó entregarse a esa vida, pagar en parte lo que él consideraba su deuda con Benneq. Pero no estaba hecho para eso, aunque su dedicación a los Dos es sincera.

»En la primavera siguiente, los Gowin, los nómadas del desierto occidental, hicieron un pacto con Embersy del Sur y se propusieron borrar Rhames del mapa. Eligieron bien el momento: la mayor parte de nuestro ejército estaba luchando contra Genneldry por la posesión de las Islas Calabad; y aun cuando hubiera podido retirarse

sin grandes pérdidas, habría tenido que abrirse paso hasta Rhames desde el mar. Gespry solicitó el permiso del Rey para reunir hombres y atacar a los nómadas. Lo hizo y con tanto éxito que durante cinco años los Gowin no volvieron a salir de sus tiendas. Desde entonces —continuó con una débil sonrisa— se cuidan mucho de Rhames. Ése fue el primer viaje como este que hice con Gespry.

—Habéis estado con él desde entonces... Perdón, Señora. —Bal bajó la mirada y se ruborizó—. No he querido inmiscuirme...

—No es inmiscuirse —le aseguró ella, tocándole suavemente la mano—. Quisiera que entendierais a Gespry. He estado con él los últimos doce años. No ha sido fácil, aun cuando las normas en una casa de los Dos allá no son tan rígidas como aquí. Pero después de la guerra contra los Gowin, a Gespry se lo perdonaron todo. Eyydayyen y el Obispo se mostraron dispuestos a darle lo que quisiera, sobre todo porque él no hizo intento alguno de romper sus votos y recuperar el nombre de su familia y su rango. Era una situación satisfactoria para todos: el Rey tenía un aliado que no era una amenaza para el trono; el hijo del Obispo fue Consejero cuando el padre de Gespry murió. Y en cuanto a Gespry..., él jamás habría sido feliz en la Corte.

»Mi familia me prometió a Gespry antes aun de mi ceremonia de bautismo, cuando yo era una niña y él todavía jugaba al espadachín con varas de sauce. Nunca encontré razón alguna para romper ese compromiso, a pesar de la opinión de mi familia. Sentí, y siento que defendiendo mejor el honor de mi familia, su lema, mis deberes con el Rey y con mi tierra permaneciendo al lado de Gespry, ocupándome de las pequeñas cosas, liberándolo de ciertas preocupaciones que podrían distraerle de su verdadera misión. Y además —añadió con sencillez— amo a Gespry, le he amado desde que era una niña.

Baldyron levantó su copa y bebió.

—Es fácil de ver, Señora.

—Lo sé. —Inclinó la cabeza—. Gelc y sus hermanos se pusieron a su servicio durante la guerra de los Gowin.

—Él tiene algo que atrae a las personas —admitió el Barón—. Nunca lo he negado.

—En efecto —dijo Fialla—. Después de los nómadas fue Embersy del Sur misma. Una vez más Gespry obtuvo licencia para formar un ejército selecto, y una vez más obtuvo una victoria que fue decisiva para la guerra. Siempre ha sido un estratega brillante. Cuando el anciano Rey murió, hace siete años, Magesic le dio permiso para ir adonde quisiese, porque sabía que con ello aumentaría su prestigio como Rey y también el de Rhames. El Maestro le nombró Arzobispo un año después y le concedió una dispensa para seguir luchando como había empezado a hacerlo contra los Gowin.

—¿Y la Adivina?

—Se dirigió a él hace diez años, cuando aún estaba aprendiendo sus artes. Podía ir donde quisiera, las Adivinas no pertenecen a ningún país. Eligió quedarse con Gespary. —Impulsivamente, se inclinó sobre la mesa y tomó la mano de Baldyron—. Gracias, Barón.

—¿Por qué, Señora? —Bal la miró confundido.

—Por escucharme. A veces —dijo— necesito hablar de él.

—Cuando gustéis —replicó el joven, con grave cortesía. Sonrió avergonzado. Estaba rojo hasta las orejas—. Gracias por corregir mis errores.

En aquel momento, algo que sucedía en el otro extremo de la mesa le hizo volver la mirada. Gespary se había puesto en pie, riendo y tambaleándose un poco, y levantaba las manos para pedir silencio.

—¡Amigos! —Otro coro de voces seguido de un súbito silencio ante el gesto de Gespny. La Adivina estaba sentada a su derecha, con sus cartas repartidas frente a ella en un abanico de borde dorado. Tenía la cabeza inclinada hacia la mesa. Una leve niebla azulada emanaba de los Tarots—. Como os prometí, la Lectora de Tarots que viaja en mi compañía se ha ofrecido amablemente a echar las cartas e interpretarlas para aquellos de vosotros que lo deseéis. Si alguien... ¡Ah, Señor de Eavon! Me han dicho que estáis interesado. ¿Tal vez querríais ser el primero? —Se oyeron carcajadas cuando el anciano Barón, con el rostro enrojecido de vergüenza, se adelantó.

—Podría ser... Sí, cómo no. Soy demasiado viejo para asustarme. Dime, muchacha —añadió mientras se instalaba frente a la Adivina—, ¿tendré una cuarta esposa antes de morir? —Baldyron reprimió una sonrisa. Su madre, la tercera esposa de Fresgkel, estaba viva y era aún una mujer encantadora a quien su padre amaba y que constituía el centro de su vida; pero era una vieja broma de Fresgkel.

La Adivina le miró a los ojos y sonrió. Sus finos dedos tomaron las cartas y las acomodaron en un montón. Después las desplegó en abanico frente al hombre. A un gesto de la Adivina, Eavon eligió una, la giró y la colocó en la mesa. El Caballero.

—¡Qué poco sabemos hasta de nuestros parientes! —murmuró Baldyron por lo bajo—. De todos los que estamos aquí, nunca pensé que mi padre haría esto —añadió en voz alta, volviéndose hacia Fiarla.

—¿Vos también os haréis echar las cartas?

—Tal vez —dijo Bal. Se encogió de hombros—. No creo en esas cosas, pero en todo caso nada puede pasarme, ¿no es así?

—Prudente actitud, Barón. —Observaron en silencio mientras la Adivina mezclaba el mazo y le pedía a Eavon que lo separara en cinco montones, que ella rehizo después en uno solo. A continuación la Lectora comenzó a construir un diseño simple: el Caballero en el centro, encuadrado por cuatro cartas. Los espectadores guardaban silencio; hasta el juglar, que había empezado a tocar de nuevo momentos antes, dejó de lado su instrumento y se puso a mirar por encima de los anchos hombros de Sevríc.

—Esta carta —dijo con calma la Adivina, al tiempo que apartaba el resto del mazo— os representa, Señor. Es un guerrero, y ya no es joven, como podéis ver: sus cabellos son grises como los vuestros. Sin embargo, no es tan viejo como para dejar de luchar, dado que sostiene sobre sus rodillas una espada desnuda. Con mucho esfuerzo ha aprendido a atemperar los ímpetus de su juventud con la virtud de la prudencia. Es un hombre que ama la vida y que ha vivido bien. Esta —la delicada mano señaló la carta colocada arriba y a la derecha—, el Seis de Espadas, indica fertilidad. Tenéis varios hijos ¿no es verdad?

—Cuatro vivos —replicó con presteza el hombre—. Y una hija —añadió con acento orgulloso—. Y esta carta ¿qué significa? —preguntó señalando a la Dama de los Pájaros, invertida.

—¡Ah! —La Adivina se recostó en la silla y le miró como divertida—. Es una mujer, Señor, como podéis ver. Joven y bella. —Un coro de exclamaciones se elevó de los espectadores, pero Eavon no les prestó atención—. Pero no es adecuada para vos. Una mujer como ésta sólo desea posición o riqueza. Es una mujer que casaría con vos pero se acostaría con cualquiera. —Otro coro de gritos. El Barón echó una mirada sombría por encima del hombro y todos se callaron—. Pero ella no es importante —continuó la Adivina, con la sonrisa maliciosa todavía en los labios—, ésta, la Dama del Pozo, contra vuestro hombro izquierdo, vos ya estáis casado, y con mucha ventura. —Eavon estaba avergonzado como un muchacho. La Adivina le guiñó un ojo antes de pasar a la carta siguiente: Nueve de Bastos—. Esta carta anuncia a vuestros nietos, la continuidad de vuestra casa y de vuestro linaje.

—¡Ah! —Los ojos del Barón estaban clavados en las cartas. Su rostro seguía ruborizado. Entonces se volvió y gritó—: ¡Silencio! que no estoy solo en esto. —Silencio—. ¿Qué más, muchacha?

—Cinco de Espadas, en la posición del futuro próximo. Victoria en la batalla para vos. —Había algo más, algo que ella no diría, al menos en aquellas circunstancias. ¿Y si lo hiciera preventivamente? Quizás. Examinó las Opciones, repasando en su mente los diversos juegos posibles, situándolas dentro de los Esquemas que debía mantener para que el plan de Gespry permaneciera intacto. No, no era posible. Levantó un rostro sereno mientras el conocimiento la invadía: Uno de los hijos que vinieron con Eavon no volvería con él.

—En cuanto al resto... —prosiguió. Desplegó cuatro cartas más, en ángulo entre las cuatro primeras, tratando de apartar el dolor por aquello que no se podía evitar. Eavon se inclinó hacia adelante interesado a pesar de sí mismo. El resto de la lectura transcurrió sin inconvenientes; el anciano Barón se puso en pie, algo molesto por haber sido el centro de la atención, pero muy complacido y hasta impresionado. Cómo aquella muchacha podía saber ni la mitad de las cosas...

—Interesante, Dama Lectora, debo reconocerlo. En cuanto a las verdades que me habéis dicho, pues bien, me entretuvieron y eso sólo ya vale la pena. —Ella se inclinó gravemente, recogió las cartas y empezó a barajarlas mientras otro de los caballeros, el segundo hijo de Woldeg, se sentaba en la silla.

Después compareció Cretony, y más tarde varios de los mercenarios que, a diferencia de los hombres de la Marca, daban un crédito total a las palabras de la Adivina. Luego siguieron tres de los caballeros de la Marca de más edad y una docena de los más jóvenes. Después, una pausa.

—¿Alguien más? —preguntó Gespry.

—¡A Baldyron no le ha hecho la lectura! —gritó Ambersody, de mediana edad y escasa inteligencia, dando una fuerte palmada en el hombro de Bal. El joven le miró pero no hizo ademán de moverse.

—¡Sí, Bal! —insistió Keric, otro hijo de Woldeg, casi tan tonto como el primero—. ¡Vamos, Korent!, ¿no te gustaría saber qué está pasando en tu casa? —Se produjo un silencio tenso. Gespry se interpuso entre los dos hombres en el momento preciso en que Baldyron se incorporaba de un salto, súbitamente pálido y con expresión feroz. El Arzobispo le sujetó el brazo y le habló al oído. El joven Barón pareció reflexionar y después negó con la cabeza. Gespry volvió a hablarle. Bal se encogió de hombros y en sus labios se dibujó una sonrisa.

—Desde luego. Sólo estaba esperando que terminaran estos niños impacientes. —Grandes risotadas festejaron la broma. Baldyron le echó una mirada asesina a Keric, caminó hacia la mesa y ocupó el asiento frente a la Adivina. Gespry, con una expresión extrañamente intensa en su rostro, se acomodó en el otro extremo de la mesa para poder ver las cartas. Fialla se acercó y se apoyó contra él. Gespry le rodeó los hombros con un brazo, pero toda su atención estaba concentrada en los Tarots.

La Adivina barajó las cartas dos veces. Cinco cortes. Desplegó las cartas boca abajo ante Baldyron, que eligió de entre ellas, con aire resuelto. Una era el Príncipe de las Llamas. Fialla contuvo la respiración. Sus ojos se abrieron de par en par. Gespry se puso rígido pero mantuvo la mirada fija en el mazo que la Adivina empezaba a repartir en el ya conocido diagrama.

Durante algunos momentos la Adivina estudió en silencio las cartas vueltas hacia arriba. Sería una lectura difícil, la primera que se presentaba como potencialmente desastrosa en toda la noche. Sin embargo, algunas de las lecturas anteriores habían presagiado la muerte de los hombres para los que había leído. Además, en los ojos de aquel hombre había un destello de inteligencia que era de mal agüero para su capacidad de disimular. Lo aconsejable era dejar de lado lo peor, y también lo que no podía servirle a nadie: la muerte, hacía menos de un año, de la esposa que le había odiado, y de la hija que estaba arrebatándole cuando intervino la Muerte y se llevó a ambas.

La Adivina apartó los pensamientos, apoyó su delgada mano sobre el Príncipe de las Llamas y empezó a hablar, eligiendo sus palabras con cuidado.

—Éste sois vos, Barón de la Marca. Un hombre joven, impulsivo y valiente. Un hombre honorable, de pensamiento recto, siempre dispuesto a intervenir para corregir un mal, sin detenerse a considerar las consecuencias que su acción pueda acarrearle. —Entonces le tocó a Baldyron ruborizarse, como les había sucedido a la mayoría de los hombres—. Aquí a la derecha —prosiguió la Adivina—, el Siete de Espadas. Ataque sorpresivo, una emboscada.

—¿Para mí o para Korent? —preguntó él. Por toda respuesta ella acomodó el

mazo y colocó otra carta atravesando el Siete. El Senescal, invertido: portador de malas noticias. Y otra: el Tres de Tierra.

—Para vos. A causa... —siguió ella lentamente, como abriéndose paso por el significado de las cartas—, a causa de alguien muy querido, un pariente, tal vez. —La joven esposa, como él la había visto por última vez; la Adivina lo sintió claramente. Después el pensamiento de Bal se desvaneció como si él lo hubiera rechazado. No había ningún ser querido.

Ella apartó la visión y pasó a la carta siguiente: ¡Alayya, Elorra, desastre por todos lados! Baldyron seguía contemplando pensativo el Tres de Tierra. Abrió la boca para preguntar algo y volvió a cerrarla.

—Aquí —dijo la Adivina—, una sorpresa. —Sus dedos tocaron al Loco.

—¿Una sorpresa? —Baldyron reflexionó un momento—. ¿Cuándo? ¿Y qué? ¿O no podéis decirlo?

—Pronto, por su posición. Menos de un año, sin duda. Tal vez mucho antes.

—¿Una sorpresa mala? —Su mirada inteligente se imponía.

—No, buena, porque la carta está hacia arriba. Pero aun una sorpresa buena, presentada por el Loco, trae consigo cierta dosis de adversidad. —Sus dedos vacilaron al tocar la carta del futuro inmediato.

Rechazó con energía la Percepción Visual. Estaba teniendo sumo cuidado para no proyectar nada en aquellos señores de la Marca, pero no siempre podía evitar captar sus pensamientos. Pero en este caso, si él veía en su propia mente, o percibía algo de su compromiso con el Esquema... Prudencia, precaución y prudencia. Toda cautela era poca.

—Puede ser una persona. Si no conocéis a tal persona, si es una persona debe ser alguien que ya conocéis, entonces son varias, que tienen los atributos de la Princesa. Esa persona, o esas personas, os ayudarán contra los peligros representados por el Siete de Espadas. Y quizá, también, en otras cuestiones.

—Ellas... ¿O ella? Es ella ¿no es verdad? —Frunció el ceño, la mirada fija en la Princesa de las Llamas. No es que creyera en estas cosas, por supuesto. Pero había algo... era como si un rostro quisiera aparecer en su memoria. La Adivina se aclaró la garganta; la visión a medio formar se desvaneció. Desde luego que él no creía. Pero...

—Por lo general, una Princesa es ella —dijo la Adivina por último.

Está ganando tiempo, pensó Fialla. No quiere mentir, pero no se atreve a decir toda la verdad y por eso da rodeos.

—Una mujer con un corazón de guerrero, una mujer parecida al Príncipe de las Llamas. Impulsiva, honesta. Incapaz de apartarse de la lucha, dispuesta a dar batalla sin tener en cuenta las consecuencias. —Sonrió—. Una compañera para toda la vida, si es que tenéis la fortuna de conocerla. —Bal meneó la cabeza, con una leve sonrisa

en los labios. La Adivina desplegó las otras cartas—. Hay riqueza en vuestro futuro, aunque eso no tiene gran importancia para vos.

—No, no la tiene. —Las palabras de la Adivina estaban tocando algo muy profundo y una vez más Baldyron sintió algo: ¿sus pensamientos? ¿Los de la mujer? ¿O alguna influencia de los mismos Tarots?

—Niebla —prosiguió la Adivina—. Muy pronto, las cosas se volverán confusas. Tendréis que elegir entre una cosa de futuro incierto y vuestro recto camino. No debéis desviaros de él; la felicidad de muchos depende de vuestra decisión. —Otra carta—. El Tritón. El Arquero. Un largo viaje. Muchas batallas. Aquí, el As de Espadas. —Vaciló—. Evitad una confrontación, aunque ello pueda costaros un gran dolor. Evitadla cueste lo que cueste. —Se dispuso a girar otra carta, y se detuvo cuando los dedos de Baldyron le tocaron la muñeca.

—Habláis con seriedad. Yo no debo provocar...

—No os atreváis.

—¿Y si lo hago? —preguntó el joven Barón. Ella le miró apenada y colocó dos cartas más sobre el As: el Rey de la Noche, la Espada, ambas invertidas—, ¿y si lo hago? —insistió. Ella negó con la cabeza—. Señora, ¿qué veis? Decídmelo. —No lo podía evitar. Se encontró con sus ojos y sostuvo la mirada.

—Si lo hacéis —fue la respuesta reticente, susurrada— moriréis.

En el silencio que siguió a las aclamaciones, las risas y los cantos que hasta entonces habían llenado el campamento y envuelto el pabellón del Arzobispo, las palabras se oyeron de pronto con toda claridad. Baldyron se dio cuenta de repente y miró a los confundidos hombres de la Marca, los atónitos mercenarios, antes de volver a posar su mirada sobre el rostro preocupado de la Adivina.

—Bien. Entonces —dijo en tono ligero—, debo ser verdaderamente cauteloso. — Su mirada era seria, y desmentía la sonrisa de sus labios. Se ha puesto nervioso, pensó Gespry, pero trata de aligerar el ambiente; tiene reflejos rápidos, este joven. Baldyron, ya de pie, hizo una reverencia—. Gracias, Señora, por vuestras advertencias. —Ella le sonrió.

—No todo fueron advertencias, Barón, recordadlo. Recordad también que tenéis amigos y aliados, y que el bien puede surgir de ello con tanta facilidad como...

—No lo olvidaré —dijo Baldyron, con una nueva sonrisa. Después se dirigió a Eavon, mientras la Adivina recogía sus cartas—. Ven, Padre, la sesión me ha dado sed. ¡Dame un poco de vino y hablaremos de tus mujeres! —Se reinició el bullicio, más alto que antes. Fialla apretó cariñosamente el brazo de Gespry y fue a reunirse con la Adivina.

El Arzobispo se sirvió un poco de vino, le añadió una generosa cantidad de agua y se acercó a la mesa para beberlo. Pero cuando retiraba la copa de sus labios, un tumulto en la entrada atrajo su atención. Uno de sus guardias beldenianos discutía con alguien: un darionense, a juzgar por el acento, y que además estaba furioso, porque hablaba a gritos y profería insultos, con voz ronca de ira. En el momento en que Gespry se dirigía como una flecha hacia la puerta, el joven guardia apareció a la vista de todos, de espaldas, con las manos extendidas y las palmas hacia afuera, como para aplacar a la persona iracunda. Se oyó una risotada, y una espada, con precisión mortífera, se apoyó en la garganta del guardia pero sin herirle. Gespry, con un gesto a Gelc, saltó hacia adelante. Pero al llegar a la cortina levantada se detuvo con tanta brusquedad que el hombrecillo que le seguía chocó con su espalda.

—¡Oh!, Príncipe... —murmuró atónito. Hyrcan soltó otra carcajada siniestra y desagradable, y agitó su mano libre, sin apartar la vista del guardia. El miedo se extendió como aceite, se hizo palpable.

—¡Oh! Señor Arzobispo —replicó en tono burlón—. Decidle a este condenado que se mueva.

—Brezok —dijo Gespry, serio y sin atreverse a dar un paso—. Aléjate de la punta de la espada del Príncipe Heredero. No es buen lugar para ti.

—S-s-sí, Señor —alcanzó a farfullar el guardia. Aunque la noche era fría, su frente estaba cubierta de sudor. Lentamente, retrocedió un paso, luego otro; un paso

más, esta vez hacia un lado, otro. Viéndose libre de la aterradora mirada de Hyrcan, el hombre se volvió y se perdió en las sombras.

—¡Qué magnífico guardia te ha enviado Grolpet! —murmuró Gelc secamente. Pero se le cortó la respiración cuando el Rasgo del Príncipe le golpeó de pleno. ¿Quién, pensó Gespary, podría culpar al muchacho? Hyrcan ha venido a matar. Hyrcan se volvió con toda su atención puesta en la esbelta figura de pie en la entrada del pabellón.

—Tú. —Los ojos claros, encendidos por un fuego interior, se clavaron en el Arzobispo.

—Sí, Príncipe... —replicó Gespary. El miedo, después del primer impacto, no era tan fuerte como le había parecido. Aunque los Doses sabían que era terrible, aun suavizado por sus propios poderes.

Hyrchan frunció el ceño.

—Tú me has provocado hoy.

—¿Yo, Príncipe? En modo alguno. —Era increíble, pero su respuesta tenía un aire casual, en absoluto contraste con el frío que sentía en el estómago. Ser objeto de tanto odio...

Hyrchan escupió.

—¡Yo he matado a más bestias que tú!

—No lo niego, Príncipe. —Gespary deslizó ambas manos hacia atrás y empujó a Gelc con todo el disimulo que pudo. Para su sorpresa, el soldado no intentó resistirse. Por el contrario, instó al resto de la gente, ahora en silencio, a entrar en la tienda. Bien, pensó Gespary. Tener público en ese momento podía ser una imprudencia, dado el carácter irascible del Príncipe. Pero cuando Gelc hubo desaparecido por la cortina entreabierta, y Gespary había avanzado dos pasos hacia afuera, apareció otra persona: Fialla, seguida por Baldyron.

—No lo niegas. —Las palabras de Hyrcan eran torpes. Dio un paso hacia adelante. De pronto, el rostro se le puso rojo de ira—. Sin embargo, ¿qué nombre gritan los hombres desde una punta del campamento de Darion a la otra? ¡El tuyo! —gritó.

—Príncipe, yo no...

—No. Tú no. —La voz de Hyrcan era una imitación burlona. La espada que colgaba de su mano, olvidada, se levantó de nuevo—. Dicen que eres hábil con la espada, Arzobispo de Rhames. De-muéstramelo.

—No. —Gespary se movió con cautela, alejándose de la tienda.

—¿No?

—No. Tenemos un enemigo común, Príncipe.

—Yo tengo un enemigo peor que las bestias, Arzobispo.

—No me enfrentaré con vos. Si me hacéis daño, quedará roto el contrato con

vuestro hermano el Rey y con los beldenianos que han venido en ayuda de Darion. No arriesgaré todo eso en nombre de vuestro orgullo, Príncipe.

—Te mataré —replicó Hyrcan con los dientes apretados.

—Quién sabe. Tal vez yo sea el afortunado y logre heriros —dijo Gespry, con una sonrisa—. Y aquí os necesitan, Príncipe Hyrcan, para luchar contra los enemigos de Darion.

—Eso es un juego de palabras, cobarde de Rhames —dijo Hyrcan—. Nada significan para mí. —Fialla se adelantó unos pasos y se detuvo de golpe cuando los ojos de Hyrcan se posaron sobre ella y el miedo la golpeó como una bofetada—. Apartaos de mi vista mujer. Un Príncipe de Darion no alterna con putas. —La respiración de Gespry salió en un silbido, al tiempo que desenvainaba la espada. Fialla gritó. Baldyron se puso de un salto entre Hyrcan y el Arzobispo, las manos en la empuñadura de su arma.

—No te ensucies las manos con él, amigo Gespry. —Se volvió hacia el Príncipe Heredero con cara resuelta—: Príncipe...

—Silencio, joven Eavon —tronó Hyrcan. Se hizo un silencio tenso.

—Korent, Príncipe Hyrcan —dijo Bal por último.

Hyrcan se rió con desprecio.

—Sólo por gracia de mi hermano. ¿Y a cambio de qué? Nunca he entendido por qué Sedry elige hombres débiles para otorgarles sus favores. Quizá porque todos vosotros os arrastráis a sus pies. A Sedry le gustan los aduladores; al menos os ha recompensado con generosidad.

Baldyron desenvainó la espada.

Gespry le aferró del hombro y le arrastró hacia atrás. Miró a Hyrcan a los ojos.

—Es mío, amigo. El Príncipe Heredero ha resuelto abandonar este mundo y entrar en el otro, que no merece. ¡Fialla!

—¿Gespry?

—Vete adentro. Éste no es lugar para ti.

—¡No! —gritó ella.

—Gespry... —empezó a decir Baldyron. Gespry levantó una mano con gesto autoritario, reclamando silencio, se quitó la corta capa y la arrojó hacia atrás.

—Quédate con mi Dama, Bal, ya que no quiere oírme. En cuanto a vos, Príncipe de los Demonios —añadió, levantando la espada—, hay entre nosotros palabras que os haré tragar.

Hyrcan se echó a reír, desafiante. Gespry sintió que algo helado le recorría. Ningún hombre se enfrenta con el Azote del Norte y sigue vivo. Al menos en los últimos años, así había sido. Pero sus reflejos de hombre de armas se impusieron, barriendo el miedo, en el momento en que Hyrcan se arrojaba hacia adelante, cruzando su espada con la del Arzobispo. Gespry se movió hacia un lado, liberó la

daga de su vaina y la dejó caer en posición detrás de su espalda, mientras su espada se deslizaba a lo largo de la espada de Hyrcan. A sus espaldas se oyó un grito sofocado. Hyrcan gritó:

—¡Hacedme tragar mis palabras, Arzobispo, si podéis!

La espada de Hyrcan presionó hacia abajo y se soltó, al ejecutar Gespry un veloz movimiento circular con la muñeca. Después se oyeron tres golpes más: las armas se entrechocaban. Hyrcan echó la espada hacia atrás e inició un lento giro hacia la derecha, con un resplandor feroz en la mirada y los dientes apretados en una mueca asesina. Gespry giró con soltura sobre un talón, los ojos inexpresivos clavados en su adversario. La mueca de Hyrcan se hizo positivamente maligna, mientras la punta de su espada trazaba una figura en el aire: la Bendición de los Dos. Entonces saltó hacia adelante casi de improviso, blandiendo la espada en un remolino de muerte. Pero Gespry había adivinado su intención y esquivó el golpe con elegancia, al tiempo que se lanzaba a fondo al frente. La espada del Arzobispo rompió la guardia del Príncipe y le tocó el lóbulo de la oreja. Una gota de sangre cayó sobre su camisa oscura, y después otra, y otra. Hyrcan maldijo por lo bajo, giró en redondo y se precipitó hacia adelante. El Arzobispo, sorprendido, estuvo a punto de caer. Detrás, Fialla ahogó un grito y cerró los ojos, pero un instante después volvió a abrirlos. Era mejor ver lo que pasaba. Las manos de Baldyron la sostenían, sin que ninguno de los dos se diera cuenta.

Hyrcan arremetió, retrocedió hábilmente antes de que Gespry pudiera volver a traspasar su guardia, y arremetió una vez más. Gespry oía resonar en su mente las palabras: ¡Somos igual de hábiles, el Carnicero de Kellech y yo! Desvió una estocada salvaje y el esfuerzo repercutió en su brazo, hasta el hombro.

El Príncipe Heredero, aunque poseído por el furor, luchaba con una fría lógica. Al ver que sus mandobles circulares no ponían nervioso a su contrincante, trató de insistir con golpes rápidos y cortos, cambios súbitos de posición, con aquella sorprendente gracia felina que le había hecho famoso.

Lucharon largo tiempo, sin lograr ninguno ventaja alguna sobre el otro. De pronto Gespry retrocedió, se puso fuera del alcance de Hyrcan, levantó su daga e inició un lento desplazamiento hacia la derecha. Ahora se movían en círculo, inclinados hacia adelante, espada y daga en mano, codos en alto. Hyrcan atacó, Gespry respondió con facilidad, giró y reinició el desplazamiento circular, ahora hacia la izquierda. Hyrcan le seguía, paso a paso, su mirada clavada en él.

—Esto es absurdo, Príncipe Hyrcan.

—¿Quieres rendirte? —aulló Hyrcan—. Te mataré de todos modos, la cobardía no te hará salvar tu maldita piel. —De su pesado cuerpo fluía el terror.

—¡Oh, no! —Gespry rió por lo bajo. Afrontaba al miedo con la misma frialdad con que paraba las estocadas, pero no intentaba, por prudencia, aterrorizar a su

adversario—. Yo pensaba salvar vuestro sucio pellejo y entregaros al Rey Sedry. — Entonces fue Hyrcan quien rió, mientras atacaba. La punta de su espada arrancó parte de la manga de Gespry—. ¡Pésimo ataque! —se burló el Arzobispo. Inclino su esbelto cuerpo hacia adelante y entrechocó sus armas, manteniéndolas sueltas frente a sí—. ¡Escúchate! ¡Jadeas como un viejo de la aldea, y yo todavía estoy fresco!

—¡Cállate!

—¿Por qué? Tengo aliento para pelear y hablar al mismo tiempo. Y para reírme del espectáculo que estáis dando. —Y Gespry soltó una risa burlona. Hyrcan apretó los dientes y lanzó un golpe feroz a la cabeza del Arzobispo, fallando por un palmo. Gespry se reía con deleite—. ¿Príncipe de los Demonios? ¡Oh, no! ¡Más bien Príncipe de los Bufones, Hyrcan el Gordo, Hyrcan el Torpe!

—¡Cállate! —gritó el Príncipe Heredero.

—¿No estáis acostumbrado a enfrentaros con alguien que puede resistir más que algunos momentos? —preguntó Gespry, esquivando un golpe dirigido a su cuello—. ¿Con quién lucháis entonces, Príncipe? ¿Con ancianos y jovencitos inexpertos? —Se echó atrás, riendo a carcajadas, la espada floja entre sus dedos. Hyrcan barrió el aire con el arma, una vez, y otra. Gespry esquivaba y reía.

—Te arrancaré las entrañas —maldijo Hyrcan en un susurro espantoso. Tenía los ojos enrojecidos y el sudor corría por sus anchas mejillas, empapaba su camisa. Su Rasgo había desaparecido; ya no tenía fuerza para proyectarlo y sostener las armas al mismo tiempo.

—¿Sí? ¡Venid, entonces! —invitó Gespry, burlón, y abriendo los brazos. Durante un largo momento permaneció expuesto a cualquier golpe hábil y certero, pero Hyrcan, en su frenesí de locura, ya no estaba en condiciones de asestarlo. Gespry reía—. ¿Debo humillarme? Dicen que os gusta matar a campesinos aterrorizados. ¿Debo llorar? ¿Pedir perdón? —Fialla se estremeció y ocultó la cara en el hombro de Baldyron. Los brazos del joven la rodearon—. Vamos, Príncipe. —Gespry arrojó sus armas al aire y las cambió de mano en un pase impresionante. Después retrocedió—. Es tu mejor oportunidad desde el último jovencito desarmado que pusiste en fuga.

Con un grito terrible, Hyrcan se arrojó a fondo y esta vez hizo un largo tajo en la camisa del Arzobispo. La sangre fluyó: la herida iba desde la clavícula hasta el borde superior del vendaje que cubría el pecho de Gespry. Pero el triunfo del Príncipe Heredero fue breve; Gespry hizo una finta, movió la daga e hizo un corte feo y profundo en la mano de su adversario que sostenía la espada.

Hyrcan soltó un chillido y casi soltó el arma, pero se mordió el labio inferior y sus dedos siguieron aferrados a la empuñadura.

Inició un lento acoso, hacia la derecha. La sangre corría por la espada y goteaba hasta el suelo. Gespry se agachó, giró sobre un solo pie, y atacó. Meras fintas, ágiles

y graciosas, mientras Hyrcan voleaba por lo alto. La mano sangraba con abundancia y el dolor debía ser terrible, pero en la mente del Príncipe Heredero no había lugar para otra idea que la muerte del Arzobispo. De pronto, se oyeron gritos:

—¡Atención! ¡Viene el Rey!

Pero ninguno de los dos oyó nada. Sólo existía el aquí y ahora, sólo el rostro del adversario, las estocadas, las fintas y los contragolpes. Hyrcan levantó el brazo en un golpe muy usual, y se encontró de pronto desarmado con la espada del Arzobispo debajo de su oreja.

—Y ahora, Príncipe —dijo Gespary con una suavidad que la frialdad de su rostro desmentía— hay entre nosotros palabras concernientes a mi Dama...

—¡A tu puta! —escupió Hyrcan. La espada presionó un poco más, atravesó la piel. Hyrcan parpadeó pero no se movió ni dijo una palabra.

—¿Qué pasa aquí? —Sedry se inclinó sobre la montura y contempló la escena que tenía ante los ojos: un círculo de hombres excitados, murmurando, darionenses mezclados con mercenarios. Lady Fialla que se adelantaba al tiempo que Baldyron de Korent retiraba las manos de sus hombros y retrocedía; ambos pálidos como la muerte—. Por los Dos, ¿qué pasa aquí? —Dos espadachines en el centro del ancho círculo que resultaban ser su hermano Hyrcan y el Arzobispo de Rhames. Sedry frunció el ceño. Los dos estaban armados y ambos sangraban—. ¿Qué es esto? —preguntó con voz helada, y se deslizó por la montura antes de que Nolse pudiera ayudarle.

Gespary se sobresaltó al oír las palabras del Rey. Se apartó de Hyrcan y envainó sus armas rápidamente, antes de acercarse al séquito de Sedry.

—¡Majestad, qué sorpresa! No os esperábamos tan pronto. Habéis cabalgado deprisa.

—No tenía por qué demorarme —replicó el Rey, y su entonación reveló el placer que siempre sentía al ver a Gespary. Pero sus ojos entrecerrados estaban clavados en su hermano—. ¿Hyrcan? —La expresión del Príncipe Heredero era siniestra. Su Aura, apenas visible, era una señal certera de ansia asesina. Sedry se volvió hacia el Arzobispo con aire interrogativo. Gespary sonrió y se encogió de hombros con timidez.

—Una demostración de habilidades con la espada, Señor. Para enseñar a estos hombres, y también para entretenerles.

—¿Demostración? —Sedry le dedicó a su hermano otra mirada de furia antes de contemplar, atónito, la ensangrentada y rasgada camisa de Gespary. El Arzobispo se echó a reír y trató de cubrir la herida con los jirones de su ropa. El vendaje que le protegía el pecho estaba rojo—. ¿Acaso en Rhames las demostraciones son tan sangrientas? —Gespary se rió de nuevo y sacudió la cabeza.

—¡Por supuesto que no! No fue intencional, Señor, os lo aseguro. Pero resulta

que yo toqué la oreja del Príncipe, como podéis ver, y él, como es natural se enojó.

—¡Ah, sí! —replicó Sedry en tono seco. Sus ojos iban de Hyrcan a la camisa de Gespary—. ¿Y tu mano, hermano? Por supuesto te cortaste con tu propia daga, por accidente. —Hyrcan le dedico una mirada malhumorada pero no dijo palabra. Sin dejar de mirara Hyrcan, Sedry se dirigió al Arzobispo—. Excelencia, agradezco vuestro intento de cubrir las imprudencias de Hyrcan. Pero no es necesario. No necesito usar mis Dones para ver la Verdad: mi hermano os ha provocado.

—Con vuestra licencia, Señor, no es así —protestó Gespary—. Fue una demostración.

—Yo le desafié —estalló Hyrcan de repente. Sus ojos negros de odio se clavaron en Gespary. Su Aura emitía el fulgor rojo oscuro de una vieja herida mal curada—. Y le hubiera matado...

—Haciéndome a mí muy desdichado —replicó Sedry con amabilidad pero con un rostro terrible—. Ven, hermano. Ya has tenido bastantes emociones por una noche. —Se hizo un silencio. Sedry contemplaba con el ceño fruncido, al Príncipe Heredero, y éste a su vez parecía querer fulminar a Gespary con la mirada. El Arzobispo se limpiaba la herida del pecho, en apariencia indiferente a aquella escena de la que él formaba parte—. Ven, Hyrcan. ¡Ya! —ordenó Sedry por último. Una chispa del Fuego Real (Sedry ya no desprendía más que chispas, y sólo cuando estaba tan enojado como lo estaba ahora) atravesó el espacio que les separaba y estalló a los pies de Hyrcan—. A menos que quieras que mis hombres te ayuden a moverte —añadió.

—No me toquéis, ninguno de vosotros —gruñó Hyrcan. El Príncipe Heredero se volvió y se alejó a grandes pasos rumbo al campamento de Darion. Sedry le observó hasta que hubo cruzado el río y desaparecido entre las primeras tiendas. Después se dirigió al Arzobispo.

—Excelencia ¿estáis gravemente herido? —Gespary negó con la cabeza, y esbozó una sonrisa—. Os pido perdón por mi hermano...

—No es necesario, Señor —respondió Gespary—. No fue culpa de nadie; en realidad, creo que el Príncipe estaba borracho. —Sedry echó una mirada hacia el campamento de Darion y sacudió la cabeza.

—Curiosamente, ése es uno de los pocos defectos que Hyrcan no tiene. No, ha hecho esto como hace todas las cosas —prosiguió el Rey, como para sí mismo—. Sin sensatez ni control. Hyrcan obedece sus propias leyes. —Parpadeó y su atención se volcó de nuevo en el Arzobispo. Fialla, las mejillas extrañamente pálidas pero con un toque de rubor, trataba de restañar la herida de Gespary con los faldones de su camisa. Alayya, Elorra, un escalofrío de deseo le invadió hasta el vientre, ¡tener semejante mujer! Con tremendo esfuerzo se concentró en lo inmediato. Los Dos maldigan a Hyrcan si me ha privado de la ayuda de este hombre—. Excelencia... —empezó.

Gespary sacudió una mano, acallando sus palabras.

—No es grave, Señor, como podéis ver. Y entretuvimos a estos hombres. —Sedry echó la cabeza hacia atrás y rió con ganas.

—¡Entretuvimos! Por el ombligo de Elorra, Excelencia, uno nunca sabe cuándo estáis bromeando. —Inclinó la cabeza, besó la punta de los dedos de Fialla y montó su cabalgadura. Le seguía una columna de soldados, una tropa de animales de carga y varios escuderos. Un carro, otro. Más soldados. Gespry le siguió con la mirada hasta que, como Hyrcan, desapareció detrás de las primeras tiendas de Darion, al otro lado del río.

—Vamos, Fialla, es sólo un rasguño. No te preocupes. —Le apartó suavemente las manos de la camisa y depositó un leve beso en la punta de sus dedos—. Debería haberle matado —murmuró por lo bajo.

—¡No! —protestó Fialla, apoyando la cabeza en su hombro.

—Deberíais haberlo hecho —dijo Baldyron, que había escuchado las palabras de Gespary—. Vuestro ayudante, Gelc, suspendió la fiesta —añadió.

—El Príncipe Heredero ya la suspendió antes y con más eficacia. —Señaló Gespary sonriendo. Baldyron también sonrió, con evidente esfuerzo. Seguía mortalmente pálido.

—Así es. Yo... —Vaciló—. Yo quisiera hablar un momento con vos; si es posible. —Fialla le echó una mirada y frunció el ceño. Por los Dos, parecía casi enfermo.

—Por supuesto, Bal. —Gespary cerró los ojos cuando los dedos de Fialla tocaron la herida que sangraba con abundancia—. ¡Gelc!

—¿Gespary? —El soldado, que estaba despidiendo a la guardia nocturna beldeniana, se acercó a su lado.

—¿Dónde están Boresin y Fidric? —Gespary se secó la frente con la manga de la camisa.

—Celebrando, por ahí —respondió Gelc, y señaló con un gesto vago el límite oriental del campo, donde ardían hogueras y se oían voces y risas.

—Bien. Podrías haber ido con ellos ¿no crees? —Como le vio vacilar, añadió—: ¡Vete, Gelc! No es necesario que me cuides esta noche. Y te gustaría ir, ¿no? —Una amplia sonrisa se dibujó en los labios de Gelc.

—Yo... bueno, sí, ya que lo mencionas.

—Fuera, entonces. —Y dirigiéndose a Baldyron, que había entrado detrás de Fialla, comentó—: Es conmovedor de verdad ver cómo se las arreglan para tenerme siempre un ojo encima.

—Es comprensible —dijo el Barón, sonriendo apenas. Sacudió la cabeza y pareció volver a la realidad.

Excepto ellos tres, el pabellón estaba vacío, el fuego se apagaba y sólo una lámpara iluminaba la mesa. Gespary se dejó caer en su sillón favorito y levantó la cabeza para mirar al joven Barón. Parecía un chico travieso tratando de divertir a sus mayores, y Bal, a pesar del frío que había invadido su corazón, se encontró sonriéndole, devolviendo afecto por afecto.

—Os cuidan porque os aman.

—Realmente... ¿lo creéis? —preguntó Gespary, y pareció reflexionar—. Sí, sé que así es. Y de algún modo, es desconcertante. Se han portado como viejas, desde que

salimos de Rhames. Fialla, querida, ¿podrías darme otra camisa? Me temo que ésta necesitará un lavado y un zurcido.

—¿Y cuándo no? No importa —suspiró Fialla—, Gespry, necesito tener algo en qué ocupar las manos.

—Hasta ella se preocupa —comentó el Arzobispo con una sonrisa ausente, mientras se levantaba y buscaba dos vasos limpios para servir el resto de vino que quedaba en una jarra—. Debo estar mejor protegido que el Rey.

—Ella no debería preocuparse —dijo Bal con una voz débil y extrañamente forzada. Gespry frunció el ceño; el Barón no parecía estar borracho. Entonces, ¿qué le pasaba? Baldyron cerró los ojos un instante, inspiró hondo y se explicó—. Habéis derrotado a Hyrcan antes, y en condiciones menos favorables. ¿O acaso ella no lo sabe? ¿No sabe que vos sois la hija de Alster, la Dama Elfrid?

Los vasos rodaron sobre la mesa y Elfrid giró como un relámpago y dio un salto, daga en mano. Bal, atónito, se protegió instintivamente con el antebrazo. Hubo un breve forcejeo y los dos rodaron por el suelo. Fialla acudió corriendo.

—¡Gespry, Gespry! ¿Qué haces? —Aferró los hombros de su propia pareja y trató en vano de arrancarla de donde estaba, con la rodilla sobre el pecho del Barón, la daga sobre su cuello. Baldyron permanecía inmóvil, y su cara estaba tan pálida que por un terrible momento Fialla pensó que ya estaba muerto—. ¿Te has vuelto loco?

—¿Loco? No —replicó Elfrid. Y en susurro terrible le preguntó al hombre—: ¿Cuánto tiempo hace que lo sabes? —Baldyron tragó saliva. La daga se apartó un poco, ahora podía ver la punta, la mano que la sostenía sin temblar, y más arriba el rostro resuelto y frío.

—¿Saber qué? —gritó Fialla—. Gespry, no entiendo, ¿de qué estás hablando? —Pero sus manos cayeron, inertes.

—Esta persona no es Gespry, Dama Fialla. No tratéis de engañarme —dijo Baldyron con voz inexpresiva. La figura de los cabellos blancos tenía los labios apretados y la expresión resuelta. La daga no se había movido.

—Fialla, déjanos solos.

—¡No, Gespry! ¿Para que le mates? —Sus manos volvieron a aferrar los hombros de Elfrid—. ¡No!

—Lo mataré de todos modos. ¿Quieres verlo? ¡Elige, quédate o vete! —La daga se apoyó en la vena del cuello presionando el pulso latente. Baldyron cerró los ojos y se abandonó a la muerte.

—¡Escúchame! ¡Escúchame! —Con la fuerza de la desesperación, Fialla agarró a la joven de los cabellos y la obligó a mirarla—. Lo sabe. ¿Y qué? ¿Acaso te ha denunciado al Rey, a Hyrcan? Espera, es lo único que te pido, espera. Dale una oportunidad de hablar. —En el delgado rostro apareció una expresión de duda—. Mírale —prosiguió Fialla—. Está desarmado, no puede defenderse. ¿Serías capaz de

matarle? ¡No puedo creer eso de ti! Y tú no matarías a un hombre sin permitirle defenderse. ¡Eso es indigno de ti! —Los ojos oscuros se volvieron al Barón de la Marca, que seguía inmóvil bajo el cuchillo pero que había abierto los ojos de nuevo.

—Como quieras. —Elfrid se sentó sobre los talones y envainó la daga—. Te ha salvado la vida, joven Barón de Korent —añadió—. Y espero, por tu bien, que me digas la verdad. —De pronto su voz cambió—. Dioses, ¿por qué no has guardado silencio? ¿Por qué te has puesto en mis manos? ¿No tienes conciencia? —Se levantó, tambaleante; y agregó—: ¿Crees que quiero matarte?

La preocupada mirada de Fialla iba del uno al otro. Baldyron, se sentó frotándose la garganta, y le indicó con un gesto de la cabeza que se retirara. Esta vez, obedeció aunque con desgana, lanzándoles una última mirada aprensiva antes de dejar caer la cortina de su aposento.

Se produjo un largo e incómodo silencio. Elfrid estaba arrodillada junto al fuego, alimentándolo con ramitas, con total concentración.

—¿Todos ellos lo saben? ¿Tus compañeros? —preguntó Baldyron de pronto. Ella asintió.

—Pero no son míos. Son de Rhames.

—Entonces, tú no eres de Rhames.

—No, claro que no. Había un tal Gespry de Rhames cuando yo todavía vivía en Arolet. Pero fue mal herido en Megen Coven: sus heridas fueron peores de lo que sus propios mercenarios llegaron a sospechar. Yo vine aquí en su lugar para que no creyeran que había muerto o estaba inválido. Y también... —vaciló— por mis propias razones. —Se dio la vuelta y se puso en pie—. Hay un gran parecido entre nosotros. Somos primos lejanos.

—Debe haberlo, para haber podido engañar a los beldenianos.

—Ha sido incrementado, por supuesto. —El Fuego del Arzobispo jugó por un momento en la punta de los dedos de Elfrid.

—Yo... por supuesto. —Baldyron, con piernas que amenazaban flaquear, se retiró y se dejó caer en una silla. Yo sólo quería ayudarla y casi muero por eso. Yo sólo quería ayudarla... Una risa amarga le sacó de sus pensamientos.

—Ha funcionado bastante bien, hasta ahora. ¿Cuánto hace que lo sabes?

—Poco. —Baldyron tragó saliva de nuevo. Tenía la garganta prieta, seca—. Muy poco. Desde que te vi luchar contra Hyrcan. Fue como revivir aquella noche, la noche en que el Rey... en que Sedry tomó Arolet.

—Siempre he pensado que, de algún modo, Hyrcan descubriría el engaño —dijo Elfrid con una risita sombría—. Pero le temía a él, nunca pensé que hubiera otra posibilidad de fracasar.

Sus ojos oscuros le alcanzaron como una bofetada.

—Y ahora —dijo Baldyron con amargura—, temes que yo vaya a Sedry y se lo

cuenta todo. O peor aún, que me lo guarde y espere la oportunidad, dejándote vivir en el temor, por ti y por los que te siguen. —Elfrid guardó silencio—. ¿Es así como me ves, o como ves a todos los hombres? Tal vez sea influencia de tus compañeros, o tal vez tú misma no tengas honor y juzgues a los demás según tu propio molde. ¿O quizá creas que como sirvo a un Rey vil, estoy hecho de su misma estofa? —Volvió la cara y añadió—: ¿Es que no sabes nada de mí?

—Ya veo. Querrías que confíe en ti. ¡Confiar! —Rió suavemente—. ¡Considera mi situación! Un paso en falso, uno solo, y puedo darme por muerta. Y junto conmigo Fialla, Gelc, Bor y Fid. Y la Adivina. Tú, en mi lugar ¿confiarías en alguien? Casi no me atrevo a confiar en mí misma. Mi vida vale menos que la camisa que llevo puesta, pero no es sólo mi amor a la vida lo que influye en mis decisiones.

—Y, sin embargo, trajiste a esa gente contigo, sabiendo cuál sería el precio si te descubrían.

—No me lo eches en cara —fue la áspera respuesta—. Ya lo hago yo bastantes veces, te lo aseguro...

—Suponer que un hombre no tiene honor, no concederle el beneficio de la duda... por los Dos, hubiera jurado que me conocías mejor. Hemos luchado juntos, bebido juntos, tú y yo... —Tomó una jarra de vino, llenó una copa con una mano que sólo la más tenaz de las determinaciones mantenía firme y se la bebió de un trago—. Tenía mejor opinión de ti.

—¿De mí? ¿De cuál? —preguntó ella con una risita seca.

—De cualquiera de los dos —replicó Baldyron en el mismo tono—. Conozco a la Dama Elfrid y al Arzobispo de Rhames y ambos tienen un corazón valiente y noble. O al menos... así lo creía —terminó, con voz amarga.

—Yo... ¿Cómo puedes hablar así? ¿Cómo puedes saber? —El helado furor que la había poseído momentos antes desapareció, reemplazado por una agitación más fuerte que su hostilidad. Baldyron se acercó a ella, apoyó las manos sobre sus fuertes hombros y la sacudió suavemente.

—Lo sé todo, lo entiendo todo, Señora. Me arrepiento de mis palabras duras. Éste no es momento para discusiones, tenéis razón. No tengo derecho a juzgaros. Hablé sin pensar, pero... sólo quería ofreceros mi ayuda. Todavía os la ofrezco. Venid, sentaos. Esto ha sido un duro golpe, más aún después de la terrible batalla de esta mañana y de un duelo con alguien que yo mismo no me atrevería a enfrentar.

—Y, sin embargo, lo hicisteis, hace menos de una hora —dijo Elfrid, y una sonrisa se dibujó en sus labios y suavizó su mirada.

—Sí, ¿verdad? —dijo Baldyron, con una mueca—. Soy un tonto, pero por lo menos no estoy muerto, por lo que os doy las gracias. —Llenó su copa, la puso en las manos de la joven—. Y lo celebraréis bebiendo esto, todo.

Otro silencio. El Barón dejó caer las manos pero siguió mirándola, esperando

encontrar su mirada, para tranquilizarla. No hubo respuesta; Elfrid miraba hacia el vacío. Entonces una rabia súbita y desesperada invadió a Baldyron. Impulsivamente, desenvainó su daga y se la presentó a la joven.

—Toma, mátame ahora. Mientras tu intención todavía es fuerte. No quiero causarte temor, ni quiero distraerte de este papel que, por el motivo que sea, estás interpretando. —Le puso la daga en la mano. Ella pareció despertar, le miró a los ojos y rechazó el arma.

—No. Guárdala, no quiero hacerte daño. —Baldyron dejó caer la daga y, sin medir su propia audacia, rodeó los hombros de Elfrid con sus manos y la abrazó con ternura. En cuanto ella pareció tomar conciencia del contacto, se puso tensa y Baldyron la soltó.

—Todo está bien, sea cual sea el desenlace —respondió él—. Como la mayoría de los hombres, prefiero vivir que morir. Pero recuerda que por fuerza debo confiar en ti, que eres la depositaria de mi mayor secreto. —Una sombra cruzó sus ojos—. Han pasado ocho largos años, pero Sedry tiene buena memoria. Y no quiero pensar en la clase de muerte que él daría al hombre que le dio armas al anciano Rey y a su hija menor.

—¡Ah! Pero tú estás a salvo. Aunque quisiera, no podría usar ese hecho sin antes traicionarme a mí misma.

Baldyron sonrió, pero su mirada era dura.

—La corte de Sedry no es la de Alster; dicen que no hay lugar alguno, de este lado del mar, donde se intrigue tanto. Y los espías de Nolse acechan por todas partes. Sólo tendrías que hablarle de mi culpabilidad a cualquier miembro de la casa de Sedry, diciendo que alguien te lo contó. O menos aun: bastaría con lanzar el rumor de mi culpabilidad. Una vez que llegara a oídos de Sedry, yo sería • hombre muerto y Korent volvería a sus manos. —Elfrid se estremeció—. ¿Crees que algo tan insignificante como una prueba detendría su mano? —Silencio—. Ya ves, estamos en igualdad de condiciones.

El silencio se prolongó, incómodo.

—¿Por qué me dices todo esto? —preguntó Elfrid con voz débil.

Baldyron se encogió de hombros.

—Es un sustituto de la confianza: el miedo mutuo. Aunque debo decir que hubiese preferido lo primero.

Elfrid le puso una mano en el hombro.

—Lo siento mucho, Bal. No puedo. No me atrevo, a pesar de todo lo que te debo.

Baldyron se apartó.

—No me debes nada.

—No hables así, sabes que lo que digo es cierto. Si yo me atreviera a confiar en un hombre —prosiguió, vacilante—, ese hombre serías tú, por la ayuda que le

brindaste a mi Padre... y a mí. Pero no hay confianza en mí. Nunca la tuve antes, no sé tenerla, y menos aún ahora, cuando otras vidas dependen de mí. No, lo siento. — Suspiró y se volvió.

—¿Quién reemplazará a Sedry? —preguntó Baldyron de pronto. Elfrid le miró sobresaltada—. Tienes otros motivos para estar aquí, además de ayudar a Gespry. ¿Y qué otra cosa podría yo pensar?

La mirada de Elfrid, penetrante, se clavó en él. Encogió los hombros.

—Yo no, si eso es lo que temes. ¿Una mujer, y bastarda, en el trono de Darion? No, Rolend, por supuesto.

—Pero Sedry le tiene...

—Lo sé, pero... —estudió una vez más el rostro de Baldyron—. Bien, Sedry le pidió ayuda a Gespry, hace algún tiempo, como ya sabes. Rolend también lo hizo, le pidió que lo ayudara a él y a Darion.

—Tenía entendido —dijo Bal— que Gespry nunca intervenía en asuntos internos.

—Así es. Pero hubo circunstancias, esta vez... —Sonrió brevemente—. Se decidió por mí. Para evitar que yo viniera sola a sacar a Sedry de Darion. Y a Hyrcan, por supuesto. Pues bien, entonces él... —Se detuvo y el color volvió a sus pálidas mejillas—. Creo que nunca hubiera intervenido, excepto para detenerme físicamente, si las cosas en Darion no hubieran sido tan graves. Pero...

—Sí, lo sé —interrumpió Baldyron—. El Norte, Lertondale...

—Todo eso —terminó Elfrid, con amargura. Exhaló un suspiro, cerró los ojos y continuó—: Además, la Adivina consultó los Tarots cuando llegó el mensaje de Rolend, y apareció un claro Esquema. Y bien, por eso estamos aquí.

—¿Pretendes matar a Sedry?

—¿Yo? No. —Y como el Barón la mirara dubitativo, prosiguió—: Entiéndeme, yo lo haría mil veces, por el daño que le hizo a mi Padre. Pero Rolend no quiere que se derrame su sangre; y tampoco lo quiere Gespry. Lo que yo quiera no tiene importancia. Además —dijo fríamente— perder Darion le causará dolor. La muerte, en cambio, no le causaría dolor alguno.

—Rolend —le recordó Bal con dulzura— es Príncipe Ascendiente. Está detrás de Hyrcan.

—Entonces —replicó Elfrid con una sonrisa, recuperando de pronto las maneras desenvueltas de Gespry— habrá que eliminar a Hyrcan primero ¿no?

¡Alayya, Elorra, cada vez peor!, pensó Baldyron, pero su expresión permaneció inmutable. Volvió a llenar la copa y se la ofreció a Elfrid, que esta vez la levantó en un saludo antes de beber. El inclinó la cabeza y extendió la mano para tocar la cabellera blanca de la joven.

—¿Por qué está blanco tu cabello? Era oscuro como el mío.

Ella cerró los ojos.

—Según las leyendas, tendría que haberse puesto blanco el día en que comparecimos ante Sedry en el Salón de las Recepciones. El cabello de Gespary es blanco desde Megen Cove. El mío —una sonrisa despectiva se dibujó en sus labios— sigue siendo tan oscuro como el tuyo. Fialla me pone una mezcla horrible cada vez que lo lava, para quitarle el color.

La voz de la joven se había alterado sutilmente. Era, se dio cuenta Baldyron de pronto, la voz de Elfrid tal como él la recordaba: baja para una mujer, potente, desprovista de la entonación seductora de la voz de Gespary, pero no por ello menos agradable. Ella suspiró.

—En cierto sentido, es un alivio que lo sepas. Que alguien lo sepa. Desempeñar este papel constantemente...

—Y yo lo he descubierto de mera casualidad —interrumpió él—. Dime qué ha sido de ti durante estos años. De mí, lo sabes todo.

—No. Apenas si te conozco. Sé muy poco de ti. Todavía no alcanzo a entender por qué acudiste en ayuda de un hombre viejo y enfermo y de su hija bastarda.

—¡Basta! —dijo Baldyron con rudeza—. Ya te lo dije entonces. Juré servir a Sedry cuando alcancé la mayoría de edad, más de un año antes de lo de Arolet. Yo era demasiado joven para mi edad, supongo. Anhelaba la acción, de cualquier clase: contra los salvajes, contra el estancamiento de las cosas bajo el gobierno de Alster. Sedry apeló a todo eso. Aún puede ser convincente, cuando quiere.

—Conozco a Sedry —dijo ella, impasible.

—Yo también... ahora. Casi todos nosotros nos sentimos engañados aquel día, cuando se hizo evidente que Sedry no le permitiría al Rey vivir sus últimos años en paz. El exilio no era necesario para ese hombre, sobre todo después de que... perdiera la razón. Y a ti...

»Yo estaba allí —continuó Baldyron en voz baja— cuando te enfrentaste con Hyrcan en los salones del Rey. Y pude compararte con Hyrcan y con Sedry; tú eras más honorable que ellos al defender la vida de tu padre con la tuya. —Elfrid, confundida, desvió la mirada.

»También estuve en la Recepción —prosiguió Baldyron tras un silencio— cuando Sedry decretó el exilio de Alster y el tuyo. Se murmuró, por entonces, pero ya conocíamos lo bastante a Sedry como para seguir apoyándole. Y después, para abreviar, yo les oí, a él y a Nolse, reírse mientras planeaban vuestra muerte. Y tú estabas sola, con un bastón y una daga inútil... no pude soportarlo. —El joven tenía la mirada fija en la lona de la tienda, como si transcurrieran con vida propia las borrosas imágenes de su pasado—. Tuve suerte —añadió con desdén— de no ser descubierto. Y de que Sedry me mandara a Arlonia, precisamente a mí, para saber por qué la emboscada había fallado. —Se echó a reír—. Y me recompensó dándome Korent.

—Nunca te di las gracias... —empezó Elfrid. Baldyron la interrumpió con un gesto.

—Lo has hecho, sí, al seguir viviendo. Y además —prosiguió, con una sonrisa—, yo no te di oportunidad de darme las gracias, aquella noche. Estaba furioso, con Sedry y conmigo mismo. Y también tenía miedo, puedo reconocerlo ahora, de ser descubierto y que el castigo cayera no sólo sobre mí sino también sobre mis hombres y hasta sobre mis padres, mis hermanos y mi hermana. Sedry es un hombre vengativo, y yo empezaba a darme cuenta de ello. Pero cuéntame de ti. Por favor.

Ella le dio la espalda y se inclinó sobre el mapa que estaba sobre la mesa.

—Llegamos a Embersy del Norte en una nave beldeniana, desde Carlsport. Hacia el final de aquel año, yo misma estaba al borde de la locura: sin dinero, sin tener a dónde ir. —Las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa amarga—. Embersy del Norte nos permitió desembarcar, nos ofreció asilo y libertad para desplazarnos, prometió velar por nuestra seguridad. Pero yo maté a tres asesinos antes de que terminara el invierno. Entonces partimos en secreto, yo a pie, él en un pobre caballo viejo y cojo, tal como habíamos salido de Lertondale.

—¿A dónde fuisteis? ¿De qué vivíais?

—Yo cortaba leña. O cuidaba las cabras en las aldeas, a cambio de pan y carne, de un techo para pasar la noche. Poco tiempo después me di cuenta de lo peligrosa que era nuestra situación. —De nuevo, una sonrisa despectiva cruzó por su cara—. ¿Puedes imaginarlo? ¿Una mujer sola, por delgada e insignificante que fuera, viajando con un hombre viejo y enfermo? Me corté el cabello, adopté el nombre de Cyrel, y a partir de entonces asumí el papel de un hombre, el paje de mi Padre, tal como él... tal como él había empezado a verme desde que había enloquecido. —Sacudió la cabeza con impaciencia—. Participé en algunas batallas menores, como caballero sin blasones, cada vez que pude, para mantener mi entrenamiento. Hasta llegué a aprender algo más. Fue un largo camino. Nos llevó mucho tiempo cruzar Embersy del Norte y llegar a Rhames.

—Y le pedisteis asilo al Arzobispo.

—Fue curioso —dijo ella sin responder directamente—. Yo sabía del parentesco que me unía al Arzobispo, aunque muy poca gente estaba enterada. Figura en los antiguos archivos familiares, que nadie lee. Sedry no lo sabe, o al menos no lo sabía. Y ni siquiera yo sabía, cuando llevé a mi Padre al monasterio, que él estaría allí.

Se hizo un silencio.

Elfrid trazaba líneas imaginarias sobre el mapa con la punta del dedo.

—Mi Padre murió un año después. Nunca recobró la razón. Hasta el último día creyó que yo era uno de sus pajes, y lloró la pérdida de su amada Elfrid. —El silencio que siguió fue tenso—. Gespry fue bueno conmigo, me tomó como uno de sus soldados. Me dejé crecer el cabello y volví a ser una doncella guerrera. A Gespry no

le importaba lo que la gente murmurase de la amazona que viajaba con él. A Gespary no le importa demasiado lo que la gente piensa. Se preocupó, eso sí, de que mi espada fuera tan útil como la de cualquiera de sus hombres.

—Es un hombre raro.

—Lo es —concedió ella—. Estuve con él cuando rompió el sitio de Newldwy; estuve a su lado cuando derrotó a los piratas y los expulsó de las costas de Belden, ganando así este pabellón como recompensa. Y también estuve a bordo del Rompeolas, en Megen Cove. —Suspiró y cerró los ojos.

—Amiga mía —dijo Baldyron por último, dubitativo pero impulsado por la inexpresividad del delgado rostro que tenía ante sus ojos—. Por favor, debes terminar con esto. Es una locura, te llevará a la muerte.

—No. Si Sedry muere, si Hyrcan muere ¿por qué habría de preocuparme? Aunque a mí me cueste, vale la pena.

—No puedes...

—¿No puedo qué? —De pronto su voz era otra vez fría y dura. Apartó la mano de Baldyron y se puso de pie, apoyándose pesadamente en la mesa—. ¿Y bien? ¿Todavía eres un hombre de Sedry, entonces? ¿Quieres disuadirme y así salvarle a él?

—¿No me has escuchado, no has escuchado nada de lo que te he dicho? —estalló Baldyron—. ¡Pienso en salvarte a ti! —Se puso en pie de un salto y obligó a Elfrid a sentarse—. ¡Siéntate aquí y escúchame un momento! —Ella le miró pero no hizo ademán de levantarse—. Diez Sedrys no valen lo que tú, ¿no puedes entenderlo? —Se arrodilló frente a ella y le tomó las manos. Elfrid le contemplaba atónita—. Ya veo que no hay manera de convencerte, excepto consagrándome a tu servicio.

Se aclaró la garganta y pronunció lentamente las palabras que le comprometerían al vasallaje:

—Yo, Baldyron, Barón de Korent, hijo de Eavon, juro desde este día en adelante ser fiel a Gespary, muy honrado, y a Elfrid, Princesa de Darion. Lo juro por Alayya y Elorra, con sinceridad, sin ninguna baja intención, con lealtad. En nombre de los Dos me consagro a este fin, rompiendo cualquier otro juramento, para toda mi vida, desde hoy en adelante. —Y antes de que Elfrid pudiera hablar o moverse, se puso de pie. La miró un momento y después dijo—: No te levantes, amigo Gespary, conozco el camino.

Fialla salió apresuradamente de la alcoba y se dejó caer en la silla que había ocupado Baldyron. Tomó las manos de la joven.

—¿Gespary?

—Fialla, ¿lo has oído? Él... ha jurado vasallaje... a mí y a Gespary. Pero ¿por qué? —Su delgado rostro estaba pálido y conmovido.

—Cuéntame.

—Pues bien... —Elfrid respiró hondo y después soltó el aire lentamente. La

mirada atemorizada desapareció—. ¿Nunca te he hablado —empezó— del hombre que me entregó mi espada, y una esperanza, en el camino a Carlsport hace ocho años?

—¡Oh, Dioses! —Fialla abrió los ojos. Elfrid asintió.

—Yo no le había olvidado. No pude olvidarle. Hacía tanto frío aquella noche —su voz se convirtió en un susurro—, que cuando me tocaba la cara con los dedos, dolía. Y mi Padre, riendo, hablando, viendo cosas que no existían. —Hubo un silencio—. Cuando él apareció en el camino, pensé que todo había terminado, para mi Padre y para mí. Le hubiera sido tan fácil matarnos... —Las esbeltas manos temblaban en las de Fialla.

»No, yo no le había olvidado. Pero supongo que preferí pensar que había muerto, o que estaba en cualquier parte, menos aquí. —Movi6 la cabeza en un gesto de incredulidad—. No lo entendí entonces y tampoco lo entiendo ahora. ¿Por qué lo arriesgó todo para salvarnos?

—Y sin embargo... —empezó Fialla gentilmente.

—Y sin embargo lo hizo. «Os he traído una ayuda, Señora», me dijo. Jamás ningún hombre me había llamado Señora; pero él lo hizo. Y me entregó mi espada.

—¿Y dices que no lo entiendes? —sonrió Fialla—. Es un hombre de honor, tu joven Barón de la Marca.

—No es mío —protestó Elfrid, y sus mejillas enrojecieron.

Fialla volvió a sonreír y dejó el tema de lado.

—Y ahora, ¿qué?

—No sé. —Elfrid se puso de pie y empezó a recorrer el mapa con las manos—. El hecho de que lo sepa, Fialla, me aterroriza. Y sin embargo...

—Y sin embargo... —repitió Fialla—. ¿Acaso no le crees digno de confianza? —La pálida cabellera se agitó en un gesto de negación—. Bien. ¿Entonces?

—Pero ¿y si estuviera equivocada, Fialla?

—No lo estás. No te equivocas con Bal. Yo lo sé, aunque tú lo dudes. Debes confiar en alguien alguna vez, lo sabes.

—Pero yo confío en ti, Fialla, y en Gelc, Bor, Fidric. Y la Adivina y...

—¡Bah! —Fialla se echó a reír—. Fuera de todos nosotros, digo. Hace más de siete años que nos conoces; eso no es confianza, es comodidad. No creas que todo el mundo está en tu contra. Debes aprender a juzgar mejor a las personas.

—Yo...

—Confía en mí, si no puedes confiar en él. Tu vida está a salvo en sus manos, te lo juro. —Pero, Fialla...

—Shhh. Recuerda quiénes somos, tú y yo —añadió en voz baja—. Tus propios pensamientos son más peligrosos para ti que Baldyron. Y los míos.

—Los tuyos no, Fialla.

—¿No? Yo no estaba habiéndole a Gesptry los últimos minutos. Recuerda quien

eres: Gespary, Arzobispo de Rhames, mi bienamado. Todo lo demás...

—Ya lo sé, Fialla, querida mía. —La voz volvió a cambiar: era una vez más la voz de Gespary. Fialla sonrió, le tomó la mano y depositó un beso en la palma.

—Bien, pero es muy tarde, y tal vez mañana vuelva a haber enfrentamientos. ¿Y qué me dices de esa herida? Déjame ver. Y sácate esa camisa, por favor.

—Sí, Fialla.

—Sí, Fialla —imitó ella. Humedeció un paño y se puso a limpiar la sangre seca—. Será mejor que le dé unas puntadas a tu vendaje, está casi suelto. Has tenido suerte, Gespary.

—No. He sido hábil. —Lo dijo con tono deliberadamente seco. Fialla levantó la mirada y se encontró con la cara de un chico que hacía muecas.

—¡Oh! —protestó ella tirándole el paño por la cara—. Eres tan malo como él.

—Excelente —dijo Elfrid con una amplia sonrisa—. Así es como se supone que debo ser.

—Estás alterado —replicó Fialla con severidad.

—Tengo razones.

—No tantas. Yo creía que no tenías nervios, pero una aprende, ¿no es así?

—Mmmmm. ¡Aj! —La última exclamación se le escapó cuando Fialla separó el borde del vendaje de la carne lastimada—. De verdad, de verdad crees que él es...

—Te lo juro por mi vida, Gespary.

—Entonces debe ser así. ¡Ay! ¿Es necesario que hagas eso esta noche?

—No puede esperar hasta mañana, se pondría peor. Ruguemos que el Príncipe no acostumbre a poner veneno en sus armas, y déjame terminar. Y te repito, sé que puedes confiar en él.

—¿Cómo lo sabes?

Fialla se encogió de hombros, con la atención fija en la herida.

—Llámalo la magia de Fialla, si quieres.

—¿Intuición femenina, tal vez?

—No te rías de mí.

—No. Con mis propios extraños poderes ¿cómo me atrevería a reírme de ti? Entonces tomas la responsabilidad sobre tus hombros...

—Y no pesará mucho, te lo aseguro.

Era de noche. La niebla se elevaba sobre la orilla del río, flotaba sobre los pantanos. La luna creciente, casi oculta detrás de los escarpados acantilados, hacía brillar las cotas de malla, los arneses y las espadas, las puntas de lanza, las flechas, las uñas y los dientes. Elfrid se inclinó sobre el fuste de la silla. La guardia personal del Arzobispo formaba un triángulo vigilante para que ella pudiera recuperar el aliento y reanudar la lucha. Los gritos de los heridos y un aullido, como de una jauría de perros o una manada de lobos, rasgaron el aire a su alrededor.

—¡Ese ha estado a punto de darte, Gespry! —le gritó Boresin. Sus ojos no cesaban de escudriñar nerviosamente las altas y húmedas hierbas.

—Demasiado a punto —admitió Elfrid. Inspiró profundamente y soltó el aire poco a poco, notando que el ritmo de los latidos de su corazón volvía a la normalidad. Aun con aquella luna brillante, era difícil ver algo: el bárbaro había aparecido de pronto, bajo las patas mismas de su caballo. No había tenido tiempo de esquivarlo, ni siquiera de sacar su espada: aquel ser ya se le había echado encima.

Unos dedos gruesos y fuertes le habían aferrado la garganta, haciéndola tambalear peligrosamente sobre el pescuezo del caballo. Un aliento fétido invadió su nariz. ¿Eran manos las que oprimían su garganta? Cuando sus propias manos aferraron al enemigo para librarse del ataque, palparon el largo pelaje, las puntas de los dedos abultadas, las uñas romas. ¡Elorra, ayúdame, eso no son manos humanas! Y sus sentidos internos habían sido arrasados por una verdadera visión de los Fegez. No eran ni hombres ni animales, sino seres en posesión de una magia innata y también estimulada con drogas, que les permitía cambiar de un estado a otro a voluntad. Sintió un escalofrío de horror.

Antes de que pudiera reaccionar, el ser se había alejado, por el suelo, como había venido. Boresin la había alcanzado un momento después, con un corto arco rramesiano que todavía tenía en la mano libre.

—Te advertí que no te adelantaras tanto —reprochó sin violencia—. Si tienes guardias personales ¡úsalos! —Y después se mostró inflexible: debía descansar un poco. Elfrid, con la respiración todavía entrecortada y la mente perturbada por el horrible descubrimiento, obedeció agradecida.

Se oyó un entrechocar de armas y unos gritos cercanos: más Fegez, a pie como los otros, pero esta vez desde el Norte. Alguien gritó muy cerca, al tiempo que su caballo se encabritaba y ambos caían a tierra. Elfrid sacudió la cabeza, inspiró profundamente y se enderezó en la montura.

—¡Gelc, Boresin, Fidric! ¿Listos? Entonces vamos juntos. Pero retuvo su montura para permitirle a Gelc adelantarse, y se colocó entre los dos hermanos. El caballo blanco salió disparado hacia adelante.

Otro, surgiendo de las altas hierbas. Ella golpeó con la espada, casi colgada del cuello de su cabalgadura. La luz de la luna brilló por un momento sobre un cuchillo de hoja larga, que se levantó, giró y desapareció después en las sombras. Con un grito ahogado, el Fegez, la mano cercenada de un solo corte, huyó.

—¡Cuidado, Gespary, abajo! —aulló Gelc.

Elfrid se tiró de nuevo sobre el pescuezo del animal, y un dardo pasó silbando cerca de su oreja, sin tocarla. Se enderezó en la silla al tiempo que Gelc revoleaba su espada en un arco mortífero y hacía volar una cabeza de oscuros cabellos y una mano que todavía sostenía la cerbatana. A ése no lo había visto, se reprochó Elfrid. Tragó saliva y espoleó a su caballo para alcanzar a Fidric.

—¡Qué cosas inmundas! —comentó con tranquilidad aquel valiente, escrutando el suelo a su alrededor. A la izquierda, tres Fegez corpulentos y cubiertos con pieles, avanzaban hacia ellos—. ¡No necesitan siquiera cambiar de forma para ser horribles!

—No —dijo Elfrid y trató con todas sus fuerzas de librarse del miedo y de la visión interna. Espoleó a su espléndido caballo blanco y marchó al encuentro del nuevo desafío—. Son bastante inquietantes de cualquier modo.

Blandió la espada: una cara humana y barbuda, pálida a la luz de la luna, se paralizó en un grito de dolor y desapareció. Otra la sustituyó, tan cubierta de pelo que Elfrid sólo pudo darse cuenta de que era una cara por el brillo de los ojos. El caballo blanco, nervioso, se echó a un lado pero se quedó quieto cuando la fuerte mano izquierda de su jinete tiró de las riendas.

La espada se levantó, golpeó y fue rechazada por la durísima lanza Fegez, con un impacto que hizo vibrar el brazo de Elfrid hasta el hombro. Con los dedos entumecidos, volvió a golpear. Golpeó por tercera vez. Después se desplazó como un rayo hacia un lado en el preciso momento en que el Fegez retrocedía varios pasos y arrojaba el arma, al mismo tiempo que desenfundaba su cuchillo. Del lado opuesto llegó un grito espantoso. Entonces Elfrid obligó al encabritado animal a lanzarse al galope. Pasó por encima del bárbaro, tiró de las riendas y se volvió para mirar hacia el campo de batalla.

—¿Quién ha sido? —gritó.

—¡Estoy bien, Gespary! —respondió aturdido uno de los beldenianos—. ¡Pero un poco más, y...! —Gespary reconoció la voz: era Garion, un joven soldado raso. Demasiado joven para estar aquí, y es su primera batalla. ¿En qué estaría pensando Grolpet? El muchacho se irguió en la montura, animado por las palabras del Arzobispo, y se lanzó hacia adelante, espada en alto.

—¡Bien, ten cuidado! ¡Adelante! —alcanzó a gritar Elfrid. Se oyó un grito, el del soldado, seguido por otro, el de un Fegez. El joven se inclinó hacia adelante, cayó del caballo. El animal se encabritó.

—¡Fidric! ¡Ayúdale!

Pero fue Gelc, una vez más en la delantera, quien se inclinó peligrosamente sobre su montura y se irguió casi en el acto.

—Demasiado tarde, Gespry. ¡Cuidado, a la izquierda! —aulló, desviando su caballo.

Otra oleada de Fegez. La mitad de ellos, unos quince, aunque era difícil estar seguro, llevaban lanzas, cuchillos, arcos: armas convencionales. El resto (si es que eran Fegez) corría entre sus compañeros, pero sobre ellos parecían flotar unas sombras; o quizás alrededor de ellos.

¿Tenían dos piernas o cuatro? ¿Se transformaban, pasaban de dos a cuatro, y otra vez a dos? ¿De hombre a bestia, y de bestia a hombre?

—¡Cerrad filas! —ordenó Elfrid.

Los mercenarios y los hombres de la Marca acudieron a su llamada y formaron un dique humano para contener el nuevo ataque.

Tiempo, hacía falta tiempo, o tal vez algo más, para impedir que siguieran muriendo muchachos jóvenes, casi niños. Elfrid se irguió en los estribos, extendió las manos hacia el cielo y recitó la oración: «Por los Dos, por Alayya el Bendito, por Elorra su Dama, por vosotros y por las vidas de los que están a mi cargo... ¡Alayyya-dassa!». La última palabra brotó de sus labios en un grito exultante. El aire se conmovió. Un resplandor dorado fluyó de sus dedos, se hinchó y burbujeó a medida que sus manos se separaban, aumentó, cambió, giró como un torbellino de fuego por encima de su cabeza, tiñendo de rojo su blanca cabellera. Con los ojos cerrados por la tremenda concentración, la cabeza echada hacia atrás, los brazos extendidos, esperó. Esperó hasta que la luz tuvo un brillo deslumbrante.

Entonces volvió a gritar y azotó el aire con las manos. La luz se elevó en una espiral, chisporroteando y llameando, y de pronto, sin advertencia, se lanzó sobre el enemigo.

Pero los Fegez ya no estaban allí. En cuanto había empezado a formarse la luz, se habían detenido y amontonado en silencio. Después habían empezado a retroceder, paso a paso. Y para cuando el Fuego Sagrado del Arzobispo era una ardiente columna sobre la cabeza de Elfrid, ya habían emprendido la fuga.

Los beldenianos y los darionenses lanzaron gritos de combate y se lanzaron tras ellos. Los acantilados se elevaban muy cerca, negros y escarpados.

—¡Alto! —La voz de Elfrid se levantó sobre el tumulto. Sólo los hombres del Arzobispo estaban lo bastante cerca para ver que el esfuerzo la había dejado agotada—. Es estúpido seguirles. Ya hemos intercambiado bastantes vidas con esas bestias. —Hizo retroceder con facilidad el caballo, porque el animal estaba cansado y mantenía la cabeza gacha—. Hay heridos. Que algunos de vosotros vuelvan al campamento, y traigan literas y linternas. Fidric elige a algunos hombres y ve con ellos. Informa a Fialla que estoy bien.

—Sí, Gespry. —Fidric contemplaba el campo de batalla con aire sombrío. Grolpet se acercó lentamente.

—¿Qué haremos con los cadáveres de los salvajes? —preguntó el beldeniano. Elfrid frunció el ceño y Grolpet suspiró—. Fegez, Excelencia —rectificó a regañadientes.

Elfrid reflexionó un momento mientras que, con un gesto distraído de la mano, les indicaba a Fidric y a sus cuatro compañeros que emprendieran el camino.

—Llevadlos hasta el borde del acantilado. Si quieren a sus muertos, no tenemos por qué negárselos. Si no los quieren... quemadlos al alba. —Y con esas palabras se volvió y se dispuso a regresar al campamento.

Exhausta, estaba exhausta, más de lo que nunca le hubiera parecido posible. Pero sentía una alegría que ni su cansancio podía atenuar. Encendí el Fuego de Gespry. Ni siquiera él estaba seguro de que podría hacerlo. Y en qué circunstancias...

Había encendido el Fuego, sí, pero ¿contra qué? Se estremeció y se arrebujó en la capa, cubriendo la camisa empapada de sudor.

—Estoy verdaderamente sorprendido, Excelencia. ¿Cómo podéis tener a tantos hombres bajo control? Si mis darionenses hubiesen estado batiéndose bajo las órdenes de Marchham, o hasta de mi buen amigo Baldyron, creo que todos se habrían vuelto a casa después de la primera escaramuza fallida. Sobre todo después de lo de anoche.

El Rey contempló su copa vacía; no había sido su intención recordarse aquel fracaso. Aunque sin duda buen guerrero, el Rey no era un estratega y sabía que su falta de capacidad en ese terreno, así como el hecho de que había combatido protegido por un verdadero cerco de guardias personales, le había costado por lo menos algunos de sus hombres. Después sonrió, con la brillante gentileza que reservaba para las mujeres hermosas: Fialla se acercaba a ofrecerle más vino.

—No tiene importancia, Señor —replicó prontamente Elfrid—. Aprendemos de nuestros errores, y hasta ahora he tenido suerte, eso es todo. Me parece que es como tirarles piedras a las ranas en un estanque. Uno no yerra tan a menudo como para que se vuelva aburrido.

—Pero a diferencia de las ranas —observó Sedry— éstos también tiran cosas. —Elfrid se encogió de hombros y volvió a llenar su vaso con una mezcla del pesado brebaje y agua. Temía las reuniones con Sedry, que la admiraba abiertamente, porque podía sentir aquella incomodidad que el Rey ni siquiera se confesaba a sí mismo. Si él sospechara... Si llegara tan sólo a pensar que sospechaba... De todas las personas con las que debía desempeñar su papel, Sedry era sin duda la más extenuante.

—Es verdad. Pero subestimáis a vuestros hombres, Señor. O a vuestros Barones. Yo no tengo ninguna influencia especial sobre ellos.

—¿No? —El Rey se echó a reír. No sabía si envidiaba la indiscutible popularidad del Arzobispo o si estaba simplemente asombrado. La extraña inquietud volvió a apoderarse de él, pero la apartó de su mente. Bebió un largo sorbo—. No hay un solo hombre en los dos campamentos que no esté dispuesto a dar la vida bajo vuestras órdenes.

Elfrid sacudió la cabeza, alarmada.

—¡Espero que no sea así! —replicó, exaltada—. ¡Ningún hombre tiene derecho a tanto poder! Y, además, no estáis del todo en lo cierto —añadió con un guiño malicioso—. En cierto sentido, somos hermanos. —Sedry lanzó un gruñido y después una carcajada—. Y en cuanto a por qué me siguen —dijo, más para sí misma que para el Rey—, ¿por qué siguen los soldados a un líder?

Sedry reflexionó con semblante grave y sonrió.

—En vuestro caso, porque os aman —dijo. Y añadió en tono seco—: y en el mío, porque soy el Rey y deben seguirme. Pero a Hyrcan... los hombres le siguen, por lo que yo sé, porque es un poco más seguro estar con él que contra él.

—¿Sólo un poco? —preguntó Elfrid, jocosa. Sedry se encogió de hombros y también rió, aunque no parecía muy divertido.

—Vos lo habéis visto —respondió indirectamente, con la mirada fija en el fondo de la copa—. Hyrcan... —empezó, indeciso. Se detuvo. Miró de reojo al Arzobispo. No, Gespary no se reiría de él y tampoco divulgaría su confidencia. Y su aire de cortés atención le tranquilizaba—. Hyrcan siempre ha sido raro, pero de adulto, se ha convertido en un monstruo. Os daré un solo ejemplo: yo necesitaba su ayuda en el Norte. Por alguna razón, la gente de esa zona nunca ha aceptado del todo mi gobierno. Que los Dos lo entiendan, porque yo no puedo comprenderlo. Y el año pasado sofocó tres revueltas. A su manera.

—Eso me han dicho —dijo Elfrid, y cerró los ojos.

—Si eso es todo lo que podéis decir... —exclamó Sedry con amargura—. Estoy seguro de que hasta en las tierras que se extienden más allá de vuestros desiertos orientales conocen al Azote de Darion. —Su expresión era sombría—. Nadie sabe con certeza cuántas personas murieron en el Norte, nobles y campesinos por igual. Hyrcan no hace diferencias, cuando de cadáveres se trata.

—No comprendo —dijo Elfrid finalmente—. ¿Por qué no le prohibisteis actuar de semejante manera? —Sedry soltó una risita, y Elfrid advirtió una punta de histeria en el sonido. Bebió un poco de vino.

—¿Yo? ¿Prohibirle algo a Hyrcan? —Volvió a reír—. Le prohibí que os provocara: eso sólo basta para mostraros cuánto control es posible tener sobre Hyrcan. Él hace lo que quiere, siempre lo ha hecho. —Sedry le echó una mirada de reojo a su interlocutor, inspiró profundamente y se lanzó a fondo—. Y tengo miedo de lo que pueda hacer; me asusta lo que ya ha hecho. Es... es un monstruo. No mata a

sus prisioneros directamente. Eso es lo que se dice en Darion, pero en voz baja, como comprenderéis. Pero yo lo sé a ciencia cierta. Los encierra en celdas, en Kellich, sin comida ni agua, y los deja morir.

»Así hizo con una Condesa y su hijo pequeño, el año pasado. —Las palabras se abrían paso a través de sus labios pálidos—. La única culpa de aquella dama era que su marido y su padre se habían opuesto a que Hyrcan masacrara a los siervos en sus tierras. Les hizo dar un poco de cerdo crudo, un puñado de cereales y una jarra de agua. Cuando abrieron la puerta de la celda, varias semanas después, era evidente que el niño había muerto primero: sus mejillas habían sido comidas.

—¡Por los Dos! —susurró Elfrid, y su mano se levantó automáticamente en el signo de la Bendición.

Sedry miraba su copa con ojos turbios.

—Imagino que muchos habrán invocado a los Dos, antes de enloquecer y morir en las prisiones de Hyrcan. ¿Nunca oísteis decir que su esposa y su hijo recién nacido —prosiguió en un murmullo horrorizado— murieron hace poco?

—Sí —respondió Elfrid—. De la peste. Pero... —Algo en la expresión del Rey la hizo guardar silencio.

—Ésa fue la versión oficial. Pero ahora sé que fue de otro modo. —Levantó la mirada y se quedó mirando a lo lejos, a través de la cortina levantada. Por último se encogió de hombros y volvió a la conversación y a su copa—. Yo no soy un buen Rey —dijo, como hablando consigo mismo—. Hubo un tiempo en que pensé que llegaría a serlo; por lo menos, creo que lo pensé, es difícil recordar lo que uno piensa. Fue cuando destroné a mi pobre anciano Padre. Sin embargo, entonces me parecía que era capaz de gobernar mejor que él.

Volviendo a tomar conciencia de la situación, Sedry escondió el rostro en su vaso y bebió un largo sorbo.

—No, no soy particularmente un buen Rey. Pero ya no me importa, mientras siga siéndolo. Me basta con eso, y no dejaré de reinar mientras viva. —Empujó su copa vacía—. Pero yo me preocupo mucho por Darion, de un modo que nadie imagina.

—¿Cómo? —Olvidada por el Rey, Elfrid había permanecido muy quieta, con los párpados entornados y una ansiedad creciente. El Rey se echó a reír.

—Pues... me cuido mucho de mí mismo, para que Darion no caiga en manos de Hyrcan. —Se detuvo un momento como para considerar la agudeza de su observación, y soltó otra carcajada. Después dejó caer la mano sobre el brazo de Fialla, que se había acercado para llenarle la copa. Ella sonrió con recato, para no alentar ni ofender, retiró con delicadeza la mano y se retiró en las sombras. Los dedos de Elfrid se crisparon en el borde de la mesa y se relajaron de nuevo.

—¿Por qué no le elimináis de la sucesión, simplemente? —La voz de Elfrid no revelaba más que un interés casual—. Tenéis otro hermano, según creo. Aunque en

Embersy y en Rhames se dice que ha estado muy enfermo —añadió como de pasada.

Algo en esta última observación debió de parecerle muy divertido al Rey, pues echó la cabeza hacia atrás y soltó estrepitosas carcajadas.

—¡Enfermo! ¡Oh, sí, está muy enfermo! Confinado en sus aposentos desde hace varios meses. Lo que Rolend tiene es muy contagioso.

—Lo lamento —murmuró Elfrid—, y espero y deseo que se recupere. —Por supuesto, el comentario desencadenó de nuevo la risa del Rey.

—En cuanto a vuestra pregunta —prosiguió Sedry, controlando su hilaridad con visible esfuerzo—, debo deciros que no puedo eliminar a Hyrcan de la sucesión. Sólo una decisión conjunta del Consejo y del Witan puede hacerlo. Y tanto el Witan como mis Barones sienten más terror de Hyrcan que yo. Excepto —dijo, pensativo—, Bal, Baldyron. Es el Barón de Korent, le conocéis.

—Conozco al Barón —respondió Elfrid con un hilo de voz. Pero el Rey estaba demasiado ensimismado para advertirlo.

—Me han dicho —añadió Sedry, levantando la mirada hacia Elfrid— que Bal trató de batirse contra Hyrcan para defenderos. ¿Estaba borracho?

—Que yo sepa, no —respondió Elfrid, seria. Bebió, pero su boca y su garganta siguieron secas.

—Además —continuó Sedry, volviendo al tema y mirando sin ver el mapa bajo la copa—, Hyrcan no tendría entonces motivo alguno para no matarme. Sólo por haberle eliminado de la sucesión, aunque dudo que le interesara ser Rey, si tuviera que serlo. Pero quitarle algo, ese derecho; no, Hyrcan me mataría por una cosa así, por puro resentimiento. Somos una familia rara —murmuró, trazando con un dedo la línea que iba de Arolet a Gennen y a las fronteras del Sur.

—¿Cómo, rara? —le instó Elfrid, después de un silencio. El Rey hizo un esfuerzo para animarse.

—Nosotros, los hijos de Alster. Para ser exacto, los hijos de Sigurdy.

—A mí no me lo parece —comentó Elfrid. Su boca generosa se curvó en una sonrisa—. Recuerdo el rostro del Rey Alster; he visto el retrato que la Reina Morelis tiene en Embersy del Sur. Además, como sabéis, él buscó asilo en Rhames poco antes de morir. Vos tenéis su mismo porte, Señor. —Sedry negó con la cabeza.

—¡Oh, el parecido físico! Eso sí. Excepto Hyrcan, todos nos parecemos mucho a él. Y hasta Hyrcan tiene algo de nuestro Padre, lo suficiente para saber que lleva nuestra misma sangre. Aunque él es mucho más el hijo de su madre que el resto de nosotros. —Parpadeó, bebió, se chupó los labios—. No, me refiero a mi Padre en sí, no a su aspecto físico. Somos varios, y sólo uno se le parece.

Hubo un silencio, que Elfrid rompió para preguntar:

—¿Vuestro hermano menor, Rolend, el Príncipe Ascendiente? —Sedry la miró y sacudió la cabeza.

—No, aunque Rolend tiene la misma consideración que nuestro Padre por el campesinado. Su Rasgo es más propio de nuestro Padre que el mío. Rolend tiene más conciencia que el resto de nosotros juntos. Y sin duda es más inteligente. No — prosiguió, con una risita, como si saboreara un recuerdo—, me refería a su hija bastarda, a Elfrid. —Se inclinó hacia ella, tambaleándose un poco—. Habéis oído hablar de ella, por supuesto. —Elfrid asintió. Su rostro era inexpresivo—. Viajó a Embersy del Norte con nuestro Padre —insistió Sedry—. Debéis haberla visto.

Dioses, sólo me faltaba esto, pensó Elfrid, pero frunció el ceño en un simulacro de intensa concentración.

—¡Por todo lo que es sagrado! ¡La doncella guerrera! ¡Cyrel! —gritó Elfrid. Se recostó en el respaldo de la silla, riendo a carcajadas—. Llegó al monasterio como paje o guardia personal de vuestro Padre, disfrazada de soldado. —Hizo un guiño malicioso—. No necesito decir que semejante farsa no se puede sostener mucho tiempo, y fue descubierta casi de inmediato. —En los labios de Sedry se dibujó una sonrisa afectada—. ¡Por la oreja izquierda de Elorra! —exclamo Elfrid—. No sabía que era pariente del anciano. Desde luego —prosiguió con aire de disculpa—, ella nunca lo confesó; y en cuanto a él, no estaba en su sano juicio, como bien sabéis.

—No, no estaba cuerdo —suspiró Sedry—. Hacía años que no lo estaba. Yo no pude hacer otra cosa, por el bien de Darion. —Las manos de Elfrid empuñaron la copa y la apretaron con fuerza asesina. Sedry siguió hablando con expresión doliente—. Me ha atormentado desde entonces, haber tenido que mandarle al exilio, pobre anciano. Pero había demasiada gente en Darion que hubiera desatado una guerra para rehabilitarle en el trono. Y yo no podía permitir que eso sucediera.

»Otro le hubiese hecho ejecutar —dijo con una débil sonrisa—. Hyrcan lo hubiera hecho. Casi lo hizo. Pero ningún hombre cabal se atrevería a cometer semejante acto. Y en cuanto a la muchacha, Darion no era lugar seguro para ella. Entre la nobleza, los bastardos, y sobre todo los reales, no son tolerados. Ella habría muerto en menos de un mes. —Contempló el campamento que se veía a través de la cortina abierta—. Desde entonces, muchas veces me he preguntado si hice bien.

—Una decisión difícil —concordó Elfrid en tono tranquilizador, al tiempo que sentía que una mano helada le oprimía el corazón. Con qué calma hablas de él, Sedry. Él te quería, nuestro Padre te quería. ¡Si pudiera matarte ahora mismo, te mataría! ¡Te mataría dos veces! Apartó aquellos pensamientos al notar que el Rey la miraba de nuevo. Estaba embriagado, pero poseía los dones familiares, y eso podía traicionarla. Gespary, yo soy Gespary. Repitió la letanía en su mente, y volvió a la realidad.

—Y murió en Rhames. ¡Ah, es pequeño el mundo!

—No sufrió —dijo Elfrid con calma—. Era viejo... y estaba cansado, eso es todo.

—¡Ah! ¿Y la mujer guerrera, la Bastarda? —prosiguió Sedry con un aire casual que no habría engañado a un niño—. ¿Qué fue de ella?

—Como podéis ver, Señor —respondió Elfrid con una media sonrisa y un gesto grandilocuente—, ya no viaja conmigo. —El Rey rió—. Nos acompañó en una campaña, al Este —prosiguió Elfrid con expresión pensativa y acariciándose la barbilla—. Y... dejadme pensar... también participó en el ataque a Newldwy. Sin embargo, después partió hacia el Sur, como caballero sin blasones. No sé qué fue de ella. Pero por aquel entonces yo no tenía la menor idea de que fuera pariente vuestra.

—Me complace saber que desapareció —comentó Sedry. El solo recuerdo de Elfrid le enfurecía. Trató de serenarse—. Aunque no creo que aquella criatura hubiese reivindicado nunca aquel parentesco, desde un buen principio me aseguré de que tuviera claro que no toleraría acercamiento alguno, con el pretexto de la locura de nuestro Padre. Y todos estuvieron de acuerdo —añadió con tono seco—, excepto Rolend, por supuesto.

—Pobre niña, tan sola —murmuró Elfrid. El Rey le lanzó una mirada de reproche.

—No era asunto mío —dijo—. Si yo hubiera podido decidir, la habría hecho estrangular en la cuna.

—Dura postura la vuestra —dijo Elfrid en tono ligero—. Pues yo la encuentro bastante a faltar. Era una guerrera excelente, ¿sabéis?

—No estoy informado sobre ese punto —dijo Sedry y su mirada era fría—. Aunque Hyrcan sin duda lo está. Ella casi le mata en un duelo limpio cuando tomamos Arolet.

Elfrid esperó, pero Sedry no parecía dispuesto a seguir con sus confidencias.

—En cualquier caso, traté de incorporarla a mi compañía —dijo ella entonces—. Pero rechazó el ofrecimiento. Y yo no estoy acostumbrado a este tipo de cosas. No dio razones. —Se interrumpió para servirle vino al Rey, y llenó su propia copa—. Simplemente dijo que no, y allí terminó todo.

—Muy propio de ella —dijo Sedry y sus ojos se oscurecieron de odio—. Es fría, incapaz de ningún sentimiento.

—Sobre eso no puedo opinar —musitó Elfrid en el mismo tono superficial. Agregó agua a su copa y la agitó—. Lo único que puedo decir es que no era comunicativa. Bueno —dijo con voz más animada, dirigiéndole al Rey una cálida sonrisa, que éste devolvió—, basta ya de historias antiguas. Mi Adivina debe estar todavía despierta y se ha manifestado interesada en leeros las cartas esta noche. Y vos mismo...

—¡Oh, cómo no! —Sedry se irguió, sombrío, de pronto. La única lectura que había tenido, en Arolet, había sido breve y enigmática; además, en aquella ocasión la gente que le rodeaba le había mirado con franca desaprobación—. Es una pena —añadió, apartando la copa de vino—, que tengamos tan pocos videntes en Darion. Nuestros sacerdotes desalientan esas prácticas.

Elfrid hizo una mueca traviesa. La calidez carismática de Gespry, sus gestos familiares, le resultaban difíciles de adoptar; pero aquel sentido del humor juguetón y casi infantil podría haber sido suyo, tan espontáneo era.

—¿Quién mejor que yo podría saberlo? Son más remilgados que los monjes de Embersy del Sur; que ya es mucho decir.

Sedry se recostó pesadamente en el respaldo de su asiento y esbozó una sonrisa ausente.

—Así es, Excelencia. A mí me divierte ver cómo los sacerdotes de mi madre, y hasta mi hermano Hyrcan, que mata como un lobo rabioso, reaccionan ante vuestra Lectora de Tarots y ante vuestra bella Dama Fialla. A vuestra Adivina la llaman «bruja».

—¿Y a Fialla? —Elfrid rió entre dientes al ver al Rey interrumpirse de pronto y ruborizarse de vergüenza—. El Príncipe Heredero me arrojó ese insulto a la cara y eso fue lo que me hizo reaccionar, tal como él sin duda había previsto. Pero vuestros sacerdotes de Darion —prosiguió— me sorprenden. Parecen creer que el servicio a los Dos puede ser llevado a cabo sobre un sendero muy estrecho: ningún placer, nada que valga la pena tener... ¡Es horrible! En mi opinión, enfocan a los Dos de una manera errónea. Porque ¿cómo es posible tener un talante tan sombrío y estar al servicio de aquellos que crearon la Tierra y los cielos con alegría? No imagino cómo pretenden disfrutar de la otra vida, porque me parece que un hombre que nunca se embriaga ni se interesa por las doncellas en esta vida, no necesitará otra, y menos aún eterna. ¡Ésta de ahora ya se lo parecerá! —Recogiendo con gracia felina sus largas piernas, fue en busca de la Adivina y dejó al Rey retorciéndose de risa.

La Lectora de Tarots se deslizó con calma en un asiento frente al Rey, mientras Elfrid encendía otra lámpara. La luz formaba como un charco amarillento entre la pálida mujer y el rubicundo y rubio Sedry; un charco de luz que oscilaba cuando el viento sacudía la tienda. El Rey observaba fascinado cómo la Adivina abría el cofre y sacaba sus cartas, que después barajó con destreza varias veces, antes de desplegarlas ante él en un abanico, con un solo movimiento.

—Elegid una carta, Señor.

El Rey parpadeó y contempló el iridiscente arco de bordes dorados que tenía ante él. Después de una larga y concienzuda reflexión, escogió una, la señaló y, ante un gesto de la Adivina, la retiró del conjunto. Ella se inclinó sobre la mesa para volverla boca arriba y la colocó entre ellos dos, antes de recoger el abanico y volver a barajar. El Rey del Amanecer, con su sol resplandeciente en alto, les contemplaba con expresión solemne.

La Adivina sonrió sin dejar de manipular el mazo.

—Excelente elección, Majestad. Éste es el Tarot de un Príncipe coronado, líder de una nación. Una persona que tiene poder y conoce sus usos buenos.

—¿Y sus usos malos? —inquirió Sedry entre dientes. El vino parecía dominarle otra vez. La Adivina se encogió de hombros, aún sonriendo, y puso el mazo frente al Rey quien, con grave circunspección, cortó una vez más.

—Todo poder, Señor, es, en alguna medida, mal usado. ¿No os parece?

Sedry pareció reflexionar, cabeceando con aire ausente. Luego se inclinó ansiosamente hacia adelante, mientras la Adivina empezaba a ordenar las cartas en el más complejo de todos los diseños: el Árbol de la Vida. Dos Pentáculos, encerrados en una pirámide más grande, formaban la copa del Árbol; dos hileras de tres cartas cada una descendían desde el pie de la pirámide para formar el tronco. La Adivina se detuvo varias veces mientras volvía las cartas boca arriba, frunciendo el ceño a medida que el esquema se revelaba. Sedry observaba en silencio, fascinado.

—Estas cartas —dijo por fin la Lectora, señalando con un gesto las seis cartas inferiores— son vuestra base, vuestros cimientos; y ésta —señaló el pentáculo izquierdo— es la parte de vuestro pasado que ejerce influencia sobre vuestro futuro. Ésta —e indicó el otro pentáculo— es ese futuro. Alrededor están las personas, los hechos, que pueden controlar vuestro destino si vos les permitís hacerlo; o que pueden ser moldeados por vos, para controlarlo.

—¡Ah! —Sedry respiró hondo y plantó los dos codos sobre la mesa, sosteniéndose la barbilla con las manos. La Adivina volvió al juego desplegado ante ambos.

—En conjunto, es una lectura alentadora, Señor —afirmó—. Aunque tendréis que

tomar decisiones para obtener un buen resultado. Aquí, en vuestra base, está la Princesa de la Primavera, una dama muy joven y bella; ¿y que os es muy querida, tal vez?

—Juseppa —murmuró Sedry ante la vacilación de la Adivina—. Mi Reina.

—Por estas cartas que la rodean, aquí y aquí, Cuatro de Bastos, Dos de Agua, se ve que ella llegará también a amaros mucho; aunque ésta, Cinco de Agua, indica que no os conoce bien aún y es demasiado joven para amar, excepto como aman los niños. —Su mano tocó las otras tres cartas de la base: As de Espadas, rodeado por el Tres de Espadas y la Niebla—. Una gran victoria militar os ha moldeado, Majestad. Una conquista que involucra fuerzas recién consolidadas y... —vaciló por un instante — una traición. —Rechazó la Visión Exterior: la caída del anciano Rey en sus propios aposentos la asaltaba desde dos direcciones.

»En vuestro pasado —prosiguió, señalando el pentáculo izquierdo— la Princesa de las Llamas; una mujer, quizás...

—¿Una mujer? ¿Qué clase de mujer? —preguntó Sedry con un gesto de sobresalto.

La Adivina tocó la carta.

—La Princesa de las Llamas, como veis, sostiene una espada desnuda. Ella no es como las otras mujeres, que se conforman con el cuidado de su casa, sus animalitos de compañía, su labor de costura. Ella tiene su propia fuerza, aunque ello no signifique necesariamente el uso de la espada. —Se detuvo y arriesgó un mínimo de Visión Interior. El Rey de Darion no podía estar lo bastante alerta, con la cantidad de vino que había bebido, como para sentir que la visión que se formaba en su mente no era hechura suya.

—¡La Bastarda! ¡Por todo lo sagrado! —exclamó Sedry entre dientes, presa de una gran excitación. Dioses, podía verla. ¿Así que eso era lo que los Tarots hacían? No era de extrañar que algunos les tuvieran miedo. Soltó una carcajada y la Adivina le miró, sorprendida—. ¡Ah, qué estúpidos mis sacerdotes de Darion, burlarse de esto! Mirad lo que me habéis mostrado ya. —La risa se apagó y un rictus de amargura le curvó los labios—. Sí, ella forma parte de mi pasado, Dama Lectora. Es la hija bastarda de mi Padre. Pero continuad, os estoy interrumpiendo.

—Con vuestra venia, Majestad —replicó la Adivina—. Prefiero que preguntéis, que expreséis vuestros sentimientos a medida que interpreto las cartas. Es de gran ayuda para mí, me permite ver más hondo en vuestro futuro y ofrecer una lectura de mayor valor práctico para vos. —Volvió a inclinarse sobre el esquema—. También en vuestro pasado, y según deduzco por la posición, aún en vuestro presente, el Seis de Agua. Un hombre seguro, que vigila vuestra rutina diaria, un hombre en quien podéis confiar, y que lo sacrificaría todo por vos.

Es Nolse, pensó el Rey mientras su ojos seguían con avidez el desplazamiento de

las blancas manos sobre los Tarots. Ha hablado bien de ti, mi fiel escudero.

—Cuatro de Fuego: una traición, tal vez una desertión, de alguien próximo a vos, en quien confiáis y que sin embargo os causa pesar. Aquí, el Siete de Tierra. Esta carta puede representar una faceta de vuestra personalidad, aunque lo considero improbable. O quizás a un hombre que conocéis, un hombre común, que se siente cómodo con gente de todos los rangos...

—¿Quién puede ser sino mi Padre? —preguntó Sedry. Miró a la Adivina a los ojos y después señaló con ansia el pentáculo de la derecha—. ¿Y el futuro?

—Interesante... —murmuró la Adivina como para sí misma.

—¿Interesante?

—En efecto. Pero no quiero desviarme. Aquí, el Dos de Espadas combinado con la Mazmorra. Descontento en vuestro ejército, Rey Sedry, causado por...

—¿Por quién? —exclamó Sedry y se echó hacia adelante, como si pudiera arrancarles su significado a las cartas con la mirada. Una leve sensación de temor le recorría el estómago. La Adivina tomó el mazo y agregó más cartas debajo del pentáculo, las contempló con el ceño fruncido y sacudió la cabeza.

—Es difícil decirlo. Podrían ser varios hombres. Pero la razón, sin embargo... —vaciló.

—¿Sí? —la instó Sedry, impaciente. ¿Descontento? ¿Quién se atrevería a discrepar con él?

La Adivina le echó una mirada preocupada, volvió a concentrarse en las cartas, volvió una más boca arriba, con un suave chasquido, suspiró y se paró a pensar en qué palabras usar.

—Dentro de poco tiempo, os encontraréis en situación de hacer algo que puede ser causa de que los hombres os teman. Inadecuadamente tratada, esta cuestión puede hacer que el trono de Darion os sea arrebatado.

—¿Una revuelta? —preguntó Sedry, atónito. La Adivina negó con un gesto.

—No. Por lo menos, no en el sentido en que lo veis ahora. Más bien un vuelco en la opinión general...

—¿Quién se atrevería? Pero no, cualquier podría atreverse, si creyera tener motivos suficientes. Entonces, sólo tengo que cuidarme de no cometer ese acto, sea cual sea... ¿Podrías decirme algo más sobre esto? —preguntó.

La Adivina sacudió la cabeza con aire intranquilo. La Visión Interna, su contrapartida emocional, fluyó, ligera, desde su persona y envolvió al Rey de Darion, que volvió a sentir aquel extraño vacío en el estómago.

—Ojalá pudiera, Señor. Tal vez en otra ocasión; porque incluso estas últimas cartas, que he leído para aclarar las cosas, han enturbiado aún más las aguas. —Vaciló y añadió como por impulso—: Controlad vuestros actos con cuidado. Es lo único que puedo aconsejaros por el momento. —Gespry nunca le había negado el derecho de

ofrecerle al Rey un rumbo alternativo, ni lo haría ahora, aunque tanto ella como Gespary sabían que era improbable que el Rey Sedry se apartase de la destrucción.

Sedry arrugó el ceño. Le costaba pensar; el vino nublaba su mente. Levantó la mirada de los Tarots y contempló a la Adivina.

—Ha habido complots... Mi hermano Rolend... —farfulló por fin.

—Cuatro de Fuego. Vos no habíais pensado que él se volvería en vuestra contra. —Los ojos de Sedry se clavaron en el esquema desplegado sobre la mesa. Al cabo de un rato, negó con un gesto de la cabeza.

—No. Y sin duda... —siguió, indeciso—, él no se atrevería a intentar semejante cosa otra vez.

La Adivina se inclinó sobre sus cartas sin responder, y desplegó un juego adicional de cuatro esquemas a un lado, y cruzando el Príncipe del Sol y la Luna. Al cabo de un rato suspiró, reunió las cartas y las devolvió al mazo.

—No puedo decirlo, Señor. Aunque él está prisionero, ¿no es así? Teniendo en cuenta este hecho, lo considero improbable. Aunque —prosiguió con semblante sombrío y arriesgando de nuevo una débil proyección— por alguna razón que no logro entender, toda vuestra lectura está invadida por una sensación de parentesco. Y es por causa de parientes, o a manos de parientes, que caeréis del trono de Darion... si caéis.

—Estoy advertido, entonces —señaló Sedry con amargura, tras un largo silencio. A lo lejos se oía el cambio de guardia de los beldenianos alrededor de la tienda del Arzobispo, y los gritos de los centinelas que cuidaban los límites del campamento, anunciando que todo estaba en orden—. ¿Y estas, otras?

—Las últimas doce cartas son las que afectan a vuestro destino —explicó la Adivina—. Veo la fundación de una dinastía, por ésta —señaló el Nueve de Bastos—; y a través de los tiempos vos y vuestra joven Reina Juseppa seréis recordados como los reyes que unificaron Darion y extendieron sus fronteras. Y aquí, hijos e hijas para sucederos. —La delicada mano acarició el Siete de Bastos.

Sedry sonrió feliz, alejada por un momento la sensación de su condena, y entregado a las bellas visiones que se formaban en su mente. No, no era una treta de él, y tampoco de la gentil muchacha de los cabellos blancos. Las cartas...

—Aquí, sin embargo, hay un camino alternativo. La Mazmorra, la Dama de los Pájaros, la Espada. Otra decisión que deberéis tomar: o actuar como un servidor de los Dos, como un Rey que gobierna, o como receptáculo de los horrores de la Noche.

La Adivina se estremeció. Se le había ido de las manos, como sucedía en contadas ocasiones: era el precio que se pagaba por cualquier tipo de manipulación, por pequeña que fuera. Siempre había un intercambio, y en ocasiones, cuando el Esquema era tan amplio como éste, el costo podía llegar a ser demasiado elevado. Pero esta vez, quizás... aquel hombre bestial, que la consideraba, incluso a ella, un

posible objeto de placer sexual, podría transitar por el sendero del honor. Nadie estaba predestinado. Por lo menos, había advertencias.

Se había perdido en sus pensamientos. Levantó la cabeza y se dio cuenta de que el Rey le había hecho una pregunta que ella no había oído, y que ahora repetía. Si hubiera visto... pero no, en los ojos del hombre, sólo había temor por sí mismo.

Sedry sentía la garganta seca, cerrada. ¿Qué había visto aquella Adivina del futuro, para ponerse tan nerviosa?

—¿Y si no actúo como... como un servidor de los Dos?

Ella acarició las cartas con un gesto suave de la mano: el Rey de la Noche, invertido; y cuatro más, distribuidas a lo largo del lado derecho de la pirámide.

—El Sacerdote, invertido. La Torre, invertida. Siete de Fuego. Entonces, Majestad, perderéis todo lo que os es máspreciado. —Sedry inclinó la cabeza, abrumado por un momento.

—No lo olvidaré. ¿Y éstas? —señaló la base de la pirámide.

—Dos de Bastos, el Sol, el Cáliz, invertido. Nueve de Tierra. Los que os desean el bien, enfrentados con los que os desean el mal. Cuidaos, Rey Sedry —dijo, y su voz era grave— de aquellos que parecen estar con vos y no lo están.

—¿Todos están contra mí? —susurró el Rey. La Adivina negó con un gesto, pero Sedry advirtió en ella una vacilación, como si estuviera viendo lo mismo y no se atreviera a revelarlo ante él. Contempló por última vez el diseño de los Tarots. Si ella tenía razón (y debía de tenerla) ¿por qué algún hombre, alguien en el confiaba, era en realidad su enemigo?

Levantó los ojos y al encontrarse con la mirada inquisitiva del Arzobispo, se sintió avergonzado. ¡Basta! ¡Había recibido una advertencia, pero no estaba bien que un hombre permaneciera sombrío tanto tiempo!

—¡Muy bien! —exclamó—. Me habéis dado mucho en qué pensar, Dama de los Tarots. —La Adivina se levantó a medias para hacer una reverencia. Sedry sonrió y sacó de su bolsa de cuero dos monedas de oro, que le obligó a aceptar—. No —dijo, cuando la joven intentó rehusar—, tomadlas. Sé que Gespry os mantiene bien y que nada os falta, pero es una muestra de mi agradecimiento. —Y se volvió, antes de que ella pudiera protestar—. Excelencia —añadió, incorporándose con esfuerzo—, os deseo buenas noches. He tenido un largo día y vuestro vino es fuerte.

—En vuestro honor —replicó Elfrid amablemente—. Sería imperdonable por mi parte no ofreceros lo mejor. Gracias, Señor, por haber aceptado mi modesta hospitalidad. —El Rey echó una mirada al suntuoso pabellón del Arzobispo y se echó a reír—. Y celebro que hayamos podido brindaros alguna diversión. —Sedry se adelantó y le puso las manos en los hombros.

—Mi buen amigo Gespry: no puedo deciros cuánto disfruto de vuestra compañía. Nos veremos mañana. —Se volvió, tomó entre sus manos la pequeña mano de Fialla

y la besó con delicadeza—. ¡Nolse! —llamó mientras salía. El escudero, que había estado jugando a los dados con la guardia del Arzobispo y la del Rey, se puso en pie de un salto y le ayudó a montar. Y tan eficaz fue su ayuda que ninguno de los mercenarios se dio cuenta de lo borracho que estaba el Rey de Darion; y el Rey mismo tampoco advirtió la mirada atenta y casi ansiosa de Nolse.

Otra mañana, otra pálida aurora. Elfrid estaba de pie en una escarpada ladera montañosa y, muerta de cansancio observaba a los Fegez que los hombres de Darion y los beldenianos habían combatido durante horas. Se retiraban rápidamente hacia las laderas septentrionales de la hondonada donde habían tendido su celada. Desde el Sur, desde la única entrada al angosto desfiladero, llegaba el ruido del desplazamiento de una compañía montada. Momentos después, Boresin y trescientos hombres irrumpían en el claro a todo galope. Los primeros rayos del sol hacían brillar las lanzas y las espadas desnudas.

—Llegas pronto, amigo Boresin.

—Lo más rápido que he podido, Gespry. —Boresin echó una mirada a su alrededor al tiempo que se deslizaba de la montura—. Es una suerte que haya podido salirme de esto e ir a por ayuda. ¿Cuántos hombres hemos perdido?

—Es una suerte —replicó Elfrid secamente— que por una vez hayas obedecido las órdenes y hayas regresado cuando te lo dije. —Se mordió el labio inferior y miró los altos acantilados—. Tal vez perdimos un tercio de los hombres. Pero además, casi todos los caballos. Ya les advertí —añadió— que era una maniobra estúpida venir hacia aquí. ¡Maldito sea Grolpet! Debería haber pensado mejor lo que hacía.

Boresin, sabiendo que no se esperaba de él una respuesta, guardó silencio, y se contentó con encogerse de hombros.

—¿Les perseguimos?

—¿Acaso alguna vez lo hicimos? —replicó Elfrid con aire sombrío—. No, por supuesto que no; no sería prudente, aun en una mañana tan clara como ésta.

Fresgkel de Eavon surgió de entre los árboles, apoyándose en uno de sus hombres. Cojeaba. Su caballo había rodado, casi al mismo tiempo que el de Elfrid. Pero el anciano Barón no había sido lo bastante ágil como para desmontar a tiempo. Habían hecho falta cuatro hombres para sacarle de debajo de la cabalgadura.

—¿Cómo está Fialla? —gritó Elfrid gesticulando hacia el Barón. El muchacho que le acompañaba torció el rumbo.

—¿Cómo quieres que esté —dijo Boresin con una mueca—, cuando te has pasado la noche cazando demonios y ha habido que rescatarte? Pues preocupada, por no decir otra cosa. —Elfrid le miró con aire de reprobación y Boresin levantó los ojos al cielo, irritado—. ¡No puedo creer que hasta Gespry de Rhames no quiera, después de todo lo que ha pasado este mes, llamar a esos seres horribles por su nombre!

—Que es Fegez —repuso ella afable—. Que estemos en guerra contra ellos no significa que debamos insultarles.

—¡Ejem! —señaló Eavon con amargura, mientras se acercaba—. Hoy me ha costado la vida de un hijo y de mi mejor caballo. No estoy seguro —dijo, tratando de

hablar con ligereza, pero sin conseguirlo en absoluto— de cuál de las dos cosas me apena más.

—¿Un hijo? —Elfrid se sintió palidecer.

Eavon asintió con un gesto, trató de hablar pero no pudo, y le dio la espalda. El soldado, a un gesto de Elfrid, le hizo sentar en una roca.

—Telborn —dijo al fin. Sus ojos recorrían el paisaje, las rocas, los árboles, sin verlos—. Telborn era raro, pero era mi hijo. Y mi heredero. Supongo que ahora sus tierras pasarán a manos de Dessac. —Se volvió sonriendo hacia la persona que él conocía como el Arzobispo, pero por su cara corrían lágrimas silenciosas—. Qué sorpresa para el chico, tener tierras propias. El Rey nunca se ha interesado mucho por Dessac, y Telborn era un joven saludable.

Elfrid se sintió de pronto embargada de compasión por el anciano. A la indecisa luz de la madrugada y bajo su carga de dolor, Eavon parecía realmente viejo. Se acercó y se arrodilló junto a él.

—Que los Dos guarden su alma. Mi pobre amigo, cuánto debe dolerle a un hombre perder a un hijo, perder esa parte de sí que él creía que habría de sobrevivirle por mucho tiempo.

Sintió que se desvanecía la sensación helada que se había apoderado de su corazón. No era Bal, Dioses, no era Bal. ¿Pero dónde estaba? Se dio cuenta de pronto que no había visto al Barón desde el comienzo de la emboscada. Bal había saltado de su caballo herido, había reunido a un puñado de hombres y, con un grito de aliento a su padre, había desaparecido. Los ojos de Elfrid escudriñaron el valle, buscando entre los muertos.

En aquel instante, como respondiendo a una llamada secreta, apareció el Barón de la Marca, deslizándose por la empinada pendiente de la ladera norte, con un arco y una docena de flechas en la mano izquierda, y la derecha extendida para mantener el equilibrio. De vez en cuando se aferraba a un arbusto para disminuir la velocidad del descenso. Llegó al fondo de la hondonada sin problemas, miró a su alrededor, los labios apretados en una línea de furor al ver la cantidad de muertos, y se dirigió hacia su padre.

Fresgkel miró con severidad a su hijo menor; sus ojos estaban enrojecidos.

—¿Has vuelto a hacerlo? ¡Por el amor de Alayya, me prometiste no volver a practicar ese juego capaz de hacer encanecer de horror a un padre en una sola noche! Tu padre no puede más —añadió, pasando una mano por los largos rizos entrecanos—. ¿Sabéis —dijo, dirigiéndose a Elfrid— lo que hace este joven tonto? ¡Se mete entre los demonios, a pie, y los mata uno por uno, como si fueran perdices y ésta la época de caza! —Baldyron soltó una risotada.

—Tranquilízate, amigo mío. —Elfrid le asió un brazo—. Estás demasiado tenso. A ver, una inspiración profunda, bien, otra. —El joven Barón cerró los ojos por un

momento y obedeció. Su mano izquierda aferraba las flechas con tanta fuerza que sus nudillos se veían blancos. Eran flechas negras y cortas, flechas de Fegez. Elfrid estiró la mano para tocarlas y Baldyron dio un salto—. ¿Trofeos? —dijo ella—. Son algo demasiado común para eso.

Baldyron volvió a reír, esta vez macabramente divertido.

—¿Trofeos? No, Gespry. Me limito a usar sus propias armas contra ellos. Los demonios son una raza supersticiosa. Les parece cosa de magia, y eso juega a nuestro favor. Pero hay más: las puntas —dijo, y las señaló con un gesto. Todas estaban envenenadas. La risa desapareció de sus labios al ver el rostro espantado de Elfrid—. Merecen que les hagamos lo mismo que ellos hacen.

—Ningún hombre merece semejante muerte —empezó Elfrid, acalorada. Pero el Barón la interrumpió con una risa despreciativa.

—¿Ningún hombre? ¡Ah! ¿Los llamas hombres, como un buen servidor de los Dos debe hacerlo? ¿A pesar de las muertes que has visto? ¿A pesar de todo lo que has visto, Arzobispo, aún te atreves a llamarlos hombres?

—¿Y tú, joven Barón de Korent, te atreves a llamarles algo menos? Ellos mueren igual que los hombres —replicó Elfrid, con tono seco. Boresin, alarmado por la furia que veía en los ojos grises, le puso una mano en el brazo—. Huyen aterrorizados, como los hombres, cuando se ven superados en número; sufren dolor, cuando están heridos, como los hombres; y tú les llamarías... les llamarías ¿qué? —Hubo un tenso silencio—. Tal vez no sean hombres de verdad, como nosotros lo entendemos. Pero aun así, ¿merecen ser tratados con desprecio, por ser diferentes?

—No voy a discutir de filosofía contigo. —El tono de voz de Baldyron era tranquilo, pero sus oscuros ojos eran terribles. Elfrid guardó silencio ante su mirada, y no hizo ningún intento por tomar la palabra—. No me pidas que los considere hombres —estalló, por último el Barón. Inspiró profundamente. Cuando volvió a hablar, su voz era casi normal—. Han matado a mis amigos, a mis camaradas y a mis servidores; han matado a mi esposa y a mi hija; y ahora también a mi hermano, y yo sufro por ello, aunque bien saben los Dos que él no me amaba. Durante un día y una noche, convirtieron mi vida en un infierno, con sus inmundos venenos. Así que no, amigo mío, no puedes pedirme que los considere hombres. Te admiro por ello, pero no intentes convencerme, porque no lo lograrás.

Giró sobre sus talones y se alejó. Eavon se aferró del brazo de su acompañante y le siguió, cojeando y gritándole improperios, y dirigiéndole a Elfrid una mirada compungida.

¿Cómo puede hacer semejante cosa? pensó Elfrid. Ni el mismo Gespry lo aprobaría, se pondría furioso, como yo. Es violar todas las normas éticas... Y después: ¡Tonto, podrías haber muerto jugando a ese juego! No, no era un pensamiento para llevar hasta sus últimas consecuencias.

Boresin la sacó de su ensimismamiento de una sacudida.

—Ven, hemos traído caballos. Algunos volverán a pie, pero tú haces falta en el campamento. Vamos.

—No. ¿Desde cuándo Rhames va a caballo cuando otros tienen que caminar?

—Nadie te disputaría un caballo, lo sabes. Te necesitan, con urgencia. El Rey de Darion te hace llamar. Ha habido incursiones en el campamento mismo, sobre la medianoche, y quieren tu consejo y el de Korent para reforzar las guardias. Además —añadió en voz tan baja que sólo ella pudo oírle—, hay mensajes para ti. De Carlsport y del monasterio.

Eso sólo podía significar una cosa: las fuerzas que se habían embarcado hacía tanto tiempo (parecían años) en el monasterio del Arzobispo, empezaban a llegar a la costa. El Esquema se cumplía.

—¿Cuáles son las palabras? —susurró Elfrid. Boresin hizo una pausa y sus ojos recorrieron el valle antes de que contestara. No había un hombre en diez metros a la redonda, y los demás no parecían interesados en ellos.

—Gennen —dijo, conciso. Elfrid reprimió la sonrisa que quería iluminar su rostro cansado y la explosión de alegría que se levantaba en ella. ¡Gennen! ¡Rolend estaba en libertad!

—¡Fialla!

La amante del Arzobispo apartó la cortina y salió corriendo al oír la voz de Elfrid entre el estrépito de la tropa. Elfrid se dejó caer del caballo con más precaución que de costumbre (estaba más cansada de lo que quería admitir) y abrazó a Fialla.

—No estoy limpio, Señora —dijo, al ver que Fialla se apartaba para contemplarla con ojos preocupados—, pero tampoco herido. Venid, sentémonos primero. Me han dicho que hay noticias de Rhames.

La guardia se retiró; dos llevaban los caballos y el tercero, por orden de Boresin, fue a buscar agua caliente para el baño del Arzobispo. Fialla asintió.

—Todas buenas. Mientras te lavas, te contaré las noticias. Bor dijo que te traería enseguida, pero pensaba que tardarías por lo menos una hora más. ¿De verdad no estás herido?

—Lo juro —rió Elfrid mientras la cortina se cerraba detrás de ambos.

Fialla aferró la mugrienta túnica de Elfrid, dirigió a la joven guerrera hacia la mesa, y con un último empujón cariñoso, la sentó en el comfortable sillón del Arzobispo.

—No estoy herida —murmuró Elfrid con los ojos cerrados—, pero sí cansada, cansada como para morir. Y el estúpido de Grolpet, le advertí y no quiso escucharme. Dioses, hemos perdido veinte hombres o más y casi todos nuestros caballos.

—La próxima vez te escucharé —comentó Fialla tranquilamente—. A ver, déjame ayudarte. —Le apartó las manos, le quitó la túnica y empezó a deshacer los lazos de la liviana cota de malla.

—Sí, la próxima vez me escuchará —respondió Elfrid, cortante—. Eavon —continuó— perdió anoche a su heredero.

—¡Oh, pobre hombre! —Fialla había pasado de un profundo respeto por el anciano Barón a algo muy parecido al amor que su padre no le había inspirado nunca—. ¿Cómo está?

—Muy dolido, aunque su relación con Telborn no era íntima. Él... ¡Ah! ¡Los Dos te bendigan, Fialla! —exclamó al soltarle ella la cota de malla y aplicarle un paño húmedo y frío en la nuca. Se hizo un silencio agradable mientras Fialla limpiaba el rostro de Elfrid.

—Los mensajes llegaron anoche —susurró Fialla al oído de Elfrid—. Uno de los hermanos legos los trajo.

—¿Y cuáles son?

—Lo que le dije a Bor que te transmitiera: Gennen Rolend está libre, tiene el apoyo de la guardia de Orkry. ¿Te ríes?

—No, no es nada —dijo Elfrid moviendo la cabeza, mientras Fialla esperaba una

respuesta—. Merasma siempre ha estado atenta a la menor oportunidad. Tenemos la protección de los Dos, o ella no habría tomado partido por Rolend. Mi querida hermanastra. Sedry la casó con el más poderoso de los Nobles del Sur, como recompensa, creo, por vigilar a nuestro hermano. Eso, por sí solo —murmuró, aún sonriendo—, podría haber sido razón suficiente para que la dulce Meras le retirara su afecto a Sedry: que Morelis se siente en el trono de Embersy del Sur mientras ella cría a la prole de un Conde en las montañas del Sur de Darion. ¿Qué más? Puedes hablar tranquila, nadie nos presta atención. Tienen sus propias desgracias que atender, después de la batalla.

—Kreyyes, el Obispo, estaba presente cuando Rolend fue liberado; a través de él, la Iglesia de Darion le ha jurado lealtad. Los mensajeros de Gespary ya han llevado la noticia a Embersy del Norte.

—¡Ah! Juseppa.

—El matrimonio será anulado, por supuesto.

—Por supuesto...

—Y, además, dicen —añadió Fialla— que la niña está de acuerdo. Su padre decidirá si se convierte en la esposa de Rolend o si vuelve a su casa. —Dejó de lado el tema con un encogimiento de hombros.

—Entonces, las cosas van muy bien. Apenas si puedo creer en nuestra buena suerte.

—Y eso no es todo —prosiguió Fialla—. Hay algo acerca de él, de ti, y de la Adivina, que no entiendo del todo. Tiene que ver con el Esquema, con la manera en que la Adivina lo ha manejado.

—Muy bien. —Elfrid trató de recordar. Había ciertos detalles que sólo Gespary, la Adivina y ella conocían; ciertas palabras clave tomadas de los Tarots. Ninguna de esas palabras era agradable, según recordaba—. ¿Y el resto de los mensajes?

—Rey de la Noche, Princesa de las Llamas, Espada, As de Espadas, invertido. —El rostro pálido y cansado de Elfrid se endurecía a medida que Fialla hablaba.

—Bien —dijo Elfrid sonriendo con cierta amargura—, podía haber sido peor: «Matad a Hyrcan».

—¡Oh, no! —dijo Fialla conteniendo la respiración.

—Eso es lo que yo quería, lo sabes. ¿Acaso podríamos confiar en otra cosa? Tonterías. Ahora le conoces, Fialla. ¿Crees que Hyrcan aceptaría de buen grado el exilio, decretado por Sedry o por Rolend? ¿O por cualquiera? No —dijo, interrumpiendo el ademán de Fialla para hablar—. Sólo hay una manera de tratar con alguien como Hyrcan. Dos veces en mi vida he tratado de matarle. A la tercera, dicen, va la vencida.

—Tengo miedo —susurró Fialla—, no por ti, sino de él.

—Entonces será mejor que nunca luches contra él —replicó Elfrid, en voz baja y

sin tono, cargada de un odio contenido—. Yo no le tengo miedo a Hyrcan, no de ese modo. Uno no debe temerle así, si es que hay que enfrentarse a él, espada en mano. Por eso Sedry no se atreve.

—Su Rasgo...

Elfrid se encogió de hombros.

—Su Rasgo sólo refuerza el horror que Hyrcan ya es en sí mismo. No hay nadie a quien odie como le odio a él. Será un gran placer para mí matarle.

—Sedry...

—Oh, Sedry. —Elfrid se encogió de hombros—. Sedry siempre ha sido tan transparente con sus indirectas y sus desaires, su desdén por mí. Su sutileza, que nunca ha sido tal. Hyrcan, en cambio, Hyrcan sí que me aterrizaba cuando yo era niña; más allá de su Rasgo. Porque aun entonces, podía protegerme del Rasgo de Hyrcan. Sus Dones nunca han sido muy fuertes.

Después de una pausa, Elfrid continuó:

—Sedry jamás se hubiera atrevido a hacerme daño, a pesar de toda su cháchara. Él también ha estado siempre atento a su provecho; y nuestro Padre me amaba. —Los ojos grises se suavizaron por un momento—. Pero Hyrcan nunca pensaba, sólo actuaba. El nunca ha considerado su beneficio, sólo el objeto de su deseo.

—Te desafió, a pesar de que el Rey se hubiera visto gravemente perjudicado con tu muerte —dijo Fialla. Elfrid asintió.

—Yo odiaba a Sedry por su manera de tratarme, desde luego. Pero era diferente, él nunca me dio motivos para temerle, al menos no de la misma manera que Hyrcan.

—Pero...

—Tú le has visto. —Los ojos oscuros de Elfrid estaban perdidos en algún remoto punto del tiempo y del espacio—. Cuando yo tenía doce años, creo, uno de los sirvientes me contó que Hyrcan había llevado a uno de sus perros a los sótanos y había torturado al pobre animal. El perro no había hecho nada que mereciera castigo; para él, era sólo una diversión, supongo. —Fialla se volvió, trastornada—. Lo siento, no debí contártelo.

—Está bien, no es nada —consiguió murmurar Fialla.

—Durante mucho tiempo, después de aquello, le tuve miedo, porque sabía que haría lo mismo conmigo, si se le presentaba la oportunidad. No me gusta respirar el mismo aire que alguien que inspira un terror como el que sentía por Hyrcan. —Se hizo un silencio. Con esfuerzo, Elfrid apartó los pensamientos sombríos y sonrió—. Lo peor ha terminado, Fialla. Sólo restan dos tareas menores...

—¿Sólo? —protestó Fialla débilmente—. Matar a un Príncipe y derrocar a un Rey. ¿Sólo eso? Y tú tienes un papel importante que desempeñar en ambas cosas —añadió, con aire de incredulidad. Su compañera asintió.

—Ya lo sabías desde el principio, Fialla, nunca te lo he ocultado, nunca. Lo

deseaba tanto que hubiese venido sola, con la única esperanza de matar a esos dos antes de encontrar mi propia muerte.

»Sé que en esto hay un beneficio para Darion, para la memoria de aquellos que Hyrcan ha asesinado en sus mazmorras, para aquel posadero asustado de El Buitre Rojo y su familia. Para los pobres habitantes de Lertondale, que sólo están vivos porque aún respiran, y que hasta temen hacerlo porque sobre ellos puede caer la cólera del Rey. Para salvar a las jóvenes mujeres de Darion; he observado cómo te mira Sedry, cómo siempre ha mirado a la belleza. Nunca se ha conformado con mirar, y sólo su respeto por el Arzobispo de Rhames como guerrero y como aliado le ha impedido tratar de imponer sus deseos. Lo siento, Fialla, todo lo que te digo hoy es motivo de sobresalto para ti.

—No.

—Una mentira, pero bien intencionada. Olvidémoslo. Conozco esas cosas, Fialla, y las siento, pero sólo como se siente la aflicción ajena. No significan nada para mí, en este momento. Sólo tengo mi vergüenza y mi miedo. Mi pesar. Soy egoísta, limitada, eso también lo sé.

—No te preocupes —dijo Fialla. Miró el paño húmedo y mugriento que tenía en las manos y se dirigió a la hornalla para cambiar el agua—. Yo no tengo derecho a juzgarte. No he sufrido pérdidas personales y no tengo daño alguno que vengar. Nada le debo a nadie, para bien o para mal. Sería fácil para mí decirte que te atengas a las grandes cosas, que la venganza es algo pequeño y vil.

—Tal vez sería fácil; pero también justo.

—No. Si mi amado hubiese enloquecido, o muerto, si me hubiera sucedido la décima parte de lo que te ha sucedido a ti, mi deseo de venganza no tendría límites. —Volvió hacia la mesa y se dejó caer en una silla junto a Elfrid—. ¿Tienes un plan o necesitarás ayuda para elaborarlo?

—Tal vez lo tenga, tal vez no. —Elfrid se encogió de hombros—. Lo pensaré después de haber dormido. A menos que... ¿Boresin no dijo algo acerca de una reunión?

—Más tarde. Hubo un pequeño alboroto hace algunas horas. Nada grave, pero parece que finalmente los viejos se han decidido. La reunión será aquí, más tarde. Le dije al Rey, lisa y llanamente, que tú necesitabas dormir primero.

—¿De verdad se lo has dicho? —Elfrid rió encantada.

—¡Por supuesto! ¡Eres su aliado, no su súbdito! ¡Y necesitas descansar, mírate! Bor traerá agua para bañarte. Ven, iremos a la alcoba. Los hombres entran sin anunciarse y quiero sacar ese vendaje de tu pecho. Está tan sucio que es un peligro en sí.

Elfrid gimió de cansancio al levantarse. Con ayuda de Fialla, caminó los pocos pasos que la separaban de la alcoba oculta tras una cortina y se desplomó sobre la

cama. Poco después dos de los beldenianos entraron portando cubos de agua caliente; un tercero llevaba la tina.

Después no se habló de casi nada. Elfrid se desnudó y se bañó; luego vistió ropa limpia. El sol de la mañana calentaba ya la habitación. Respiró honda y cómodamente por primera vez desde que Fialla le había colocado el ajustado vendaje que ocultaba sus pechos. Con un suspiro de placer, se tendió en la cama y se durmió en el acto.

La brisa crepuscular —sorprendentemente fresca para lo caluroso que había sido el día— comenzaba a suspirar por el campamento cuando los primeros consejeros arribaron al pabellón del Arzobispo.

El Rey no apareció hasta una hora más tarde; y cuando al final llegó, se le veía preocupado y como indispuerto. Ha estado bebiendo otra vez, pensaron muchos de los presentes, pero Sedry estaba sobrio. A pesar de ello, parecía resultarle difícil concentrarse en los planes y estrategias para defender mejor el campamento, y terminó por derrumbarse en una silla apartada de la mesa y cerca del fuego, con una copa de vino a mano. Allí permaneció, con aire ausente y bebiendo de vez en cuando.

Si su presencia sombría y amenazante afectaba en algo a los demás, todos lo disimularon muy bien, tal vez debido a su larga práctica. Pero al cabo de un rato, se olvidaron de Sedry, y la reunión siguió su curso. Se hicieron y rehicieron planes; se borronearon mapas, se discutió con animación. Se exaltaron los ánimos, bastante alterados ya por la larga permanencia en aquel valle tan distante del terruño y de las comodidades del hogar, y también por la emboscada a los hombres del Arzobispo y la incursión en el campamento. Era evidente que el largo contacto con los Fegez no les había enseñado todo acerca de ellos, y estaban lejos de poder prever cuáles serían los próximos pasos de su enemigo. Durante toda la tarde, sólo Elfrid, Baldyron y Fresgkel —éste con el emblema de su casa invertido, en señal de duelo por su heredero— permanecieron tranquilos.

Fue Baldyron quien al final propuso las reglas básicas para atacar a los Fegez, quien desplegó sobre la mesa su propio mapa de los campamentos aliados, con nuevas fortificaciones y guardias reforzadas, y quien se negó a escuchar a la oposición, forzando la aprobación de los muy disgustados beldenianos y del Consejo de Sedry, por no hablar de los iracundos hombres de la Marca. Después de asegurarse de que sus órdenes no serían desobedecidas en cuanto él se ausentase, llamó a su padre y regresó al campamento de Darion. Los capitanes y el Consejo permanecieron en la tienda un rato más, para discutir los detalles.

Elfrid se puso en pie e hizo los últimos amables comentarios, a medida que todos se retiraban. ¡Por el ombligo de Alayya! pensó, con irritada irreverencia. ¡Es imposible trabajar con estos hombres! No importaba qué se decidiese ni quién tomara la decisión, aquellas delicadas sensibilidades siempre se sentían afectadas; y no había asunto, por insignificante que fuese, que no bastara para irritar a alguien: rango,

conocimiento del enemigo, el terreno o las armas, ¡incluso el posible estado del tiempo al día siguiente! Contempló con cansancio las anchas espaldas del último capitán que salía de la tienda.

Distraída, Elfrid se rascó el pecho. ¡Dioses! El nuevo vendaje estaba flojo, otra vez se le estaba deslizando hacia abajo. ¡Mejor olvidarlo!

El Rey era una sombra inmóvil cerca del fuego. Cuando Elfrid se acercó, le clavó una sombría mirada.

—Parecéis preocupado, Majestad —arriesgó Elfrid. ¿Por qué me mira así?

Se hizo un silencio. Sedry pareció volver a la realidad con esfuerzo. Parpadeó varias veces, como si despertara, y alejó su copa. Sólo la segunda, en toda la noche. Aquello de por sí era alarmante.

—Estoy preocupado —admitió finalmente, en un susurro tenso—. Las cosas van mal, muy mal —añadió, en voz aún más baja—. En Darion es traición completar contra la vida de un Príncipe ungido.

—En cualquier parte —convino Elfrid. Había largos y desagradables silencios entre las palabras del Rey, silencios en los que se podía adivinar cualquier cosa. Los sentidos internos de Elfrid recibían la carga de sospecha, miedo e incertidumbre que emanaba de la mente de Sedry. ¡Alayya y Elorra me protejan! ¿Habrá sospechado algo?

—Hay un traidor entre nosotros —susurró Sedry al final. Elfrid tragó saliva.

—¿Un traidor, Majestad? —Se dio cuenta aliviada de que su voz no revelaba en absoluto el pánico que en realidad sentía. El Rey asintió.

—Lo sabéis tan bien como yo. Vuestra Adivina habló de ello, y estabais presente. —Las rodillas de Elfrid se aflojaron de alivio. Teme a alguien, pero ese alguien no soy yo—. He pensado mucho en ello —prosiguió Sedry—, he considerado sus palabras, he reflexionado mucho sobre las cartas que me ha mostrado y los significados que les atribuye. Sobre las alternativas. No puedo creer que... pero hay una sola persona... —Sacudió la cabeza—. No lo sé, sólo sé que tengo miedo.

—Señor... —Traidor, pensó Elfrid, repasando mentalmente la lectura del Rey tal como él la recordaba. Aquella palabra no había sido pronunciada. ¿Se había atrevido la Lectora a estimularle con una Visión?

—Pensé que tal vez vuestra Lectora podría volver a hablar conmigo —continuó Sedry—. Debo saber, Gespry, entendéis, debo saber...

—Desde luego, Señor. —Elfrid se desvaneció en las sombras del pabellón, y sólo entonces se pasó la manga de la camisa por la cara bañada de sudor. Momentos después regresaba con la Adivina. Sedry ya se había instalado a la mesa, de modo que colocó una linterna y ajustó la mecha para que la luz cayera de pleno entre la Lectora de Tarots y el Rey.

Sedry sólo tenía ojos para la pálida Dama de las Cartas mientras ésta sacaba sus

Tarots y los barajaba con diestra delicadeza. El falso Arzobispo encontró prudente retirarse.

—Me advertisteis —empezó el Rey con brusquedad— acerca de un complot contra mí. Decidme algo más sobre eso, Señora, si podéis.

La Adivina, con semblante grave, inclinó la cabeza, desplegó las cartas y tomó la elegida por el Rey. Sedry no reflexionó aquella vez; eligió la que tenía más cerca y la volvió boca arriba con un gesto brusco y ansioso.

La Adivina acomodó el mazo y volvió a mezclarlo mientras estudiaba la carta girada: ataviada de negro, la cabellera en desorden, la Reina de la Noche miraba aterrorizada por encima del hombro, con un pie en equilibrio en el borde del elevado precipicio. Miedo, miedo que llevaba a la locura. Cerró por un momento los ojos y se concentró para dominar el Esquema Maestro, las pocas Opciones que quedaban. Después observó al Rey, que inclinado sobre la mesa cortaba el mazo con tanta atención que parecía que le fuera en ello la vida.

Funcionaba: la lectura daría el último, un leve empujón. En cuanto a lo otro, a veces podía producirse un cambio, sin alterar lo que se deseaba. A veces.

El Rey esperaba con aire sombrío mientras ella volvía a apilar las cartas y desplegaba el juego de cuatro esquinas. Cuando la última fue colocada, Sedry se derrumbó, resignado en su asiento.

—Teméis... un complot.

—Vos me lo dijisteis, Señora. De no haber sido por vos, me hubiese tomado desprevenido. Pero tal como están las cosas ahora, yo no sé nada —extendió las manos y se encogió de hombros—, no tengo la menor idea de quién está conspirando contra mí. Y tengo que saber.

—Os dije —le recordó la Adivina gentilmente— que la oposición con que os enfrentabais dependía de un hecho, de una acción.

—Pero también me dijisteis que había quienes se oponían a mí —replicó Sedry, con una voz sin tono—. Y en cuanto al hecho, poco pudisteis decirme. Si se trata de algo que ya he hecho...

La Adivina negó con la cabeza.

—No, Señor. Si así fuera, yo ya lo hubiera visto. Pero...

Se inclinó sobre las cartas. Sedry, con un suspiro de preocupación, se enderezó en su asiento y se puso a examinar las imágenes, aunque a él nada le decían. Sin embargo, la carta del centro... ¡Dioses, qué pesadilla! ¿Qué tendría que ver con él semejante figura? Y aquella otra... Sus ojos se clavaron a su pesar en la carta que tenía cerca de las manos: una escena de tortura, dibujada y pintada con impresionante realismo.

—Teméis, Señor, y con razón —dijo la Adivina de pronto. Sus ojos claros le miraron de frente, mientras que sus manos rozaban la Reina de la Noche. Sedry tragó

en seco—. Ya que queréis saber lo peor, hay una persona que os odia profundamente. Una persona que siente que sólo vuestra muerte aplacará ese odio.

—¿Quién? —gritó Sedry, y su voz se quebró. Se aclaró la garganta, agarró la copa y bebió con ansiedad.

La Adivina giró una carta, y otra más, y las estudió pensativa.

—¿Quién? —repitió el Rey, con una calma extraña.

—Alguien próximo a vos.

—Próximo... ¿Por cercanía o por sangre?

No es tan estúpido como parece este Rey de Darion, pensó la Adivina. Evitó su mirada y se concentró en el Esquema. Y aunque rara vez usa sus Dones natales, su inteligencia, los está usando ahora. ¡Que los Dos me guíen! Mantuvo a raya el tentáculo de la Adivinación que se tendía hacia su mente, y volvió una tercera carta boca arriba: Niebla. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios, y se inclinó un poco más sobre las cartas, para ocultarla.

—No puedo decirlo, Rey Sedry. Lo siento. —Ambas afirmaciones eran literalmente ciertas.

—¿Ésta? —Los dedos de Sedry se acercaron a la Mazmorra y se apartaron como si la carta quemara.

—Esa... bien...

—Debo saber, Señora —insistió Sedry con una calma helada—, cualquier cosa que podáis decirme, lo que sea. No puedo dormir, no encuentro sabor en las comidas. Tengo miedo de beber, ya no disfruto del vino. ¡Debo saber!

—Alguien que ha matado mucho —dijo ella por fin, pronunciando las palabras con reticencia y mirándole de mala gana—. No puedo deciros nada más, lo juro. Salvo que tengáis cuidado. Y que recordéis, también, las cosas que os dije en la última lectura. Todo depende... —Su voz se convirtió en un susurro, pero Sedry ya no estaba escuchando.

Se hizo un silencio. El Rey movió la cabeza varias veces, sumido, en sus pensamientos. Por último, los ojos grises se apartaron del juego desplegado sobre la mesa.

—Me habéis ayudado, Señora. Ahora sé lo que quería saber. —Apartó la silla y se incorporó—. Tiene que ser él, no hay otro. Pero me ocuparé de eso. —Sin mirar hacia atrás, sin dirigir una palabra más a los que estaban en el pabellón, se volvió y salió con paso resuelto.

Elfrid se quedó mirándole hasta que la cortina se cerró a sus espaldas. La Adivina volvía más cartas boca arriba, seguía construyendo el Esquema.

—¿Por qué le has dicho tanto? —susurró Elfrid. La Lectora levantó la mirada y volvió a sus Tarots.

—No me he atrevido a mentirle, amiga mía. El Esquema ha ordenado lo que se

debe hacer y yo no me he atrevido a introducir más cambios. De lo contrario, todo puede fallar. Además... —Se detuvo. ¡La Princesa no debía saber aquello!—. Además, le he dicho muy poco de lo que está pasando aquí, y le he dejado que creyera lo que quisiera, basándose en mis palabras.

—Es peligroso —susurró Elfrid—. Para todos nosotros, para ti, para el Esquema.

—No, para el Esquema todavía no. Aún lo controlo. —Amontonó las cartas—. Más peligroso es mentir en presencia de los Tarots. —Había determinación en sus palabras—. Ha habido peligro para todos nosotros, amiga mía, desde que concebimos este extraño viaje. Siempre hay peligro en una cosa así, siempre se recibe algo cuando se construye el Esquema, siempre hay que entregar algo cuando se lo altera, como yo he tenido que hacer. Peligro de guerra, peligro de engaño. Todas estas cosas, tomadas en su conjunto... —Se encogió de hombros—. Todavía transitas por un camino estrecho, pero con un mínimo de precaución, no serás descubierta ni asesinada. Lo he visto esta mañana en las cartas, y es cierto.

Elfrid se dejó caer en su silla. Acarició con una mano el vendaje del pecho y después se quedó quieta.

—Sé que lo que quieres es darme ánimos, reconfortarme, Adivina.

—No, sabes bien que no es así. Yo digo la verdad, y tú puedes encontrar consuelo en ella.

—Pero aún después de todos estos años —dijo Elfrid, abstraída—, todavía soy de Darion. Tengo todo el escepticismo de un darionense, aun con mis propios Dones, aun cuando creo que veo las cosas que haces. No puedo...

La mirada de la Adivina era grave. Se inclinó sobre la mesa y tocó con su larga mano la mejilla de Elfrid, en un gesto de cariño raro en ella, que nunca tocaba a nadie.

—Crees que dudas —murmuró—. La Princesa de las Llamas no duda del claro testimonio de sus ojos; en última instancia, ése no es uno de sus defectos. Y tampoco duda del testimonio de sus demás sentidos. La Princesa también posee esos sentidos.

—Quizás. —Elfrid se puso de pie, se acercó a la cortina y la abrió. Allí permaneció silenciosa durante largo rato, contemplando el campamento beldeniano. Pasó un guardia y ella le devolvió el saludo—. Debo movilizarme contra Hyrcan y ha de ser pronto, —murmuró para sí misma.

La Adivina oyó aquellas palabras susurradas.

—Espera un día o dos. Tal vez no sea necesario. —Elfrid se volvió para mirarla con curiosidad, pero no entendió el sentido de sus palabras. Al cabo de un rato, se encogió de hombros, y volvió a su contemplación del campamento.

En el campamento de Darion, el Rey cabalgó hasta su pabellón, se detuvo y desmontó de un solo movimiento, arrojándole las riendas a uno de los guardias. Nolse, siempre atento a las idas y venidas de Sedry, salió por la cortina entreabierta y se acercó al Rey. Sedry le rechazó con brusquedad.

—Déjame, Nolse. Estoy bien.

Nolse le miró con disimulo. Era raro, pero el Rey parecía sobrio.

—Como ordenéis, Señor —dijo. Pero el Rey le había dado la espalda. Nolse dio un salto y, antes de que Sedry transpusiera la cortina exterior, que servía para atenuar la luz del sol durante el día, el escudero le aferró del brazo. Sedry se detuvo y le miró impaciente.

—El Príncipe Heredero está dentro, Señor. Y de un humor de perros. Pensé que sería mejor advertirte.

—A las Cavernas de la Noche con los humores de Hyrcan. Estoy cansado de sus enojos —estalló Sedry. El Aura resplandeció un momento alrededor de sus hombros y se extinguió.

Nolse asintió: su gesto indicaba que compartía lo expresado por el Rey, pero sin comprometerse en un sentido u otro. Era más seguro así. Los cambios de humor de Sedry eran legendarios, y se acentuaban con los años.

—¡Creo que ha llegado el momento —continuó Sedry— de suavizar los enojos de Hyrcan, o de terminar con ellos de una vez por todas!

En aquel instante, la legendaria impavidez del escudero casi se quebró: abrió la boca de asombro y, como un rayo, miró a su alrededor. La voz del Rey no podía haber sido oída por el Príncipe Heredero, y la guardia estaba aún más lejos. Se compuso, tragó saliva, y dio un paso hacia su Rey.

—¿Habláis en serio, Majestad? —Sedry asintió. ¡Dioses! ¿Y ahora qué? Pero ya estaba hablando de nuevo—. Sería bueno —susurró Nolse— que pareciera un accidente... o una enfermedad. Sí, una enfermedad. —Una idea empezaba a formarse en su cabeza. Era arriesgado, pero había riesgos mayores. ¡No, ya lo tenía! Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Una enfermedad, Nolse? —Había una chispa de animación en los ojos de Sedry, aunque sus labios seguían prietos—. ¿En qué estás pensando, amigo mío? ¿Ya tienes una idea? Siempre me he apoyado en ti para ayudarme en cosas que no me hubiera atrevido a encargarle a nadie más, y nunca me has defraudado. —Bajó la voz—. ¿Puedes ayudarme en esto?

—Creo que sí. El Príncipe es de carácter colérico, y por lo tanto no es de esperar que llegue a viejo, dejando de lado el peligro de una flecha perdida o de una caída de un caballo encabritado. Ahora bien —prosiguió, apartando un poco al Rey de la

tienda—, yo tengo varios dardos Fegez, que me dio mi padre. Me lo enseñó todo acerca de los venenos, y de los antídotos que tenemos para ellos. Pocas personas tienen esos antídotos —añadió, con una risa maliciosa.

—Veneno... —murmuró Sedry—. No me parece muy seguro. Y los venenos de las bestias no aseguran una muerte rápida. —Sus manos, nerviosas, convocaron una bola de Luz Difusa y la hicieron saltar hacia atrás y hacia adelante.

—No —reaccionó Nolse—. Pero hay algunos que son más rápidos que la belladona. Recuerdo uno, sobre todo, que paraliza a un hombre en cuestión de minutos; le corta hasta las palabras en la boca.

Sedry le miró, dubitativo.

—¿Y tienes algo de ése?

Ningún guardia, observó, estaba a la vista. Su natural cautela volvía, intacta. Ahora que había regresado, los hombres se desplazarían para formar un amplio círculo alrededor de la tienda, pero no volverían a montar guardia ante el pabellón justo hasta la segunda hora después de la salida del sol. Bien. Como si todo estuviera arreglado, como si la Adivina hubiera combinado las cosas...

Apartó el pensamiento con brusquedad. La Lectora de los Tarots interpretaba los hechos y veía el futuro. ¡Los que afirmaban que las Lectoras de Tarot eran capaces de controlar los hechos mismos, mentían! Se miró las manos: la Luz Difusa se había desvanecido. ¡Perder el dominio de algo tan simple como la Luz Difusa! Se oyó un chasquido: el Rey había reconstruido la pequeña esfera amarillenta.

—Sí, Señor. —Nolse reflexionó un momento y asintió—. ¿Podrías persuadir al Príncipe de que os acompañe a tomar una copa de vino de la Marca? Es tan áspero que disfraza cualquier sabor.

—Hyracan casi no bebe —interrumpió Sedry, impaciente—. Y ni siquiera yo soy capaz de soportar el gusto de ese mejunje.

—Sin embargo, Señor —insistió el escudero—, ese vino tiene tan mal gusto que nadie sospecharía que, además, está envenenado. —Ya tenía clara la idea: era más difícil que proporcionarle al Rey las mujeres que deseaba, pero no era imposible.

—¿Y quién malgastaría un vino mejor para agregarle semejante ingrediente? —observó Sedry con una sonrisa afectada. Nolse celebró la broma con una risita—. Pero Hyrcan no bebe, lo sabes.

—Entonces deberéis encontrar un motivo para que beba, Majestad. —Sedry se quedó pensativo, mesándose la corta barba—. Un brindis, quizá, por la cantidad de salvajes que ha matado en las últimas batallas. —No había sido una idea feliz: Sedry cerró los ojos y se estremeció. La bola de Luz Difusa se desvaneció.

Alayya, Elorra ¿en qué estoy pensando? ¿Matar a Hyrcan? ¿Y matarle yo? Y todo por... Sintió un desfallecimiento. No, Hyrcan piensa matarme, eso lo sé. ¿Y quién más en Darion «ha matado mucho», como dijo ella? Esto prueba que yo tengo

conciencia, eso es, concluyó para darse ánimo. No obstante, tuvo que apretar los dientes para evitar que castañetearan. Hyrcan no tendría tantos miramientos, si le diera una oportunidad...

—Dioses, Nolse —le espetó al escudero—, ¡él me matará a mí cuando descubra lo que he hecho!

—De ningún modo, Señor. Cuando se dé cuenta de que ha bebido algo más que un mal vino, ya no podrá ni mover un dedo.

—¿Me lo juras?

—Lo juro. —El escudero habló con énfasis—. He visto a hombres caer muertos en el campo de batalla, debido a este veneno. A diferencia de otros venenos de los demonios, que sólo atontan a la víctima, lo que les permite matarla con más facilidad, éste es rápido y mortífero. —El Rey sintió otro escalofrío—. ¿Y quién puede saber de qué ha muerto un hombre, si no está herido? Diremos que se indispuso de repente, que no podía respirar, que sufrió un ataque y murió antes de que hubiera tiempo de llamar a un médico.

—Sí, sí, así será. ¿Qué haría yo sin ti, Nolse? —El escudero sonrió, auténticamente complacido, e inclinó la cabeza—. Pero le tengo miedo a Hyrcan.

—Sois su igual con las armas —empezó Nolse, llevado por su lealtad, pero el Rey negó con la cabeza.

—No. Yo soy bueno, o digamos que bastante bueno, pero Hyrcan es mejor. Y, además, tiene una ventaja sobre mí. Porque yo sé que él es capaz de matar por poca cosa; y él sabe que yo lo sé. —Clavó la mirada en el pabellón tenuemente iluminado—. Le quiero muerto, Nolse —añadió en un violento susurro—. Ahora. ¡Esta noche!

—Entonces, dadle por muerto, mi Señor y amigo. —El escudero aferró el brazo del Rey y esperó hasta comprobar que Sedry le prestaba toda su atención—. Vos sois el Rey. Nadie se atreverá a contradeciros.

—Nadie. —Repitió Sedry, ausente. Sacudió la cabeza, como para aclararse las ideas—. No, por supuesto que no. Hyrcan no tiene hombres leales entre sus súbditos. El no inspira ese sentimiento. Pero eso no importa, ¿verdad? Porque el Rey soy yo. ¿No es cierto? —Nolse asintió con énfasis—. Así que, ¿quién se atrevería a dudar de mi palabra? Ven, Nolse. Sopla un viento helado y no quiero hacer esperar a mi hermano. —Nolse se adelantó para abrir la cortina y siguió a Sedry dentro del pabellón en sombras.

La tienda del Rey estaba repleta de mullidos sillones y sofás. Una mesa pequeña, delicadamente labrada y con incrustaciones, adornaba el centro de la cámara principal. Sobre ella colgaban dos lámparas. La habitación parecía, a primera vista, desierta; pero cuando Nolse encendió una de las lámparas, se proyectó una sombra contra la pared del fondo. En un sofá yacía una persona. Era Hyrcan, tendido de

espaldas, con las manos cruzadas bajo la nuca. Al encenderse la luz se incorporó y miró a su hermano, con el ceño fruncido.

—¿Dónde estabas, Sedry? —ladró.

—¿Acaso es asunto tuyo? —replicó Sedry con expresión ausente.

—Quién sabe —gruñó Hyrcan. El mal talante de Sedry no parecía incomodarle en absoluto—. Quiero salir para Kellich al alba, pero primero tenía que hablar contigo. Es tarde, ya debería estar durmiendo.

Sedry le dio la espalda y se dedicó a jugar con los adornos sobre la mesita.

—Tú prescindes de las reuniones, hermano, pero yo no puedo hacerlo. Es una de las cargas de ser Rey. De modo que... —prosiguió en tono casual, con la mirada fija en la pieza de cristal y oro que tenía entre los dedos.

Nolse reapareció portando una bandeja: vino en un frasco de cristal enjovado, y dos copas llenas. Se acercó a Sedry y le dio la espalda a Hyrcan. El escudero empujó hacia el Rey la copa tallada, miró significativamente la otra copa y se desvaneció en las sombras.

—¿Así que no piensas luchar más? Es una pena, Hyrcan, has sido una gran ayuda. Te echaré de menos.

Hyrcan se echó a reír.

—¡Desde luego que sí, Sedry, desde luego! Siempre me echas de menos, ¿no es así? —Se rió de nuevo, y Sedry le dedicó una mirada aburrida—. Me iré por la mañana. Ya he matado a demasiadas bestias, y empiezo a aburrirme. Y estoy harto de tus sumisos Barones, de tu amanerado y rastrero escudero, y de tu querido y acicalado Arzobispo. —Sedry le miró por encima del borde de la copa.

—No me hables de Rhames, estoy cansado de tus discursos en su contra. ¡Y deja en paz a Nolse, no es la primera vez que te lo digo!

—Y si no, ¿qué, Sedry? —preguntó Hyrcan sonriente, al tiempo que se incorporaba—. No estarás amenazándome, ¿no? Sería tonto por tu parte, hermano mío.

—¿Por qué habría de amenazarte? —preguntó Sedry. Su sonrisa era amable, pero sentía que una garra helada le apretaba el estómago. Hyrcan se volvía cada día más atrevido. En su lugar, cualquier hombre haría lo que él estaba a punto de hacer. Aliviado, percibió que su terror no se traslucía en su voz. Bebió su copa de un solo trago y volvió a llenarla. Cuando miró a Hyrcan de nuevo, una agradable sonrisa le iluminaba la cara y su Rasgo irradiaba en todo su esplendor—. Lo siento, hermano. Esta conversación no tiene sentido; empecemos de nuevo. Estoy exhausto esta noche, pero no quiero hacértelo pagar a ti, como bien puedes imaginarte. —Sonrió, seductor.

Hyrcan se encogió de hombros: era su manera más amable de disculparse. La sonrisa del Rey se hizo más amplia.

—Pobre hermano mío. Te he hecho esperar por demorarme con los tontos de mis

consejeros; te ruego que me disculpes. Y después de todo lo que me has ayudado, desde que exiliamos a nuestro Padre. ¿Qué haría yo sin ti, hermano?

Era difícil para cualquiera seguir disgustado con Sedry cuando él decidía ser encantador, y el Príncipe Heredero no era una excepción. Al cabo de un rato, Hyrcan le devolvió la sonrisa, una horrible parodia de su sonrisa de adolescente. Sedry levantó su copa en un brindis al tiempo que extendía la otra.

—Bebamos a tu salud, Hyrcan. Bebamos —añadió, su sonrisa más cálida todavía al ver que Hyrcan se acercaba para recibir la copa— por tus éxitos en la guerra, aquí y en el futuro.

—Por eso sí que beberé —replicó Hyrcan y vació la copa de un solo trago. Su rostro se contrajo—. ¡Por los Dos, Sedry, no puedo entender cómo bebes esta inmundicia!

—Es un gusto adquirido, Hyrcan, eso es todo. —¡Un gusto que tú no tendrás tiempo de adquirir, hermano mío!—. Lo encuentro aceptable, aunque un tanto agrio. Pero no tiene sentido traer aquí vinos mejores. Sin embargo —se dejó caer en una silla y le indicó otra a Hyrcan con un gesto—, aunque sé que estás cansado, te ruego que te sientes un momento. Cuéntame lo que has observado desde tu llegada. Valoro mucho tus opiniones sobre mis nobles, dado que conmigo siempre se comportan lo mejor posible. Tú puedes ver cosas que yo no veo.

Hyrcan se encogió de hombros.

—¿Tú crees? Lo que yo veo es sobre todo miedo, Sedry. Ningún Barón se atreve a recibirme sin cota de malla.

Sedry festejó la observación con una carcajada, sin dejar de observar a su hermano de reojo.

—Desde luego que no. Pero aun así, un hombre de discernimiento puede descubrir más cosas a través del miedo que a través de la amistad, ¿no te parece? Dime qué has observado. ¿Alguien a quien deba vigilar más de cerca, quizás?

—No. La Marca parece totalmente leal en este momento. Y si lo que temes es una revuelta de los mercaderes, me parece muy improbable. No hablan de otra cosa que de Rhames —añadió con voz agria.

—Bueno, no se les puede culpar por ello, Hyrcan —dijo Sedry, conciliador—. Son como todos los campesinos, mis hombres de la Marca: se dejan impresionar con facilidad por algo nuevo y raro. —Se echó a reír, como avergonzado. Bajó la voz—. Yo... no se lo digas a nadie, hermano, por favor, pero yo también estoy empezando a cansarme de Gespry. Es pura fachada, no tiene sustancia.

—Ya te lo dije —gruñó Hyrcan, pero era evidente que se sentía halagado.

¿Me habrá fallado Nolse?, se preguntó Sedry. Se volvió hacia un lado y se secó discretamente el sudor de la frente con la manga. ¿Habría pasado ya suficiente tiempo? ¡Por los Dos, hace horas!

—Bueno, pero tampoco puedes culparme por eso —dijo Sedry, con el aire de alguien que reconoce que ha sido estafado—. Además... conoces mi debilidad por las echadoras de cartas.

—Eso será tu ruina —respondió Hyrcan secamente. Sedry desvió la mirada. ¿Mi ruina? ¡Oh, no, hermano, será la tuya!— Los sacerdotes afirman que son patrañas y que están en contra de todas las enseñanzas de los Dos —añadió Hyrcan con voz remilgada.

—Pero el mismo Rhames...

—¡Ese charlatán! —explotó Hyrcan—. ¡Un sirviente de las fuerzas de las Tinieblas! —De pronto parpadeó, sacudió la cabeza y se miró las manos. Movi6 una y después la otra, con cautela. Levantó la cabeza con esfuerzo—. Es fuerte ese vino que bebes, hermano. —Su boca se torció en un rictus—. Yo... —Sedry le dedicó una desagradable sonrisa—. ¡Tú! —siseó Hyrcan—. ¿Qué has hecho? —Tomó la copa, miró el fondo y la arrojó lejos, con un esfuerzo que le perló la frente de sudor—. ¿Qué había en esa copa? —gritó. Se aferró al borde de la mesa e intentó levantarse. Sedry, alarmado, empujó su silla hacia atrás y echó mano a la espada. Pero Hyrcan se derrumbó sobre los almohadones. Intentó de nuevo moverse, pero no pudo. Sedry, tranquilizado, volvió a sonreír.

—Poca cosa, Hyrcan: un poco de vino, cortado con un dardo Fegez. Dicen —añadió al tiempo que se ponía en pie— que un hombre muere en cuestión de minutos. ¿Quieres que diga una oración por ti, Hyrcan?

—¿Por qué? —El esfuerzo para hablar era terrible. La respiración del Príncipe Heredero salía en terribles y desgarradas boqueadas.

—¿Por qué? —se burló Sedry, apoyándose en la mesa—. Oh, por una pequeñez, Hyrcan. ¡Pretendías usurpar el trono, matarme como un detalle más de tus planes! Tienes nervios de acero, ¿no? Darion es mía, Hyrcan. Deberías haber dejado las cosas tal como estaban, y haberte conformado con tus tierras del Norte, porque ahora no tendrás nada, ni siquiera tu vida.

—¡Mentira! ¡El que te haya dicho eso miente! —Un resplandor rojo oscuro inundó de pronto al Príncipe Heredero: su Aura se encendía de furia.

—Hasta moribundo quieres engañarme —susurró Sedry furioso—. ¡Pero no podrás engañar a los Dos, cuando te juzguen!

El Aura de Hyrcan se intensificó tanto que la sombra de Sedry se recortó contra la lona de la tienda.

—No miento, Sedry. Nunca le he mentado a ningún hombre, nunca. —Los dedos de Hyrcan empezaron a moverse lentamente, como con vida propia: reptaron por su pecho, bajaron hasta el cinturón y aferraron la daga. Sedry, alarmado, dio un salto hacia atrás al ver la luz brillar sobre el filo del arma—. ¡Y tú les has creído! ¡En contra de mí has creído a los mentirosos, Sedry! ¡No, no dirás ninguna oración sobre

mi cadáver! —Y apretando los dientes, luchó una vez más por levantarse. De algún modo, jadeando, el rostro gris y la mirada salvaje, lo consiguió.

Sedry, con un gemido salido del fondo de su garganta, retrocedió un paso más y sacó la espada con mano temblorosa. Hyrcan soltó una carcajada terrible. Un hilo de sangre salía del labio que se había mordido en el esfuerzo.

—¡Cobarde! ¿Le temes a un hombre moribundo? ¡Siempre has sido un cobarde, Sedry!

—No, Hyrcan —replicó Sedry, tratando de controlar su voz sin conseguirlo—. No soy un cobarde. Pero sí te temo. Siempre he tenido miedo de ti, Hyrcan. Nunca he matado en la forma en que tú lo haces. ¿Te gusta matar, Hyrcan, te gusta!

Hyrcan volvió a reír. Era un sonido profundo y siniestro.

—¿A ti nunca te ha gustado matar, Sedry? ¿Y qué me dices de Lertondale? ¡Lertondale! —Se atragantó y estuvo a punto de desplomarse, pero se aferró a la mesa, se irguió y dio un paso vacilante. Y otro más. Se irguió con dificultad. El aire salía entrecortado por su boca, parecía rasparle los pulmones. La daga brilló en su mano—. ¡Pero yo disfrutaré matándote a ti, Sedry! —Avanzó tambaleándose.

Sedry retrocedió como hipnotizado, la mirada fija y vidriosa; arrastrando la espada, olvidada en su mano, por la alfombra. Hyrcan avanzaba tambaleándose. El Aura, como una aureola de sangre roja, iluminaba su cuerpo. El Rey gimoteaba. Sus pies se trababan en la alfombra, se sentía enfermo de miedo.

—Nolse, ayúdame, Dioses, ayudadme, que alguien me ayude. —Las palabras no salían de sus labios. Algo se enredó en su pie y con un grito ahogado, cayó de espaldas. Hyrcan se abalanzó sobre él.

—Oh, sí —dijo Hyrcan en un débil murmullo entrecortado—. ¡Sí, disfrutaré matándote, Sedry! —Se tambaleaba, pero su mano se echó hacia atrás, enarbolando la daga. Sedry permanecía como paralizado, la espada olvidada. Una sombra se interpuso entre él y la lámpara; una sombra jadeante, con un arma en la mano.

De pronto, el Príncipe Heredero quedó inmóvil, con la daga aún en alto. Un estertor brotó de sus labios y la sangre empezó a correr lentamente por su barbilla, y se desplomó también lentamente sobre su hermano. Sedry profirió un grito ahogado y se desmayó.

Al despertar, se dio cuenta de que sólo había estado inconsciente algunos minutos. Su cara estaba húmeda; se la palpó y retiró la mano llena de sangre. Tosió, escupió bilis. A su lado estaba Nolse, con un brazo alrededor de sus hombros y una copa en la mano. Sedry se estremeció pero cerró los ojos y bebió. Era vino, buen vino, sin agua y sin veneno.

Volvió la cabeza con esfuerzo. Tendido en el suelo, a su lado, con los ojos abiertos fijos en la lámpara, yacía Hyrcan. De la comisura de su boca seguía saliendo sangre; pero mientras el Rey le miraba, la sangre disminuyó y dejó de fluir. Entonces

se volvió y su escudero le ayudó a ponerse en pie.

—En esa copa había veneno suficiente para matar a cinco hombres en pocos segundos —murmuró Nolse, los ojos dilatados por la incredulidad—. Pero ahora sentaos, Señor. Traeré agua para que os lavéis. ¿Podéis sentaros solo? —Sedry movió la cabeza; su voz todavía no le respondía. Espasmos atroces le recorrían el cuerpo. Nolse salió y regresó un momento después con una escudilla y paños limpios. Enjuagó la cara del Rey y le metió las manos pegajosas en el agua caliente—. Tendremos que quemar vuestro tabardo, Majestad. Se ha quedado tieso con su sangre.

—No. Yo acudí en su ayuda —murmuró Sedry, mecánicamente—. ¿Qué otra cosa podría haber hecho? —Contempló la figura caída sobre la alfombra y, con un escalofrío, volvió a mirar a su escudero—. Se sintió indispuerto de repente y acudí en su ayuda.

—Por supuesto que traté de ayudarle, ¿me creerán? —Nolse echó una mirada por encima de su hombro y siguió limpiando la cara del Rey.

—Sí, claro que os creerán. Suena a verdad. Y por otra parte, ¿quién se atrevería a dudar de vuestra palabra? ¿Quién, lo crea o no? Y si alguien no lo cree, servirá de advertencia para todos. ¡Vos sois el Rey!

—Sí, yo soy el Rey. —Sedry cerró los ojos y se estremeció—. No puedo dormir aquí, Nolse. Llévame a otro sitio, a un lugar seguro donde no pueda entrar el fantasma de Hyrcan.

Nolse aferró al Rey de los brazos.

—Os llevaré, Señor. —Había un silencio total en la tienda, pero fuera se oía un leve rumor de pasos y voces excitadas. Alguien se había dado cuenta de que pasaba algo—. Preparaos, mi Rey. Recordad que ahora estáis a salvo.

Sedry soltó una risita hueca. Sus ojos seguían clavados en el cuerpo de Hyrcan. El terror le invadió. Sí, estoy a salvo. Hasta que otro quiera matarme.

—¡Tres días más como éstos, y no quedará uno solo de esos demonios Fegez, estarán todos muertos y eliminados! —Grolpet dio un golpe sobre la mesa con su mano grande y tosca; un vendaje sucio y cubierto de sangre seca le apretaba los nudillos y se anudaba en la muñeca. El arquero beldeniano se ajustó el vendaje con gestos torpes.

—¡Oh! ¡No me digas! —La voz atiplada de Nevered tenía un deje de soberbia, que no controlaba. Por el momento, le preocupaban otras cosas: se sentía un hombre que está por encima de ciertas formas inferiores de vida y que se ve obligado, sin embargo, a tratar con ellas. El beldeniano no dejó de advertirlo. Grolpet le clavó la terrible mirada de sus ojos negros. Nevered prosiguió—: ¿Tienes un censo de las bestias? Porque debo confesar que nosotros, los que nos las hemos visto con ellos durante los últimos veinte años, no lo tenemos. O sea que te agradecería que me dijeras cuantos crees que quedan. Podríamos repartirlos entre todos nosotros.

—Si has terminado... —gruñó Grolpet. Nevered le miró furioso y cerró la boca con un ruido perfectamente perceptible. Sevríc suspiró, se agachó a recoger la venda de su hermano y se la entregó con aquel mismo elaborado cansancio—. ¿Esta conversación te aburre, Sev? En ese caso, sería mejor que fueras a controlar los equipamientos.

—Así no vamos a ninguna parte —gruñó Woldeg desde su rincón. Mercader de pieles de oso, pensó Grolpet, con un gesto despectivo—. A ninguna parte —repitió el hombre—. Si alguien tiene una moneda, podríamos decidirlo así. Yo, por mi parte, quiero irme a dormir. Sería diferente si estuviéramos haciendo algo que valga la pena —farfulló desde las profundidades de su barba.

—Yo pienso... —empezó a decir Ambersody en voz alta.

—¿Ah, sí? —murmuró alguien. El hombre de la Marca se puso tenso y miró a su alrededor.

—No puedo recordar —dijo el supuesto Arzobispo, interrumpiendo el momentáneo silencio— quién ha empezado este torneo de gruñidos. Sea como sea, ¿no podríamos resolverlo o suspenderlo? Tenemos demasiadas cosas que discutir para perder el tiempo en las que no pueden discutirse.

—Yo. —Eavon se puso en pie y se acercó a ella—. Y te pido disculpas, amigo Gespry, por las dificultades.

—Muy bien. —Elfrid inclinó la cabeza—. Llevamos más de un mes aquí. ¡No puedo creer que debamos poner a prueba los conocimientos de cada uno, como si los ignoráramos! Fresgkel conoce a los bárbaros tan bien, por lo menos, como cualquiera de los Señores de la Marca. Tanto los conoce que si viene a mí y me dice que, en su opinión, ellos intentarán una batalla total, un último golpe de audacia, yo consideraré

sus palabras como dignas de un examen serio, y no como una invitación para insultarse. Yo por lo menos —continuó, con aire resuelto y severo— estoy dispuesto a discutir el asunto. Y los que no lo estén, pueden retirarse... ¡Inmediatamente!

—Fue idea mía.

Elfrid miró al otro lado de la mesa.

—Mía —repitió Baldyron. Eran las primeras palabras que pronunciaba en tres días, aunque había sido de los primeros en llegar a todas las reuniones, y de los últimos en retirarse. Aquella noche, se había sentado en las sombras y todos habían olvidado su presencia.

—Estoy de acuerdo —repitió—. Lo siento, Padre. No era mi intención que tú te llevaras todas las críticas.

—Lo hemos analizado juntos y pienso como tú; de lo contrario, jamás lo habría mencionado. Sobre todo. —Eavon paseó la mirada alrededor de la mesa—, sabiendo muy bien cómo sería recibido. —De todas partes se elevaron exclamaciones, que Elfrid, irritada de pronto, silenció con un grito.

—Entonces —dijo Grolpet, que había llegado hasta ese punto de la conversación incluso a pesar del tumulto— tu idea es... —Se giró en su silla y le echó una mirada furiosa al joven Barón. Baldyron se puso en pie de un salto, con la barbilla resuelta y una mirada fiera.

—El Rey Sedry y el Arzobispo te trajeron aquí para luchar.

—Y no hemos hecho otra cosa... desde hace más de un mes —le recordó Grolpet—. Nuestras pérdidas han sido...

—Tan grandes como las nuestras —completó Baldyron—. Aunque no se han perdido más vidas en el campamento, desde que vuestras fuerzas han escuchado nuestros consejos sobre cómo evitar emboscadas.

—Tú...

—Sí, quieres conocer mis ideas. Pues bien... —El joven Barón de Korent estaba a más de un brazo de distancia del capitán beldeniano—. Conozco a los Fegez, les conozco mejor que nadie en la Marca. Ni siquiera los que menos simpatizan conmigo se atreverían a desmentirme. Jugaba con ellos de muchacho, les estudié, les conozco.

—Sí, pero...

—Dije que les conozco. —Baldyron interrumpió decidido una vez más al mercenario—. Y tú no les conoces, pese a toda tu experiencia militar.

—No demuestran tener intención de hacer nada —consiguió decir al final Grolpet, con la cara encendida de furor—. Desde hace diez días, han venido arrojándose contra nosotros en el campamento, en cualquier lugar, en cualquier número; han atacado a los que se han aventurado fuera de los límites —gritó de pronto. Hizo un esfuerzo evidente, para controlarse—. Mueren, pero van viniendo más y más. Seguirán actuando así hasta que no quede uno solo, sin pensar para nada

en las consecuencias. Así es como yo lo veo. —Y como pretendo seguir viéndolo, decía la expresión de su rostro.

Baldyron respondió secamente:

—No son animales. Aunque puedan parecerlo, en ciertos aspectos.

Fialla, que estaba sentada en un taburete al lado de la silla de Gespry, se estremeció. Hizo un esfuerzo y volvió al pantalón de montar que estaba remendando: era el de Gelc, desgarrado desde la rodilla hasta la cintura por una lanza Fegez que, afortunadamente, no había acertado la carne para nada. Una mano se apoyó brevemente sobre su hombro y se retiró. Baldyron levantó una de sus largas piernas y se sentó sobre la mesa.

—No son animales, aun cuando no sean hombres. Piensan, como los hombres. Como la mayoría de los hombres —rectificó, con sorna.

Sevríc prorrumpió en improperios por lo bajo, oculto tras su barba medio crecida. Su hermano le hizo callar con la mirada.

—Son menos civilizados que nosotros, en cierto sentido, pero no menos inteligentes —añadió Eavon—. Son capaces de algún tipo de sutileza. Ellos... ¡Muy bien! —gritó, cuando media docena de hombres de la Marca empezaron a hablar a gritos, todos al mismo tiempo—. ¡Tal vez no intenten lo que yo pienso! Pero ¿qué hay de malo en estar preparados por si las dudas?

—¿Para qué prepararnos si no es necesario? ¿Y cómo prepararnos? —preguntó Woldeg. Fresgkel y su hijo echaron una mirada furiosa al anciano.

—¿Cómo habéis protegido vuestras posesiones durante los últimos años? —inquirió Eavon, tajante.

Baldyron empezó a enumerar, contando con los dedos y hablando con extrema lentitud.

—Dividiremos a nuestros hombres en tres, quizá cuatro compañías. Lo mismo haremos con las fuerzas de Gespry. Aumentaremos las guardias y las patrullas. Enviaremos a una patrulla de diez hombres, a intervalos irregulares, a controlar el acantilado del Sur. Está libre de enemigos hasta ahora y permite observar todo el valle y la pared Norte. Si pretenden atacarnos a fondo, tendrán que establecer un campamento base desde el cual lanzarse sobre nosotros. Si...

—Ya estoy cansado de tus si, Korent —dijo Nevered, y paseó la mirada alrededor de la mesa.

—Entonces —dijo Baldyron sin contemplaciones—, no necesitas escuchar. La cortina está allí, y el campamento de Darion, al otro lado del río.

Nevered se incorporó de un salto. Eavon se interpuso entre el hombre y su hijo.

—Y yo ya estoy cansado de tus estúpidas objeciones, Nev —dijo Eavon—. No has aprendido nada en todos estos años. Es un milagro que tus tierras todavía estén íntegras. Mi hijo tiene razón; y si no piensas hacer ninguna contribución sensata, será

mejor que te vayas.

Elfrid intervino:

—Basta de discusiones inútiles. Sugiero lo siguiente: los comentarios, pertinentes o no, pueden esperar. Ahora bien, nosotros... ¿qué pasa?

Uno de los guardias personales había entrado en el pabellón. Le seguía un soldado, calado hasta los huesos y tan enlodado que era imposible distinguir los colores de sus armas.

—Con vuestra licencia, Señores... —El hombre carraspeó y se dejó caer sobre una rodilla. Elfrid le hizo una señal a Gelc y le susurró algo al oído. El hombrecito desapareció entre las sombras de la tienda y regresó poco después con una manta, que envolvió alrededor de los helados hombros del soldado.

—¿Finzic? —preguntó Eavon, dubitativo. Aun de cerca, no era posible distinguir las facciones del soldado, a causa de la suciedad y el cansancio. El hombre asintió.

—Mi Señor: la Dama Lillet me envía desde Eavon. El camino está despejado desde ayer por la mañana.

Se hizo un silencio. Los que rodeaban la mesa miraron impasibles al soldado, incapaces de entender lo que quería decir. Baldyron tomó la palabra.

—¿Dices que el camino está despejado... desde aquí hasta Eavon? —El mensajero asintió—. ¿Y hacia el Este?

—Es difícil saberlo, Señor. —Sacudió la cabeza—. Se retiraron de los muros anteayer, cerca del anochecer. Al principio pensamos que era una treta, pero desde las almenas se ve muy bien, como vos sabéis. No había nadie en media legua a la redonda, entre Eavon y los árboles más próximos. Enviamos señales luminosas a las posesiones del Señor Woldeg, y en una hora recibimos sus pájaros mensajeros. Los demonios se han retirado. Dos clanes tenían rodeada Gelbenny. Fueron vistos por última vez avanzando hacia el Sur y el Este. También recibimos mensajes de vuestras posesiones, Señor, de Korent... —Baldyron abrió la boca y volvió a cerrarla—. Las noticias de Korent son que una gran compañía de salvajes fue vista más o menos a una legua hacia el Sur, cruzando la colina. Los Cazadores Grises todavía tienen Korent a raya: tienen ayuda, pero los que están dentro de las murallas no han podido identificar las marcas de clan.

—Rendirse, entonces, eso hay que hacer —gritó Sevríc. Su acento beldeniano hacía casi ininteligible la lengua común. Baldyron giró sobre un talón, los ojos fijos en el hombre. Su padre le detuvo sin violencia y, poniéndole una mano en el hombro, le obligó a sentarse. Después murmuró al oído de su hijo menor algunas palabras: palabras conciliadoras, sin duda, muy diferentes de las que el joven Barón pensaba pronunciar.

—Podría ser, Señor. Lo más probable es que sea lo que ellos quieren que pensemos. —Sevríc giró los ojos en redondo, mortificado hasta lo indecible por aquel

patán de los bosques, pero recordó su promesa a Grolpet de no provocar discusiones con los mercaderes de pieles de oso.

—Ahora bien, yo sugeriría que todos vosotros uséis la cabeza —prosiguió Fresgkel. Golpeó con una mano los sucios mapas del Arzobispo—. Al Sur y al Este de Eavon... Acercaos los que no sabéis dónde está situada Eavon, contra este valle. Mirad. Al Sur y al Este, pues. Sin variar mucho de rumbo, podrían llegar a este punto. Sin cambiar de dirección, darían una vuelta... hasta aquí. Si yo fuera una de esas bestias, y prefiriera luchar antes que perder mis tierras, si no quisiera huir, daría una última batalla final, sabiendo que los hombres contra los cuales lucharía lo considerarían improbable, eso si llegaban a considerarlo. Y como base para mis hombres, yo elegiría... —Su mano izquierda se deslizó sobre el mapa y se detuvo cerca de la parte derecha—... Yo elegiría este lugar.

—Pero no sabes cómo son las cosas —gruñó Sevríc. Baldyron se aclaró la garganta y tomó la palabra antes de que su padre pudiera detenerle de nuevo.

—Yo no sabía que vosotros, los que peleáis por dinero, necesitabais tener primero una certeza...

—Y sabes todavía menos —empezó a decir Sevríc, acalorado y levantándose a medias de su asiento. Grolpet, con una interjección irritada y un empujón violento, le hizo sentar de nuevo. Elfrid se puso en pie.

—Ya es suficiente para una noche; más que suficiente. —Su cara se veía pálida y ojerosa a la luz de la lámpara. Los capitanes beldenianos intercambiaron miradas suspicaces. La violencia de la lucha era un desafío para sus fuerzas, pensaban, pero si el Arzobispo permanecía mucho tiempo más en el valle, sin duda moriría. No se había recuperado de Megen Cove, y el honor le había obligado a aceptar el contrato del Rey de Darion.

La mirada de Elfrid se detuvo sobre cada uno de los que rodeaban la mesa.

—Reflexionad esta noche sobre esto, os lo ruego. Considerad el problema, si podéis, dejando de lado las ofensas personales; esas cosas no valen la pérdida de tiempo y de vidas que nos cuestan. —Golpeó la mesa con el puño, haciendo tambalear su copa vacía—. ¡Pensad en ello y decidamos qué hacer, o nos quedaremos aquí sentados discutiendo hasta que el cielo caiga sobre nuestras cabezas!

Murmullos. Grolpet y su hermano apartaron sus sillas y salieron con paso airado. Nevered y Woldeg, momentáneamente unidos por el enfrentamiento con Eavon y su hijo, se retiraron taconeando, seguidos por su gente.

Poco después, Sedry se desprendió de las sombras y abandonó el pabellón en silencio, después de saludar a Elfrid e inclinarse ante Fialla.

En el grupo restante estaban los seis, además de Bal, que habían sido elegidos por Sedry para velar el cuerpo de Hyrcan. Mala elección de parte de Sedry, si deseaba mantener en secreto la causa de la muerte de Hyrcan, ya que ninguno de ellos había

visto nunca a un hombre muerto por el veneno de los salvajes. Pero Sedry era Rey, y el Rey había dicho que su amado hermano había muerto de una enfermedad súbita. Y si Sedry estaba alterado desde la muerte de su hermano, si veía complots contra él debajo de cada guijarro del río, y se asustaba de los ruidos y de las sombras como un hombre acosado, ¿quién se atrevería a pensar en nada, o a hacer conjeturas?

Desde la muerte de Hyrcan, Sedry había empezado a presentarse a mitad de las reuniones, o incluso más tarde; ocupaba una silla en el rincón más apartado de la tienda, rehusaba tomar vino o ser objeto de cualquiera otra atención, no participaba en los planes ni en las discusiones. Su mirada sombría, casi invisible en la sombra del rincón, iba de uno a otro de sus Barones. Después, sin previo aviso, se levantaba y se iba.

Los hombres de la Marca tomaban la nueva situación lo mejor posible, y se las arreglaban para mantener la conversación cuando el Rey se perdía en las sombras rumbo al campamento de Darion. Pero se miraban de reojo entre sí, disimuladamente. Todos pensaban, preocupados: ¿Cuál de nosotros será el próximo?

Baldyron contempló al Rey que se alejaba, y prestó después su atención al mensajero de la Marca. Gelc había instalado al hombre en una silla, y le había puesto en las manos un tazón del café de Gespny generosamente regado con vino.

—Finzic —empezó Baldyron, sentándose en cuclillas al lado del hombre—, ¿has visto algún rastro de los Fegez entre Eavon y este campamento? —Finzic, con los ojos cerrados, negó con la cabeza—. Bebe, hombre —lo instó el joven Barón—; tu café se va a enfriar y no te servirá de nada.

—Ni rastro... —añadió como para sí mismo.

—¿Y entre Korent y Eavon?

—Vuestras tierras siguen rodeadas, Señor, o lo estaban ayer —replicó Finzic. Bebió un sorbo de café e hizo una mueca—. Pero el camino de aquí a Eavon...

—¡No! —exclamó Fresgkel de pronto—. Bal, sé lo que...

—¡Padre, por favor! Estoy hablando con este hombre, no contigo.

—No, maldición, sé lo que estás pensando, y no lo permitiré —rugió el anciano. Los dos hombres se miraron, horrorizados. La ira desapareció de los ojos de Eavon—. No, hijo mío, por favor, sé lo que...

—Padre —contestó Baldyron con firmeza—, debo hacerlo. No debería haber venido, para empezar, ni haber dejado Korent librada a su suerte.

—¿No? ¿Crees que no eres útil aquí? ¿Que eres más necesario entre los muros de Korent? Bal, tú no eres un tonto, pero este asunto de tus posesiones te está convirtiendo en uno.

—No es así, sabes que no lo es. Pero...

—¡Pero...! —Fresgkel extendió las manos—. Korent está a salvo, tus hombres, tu gente están a salvo. Si no fuera así, este hombre te lo habría dicho. ¡Finzic!

—Sí, mi Señor Fresgkel, se lo habría dicho. —El mensajero asintió con la cabeza. Ni Baldyron ni Fresgkel se dieron cuenta.

—Entonces... —empezó con tono persuasivo el anciano caballero. El joven Barón le dio la espalda y dijo:

—Padre, no quisiera hacerte sufrir por nada en el mundo, pero yo...

—Gespry, dile que hace falta aquí —interrumpió Fresgkel. Elfrid les miró, preocupada, y se inclinó sobre la mesa.

—Bal, amigo mío, si tu padre no logra persuadirte, permíteme al menos que yo...

—Gespry, sabes mejor que nadie que necesitamos información. Una patrulla desde el costado Sur, palomas mensajeras desde las posesiones de mi padre... todo eso es útil, pero de ningún modo concluyente. Un hombre que sepa qué buscar y dónde buscarlo...

—Puede terminar tan muerto como uno que no lo sepa —interrumpió Fresgkel.

—Quizás. Y también podría morir aquí —replicó Bal, cortante.

—¿Es que los bárbaros no te hicieron suficiente daño la última vez?

—Padre. —El joven se acercó a Fresgkel y le puso una mano en el hombro. Eavon la retiró—. Padre —repitió Bal con voz persuasiva—, la última vez, no me sentía bien. Estaba medio muerto de sueño. Confía en mí. No lo haría si no creyera que hay alguna posibilidad. Este soldado tuyo que está aquí bien lo ha hecho.

—Él...

—Muy bien. No tiene sentido discutir contigo, Padre; ni contigo, Gespry —añadió buscando los perturbados ojos grises de Elfrid—. Considerad que pedí un voluntario y ese voluntario acudió. Necesitamos saber lo que pasa, lo necesitamos con urgencia. —Se hizo un silencio—. Padre, no necesito solicitar tu venia, pero pido tu bendición, si quieres dármela.

Eavon le dio la espalda, permaneció inmóvil un momento y después inclinó la cabeza, y asintió.

—Entonces —el joven Barón se puso en pie de un salto y se dirigió a la salida—, cuanto antes me vaya, antes volveré. Si no regreso dentro de dos mañanas, buscadme. Mientras tanto os pido, Padre, Gespry, que convenzáis a los mercenarios. Si siguen incrédulos, será demasiado tarde, y entonces... tú sabes, Padre, que eso sería fatal para todos nosotros. —Esbozó una breve sonrisa—. Les transmitiré todo tu amor a mi Madre y a Elyessa, si el camino hasta Eavon está despejado. —Y con estas palabras, se fue.

Se hizo el silencio. El viejo hombre de la Marca miró al presunto Arzobispo y suspiró.

—Siempre ha sido obstinado. Incluso de niño.

—Sin embargo, Fresgkel, tiene razón.

—Lo sé. Condenado muchacho. Finzic, ¿podrás encontrar mis tiendas? Ve, buen

hombre, y busca un lugar donde comer y dormir. Dale tus ropas a lavar a mis hombres, y descansa.

El soldado se levantó tambaleante, sus hombros aún envueltos en la manta, y partió.

Fialla levantó la mirada, sobresaltada, al percibir un brusco movimiento en el fondo de la tienda. La Adivina, las cartas aferradas entre sus pálidos dedos, sacudía con la otra mano el hombro de Elfrid.

—Se ha ido, ¿no es cierto?

—Él... —empezó Elfrid, con aire indeciso.

La Lectora dejó caer los Tarots sobre los mapas del Arzobispo: el Príncipe de las Llamas, el Rey del Amanecer, el Loco, el Senescal.

—¡Detenedle! —Se volvió hacia Eavon y le aferró de un brazo—. ¡Vuestro hijo, Señor! ¡Que no se atreva a salir de este campamento, detenedle como sea!

Tan grande era su emoción y tan evidente su terror que Eavon palideció y, sin una palabra de protesta, se precipitó y se internó en la noche.

—¿Por qué? —murmuró la Adivina, mientras sus dedos temblorosos se deslizaban sobre la carta central—. ¿Por qué tenía que elegir éste de entre todos los actos posibles? Ha puesto en movimiento... —Se detuvo. Todo su cuerpo temblaba. Fialla le aferró los delgados hombros.

—¡Dime, Adivina! ¿Cuál es el peligro? ¿Para Bal o para el plan? —susurró Fialla.

—Peligro —murmuró la Lectora, absorta—. Peligro, Alayya, Elorra, de entre todas las cosas posibles...

—Le detendremos —le aseguró Elfrid. Había palidecido y sus ojos preocupados no se apartaban de la cortina abierta.

—No. —La Adivina se irguió, y Fialla dejó caer los brazos—. No. —Se volvió para recoger sus cartas—. Es demasiado tarde ¡Dioses, oh Dioses! Yo podía haberlo evitado...

—¿Evitado qué? —preguntó Fialla con calma.

—La deshonra. El dolor. Tal vez la muerte. —Con un movimiento súbito e inesperado, empezó a mesarse los cabellos. Elfrid la tomó con dulzura de las muñecas y la sujetó hasta que su cuerpo se relajó—. No puedo ver —susurró mientras las lágrimas corrían por sus mejillas—. ¡No puedo ver!

Elfrid miró a Fialla por encima de la pálida cabellera de la Adivina. Y se volvió, siguiendo su mirada: contra la puerta se recortaba la figura de Eavon. Movía la cabeza hacia un lado y otro y aun a esa distancia, era posible advertir que la preocupación nublaba sus ojos.

—Se ha ido. En el más veloz de mis caballos. He mandado a algunos hombres tras él, pero... —Se encogió de hombros.

—Se ha ido —murmuró la Adivina.

Se le había escapado de las manos, era un Esquema demasiado complejo, no podía ser de otro modo. El Esquema mismo aún se sostenía. Pero ¡a qué precio!

No hubo enfrentamientos en los días que siguieron. Los capitanes beldenianos aprovecharon el intervalo de calma para entrenar a las tropas de Darion, lo mejor que pudieron en el corto tiempo de que disponían, en las maniobras de campo más simples que resultaban ventajosas en el combate a caballo.

Eavon, privado de un solo golpe de su hijo menor y preferido, y de lo único, la guerra, que le habría salvado de las sombrías cavilaciones sobre la seguridad de Bal, pasaba la mayor parte de su tiempo libre en el pabellón del Arzobispo. Conversaba con Fialla, por quien había concebido un gran afecto, que ella correspondía. O charlaba de armas con Gelc: las comparaban, discutían estilos de lucha. Eavon y el taciturno soldado tenían mucho en común. Además, se había ofrecido para rehacer los mapas de Gespary, ya que tanto éstos como los de Baldyron estaban tan ajados y andrajosos que eran casi ilegibles.

Pasó un día. Y otro. Fresgkel empezaba a dar señales de tensión. Elfrid, más agotada y pálida que nunca, había partido en un amplio recorrido del campamento, por segunda vez en aquel día. Una sensación de terror se había apoderado de Fialla. La Adivina era una criatura de delicado equilibrio, y la amante de Gespary nunca la había visto tan inquieta, ni tan incapaz de tranquilizarse. Llevaba dos días sentada sobre sus mantas, desplegando un juego tras otro, deshaciéndolos antes de terminar, y murmurando para sus adentros. Sólo bebía agua y té ligero; no comía casi nada. Parecía no dormir en absoluto.

Volvía a hacer calor y la lluvia había cesado. Fialla aprovechó la bonanza y la tregua para sacar su bordado. Estaba sola con Fresgkel en el pabellón azul y oro. Él copiaba trabajosamente una parte del mapa (las letras requerían toda su atención) y ella estaba sentada en la puerta, junto a la cortina abierta. El sol caía sobre su hombro izquierdo. Bordaba un complejo dibujo en el corpiño de un vestido de seda blanca, con hebras azul y oro: el Tarot de la Dama de los Pájaros, la figura de una joven y hermosa mujer con las manos extendidas hacia lo alto, hacia una pequeña bandada de estorninos en vuelo. Una de las aves estaba posada sobre su delicada mano.

De vez en cuando levantaba la vista y contemplaba al anciano caballero que, inclinado sobre un grueso pergamino, aferraba como con desesperación la larga pluma de escribir. Pobre hombre. Las cosas que somos capaces de hacer para apartar los malos pensamientos... Miró el corpiño con impaciencia. Y de qué poco sirve. (Oh, Gespary mío ¿dónde estás? ¿Qué es de ti en esta hora aciaga?).

Contempló un instante el campamento bajo el resplandeciente sol y volvió a su labor con esfuerzo. Ella y el anciano Barón guardaban un afectuoso silencio. Él levantó una vez la mirada, parpadeó y le dirigió una breve sonrisa de labios prietos, antes de volver a sus dibujos. La sonrisa de Fialla fue cálida, pero sus ojos eludieron

los del Barón. Es como si estuviéramos esperando una condena que no podemos prever, ni tampoco evitar. Y sin embargo... Bal es valiente y diestro y conoce las tierras. ¡Que los Dos le den buen sentido!

Una ráfaga de viento agitó la cortina. Fialla se agachó para recoger el paquete de hilos que había caído de su falda. Un movimiento cercano llamó su atención: era Gelc, que volvía del campamento de Darion y cruzaba el río chapoteando. Fialla se irguió y frunció el ceño. No era tan difícil saltar de piedra en piedra, sin mojarse. Pero a Gelc eso no parecía importarle. Una vez fuera del agua, echó a correr.

Fialla se puso en pie, dejó a un lado el bastidor, y los hilos cayeron de nuevo, olvidados, sobre la alfombra. Eavon dejó caer su pluma y un borrón de tinta se formó sobre el campamento de Darion que estaba dibujando con tanto cuidado. Al darse cuenta de ello, frunció el ceño, juró, y volcó su taburete al levantarse de la mesa.

—Nunca se me han dado bien los trabajos que requieren cuidado; eso es más apropiado para un monje que para un soldado. ¿Qué pasa, Señora? ¿Ha vuelto Baldyron?

—Es Gelc —replicó Fialla, absorta. Sus ojos estaban clavados en el hombrecito. Eavon estuvo a su lado antes de que Gelc llegara a la puerta de la tienda.

—¿Qué pasa? —volvió a preguntar Eavon.

—Vuestro hijo ha regresado —respondió Gelc en voz baja. Estaba sin aliento, la frente perlada de sudor. Cuando Fresgkel intentó salir, le tomó de un brazo con fuerza—. Malas noticias, Señor. Es mejor que os advierta antes de que vayáis a verle.

—Malas noticias... —repitió Fresgkel con la mirada en blanco—. ¿Acaso Baldyron...?

—Me encontré con él cuando entraba en el campamento, Señor. —Gelc tomó aliento y apretó aún más el brazo del anciano—. Lo siento. Os traigo dolor y no hay tiempo para mitigarlo, lo que es peor. Vuestra hija Elyessa está muerta. —Aferró el otro brazo del Barón para sostenerle, pues la noticia le había dejado sin fuerza—. Suicidio.

—¿Mi... mi Elyessa? —su voz era un débil murmullo.

—Sí. Para no tener un hijo bastardo del Rey —terminó Gelc, con aire lúgubre.

—¡No, oh, no! —clamó Eavon, aturdido. Clavó su mirada vidriosa en el rostro de Gelc—. ¿Dónde está mi hijo?

—No pude detenerle. Ha salido en busca del Rey.

Fialla respiró hondo.

—Gelc, ¿dónde está Gespry? —El hombre se encogió de hombros, e hizo un gesto vago, señalando el límite Sur—. Encuéntrale, ahora mismo. Aquí hace falta una cabeza fría, y la de Gespry es la mejor que tenemos. Barón Eavon... Fresgkel, venid conmigo. Encontraremos a Bal. Sería mejor que no le permitieran acercarse al Rey, por ahora. ¿Dónde está el Rey Sedry, Gelc? ¿Lo sabes?

—Por supuesto. A menos de cincuenta yardas de su pabellón, reunido con su Consejo.

—Entonces, date prisa. —Fialla le dio un empujón, y tomó el brazo del Barón. Eavon parecía paralizado—. Vamos, Fresgkel —le animó con dulzura—. Es mejor que busquemos a Bal. ¿No os parece?

El anciano salió de su estupor y asintió con un gesto.

—Conozco a mi muchacho —dijo como para sí mismo mientras vadeaban el río como Gelc, sin tomarse la molestia de caminar por las piedras—. Amaba a su hermana casi tanto como su madre y yo la amábamos. Habría hecho cualquier cosa por Elyessa. Me temo...

—¿Qué teméis? —Fialla jadeaba al llegar a la orilla. Eavon sacudió la cabeza.

—Su temperamento. Temo que dirá cosas de las que después tendrá que arrepentirse. Pero Sedry no le dará tiempo para arrepentirse de sus palabras.

Fialla no respondió. Se limitó a recoger la falda por encima de los tobillos y a aligerar el paso. Eavon la precedía cuando llegaron al pabellón azul y oro. El anciano Barón tenía los hombros caídos. Había un caballo exhausto y sudoroso a un lado de la tienda, y frente a ella se había reunido una multitud.

Dentro del círculo de personas, oyeron la voz del Rey:

—Y dado que, en nuestra opinión, los salvajes están prácticamente derrotados, tenemos la intención de regresar a Arolet en el curso de esta semana.

Fialla dejó escapar un suspiro de alivio y empezó a buscar a Bal entre la multitud, arrastrando con ella a Eavon. Bal todavía no se había enfrentado con el Rey; podrían encontrarle y alejarle de allí. Empezó a pensar en lo que le diría. Tenía que convencerle con las primeras palabras, actuar rápido...

—¡Rey Sedry! —rugió de pronto la voz de Baldyron.

Fialla se deslizó entre dos corpulentos guardias del Rey mientras Fresgkel, murmurando una disculpa, pues había pisado un pie, la seguía. Sedry, coronado y ataviado como si estuviera en la Sala de Recepciones de Arolet, se volvió hacia la voz, sonriendo. El Barón de Korent salió de la multitud.

—Tenéis nuestra venia para hablar —dijo Sedry muy formal, pero sonriendo al mismo tiempo como queriendo decir: «El protocolo debe respetarse en público, aunque no sea necesario entre nosotros». Pero su sonrisa se borró de sus labios cuando se dio cuenta de que Bal no respondía del mismo modo: ni sonrisa, ni mirada amable, ni reverencia, ni tan sólo una inclinación de cabeza. Sedry miró al joven Barón a los ojos, y lo que vio le heló la sangre.

¿Es éste el próximo?, se preguntó Sedry mientras se levantaba con torpeza, alarmado. Un rincón de su mente registró cuáles de sus hombres retrocedían, cuáles empuñaban sus armas. Hubo un silencio: los dos hombres se enfrentaban con la mirada en medio de un círculo de observadores inquietos. Sedry se dio cuenta, de

pronto, de que su escudero no estaba a su lado. ¿También Nolse? ¡No, él no!

—Habla, Baldyron, amigo mío —dijo por fin el Rey, forzando una sonrisa.

Otro silencio, tenso.

—Elyessa está muerta. —Los ojos de Baldyron eran dos piedras oscuras en un rostro impávido.

Sedry bajó la mirada. La sonrisa desapareció de sus labios. Elyessa, Dioses. ¿Por qué me mira así? ¿No creerá que yo...? El Rey, alarmado, tragó bilis.

—Pobre niña —murmuró—. ¡Que los Dos guarden su alma! —Miró a Baldyron a los ojos. No fue tarea fácil—. ¿Cómo ha sido, Bal? ¿Los Fegez? Pero ella estaba en casa de vuestro padre ¿no es así?

Baldyron se echó a reír y su risa era terrible. Su boca se contrajo en un rictus.

—¿Los Fegez? ¿Crees que han sido los Fegez? ¡Las bestias hubiesen sido más benévolas con mi pobre hermana! —De pronto, se serenó—. Elyessa, pobrecita mía. —Sus ojos se clavaron en los de Sedry—. ¡Tú lo sabes mejor que nadie, Rey de Darion! —Su voz se elevó en un grito que llegó a los oídos de todos los atónitos espectadores. Alguien se adelantó y le tironeó de una manga, pero Baldyron se lo sacó de encima con tal violencia que el hombre voló por los aires y cayó en medio de la multitud.

»Este hombre. —Baldyron se volvió para contemplar a toda la audiencia—, es el que habla con tanto desprecio de la cantidad de bastardos que hay en la nobleza. ¡Es un hombre tan moral que no le permitió a su hermanastra vivir del mismo lado del Mar que él! —Fialla sintió un escalofrío. ¡Alayya, Elorra, Dioses, hacedle callar! Eavon, a su lado, murmuraba por lo bajo. El Conde de Marchham, que le había visto entre la gente, se había abierto paso hasta su amigo y le sostenía por los hombros.

—Ten cuidado —las palabras de Sedry se desgranaban con engañosa calma— con la manera en que me hablas, amigo mío. Reconozco que eres mi amigo, y que estás exhausto...

—¿Exhausto? ¿Yo? ¡Elyessa está muerta, y ha muerto tanto por su mano como por la vuestra! —Sedry negó con un movimiento de la cabeza. Baldyron avanzó un paso más y Fialla ya no pudo ver su rostro, aunque su actitud era amenazante—. Eligió ese camino para escapar a su vergüenza, y a tu hijo bastardo, Rey de Darion. —El silencio se hizo tan profundo que por un momento pareció que nadie respiraba.

—Mío, no. —Sedry negó con la cabeza—. No, Bal, no era mío, te lo juro...

—¿No? —El susurro del Barón llegó a los oídos de todos tan claramente como un grito—. ¿Y esto? —Sacó del bolsillo de su túnica una hoja de papel, arrugada y doblada—. Elyessa no tenía motivos para mentirme, Majestad. ¿Debo leer lo que me escribió? ¿Cómo la perseguisteis desde que llegó a Arolet, cómo lograsteis quedaros a solas con ella y por último la obligasteis, superando sus resistencias? ¿Cómo podía una niña de su edad saber cómo resistirse a un hombre de la vuestra? Y después la

amenazasteis con revelar todo, con decirle a nuestro Padre que ya no era virgen. ¡Por los Dos, hacerle semejante cosa a ella! ¡Mi hermana, la dama de honor de Juseppa!

Sedry negó una vez más.

—No es verdad, lo juro —susurró.

Baldyron cerró los ojos. Un estremecimiento recorrió su cuerpo. Le dio la espalda al Rey y se dirigió a los hombres de la Marca.

—Todos vosotros sabéis —gritó— cómo despotrica nuestro Rey contra aquellos Señores que seducen a las mujeres de sus tierras, llenando Darion de hijos bastardos. Un hombre no debe yacer con la hija de un pastor, ni con la esposa de un mercader, so pena de poner en peligro la sucesión y provocar incluso una guerra civil.

»Es fácil para un hombre sin honor condenar el libertinaje con las hijas del vulgo, cuando tiene a su disposición a las hijas de sus Barones. ¡Mi hermana Elyessa está muerta! De haber vivido, hubiera dado a luz a un hijo bastardo de este hombre. — Respiró hondo; su cara se contrajo. Con un esfuerzo salvaje pareció controlar su dolor.

»Todos vosotros conocíais a Elyessa —continuó, y su voz resonó por el campamento—. Sabíais que era una doncella casta, inexperta en asuntos de hombres como lo son las mujeres solteras de la Marca. ¡Ella no sabía cómo defenderse de los viles deseos carnales de un hombre! ¿Cuál de vuestras mujeres será la próxima? ¿Cuántas la han precedido?

—¡Silencio, Korent! No toleraré más mentiras. ¡No, no te atrevas a arrojarte contra mí!

Baldyron, con un grito inarticulado, giró en redondo y llevó la mano a la empuñadura de su daga; la hoja estaba ya casi fuera de la vaina. Los guardias del Rey avanzaron, pero Nolse se deslizó entre la multitud, tan cerca de Fialla que hubiese podido tocarlo. Dio un salto, agarró los codos del Barón de la Marca y los sujetó a su espalda.

Baldyron dejó escapar otro alarido de furia y luchó por soltarse, pero el escudero de Sedry clavó los talones en el suelo y se mantuvo firme. Aunque era una cabeza más bajo que su prisionero, y no tenía ni la mitad de su fuerza, su posición era ventajosa. El joven de la Marca, con un gemido de dolor, perdió sus fuerzas de repente y la daga cayó de su mano para perderse en la espesa hierba.

Sedry, todavía pálido y con los ojos dilatados, tranquilizado por una señal de los guardias que rodeaban a Nolse y a su presa, dio algunos pasos majestuosos. Con la mano abierta, abofeteó al Barón en la mejilla y repitió el golpe con el dorso de la mano. Baldyron, al que Nolse había soltado, cayó como un plomo de rodillas. La sangre brotaba de su sien, donde los anillos del Rey le habían lastimado.

Nolse se escabulló y reapareció un momento después al lado de Sedry. Una sonrisa desdeñosa le curvaba los labios y sus ojos se clavaron con despecho en el

hombre que antaño había sido su cuñado. Kressala estaba así vengada, y también su padre. Y él, que se había visto obligado a darle a aquel arrogante hijo menor el beso del parentesco.

Baldyron no hizo ademán de moverse, ni siquiera cuando el Rey se dirigió hacia uno de los hombres que le custodiaban.

—Su espada, Dorsic. Dámela.

La voz de Sedry era uniforme, baja y fría como la muerte.

Los ojos de Fialla buscaban con ansia el rostro familiar, la cabellera pálida. Dónde está, dónde está, Dioses, podría haber evitado esto, dónde está. Miró preocupada a Fresgkel, que parecía mantenerse en pie sólo por la gracia de los Dos y la fuerza de Marchham. Cretony estaba casi tan pálido como su amigo.

El soldado de Sedry, con una sonrisa despectiva en su joven rostro, entregó al Rey la espada, ofreciéndosela por la empuñadura. La mano de Sedry la aferró con tanta fuerza que sus anillos se hundieron en la carne. Adelantó el arma sin prisas y con firmeza, la colocó de plano bajo la barbilla del Barón y presionó hacia arriba. La barbilla de Baldyron se levantó, sujeta por su propia espada.

—¿Ves alguna razón por la que yo no deba matarte... ya? —inquirió Sedry. Por el tono de su voz, parecía como si estuviera charlando de trivialidades frente a una copa de vino—. Dirigirse al propio Señor como tú lo has hecho es ya motivo de muerte. Pero levantar una espada —agregó fríamente— podría acabar con la paciencia de mi verdugo, que sabe muy bien cómo mantenerte en este mundo ayudándote al mismo tiempo a salir de él con lentitud y dolor.

Se hizo un silencio. El joven de la Marca no hizo esfuerzo alguno por hablar; los que le rodeaban también habían enmudecido, impresionados y horrorizados por las acusaciones, la reacción francamente culpable y el inminente derramamiento de sangre.

—Es de buena educación —continuó Sedry— contestar cuando vuestro Señor os habla. —Baldyron parecía una estatua de piedra. Algunos se desplazaban entre la multitud. De pronto, Sedry se echó a reír, sacó de un gesto la espada de debajo de la barbilla de Baldyron, la revoleó con tanta fuerza que hizo silbar el aire y la arrojó lejos. El arma quedó clavada en el suelo. A Bal se le escapó un gemido débil y ahogado, que resonó en el silencio. Eavon, blanco hasta los labios, temblaba y trataba de acercarse. Fialla posó una mano en su brazo; Cretony le detuvo.

—No. No te mataré. —Sedry señaló el puño de su propia espada—. ¿Para ahorrarte sufrimiento? No. Deseas demasiado el olvido. —Se volvió, buscó y encontró a su escudero—. Su arco, Nolse. Dámelo.

—Señor.

Nolse se abrió paso entre la gente que se apartaba, indecisa, y pocos momentos después regresó con el largo y oscuro arco darionense y el usado carcaj de cuero.

Todos le abrieron paso. El Rey los recibió, y se volvió hacia su propietario. Con deliberada lentitud, le dio la vuelta al carcaj, dejando caer una lluvia de flechas. Después tomó el arco, lo sostuvo con las manos separadas y lo partió sobre su rodilla. Su Aura resplandeció con la intensidad del esfuerzo y de la ira; el Fuego Real chisporroteó de una mano a otra. El arco se astilló. Sedry arrojó los restos con violencia. Gotas de sudor corrían por su frente.

Baldyron cerró los ojos e inclinó la cabeza. Era imposible deducir de su expresión los pensamientos que había en su cabeza.

—Tienes diez días, sólo diez —tronó el Rey—. Si después de este tiempo estás todavía dentro de las fronteras de Darion, ordenaré tu muerte. —Y en un murmullo feroz, tan bajo que el mismo Nolse sólo comprendió la mitad de las palabras, dijo—: Confiaba en ti, ¡confiaba en ti! Mi amigo Bal, mi querido amigo Baldyron. ¡Te di tierras, título, me preocupé por ti! ¿Y así es como pagas mis favores? —Se controló con un esfuerzo y levantó la voz para dirigirse a la multitud.

—¡Escuchadme, gente de Darion! ¡Y vosotros de Belden que habéis acudido en nuestra ayuda! ¡Declaro a este hombre traidor a nuestra persona y a Darion misma, y le destierro! Quienquiera que lo encuentre dentro de los límites de Darion pasados más de diez días, deberá llevarle a Arolet para esperar mi decisión. ¡Y quien se atreva a ayudar a este hombre, deseará no haber nacido, lo juro! ¡Eavon! —El anciano se sobresaltó pero se acercó con firmeza, librándose de las manos de Fialla y de Cretony. Su rostro era casi tan inexpresivo como el de su hijo—. Conozco vuestro afecto por él.

Eavon bajó la cabeza. Era evidente que era incapaz de hablar. Sedry hizo un gesto y el anciano fue llevado al centro del círculo, tan cerca de su hijo deshonrado que habría podido tocarle con la mano.

—Quiero asegurarme, Fresgkel de Eavon, de que sabes dónde debe estar tu lealtad. Volverás a jurarme vasallaje. Aquí. Ahora. —Fresgkel le dirigió una atónita mirada y Sedry asintió con gesto adusto—. Tal vez seas un hombre de honor, Barón. Pero también creía que tu hijo lo era, y mira en qué situación me ha colocado. No — el Fuego chamuscó el pasto entre ambos—, no pronunciéis una sola palabra, excepto vuestro juramento.

Fialla cerró los ojos al ver al viejo Barón arrodillarse, lenta y dificultosamente, el rostro encendido, y levantar las manos con las palmas unidas. Sedry las tomó entre las suyas mientras Eavon farfullaba las palabras de obediencia a su Rey. Los espectadores guardaron un profundo y embarazoso silencio; cuando el orgulloso Barón se arrodilló, muchos se dieron la vuelta.

Cuando se puso en pie, Sedry le dedicó una mirada helada.

—Conoces tu deber, Eavon. Puedes darle comida, un caballo y abrigo. Una bolsa de monedas para el pasaje, si no tiene. ¡Nada más!

—Nada más —susurró el Barón. Después se incorporó, tropezando como un ciego, mientras la gente consternada le abría paso. Fialla le siguió. Sedry, seguido de Nolse y sus guardias, entró en el pabellón del Rey.

Fialla se acercó al turbado Eavon y a Marchham.

—Lleva a Fresgkel a su tienda, Cretony. Yo iré en busca de Bal. —Se volvió y se detuvo para tomar aliento.

Baldyron no se había movido y parecía insensible a su entorno. Frente a él yacían las flechas esparcidas y el arco quebrado. Cinco pasos más allá, su espada se bamboleaba en la leve brisa de la tarde. Se sobresaltó cuando Fialla se arrodilló junto a él y le tomó de los hombros.

—Vamos, amigo Baldyron. ¡Ánimo! No todo está perdido. Vuestro padre ha ido a arreglar... —Se detuvo. ¿Arreglar qué? ¿La muerte de un hombre? Como si hubiera leído sus pensamientos, Bal levantó la cabeza.

—Dama Fialla, retiraos inmediatamente. No os expongáis a la ira del Rey.

—¿Qué puede hacerme él a mí? Gespry es mi escudo, contra el Rey y contra cualquiera. Vamos —repitió, levantándose y tratando de obligar a Baldyron a incorporarse—. Han ido en busca de Gespry...

—¿Gespry? ¿Gespry? —gritó Baldyron con una carcajada terrible. Se puso en pie de un salto y asió con tanta fuerza la mano de Fialla, que ésta gimió.

—Baldyron, debes ir a ver a tu padre —dijo Fialla. Y como el joven empezó a negar con la cabeza, añadió, de pronto furiosa—: ¡Si no vas, le matarás! ¿Acaso él amaba a su hija menos que tú? ¿Serás capaz de hacerle esto? —Baldyron la contempló ausente—. ¿Tendrá que perder a los dos al mismo tiempo? Debes ir a verle, Bal, ¡prométemelo! —Lentamente y con reticencia, Baldyron asintió—. Tienes amigos —insistió ella—. Recuérdalo, Baldyron, y no pierdas la esperanza.

—Dejadme, Señora —dijo el Barón de Korent soltando la mano de Fialla y dándole la espalda—. He elegido mi destino y no hay lugar en él para vos. Agradezco vuestra preocupación, vuestra bondad. Sólo lamento que no haya podido ser de más... no importa. Nada podéis hacer, excepto buscaros dificultades. Gespry no será un escudo contra alguien como Sedry, si él desea algo de vos. Mi muerte es asunto mío, así como lo fue la de Elyessa. ¡Iros!

Las lágrimas cegaron a Fialla. Se volvió y huyó hacia el campamento beldeniano. Cuando se detuvo cerca del río y le buscó con la mirada, el joven ya había desaparecido.

—Gespry, escúchame, si tú... Por la oreja de Elorra, Fialla, ¿puedes tú hacer algo? —Gelc giró sobre un talón, caminó hasta la hornalla y acercó sus manos heladas a las llamas. Fialla se arrodilló junto a la silla donde estaba sentada Elfrid, con los codos sobre las rodillas y el rostro oculto entre las manos, en la misma postura desde que había regresado, hacía una hora. Gelc no había podido encontrarla en el límite sur, había abandonado la búsqueda al amanecer, y hacía poco que también había vuelto.

—Gespry. —Fialla aferró los tensos brazos de Elfrid—, no es el fin del mundo. Sedry podía haberle matado en el acto. —Oculta detrás de sus manos, Elfrid asintió débilmente. Fialla se calló y trató de poner en orden sus pensamientos.

Fuera del pabellón, todo era un pandemónium: Elfrid, Boresin y Fidric habían llegado con noticias del Sur, aunque en aquel momento. Eavon no estaba en condiciones de alegrarse por haber tenido razón. En ambos campamentos, darionenses y beldenianos se entrenaban con anticipación para el ataque general que se produciría a la mañana siguiente o, a más tardar, a la otra, por parte del enorme campamento Fegez que el supuesto Arzobispo y sus compañeros habían visto en la parte alta del valle.

—Lo sé —susurró Elfrid. Fialla le apretó un instante la mano y después dejó caer los brazos.

—Entonces... —empezó la joven.

Elfrid sacudió la cabeza. Levantó la cara pálida y desencajada.

—Me dijo Fid que Bal no se ha llevado nada, sólo lo puesto, ni siquiera un arma; y ha partido en el mismo caballo en que llegó.

—¡Dioses! —Fialla se volvió. La ira contrajo su boca—. ¡Tonto y más que tonto! Su padre...

—No pudo hacer nada, como tampoco pudiste tú, querida mía. Me lo contaron cuando llegué al campamento. —Fialla la miró de frente. Los ojos de Elfrid miraban sin ver—. Dicen —prosiguió— que no tiene la menor intención de salir de Darion.

—Debe irse —gruñó Gelc. Se incorporó, con un tazón humeante entre las manos y se lo entregó a Fialla—. De lo contrario, seguro que Sedry le matará.

Elfrid cerró los ojos e inspiró profundamente.

—Dímelo a mí —dijo con amargura—. Cabalga hacia Korent, pero yo sé lo que pretende hacer.

—Ese camino no es seguro.

—Desde luego. Nunca llegará a las murallas, ni siquiera a una legua de ellas. — Los ojos grises y angustiados se cruzaron con los del soldado—. Lo sabes tan bien como yo.

—Bien, la verdad es que...

—Y yo estoy aquí sentada —dijo Elfrid, olvidándose del café entre sus manos—, mientras que él...

Se produjo un silencio.

—No quiso aceptar ninguna ayuda —terminó por murmurar Fialla—. Si yo hubiese podido...

—¡Por los Dos! —La doncella guerrera se puso en pie de un salto. Sentía la furia invadirla—. ¡Por los Dos! ¡A mí me escuchará! ¡Gelc!

El hombrecito la contempló, incrédulo.

—¡No pensarás ir tras él por los bosques infestados de salvajes! Elfrid sonrió y le dio una palmada en la espalda, de repente animada.

—Ni más, ni menos, amigo mío. —La decisión parecía haberle quitado un enorme peso de encima—. Mira, no discutas. Pierdes el tiempo, y no nos sobra. —Se rascó una oreja y empezó a dar vueltas alrededor de la mesa, ensimismada—. Si monta un animal cansado, no puede estar lejos.

—Se fue hace casi dos horas.

—Bien, entonces, no puede estar lejos. En mi opinión, debe haber tomado el camino hacia las posesiones de su padre, por lo menos hasta la mitad; hay pocos caminos que lleven a Korent, y ninguno tan al Sur como éste.

—Si el Rey advierte que te has ido... —empezó a decir Fialla.

Elfrid sacudió la cabeza.

—Eso es lo más fácil de resolver, querida. Le diréis que he ido a montar guardia en el límite esta noche, y a propósito, Gelc, manda de vuelta a Bor, tan pronto regrese de la reunión con Grolpet, ¿quieres?, o que estoy exhausto, durmiendo, y que no se me puede molestar. Gelc, ¿han tenido seriamente en cuenta los capitanes de Darion la maniobra de doble caja de los mercenarios?

El soldado se encogió de hombros.

—Espero que sí. A los hombres de Eavon les gustó la idea; y el viejo Marchham pareció aprobarla. Es difícil de saber. Sevríc está entrenando a fondo a sus hombres en esa estrategia.

—Bien. Ahora necesitaré un paquete: agua, comida, ya sabes, amigo mío. Algo pequeño, que no llame la atención de la guardia.

—¿No crees que...? —empezó Fialla, alarmada. Elfrid interrumpió su paseo para palmearle el hombro y tranquilizarla.

—No. Confío en todos ellos. Pero los hombres conversan, y los hechos extraños causan comentarios. ¡Ah, Gelc! También armas.

—Muy bien. —Gelc se perdió en las sombras al fondo del pabellón. Elfrid le siguió con la mirada. Había calidez en sus oscuros ojos—. Ahora —murmuró—, el círculo se cierra.

—¿Gespry? —Fialla se acercó a ella. La joven guerrera le sonrió, con expresión ausente.

—El círculo se cierra —repitió Elfrid—. El cazador se ha convertido en presa, el que necesitaba es ahora el que da. —Pareció darse cuenta de la presencia de Fialla, y le sonrió con afecto—: Es curioso, ¿no te parece?

—¿Curioso?

—Las cosas que suceden —replicó Elfrid—. La vida, si lo prefieres. —Levantó la cabeza bruscamente. Gelc había entrado de nuevo en la zona de luz, con un paquete ovalado en las manos. Lo arrojó sobre la mesa con un ruido sordo.

—Comida, agua, una capa. Un pequeño saco de monedas de nuestro fondo común. Una daga de hoja estrecha. Recuerdo que la suya era así. Y mi segunda espada, después de la mejor. ¡Dile a ese joven idiota —añadió con expresión feroz—, que quiero esa espada de vuelta cuando haya terminado de usarla!

—Se lo diré. —Elfrid sopesó el paquete con su larga mano y asintió—. Gracias, amigo mío. Fialla... pero, te has anticipado. —Fialla estaba de pie a su lado, con una capa con capucha y bordeada de piel sobre el brazo. Sin decir palabra, se la echó a la joven guerrera sobre los hombros—. Gelc, es mejor que me ayudes con los caballos. Necesitaré dos.

—Yo también me he anticipado —farfulló Gelc, que tenía ya la capa cerrada hasta la barbilla—. Vamos. Cabalgaré contigo y luego me escabulliré dentro del campamento. Ya les contaré algo a los palafreneros, que he dejado el animal con Grolpet, o algo así. ¿Está bien?

—Bien, muy bien. —De pronto Elfrid se desentendió de los detalles, impaciente ya por salir, ahora que había tomado una decisión—. Cuídate, Fialla. Probablemente regresaré tarde.

—Yo... —Fialla sofocó su miedo y sonrió—. Cuídate.

—Me cuidaré —dijo Elfrid y partió con Gelc.

Los dos detuvieron a sus caballos justo antes de llegar al puesto de guardia de la base Sur. Gelc desmontó y acomodó el paquete oculto por la capa detrás de la montura del Arzobispo.

—Muy bien —dijo, y su voz no se oía ni a pocos pasos—. Ve de prisa durante la primera legua y luego tómatelo con calma. Conoces los caminos por los mapas que ha dibujado Fresgkel.

—Los conozco.

—Bien. Puedes alcanzar el camino del Norte sin ser vista desde aquí... Claro que puedes. No me hagas caso, me preocupo demasiado.

—Lo sé. No me importa, conozco la razón. Y, además, tendré cuidado. —Contempló el cielo levemente nublado; la luna era apenas un resplandor pálido detrás de las montañas del Oeste—. Regresaré tan pronto como pueda. Tendré mucho

cuidado, te lo prometo.

—Yo no dije nada —protestó Gelc con calma. Le respondió un destello de dientes en la oscuridad, y una risita.

—No necesitabas hacerlo.

—Te conozco —dijo Gelc. Ajustó las sogas del paquete—. Aunque no hubieses sido la única oportunidad del muchacho, hubieses ido de todos modos.

—Yo...

—No estoy ciego —interrumpió Gelc—. Y así piensas pagarnos a mí, a Fid y a Bor, y a Fialla, por exceso de cautela. Escúchame —añadió en un susurro feroz—, trata de hacer todo lo que te he dicho. Dicen que el camino está despejado desde aquí hasta Eavon, pero bastaría con que apareciera un solo salvaje...

—Lo sé —le tranquilizó Elfrid. El caballo danzó nervioso y se calmó cuando ella tensó las riendas—. Cuanto antes me vaya, antes volveré, indemne.

—Bien. —Gelc se tragó sus nervios y el deseo de seguir con su sermón—. Es un joven valiente, aunque testarudo, Gespary. Será una buena ayuda para nuestra causa.

—Sí, lo será. —Elfrid estrechó la mano del soldado.

—Que los Dos te acompañen. ¡Y ahora, vete!

Gelc retrocedió algunos pasos, tocó apenas al caballo en el flanco. Sin mirar hacia atrás, Elfrid se perdió entre los árboles, rumbo al Oeste, hacia un lugar desde donde podría rodear el campamento.

Era casi medianoche. Elfrid refrenó a su caballo, lo puso al paso y lo hizo internarse en las hierbas húmedas y la maleza rumbo a la pálida cinta del camino que se extendía hacia el Norte, bajo una luna en cuarto creciente. Jirones de nubes la oscurecían por momentos. Una ráfaga de viento sacudió la copa de los árboles y cesó. El silencio era absoluto. Pasó una de sus largas piernas por encima de la montura, se dejó caer al suelo, y enroscó las dobles riendas en el tronco de un árbol. Su caballo se sacudió con vigor y frotó el ollar y el pescuezo contra la áspera corteza. El otro caballo bajó la cabeza y se puso a mordisquear la hierba.

La joven se sentó en cuclillas junto a los animales. Desde allí tenía una amplia vista del camino en ambas direcciones a lo largo de casi una legua, y podría oír a cualquiera que se acercara por la profunda grieta rocosa que se extendía algo más abajo.

Le he adelantado. Seguro. Jugueté nerviosa, con la empuñadura de la daga, se miró las manos inquietas y las obligó a permanecer inmóviles sobre sus rodillas. Sí, tiene que ser así. He cabalgado rápido. Palmeó el flanco de su caballo: estaba cálido, apenas humedecido. Su caballo ya estaba rendido y no quiso otro. Y no tardé tanto en salir tras él. Contempló el camino con un súbito sentimiento de desesperanza.

El otro caballo frotó la cabeza contra su brazo y ella le acarició las orejas con aire

ausente. ¿Estaré equivocada? No. Oyó un leve ruido, ahogado un instante por el viento: un caballo subía por la quebrada, lentamente, y su paso era irregular. Algo le pasaba en una de las patas.

Elfrid dejó escapar un jadeo. Una racha de viento helado cruzó la pineda, y se envolvió mejor en la capa. Saltó ágilmente a la montura. Las sombras envolvían el borde del desfiladero; oía todavía el paso vacilante, pero no podía ver nada. Una sombra se movió en la oscuridad. La luna se ocultó detrás de una nube. Tomó las dobles riendas de los dos animales y espoleó a su caballo hacia el camino.

El jinete pareció no verla enseguida: andaba desgarrado, con la cabeza baja, indiferente a su entorno. Gracias a los Dioses que los Fegez ya no controlan este camino, pensó Elfrid. Su caballo se encabritó. El jinete se sobresaltó, miró detenidamente, pero pareció pensarlo mejor —o peor—. El animal exhausto se arrastró hacia ella.

El desterrado levantó de nuevo la cabeza al alcanzar la figura encapuchada. Tiró de las riendas y se detuvo. Su rostro estaba pálido y su boca contraída. Elfrid se echó atrás la capucha, mostrando su cara y la blanca cabellera.

Bal la miró atónito, sin entender. El caballo de Elfrid se adelantó.

—Una ayuda para ti.

—No. —Baldyron movió lentamente la cabeza—. No —susurró de nuevo—. ¡No me hagas esto! —Se tambaleó en la montura y Elfrid, alarmada, se acercó y lo tomó de los brazos.

—Calma. Tranquilo. Tienes amigos, lo sabes.

—Yo no tengo amigos. Soy un desterrado. Y lo que estás haciendo significa la muerte.

Elfrid soltó una risa amarga.

—¿Quién va a matarme? ¿La sombra de Hyrcan?

—Los salvajes...

—Los Fegez no controlan este camino. ¿También lo has olvidado?

—Pero... —dijo Baldyron, indeciso—. Pero...

—Ningún juramento me liga a Sedry, no le debo obediencia.

—No, déjame. —El Barón trató de liberar sus brazos pero desistió cuando los fuertes dedos se clavaron en su carne. Entonces volvió la cabeza y habló en voz tan baja que Elfrid tuvo que inclinarse para oír sus palabras—. Soy un hombre muerto, por piedad, déjame librado a mi destino. ¡Déjame!

Pero Baldyron no estaba tratando ahora con Fialla. Elfrid le echó una breve mirada, exasperada, y le abofeteó con fuerza. Baldyron la contempló, atónito.

—Sé que no has comido ni bebido —estalló ella—, y que el sufrimiento ha perturbado tu mente, por otra parte buena, hasta convertirla en un excremento de conejo. ¡Pero que los Dos me condenen si te voy a consentir que me hables en ese

tono! Eres mi vasallo, me juraste lealtad a mí, y tengo todo el derecho de velar por tu bienestar. ¿O es que cambias tu lealtad con tanta frecuencia que olvidas de un día para otro con quién estás obligado?

»Cierta vez me hablaste de honor, ¿lo recuerdas? Pues bien, ¿dónde estaba tu honor, cuando rechazaste lo que te pertenecía por derecho, cuando te negaste a hablar con tu padre y conmigo? —El hombre de la Marca abrió la boca y trató de decir algo, pero las palabras se negaron a salir. El rostro de Elfrid era severo—. ¿Por eso Sedry no te ha matado? No necesita hacerlo, ¿verdad? Tú le ahorrarás a su verdugo el golpe de gracia del hacha. ¿Es ésa la idea? Pues es el pensamiento de un tonto, si es que llega a pensamiento. Si sigues así, harás muy feliz al Rey, Bal; y a nadie más.

—Yo...

—Has sufrido una terrible pérdida y yo sufro contigo. Pero ésta no es manera de llorar la muerte de tu hermana. Y si añades tu muerte a la suya, serás el único responsable de una tercera: la de tu padre. —El joven se liberó bruscamente y, con un gemido, volvió la cabeza. Pero la voz siguió, implacable—. Darion perderá a dos de sus mejores guerreros. El Rey Rolend perderá a dos hombres excelentes. Y yo perderé...

Baldyron habló por fin, desafiante.

—Tú no quisiste aceptar mi juramento de vasallaje.

—¡Ah! ¿Es así como ves las cosas? Tú juraste, libremente. Y yo no rechacé tu juramento. —Algo en la voz firme de Elfrid hizo volver al joven, que clavó sus ojos oscuros y dubitativos en el delgado rostro de la muchacha—. ¿Te dará eso un motivo para vivir? Acepto tu juramento, lo acepto tres veces. ¿Estás satisfecho?

Las palabras eran desafiantes pero ya no contenían ira. Elfrid miró al hombre de la Marca durante un largo y tenso momento, como si con la mirada pudiera transmitirle lo que no era capaz de decir. Por último se volvió, escudriñó el camino, desmontó, desató el paquete y se lo entregó.

Baldyron desmontó también, lentamente y con dificultad. Colocó el paquete en el suelo y se arrodilló para examinarlo. Sus manos recorrieron los envoltorios de carne seca, de fruta, los panecillos, la bota de agua. Se detuvieron al ver la sencilla pero resistente espada.

—Es de Gelc —dijo Elfrid en respuesta a su mirada interrogativa—. La segunda mejor después de la que él usa. Te manda decir que le gustaría que se la devolvieras... intacta.

—¡Ah! Entonces será mejor que la cuide. —Baldyron intentó una torpe sonrisa. La risa de Elfrid no fue menos torpe.

—Cuídate tú, y cuida de la espada. Gelc es un hombre de carácter fuerte, y quiere mucho a su segunda espada. —Se hizo otro tenso silencio. Ambos contemplaban el contenido del paquete de Gelc.

Baldyron extendió las manos y tomó las de Elfrid.

—Me habéis convencido. Efectivamente, yo soy vuestro caballero, Señora. —Ella se sobresaltó, le miró con ansiedad y apretó sus manos—. Decidme lo que habéis pensado, a dónde debo ir —añadió Bal.

Elfrid bajó la cabeza y reflexionó.

—A ver a Rolend.

—Rolend está en Orkry, pero prisionero. Vuestra... hermanastra y su esposo le tienen allí.

—Le tenían. Hace varios días que está libre, aunque sigue en Orkry para no despertar las sospechas de los espías de Sedry y de Nolsé. Permanecerá allí hasta que termine de reunir a sus hombres. Para mantener el secreto, los está reclutando poco a poco.

—Entiendo. ¿Dentro de cuánto tiempo atacará al Rey?

—Dentro de cinco o seis días, no más. Entonces Arolet y Lertondale estarán en sus manos. La Iglesia ya está con él.

—Eso no es conveniente —dijo Baldyron—. Sedry piensa regresar a Arolet dentro de uno o dos días.

—No podrá hacerlo. ¿No nos has informado tú mismo del ataque? Los Fegez están preparando un asalto masivo, una última batalla, y van a jugarse el todo por el todo.

—Eso dije, pero...

—Teníais razón, tú y tu padre. El ataque se producirá. Sedry no querrá parecer atemorizado y conducirá personalmente el ejército de Darion.

—¿Y cómo sabes tú eso? —El Barón la observó con cautela. Elfrid sonrió. Sus manos se abandonaban en las del hombre.

—La Adivina, por supuesto, amigo mío. Ella es real. Yo soy el impostor. —Sonrió con aire tímido—. Lo cierto es que Fid, Bor y yo hemos visto el campamento, a última hora de la tarde. Sedry no partirá hacia Arolet hasta que sea demasiado tarde.

—¿Qué quiere decir, demasiado tarde? —Baldyron le estrechó las manos.

—Me estás haciendo daño —protestó ella con suavidad, y Bal la soltó—. Gracias. Sólo que Sedry será derrocado y Rolend será proclamado Rey. Sedry podrá elegir entre el destierro y la prisión. ¿Qué te creías?

—Yo no creía nada —respondió el joven con amargura—. Sólo temía. Y no por Sedry. —Se hizo un silencio—. ¿Y bien? Le matarías, ¿no es verdad?

—Ya te dije que sí. Por lo que me ha hecho a mí, por lo que le hizo a mi Padre. Y a ti, y a tu pobre padre. Pero Rolend no le quiere muerto, así que lo que yo haría no importa. Pero hay algo que sí me importa —añadió seria, mirando primero hacia los árboles y luego hacia el camino—, y es que tú estés vivo, tú, que me ayudaste en circunstancias muy parecidas a ésta.

La sonrisa se borró de los labios de Elfrid. Se volvió y tomó una vez más las manos de Baldyron entre las suyas.

—Escúchame, Bal —dijo en un susurro—. ¿Acaso tú eres el único hombre que ha perdido a un ser querido por culpa de Sedry? ¿El único hombre en Darion cuya amada hermana haya sido presa de sus apetitos? Tú la amabas, lo sé, recuerdo cómo hablabas de ella. Su muerte podría bastar para volverte loco de pena y de desesperación; también lo sé. ¡Lo sé!

—Elyessa —murmuró Baldyron, y las lágrimas le cegaron.

—Elyessa —repitió Elfrid—. Lloro su muerte, pobre amigo mío. Como yo lloré la de mi Padre. Debes llorarla, pero también vengarla. Pobre muchacha, no merecía semejante muerte. Véngala.

Otro silencio. Baldyron deglutió y asintió.

—Dime lo que debo hacer para ayudarte —dijo Baldyron al fin—. Lo demás no importa.

—Debes ir a Orkry. Buscar a la Castellana. Eso te permitirá transponer las puertas. Tal vez debas repetir tu pregunta muchas veces, y a muchas personas, pero al final darás con alguno de los monjes de Gespry, que te contestará que la Castellana ha salido de Orkry. Entonces debes preguntar: «¿Se ha ido a Rhames?».

—Orkry. Allí, preguntar por la Castellana. Alguien me responderá que se ha ido. Entonces preguntar si ha ido a Rhames.

—Excelente. —Elfrid se puso en pie—. Dale mi amor a Rolend. De todos mis hermanastros, Rolend es el único que me ha tratado como a un ser humano, y no lo he olvidado.

—Lo haré. Transmítele mi cariño a mi padre y dile que no se preocupe. Cuéntale lo que he hecho, y por qué.

Rehizo el paquete, lo sujetó a la silla, y se ciñó la espada a la cintura. Elfrid, ya a caballo, observaba con rostro inexpresivo cómo Bal le quitaba la montura y las riendas al caballo lastimado, y se las colocaba al que ella había traído, y montaba, lenta y dificultosamente.

Hubo un largo silencio. El Barón de la Marca y el falso Arzobispo se miraron; de repente, no deseaban separarse y no sabían qué decir.

—Cuidaos, mi... mi caballero —dijo Elfrid por fin. Sus mejillas estaban arboladas.

—Me cuidaré, Señora mía, lo juro. —Con un súbito impulso, Baldyron acercó su caballo al de Elfrid, tomó delicadamente la cara de la joven entre sus manos y la besó en los labios—. ¡Que los Dos os protejan, mi Dama!

Después se fue por donde había llegado y pronto se perdió de vista en el estrecho desfiladero. Elfrid se quedó mirándole, aún azorada, hasta que se desvaneció el ruido de los cascos.

Elfrid regresó al campamento en las oscuras horas que siguen a la puesta de la luna. Gelc estaba esperándola bajo los árboles, arrebuñado en su capa para combatir la penetrante humedad.

—¿Le has encontrado?

—Sí. —Elfrid no parecía dispuesta a hacer más comentarios. Entraron en la tienda del Arzobispo, tenuemente iluminada y cálida, después del viento helado y la humedad de la noche. Parecía desierta.

—Fialla está con Fresgkel —dijo Gelc cuando la cortina cayó tras ellos—. Dijo que no le diría nada, por si acaso no lo conseguías. Además —añadió al tiempo que le servía una copa de vino—, pensábamos que debías hablarle tú.

—Por supuesto —susurró Elfrid. Se miraba las manos con expresión absorta, y pareció despertar cuando Gelc se acercó y le dio la copa de vino—. ¿Dónde están Bor y Fidric?

—Por ahí —respondió Gelc señalando con un gesto vago el límite Sur—. Nos pareció mejor tener hombres de confianza en esa zona esta noche. Ha habido demasiada histeria a ambos lados del río. Volverán en una hora y yo les sustituiré hasta el alba.

—Muy bien. Creo que descansaré, para poder partir contigo. El sueño me ha abandonado, por lo menos esta noche. Llámame cuando estés listo.

—Pero... Está bien, como digas. —No tenía sentido discutir. En muchos aspectos, la alta y delgada figura de cabellos blancos bien podría haber sido Gespny. Gelc observó a la joven guerrera mientras bostezaba y se desperezaba antes de entrar con paso fatigado en la alcoba. Una breve sonrisa iluminó sus facciones de ordinario hoscas. Movi6 la cabeza hacia ambos lados, en un cari6ioso gesto de protesta, y se dirigi6 con paso firme hacia sus mantas.

Hacía una hora que el sol resplandecía sobre el límite Norte del valle cuando Elfrid y Gelc regresaron al campamento. Ya habían enviado un aviso: los Fegez estaban desmantelando su enorme campamento.

Habían contado más de doscientas hogueras, resguardadas del viento por la pared de piedra del acantilado. Había más aún, escondidas detrás de los árboles. Elfrid y Gelc sólo regresaron cuando tuvieron la certeza de que todo el campamento se preparaba para avanzar hacia el valle.

A ambos lados del río, la actividad era frenética. Elfrid mandó a Fidric en persona con un mensaje para el Rey de Darion.

Elfrid se dirigió a la alcoba y empezó a quitarse la camisa que llevaba puesta desde hacía dos días, y el sucio y rígido pantalón. A su lado, con expresión impenetrable, Fialla esperaba, con una camisa limpia en la mano. Comprobó el

vendaje que cubría el pecho de Elfrid con dedos rápidos y diestros, y la ayudó a ponerse la camisa marrón de las batallas.

El pantalón estaba húmedo, y Elfrid hizo una mueca de disgusto. Fialla se encogió de hombros.

—Sólo te quedan dos pantalones, y tengo que lavarlos uno por uno. No deberías ir con el primer batallón. ¡Necesitas dormir!

—Todos necesitamos dormir, Fialla. Hago falta en la vanguardia; soy el estandarte de guerra de Belden, ¿o lo has olvidado?

—No serás el estandarte de guerra de nadie si sigues empeñándote en combatir cuando estás medio muerta de sueño.

—¿Qué importa una hora más de sueño para un hombre cansado? —preguntó Elfrid pacientemente mientras se acomodaba con cuidado los pliegues del pantalón y se calzaba las botas—. ¿Y cómo podría dormir, si estoy preocupada? —A su lado, Fidric esperaba, con la cota de malla lista.

—Dice el Rey —empezó Fidric en respuesta a su mirada interrogativa y como si citara textualmente el mensaje— que vendrá tan pronto haya terminado de vestirse; y que tú y él podéis encabezar juntos la batalla, a fin de animar a nuestros hombres y aterrorizar al enemigo.

Elfrid estuvo a punto de dejar escapar un «ya te lo dije» y miró a Fialla, que suspiró de nuevo.

—Bien. Estamos solos por el momento y podemos saltarnos lo del afeitado, supongo. Pero una taza de café sí que la necesitas. Siéntate, ¿quieres?

Elfrid bostezó y negó con la cabeza.

—No me atrevo a sentarme, todavía no estoy despierta del todo. Y gracias por el café. En cuanto a lo otro, gracias también. —Se pasó una mano por la barbilla y Fialla, a pesar del miedo que sentía, rió como una niña.

—¡No te da vergüenza! ¡Hace años que afeitado a Gespny!

—Sí. —Elfrid también se echó a reír—, pero tienes razones para tener cuidado con su garganta, Fialla. ¡La mía es otra cosa! Imagínate que estuviéramos precisamente en la situación inversa, y que yo tuviera esa hoja afilada en mis manos. ¿Te sentirías tan segura?

—No. —Fialla volvió con un humeante tazón de café y lo puso en las manos de Elfrid—. ¡Oh, no! Inventaría alguna razón plausible para explicar por qué no me crece la barba.

—¿Ah, sí? Sólo hay tres razones posibles, que yo sepa —replicó Elfrid, con una sonrisa traviesa. Empezó a contar con los dedos—: Una: ser demasiado joven. Dos: haber tenido, digámoslo delicadamente, un accidente. Por supuesto, ese accidente incluye también lo que les hacen a algunos niños cantores para que con los años no pierdan su voz de soprano. —Fialla se ruborizó y se volvió—. Y tres: por supuesto,

no ser un hombre. Puedes elegir, querida.

—A mí se me ocurriría algo —replicó Fialla con obstinación. Sus mejillas seguían arreboladas—. Magia, por ejemplo. O un milagro.

—Cobarde —murmuró Elfrid con dulzura, y se inclinó para oler el aroma del café humeante.

Se oyó un ruido de caballos y Boresin asomó la cabeza por la cortina.

—Con vuestra licencia, Gespry, el Rey Sedry ha llegado.

Sedry le palmeó el hombro al pasar y entró en la tienda a grandes pasos. La batalla inminente había ahuyentado sus temores y tenía todo el aspecto de un Rey.

—Cabalgaréis conmigo, ¿verdad? —preguntó. Una sonrisa seductora le encendía el rostro. La luz de la lámpara o tal vez un leve resplandor del Aura delineaba su apuesta figura. El Rasgo fluía de sus dedos por una vez con naturalidad. Elfrid sintió de pronto la fuerte atracción que los hombres habían sentido por su padre, y también por Sedry, a pesar de todo el daño que había hecho a Darion. Sintió que se le ponía la piel de gallina. Podrías haber sido un gran Rey, Sedry. También en eso la Adivina tenía razón.

—Juntos los barreremos de Darion —empezó Sedry valientemente, pero se detuvo algo avergonzado—. Bueno... al menos de este valle.

Elfrid avanzó para asir al Rey por los brazos. Su sonrisa era tan cálida y cordial como la de su hermanastro.

—Lo haremos, Rey Sedry, lo haremos. Eso sí —añadió con firmeza—, después que me haya bebido el café, porque no ha habido tiempo para nada desde que Gelc y yo hemos vuelto de los límites esta mañana, excepto para cambiarnos de camisa.

Sedry inclinó la cabeza, se acercó a Fialla y besó sus dedos, demorándose, como siempre, un poco más de lo que aconsejaban la conciencia y los buenos modales. Después, con un gesto de la mano, se retiró de la tienda para reunirse con sus hombres. Elfrid bebió su café ya casi tibio de un sorbo y dejó que Fidric le pusiera la cota de malla, mientras Fialla le ceñía la larga espada de hoja angosta. Todavía no había terminado de colocar la daga en su sitio cuando ya había salido al frío de la mañana.

Fialla la siguió y se quedó a un lado para despedirse de Gelc, de Fidric y por último de Boresin, a medida que se alejaban para enjaezar sus caballos y el de Gespry. El Rey estaba charlando con su guardia personal. Con la mente nublada por la falta de sueño, por la preocupación y por el dolor de Eavon, a quien había tratado de consolar durante toda la noche, Fialla fue incapaz de seguir, en el primer momento, lo que Sedry decía:

—... de Rhames a nuestro lado, saldremos victoriosos y obligaremos a los Fegez a retirarse tan lejos en sus montañas, que los hijos de nuestros hijos pensarán en ellos como en un mito. —El Aura del Rey resplandeció por un momento. Elfrid inclinó la

cabeza ante la aclamación que coronó las palabras, aclamación que los beldenianos repitieron.

—¡Lo haremos! —dijo ella entonces, volviéndose hacia el Rey—. ¡Darion y Rhames! —gritó. Ambos se irguieron al mismo tiempo, las puntas de sus espadas se tocaron en el saludo de la buena suerte.

La Llama Sagrada del Arzobispo restalló de una espada a la otra y se elevó en una columna hacia el cielo. Se oyó entonces un gran grito y un estrepitoso fragor de metales: los soldados hacían chocar sus armas.

Las tropas mercenarias retrocedieron: Elfrid, montada en el caballo blanco favorito del Arzobispo, y rodeada por los tres guardias personales de Gespary, avanzaba hacia el frente. La seguía el Rey de Darion, su propia guardia esparcida detrás de él. Gelc se incorporó en los estribos y gritó:

—¡Gespary y el Rey! —Su vozarrón resonó en todo el valle.

—¡Gespary y el Rey! —rugieron a su vez cientos de gargantas. El ejército mercenario empezó a avanzar, con lentitud al principio, el paso después de dejar atrás las últimas tiendas y cruzar el río. Fialla se volvió, deslumbrada por el reflejo del sol sobre el metal de las armas.

Elfrid se situó entre Gelc y Boresin; Fidric tomó la delantera. Vadearon el río y salieron a campo abierto, galopando sobre las altas hierbas. Fidric mantenía un buen ritmo de marcha, de modo que la compañía del Arzobispo iba en cabeza, seguida, a cierta distancia y a la izquierda, por la del Rey de Darion. Inmediatamente detrás de Elfrid cabalgaba Zormerian, que portaba con orgullo el estandarte azul y oro, emblema de Rhames. A su izquierda, un joven Escudero de Armas portaba el estandarte con las armas del Rey: dentro del campo verde, un gerifalte color oro y enmarcado por una doble trenza de plata. A la derecha de Zormerian cabalgaba otro beldeniano portando el estandarte del ejército mercenario: una espada de plata en un campo de gules.

Otra gran aclamación partió de la fuerza montada cuando ganaban velocidad, abriéndose a medida que se desplazaban hacia la estrecha grieta del extremo oriental del valle, apenas ancha para dar paso a tres hombres de frente, y por la cual debía aparecer el enemigo para entablar el combate. Allí esperaban contener a una gran parte de los Fegez.

Entraron raudos en la sombra del escarpado acantilado. Elfrid bajó la mano con la que se había protegido los ojos.

—¡Allí están! —gritó Boresin.

—¡Sí! —Elfrid desenvainó la espada y aminoró el paso para darles tiempo a los mercenarios a rodearla. Desde su posición de combate, divisaba con toda claridad la grieta en la pared rocosa; y de ella salían Fegez como abejas de un panal destrozado.

Desde la parte izquierda, medio centenar de darionenses se lanzaron al galope hacia el acantilado. Debían hacer una maniobra precisa: volver en el momento justo para cubrir la grieta y evitar que los salvajes que ya se encontraban en el valle volvieran al campamento; y para impedir también, que más bestias de aquellas se unieran a los que ya estaban peleando.

—La coordinación —murmuró Elfrid, preocupada. Mucho dependía de ello: demasiado pronto, y los jóvenes darionenses se verían atrapados entre dos fuegos; demasiado tarde, y la maniobra sería sólo una gesta, de bella ejecución pero inútil, y que podría costar también muchas vidas jóvenes. Bal tenía que haber estado al mando del grupo. Pero ahora...

Elfrid entrecerró los ojos para tratar de ver quién lo dirigía. Imposible: estaban ya demasiado lejos y además, levantaban una fina niebla de polvo sobre el campo. Un momento después, los perdía de vista.

El Rey Sedry y su guardia personal estaban de nuevo junto al estandarte del Arzobispo. Marchham se destacaba en el grupo. A Eavon no se le veía, pero los colores de su casa brillaban entre los que se habían abierto en una tangente.

—La coordinación —murmuró Elfrid otra vez, como si estuviera orando o pronunciando las palabras de un encantamiento.

—¡Lo lograrán! —gritó Boresin—. ¡Cuidado, Gespry, hay espectros a tu derecha!

Elfrid frunció el ceño y se encogió de hombros. ¿Qué importaba? No tenía sentido humanizar a las criaturas cuando pretendían asesinarlas como a ratas en un granero. Se irguió en los estribos cuando los primeros gritos le indicaron que la batalla se generalizaba, y elevó su voz por encima del estruendo de la lucha. Zormerian bajó el estandarte dos veces, como señal para los que no podían oír.

Los beldenianos respondieron. Trescientos jinetes se desplegaron en abanico hacia la derecha de la bandera del Arzobispo, formando una línea de varios hombres de profundidad, contra la cual deberían luchar los Fegez. A una orden del Conde de Marchham, las fuerzas de Darion, menos experimentadas en esos movimientos de tropas, y por lo tanto más torpes, iniciaron la misma maniobra, formando una línea más corta y más profunda.

—¿Quiénes van allá? —le gritó Elfrid a Fidric. Señaló al grupo que debía realizar la escaramuza y que en aquel momento no estaba a la vista, bajo la sombra del acantilado.

—Tres de los hijos de Woldeg: es lo mejor que hemos podido encontrar. Buenos muchachos, pero impetuosos, y no demasiado brillantes. —Eché un vistazo a la compañía de ataque que esperaba—. ¡Espero que tengan sentido común para esperar, con las veces que les hemos advertido!

—Sí —respondió Elfrid—. ¡Adelante! —gritó después, enarbolando la espada sobre su cabeza. De la punta se desprendió una fugaz llamarada. Fidric espoleó su caballo hacia la brecha que se había abierto entre las líneas de Darion y las de Belden, bajo la furia del ataque de los lanceros Fegez. La joven guerrera iba detrás de él, y un instante después, con una imprecación que rasgó el aire, se les añadió Gelc.

Al llegar al frente, Elfrid envainó la espada, desató con destreza el arco darionés que colgaba junto a su rodilla izquierda, sacó una flecha del carcaj de cuero y dejó arco y flecha colgando de una mano mientras sus ojos escudriñaban el campo de batalla en busca de un claro. Con la mano izquierda, colocó el protector de plata en el pulgar de su mano derecha, y ajustó la muñequera de cuero.

—¿Disparáis a la manera de Darion?

Elfrid se sobresaltó y le dirigió una breve sonrisa al Rey, que se había mantenido a su lado durante la última carga. ¡Por los Siete Infiernos, ha tenido que advertir ese detalle!

—Es más preciso cuando se va a caballo, Majestad. He tirado siempre con el pulgar. También es más rápido. Mis mercenarios, con sus condenadas ballestas...

La respuesta del Rey se perdió: con un aullido que helaba la sangre, unos veinte Fegez por lo menos rompieron la línea beldeniana y se precipitaron en medio de las

fuerzas aliadas. Elfrid se levantó en los estribos y disparó cuatro flechas antes de que el combate se hiciera demasiado intenso para que se atreviera a arriesgar más tiros. Aun así, cuatro de los bárbaros yacían inmóviles en el suelo, cuando colgó el arco en la silla y sacó la espada. El grito de batalla de Gespry, ¡Rhames!, resonó por todo el campo y fue contestado por darionenses y beldenianos. El guerrero Fegez que se había colgado de la brida de su caballo cayó al suelo, degollado. Un segundo, atontado por una descarga del Fuego, rodó bajo el caballo y desapareció.

El resto del pequeño grupo atacante fue reducido enseguida. Elfrid hizo volver su caballo a primera línea. Gelc, detrás de ella, protestaba, furioso. Pero allí era donde debía estar, donde la necesitaban, donde Gespry también hubiera estado.

Los Fegez eran tan numerosos como la inspección de la noche anterior había hecho suponer. Y la mayoría iban a caballo, convirtiendo la batalla en algo nuevo, en un enfrentamiento diferente a lo que habían estado acostumbrados. Sin embargo, muchos bárbaros aún luchaban a pie, con cerbatanas y cuchillos, lo que constituía un riesgo enorme. Si algo había que agradecer, se dio cuenta Elfrid, era que los Fegez habían aceptado el desafío de la alianza de darionenses y mercenarios, y habían dado la batalla de día. No cambiarían de forma.

Era extraña la facilidad con que Elfrid podía percibir la naturaleza de aquellos seres. Aquella apariencia casi humana que adoptaban bajo el sol no era más suya que la bestial forma de lobo que asumían por la noche. No pueden soportar la luz en su forma original, pensó Elfrid. Gracias a los Dioses, son orgullosos y tratan de derrotarnos en nuestros propios términos.

A la derecha, oculto entre los soldados beldenianos, podía oír a Boresin gritando:

—¡Atrás, atrás! ¡La maniobra! ¡Contar hasta tres, dividirse al medio y retroceder! ¡Ahora, cerrar filas! ¡Estáis demasiado abiertos, cruzarán vuestras líneas!

A la izquierda, la voz cascada de Marchham tronaba:

—¡Adelante, soldados! ¡Hacia ellos! No dejaremos una sola de estas bestias. ¡Cerrad filas, maldición! ¡Tres al frente, usad la señal, usadla antes de retroceder para que avance la siguiente fila! ¡No quiero huecos ahí!

Más cerca, poco después, Nevered lanzaba un grito terrible:

—¿Qué están haciendo allá? La señal, levantad la bandera. ¡Han salido demasiado pronto, les matarán a todos!

—¡Padre, no verán la bandera! —protestó uno de sus hijos.

—¡Agítala, de todos modos! —rugió Nevered.

El muchacho tenía razón. El grupo de ataque no podía ver ninguna señal a tanta distancia. Elfrid apenas distinguía la doble hilera de jinetes que se precipitaban hacia la grieta. Una parte de la fuerza de Darion, advirtiendo el peligro que corrían sus camaradas, se adelantó, pero tuvo que retroceder precipitadamente al ver al viejo Marchham lanzarse en un galope despiadado a campo abierto e interponerse en su

camino.

—¡Atrás! —aulló—. ¡Sabían el peligro que corrían! ¡Atrás! Marchham volvió a su puesto en las filas sano y salvo. Elfrid no podía verle, pero oyó la intensa aclamación que saludó su intervención.

Se abrió un espacio al frente. Elfrid envainó una vez más su espada y sacó el arco. Tensó la cuerda hacia atrás a la manera de Darion, con el pulgar protegido, e hizo varios disparos más antes de permitirle a Gelc que la reemplazara. El hombrecito estaba mudo de rabia y le dirigió una mirada fulminante mientras se colocaba el protector de tres dedos y lanzaba su primera flecha.

Más y más Fegez salían por la grieta, pero los beldenianos se mantenían firmes a pesar del furioso ataque de las fuerzas bárbaras. Al grupo de ataque no se le veía. Una nube de polvo envolvía la pared Norte.

—¡Atrás! —gritaba Grolpet, de pie en los estribos y gesticulando con ferocidad—. ¡Parecéis postes, árboles! ¡Moveos! ¡Dejadlos entrar, encerradlos, la doble caja, maldición! —Con cierta reticencia, los mercenarios empezaron a retroceder, dividiéndose cerca del centro de la línea como una puerta doble; la mitad de los hombres protegían los flancos de las compañías del Arzobispo y del Rey de Darion. La otra mitad formó un rectángulo, de tres hombres de profundidad, a poca distancia. En esa especie de caja entraron los Fegez, que se detuvieron de pronto, en la mayor confusión, cuando los mercenarios, al galope, cerraron el extremo que había quedado abierto.

La maniobra no duró mucho, por supuesto, porque la línea era poco profunda y pronto los salvajes escaparon por ambos lados. Pero muchos menos de ellos podían alcanzar a sus compañeros o salir a campo abierto.

Elfrid se enjugó el sudor de la cara con la sucia manga de su camisa y obligó a sus brazos a tensar una vez más el arco. La flecha erró por varios palmos. Parpadeó, y de pronto se dio cuenta de que Boresin estaba sacudiéndola por el brazo.

—Estás agotado, Gespry —gritó el hombrón—. ¡Vuelve al campamento! ¡Ya! No —añadió, al ver que Elfrid abría la boca para protestar—. Sobre todo si vas a encabezar el batallón de relevo esta tarde. ¿Acaso lo has olvidado? Un hombre debe descansar, si es que va a hacer tamaña tontería.

Se inclinó y agarró las riendas que Elfrid había soltado para tener las manos libres. Ella le miró con determinación, pero se encontró con un par de ojos tan resueltos como los suyos, y asintió. A un gesto de Boresin, varios mercenarios y dos arqueros darionenses se les unieron, formando una retaguardia. Elfrid, lo más dignamente que pudo, recuperó el control de su caballo.

La retaguardia fue necesaria sólo por pocos minutos. La lucha, aunque las fuerzas aliadas habían perdido algo de terreno, seguía restringida a una estrecha franja. Elfrid y Boresin llegaron al terraplén oriental y una aclamación estalló entre los que

observaban la maniobra. La guerrera, con el cuerpo rígido, desmontó, y guió a su cansado caballo hacia el campamento.

—Es mejor que me quede aquí, ya que volveré al campo de batalla dentro de poco. Dormiré, si puedo. Por lo menos, descansaré.

—Por supuesto. Es lo que haces siempre. —Boresin se encogió de hombros—. Le diré a Fialla que estás ileso y traeré caballos frescos para esta tarde. —Se alejó rumbo al pabellón azul y blanco. Elfrid hizo lo que pudo para conformar a los hombres que esperaban: tomó un largo sorbo de agua y se pasó rápidamente un paño húmedo por la cara y el cuello, más para refrescarse que para limpiarse.

Le ponía nerviosa la idea de dormir con los hombres, pero era necesario, ¿y si la Semejanza con Gespry no se mantiene? ¿Y si mis pobres truquitos se desvanecen mientras duermo?, pensó. Hizo un esfuerzo para apartar sus aprensiones. Hasta entonces, nunca había sucedido. Y en circunstancias graves, una o dos veces: la semejanza, fuerte ya de por sí aun sin la ayuda de Gespry, se había mantenido. La barba, por ejemplo —originalmente obra de Gespry, pero ya para entonces mantenida por su propia fuerza— aparecía cuando debía y en la cantidad en que debía. Fialla no la había afeitado esa mañana; por lo tanto, hacia la mitad de la tarde habría una sombra sobre el labio superior y en las mejillas.

Lo extraño era que aquel hecho no la pusiera nerviosa. Tal vez si en lugar de sólo verlo hubiera podido también sentirlo...

Soltó un profundo suspiro. Estaba cansada, quizá lo bastante cansada como para dejar de lado sus preocupaciones por su farsa y por la leve e insistente aprensión que desde hacía días sentía por Fialla. Y por Bal, que los Dos lo sabían, era capaz de cuidarse muy bien sin su ayuda. Casi con sorpresa, se tocó los labios con una mano y sintió otra vez el calor de aquel beso que era sólo un recuerdo.

Suspiró de nuevo, se acomodó lo mejor que pudo y cerró los ojos.

Por la tarde volvieron a perder terreno, y bastante. Elfrid, cuando se atrevió a mirar, pudo distinguir claramente tiendas darionenses individuales donde no quedaba nadie. Pero el ejército aliado consiguió reagruparse y mantener firmes sus diezmadas filas hasta rechazar a los Fegez hacia el Este. Con la llegada del crepúsculo, los salvajes desaparecieron, en una rápida retirada por la angosta grieta. A Elfrid, Sevríc y Eavon les costó esfuerzo contener a los animados soldados que querían perseguirlos.

Cuando cayó la noche y los hombres de Darion y de Belden se refugiaron detrás de las defensas de tierra en el extremo oriental del campamento, Eavon y Elfrid escalaron las improvisadas murallas para examinar el terreno más allá de la pradera. Se veían hogueras, una larga fila de hogueras, distantes, pero no lo bastante como para satisfacerles.

—Será mejor que esta noche reforcemos las guardias —murmuró Eavon. A sus

espaldas oyeron un rumor de pasos sobre la tierra y los guijarros. Era Gelc. Elfrid le agarró un hombro y le mostró las fogatas—. Rotación completa, y de cuatro en cuatro, recorrido completo —prosiguió Eavon—. Puede que nos ataquen, pensando que no estamos preparados.

—Sí. —Gelc se mordisqueó los mostachos con aire sombrío—. La mitad del grupo de ataque ha regresado. La mayoría de ellos son vuestros muchachos, Señor —dijo. Eavon sacudió la cabeza, entristecido.

—¿Y los hijos de Woldeg? —preguntó.

—El más joven se salvó. Malherido, pero vivirá. —Hubo un silencio. Gelc palmeó al anciano en la espalda—. Las cosas cambiarán, Señor —añadió en tono enigmático. Después se volvió, se deslizó por la cara interna del promontorio, y se alejó. Eavon se quedó mirándole.

El silencio era amistoso. El falso Arzobispo y el Barón de la Marca contemplaban el valle perdido en sombras.

—Si quieres, haré la primera guardia contigo, Fresgkel.

El anciano asintió y en sus labios apareció una sonrisa débil, pero franca. Dioses, ¿por qué todas las cosas tenían que ir mal al mismo tiempo?

—Serás bienvenido, Gespry. Cretony está ayudándome a organizar las otras. Tú y yo podemos hacer la primera, después de la cena. —Elfrid asintió. El Barón, con súbita energía, se deslizó a gatas hasta el suelo y desapareció rumbo a su tienda. Elfrid percibió el aroma de comida que se desprendía de las barracas, y se apresuró a dirigirse al pabellón del Arzobispo.

Fialla salió ansiosa a su encuentro.

—¿Estás bien? —Se relajó cuando Elfrid la tranquilizó con un gesto, y pasó el brazo por sus hombros mientras entraban—. Tienes visitas a la hora de la comida —dijo seria— como siempre.

—Muy bien. —Los ojos de Fialla habían expresado al mismo tiempo indignación y advertencia. Elfrid le apretó suavemente la mano, y le dio las gracias con un gesto de la cabeza.

Grolpet y su hermanastro Sevríc estaban sentados en el pabellón, aún con las sucias ropas de combate, aunque al parecer, Grolpet se había echado agua en la cara; posiblemente había metido la cabeza en el río. El agua goteaba desde sus cabellos grises hasta la camisa de cuero y la cota de mallas. Tenía manchas rojas en la cara muy limpia. Más allá, un joven soldado de Darion, con los colores de Marchham, rojo y blanco, permanecía sentado en actitud respetuosa con una lista en la mano.

—Gespry, sé que estás cansado y muy ocupado —empezó Grolpet como disculpándose. Se puso en pie pero se dejó caer de nuevo en la silla, con un suspiro de alivio, pues Elfrid le había indicado con un gesto que podía sentarse—. Sin embargo, los planes para mañana...

—Podemos discutirlos mientras como. ¿Vosotros ya habéis comido?

—Lo haremos ahora, con nuestros hombres; nos esperan —gruñó Sevríc.

—Entonces no os detendré más de lo necesario. —Elfrid se sentó en su sillón habitual. Fialla le lanzó una mirada irritada. Dos jóvenes mercenarios se acercaron, uno con un recipiente con agua para lavarse las manos, y el otro con un plato de guisado. La guerrera comió rápido, sin degustar su comida, con toda la atención puesta en sus capitanes, que trazaban estrategias en el mapa e incorporaban a los planes la escasa nueva información de que disponían. De vez en cuando, Elfrid hacía algún comentario. Los dos hombres rehusaron el vino, se levantaron y salieron en el momento en que Elfrid apartaba su plato vacío hacia un lado y llamaba con un gesto al paje de Marchham, un jovencito apenas adolescente.

—¿Tienes la lista de Cretony para la guardia de esta noche? —El chico sólo pudo asentir; sus dulces ojos negros estaban increíblemente abiertos—. ¿Has comido? —preguntó Elfrid mientras desdoblaba el papel. El muchacho asintió con vigor—. No —lo regañó Elfrid cariñosamente—. No has comido nada, ¿no es cierto? Y esta noche tienes que salir con la ronda, ¿no? Claro que sí. Ahora vete, muchacho, vuelve a tu compañía. Y dile a Cretony que le doy las gracias, que ha hecho el trabajo muy rápido.

El joven muchacho puso una rodilla en tierra. Gespary extendió las manos y le dio un leve toque en la rizada cabeza. El cálido resplandor de la Bendición brilló por un momento. El joven sonrió con timidez, y su sonrisa se hizo más cálida al ver que Elfrid se la devolvía. Luego salió y apenas franqueada la cortina, echó a correr.

—Gespary, debes descansar —empezó Fialla con expresión calma pero apremiante. Se sentó junto al falso Arzobispo y cogió las largas manos entre las suyas.

Elfrid suspiró y cerró los ojos un instante.

—Lo sé. Pero habrá tiempo más tarde. Eavon estará aquí dentro de un momento; haremos la primera guardia juntos. Tengo mucho de que hablar con él.

—Estaba tan dolido —murmuró Fialla—. Pero no por Bal, sino por Sedry. Es extraño, puesto que nunca ha confiado en el Rey.

—No es extraño, en absoluto. Un hombre como Fresgkel jamás podrá entender las profundidades de alguien como Sedry. Fialla...

—¿Sí, Gespary?

—Cuídate, Fialla. —Estrechó las pequeñas manos de la joven y las acercó a su mejilla.

—Siempre me cuido —respondió Fialla, sobresaltada. En las palabras de Elfrid había algo más que la preocupación habitual.

—No quiero decir nada en particular —prosiguió Elfrid como si hubiera adivinado los pensamientos de Fialla. Tenía la mirada fija y absorta en las brasas—.

No es a los Fegez a quienes temo; no sé de qué tengo miedo. —Una sonrisa embarazosa se dibujó en su delgado rostro—. Sin embargo hay algo, y se centra a tu alrededor, que me preocupa. Pensé que sería mejor decírtelo, avisarte, aunque no tenga nada contra qué avisarte.

—Tendrías que dedicarte a los Tarots, estás perdiendo el tiempo como guerrera —dijo Fialla en tono grave y burlón. Elfrid rió.

—Tal vez. O quizá me convierta en otro Sedry, y empiece a asustarme hasta de las sombras, a tener miedo de cualquiera que no me mire de frente, o que se atreva a decir siete cuando yo creo que debería decir seis.

—¡Ten cuidado con el Rey! —interpuso Fialla con repentina energía—. Está obsesionado desde la muerte de Hyrcan, pero ahora, con lo de Bal, tiene miedo de cualquiera que pueda levantar una espada contra él. Es decir, a cualquiera que tenga incluso una sola mano.

—Lo sé. Ya vigilo a Sedry, Fialla. —Elfrid se volvió al oír el relincho de un caballo muy cerca de la tienda—. Debe ser Fresgkel. Me voy.

—Prométeme —dijo Fialla mientras seguía a Elfrid y le dedicaba una breve y cálida sonrisa al Barón de Eavon—, prométeme que no velarás toda la noche, mi Gespry. No se lo permitas, Fresgkel, necesita dormir.

—Muy bien, haré lo que pueda —empezó Eavon. Elfrid se echó a reír. El caballo, un brioso animal, danzaba inquieto.

—Te lo prometo, Fialla. Pero dormiré en las fortificaciones del Este, por si me necesitan esta noche.

Fialla levantó los ojos al cielo.

—¡Lo sabía, lo sabía! —murmuró desesperanzada, y añadió—. ¡Cuídate! —Elfrid y el viejo Barón se alejaron.

Marcharon en un silencio amable. El Barón iba delante, dejando que su caballo siguiera una lenta ruta que rodeaba los límites del campamento, más allá de los últimos puestos de vigilancia. Desde aquel ángulo, las fogatas de los bárbaros eran apenas un resplandor lejano. Elfrid soltó las riendas y su caballo acomodó el paso al del otro. De vez en cuando, la joven saludaba a algún soldado que había reconocido la capa azul y pronunciaba el nombre de Gespry.

El campamento estaba en su mayor parte tranquilo; pocos hombres circulaban, excepto los que estaban de guardia. Pero Elfrid habría jurado que pocas de aquellas formas envueltas en sus mantas, dormían. La intranquilidad se palpaba en el aire.

Siguieron avanzando. Poco después, salieron a campo abierto y tomaron un sendero muy transitado, que llevaba desde la caballería mercenaria hasta el río.

—¡Fresgkel! —Ninguno de los dos había hablado desde hacía casi una hora. Aunque aquella palabra era poco más que un susurro, el anciano se sobresaltó—. ¡Presta atención, Fresgkel!

—Te escucho, amigo mío. —A la débil luz de los fuegos distantes, el rostro de Eavon parecía el de un hombre viejo. Elfrid sintió de pronto ganas de llorar por él. Se inclinó y estrechó su mano.

—Mantente cerca, si puedes. Mis palabras no son... de interés general. —Eavon le miró alarmado pero hizo lo que le pedía. Elfrid bajó aún más la voz—. Bal está bien.

—Él... —El anciano sacudió la cabeza, incapaz de continuar. Elfrid le apretó la mano.

—Está bien, te lo juro. —Controló sus pensamientos y empezó de nuevo—. Fialla y Gelc me contaron lo que pasó cuando volví al campamento. Entonces fui tras él y le llevé un caballo y armas, agua y comida.

—Él no partirá al destierro. Y Sedry...

—No, Fresgkel. Escúchame. Aceptó lo que le ofrecí; aceptó también la misión que le encomendé. No puedo decirte más, pero sé que está a salvo. Había vida en su rostro cuando me separé de él. Te manda su amor.

Los dedos de Eavon estrecharon los de la joven. Soltó un suspiro tembloroso.

—Es curioso —susurró por fin.

—¿El qué, amigo mío?

—Que tú le hayas prestado a él la misma ayuda que él te prestó a ti, después de tanto tiempo. —Envolvió las manos de Elfrid entre las suyas y las sintió tensas—. Tu secreto está a salvo conmigo. Yo era un hombre de tu padre, recuérdalo. Y sólo por ti, por la persona que he llegado a conocer en estos días, sólo por eso guardaría el secreto. —Otra vez se hizo el silencio, un silencio cargado de afecto. Elfrid dejó escapar un suspiro—. Bal me lo contó, me lo contó todo. Cómo te había ayudado cuando mi pobre amigo Alster fue desterrado, y tú con él; y cómo supo quién eras, aquí, y casi le cuesta la vida su torpeza. Me lo contó todo.

—Yo... ¿Cuándo?

—Hace algún tiempo. Después de que Telborn muriera, nos pasamos toda la noche hablando. Es algo que no habíamos hecho desde hacía demasiado tiempo. Entonces me habló de todo esto.

—Tanto tiempo... ¡Viejo simulador! —dijo Elfrid con voz débil. Eavon se echó a reír.

—Me he visto obligado a simular muchas veces, desde que tú eras una niña, incluso antes, desde que tu padre era un muchacho. Por razones diversas. —La miró de frente—. Tienes algo de tu padre, en los ojos. Pero nada más. Con ese disfraz, no es difícil recordar que eres Gespny.

—Entonces tienes derecho a saber el resto. Rolend está libre y Bal ha acudido en su ayuda. Tomarán Lertondale y Arolet muy pronto. Sedry se encontrará con una gran sorpresa a su regreso, si todo va como lo hemos planeado.

El Barón la miró, atónito. Se volvió para guiar a su caballo y cruzar un arroyuelo, mirando a la muchacha de reojo. No se puede entender a los hijos. Yo estaba dispuesto a pedir a la hija de Alster para mi Bal, hace ocho años, Y Bal se negó, dijo que era un insulto. ¿Cuándo fue, entonces? ¿Cuando ella se enfrentó a Hyrcan, o cuando regresó a Darion? Bal no ha querido vivir por mí después de que Sedry le doblegara; pero por ella sí. El Barón sabía que algún día estaría orgulloso de su hijo. Pero por el momento, se sentía más exasperado que otra cosa.

Sin embargo, el peso que llevaba en sus hombros desde hacía años desapareció al oír las palabras de Elfrid. Estaba sorprendido, desde luego.

—¿Cómo puedo ayudaros? Recordad que si necesitáis ayuda, u hombres, soy vuestro. Y también mi gente. —Reflexionó un momento—. Y Cretony. Él piensa como yo. Si me autorizáis a hablarle, le pondré al tanto. En caso de que surja la necesidad.

—Bien. Hacedlo.

En caso de que surja la necesidad —pensó Elfrid—. Es como Gelc, pero tiene razón, es mejor prepararse para lo peor.

Fresgkel asintió.

—Lo haré, tan pronto como pueda. Bien. No hay nadie cerca en este punto.

—Nadie que podamos ver. Nos hemos alejado de la línea de los centinelas.

—Entonces, esperad un momento. Juraré ahora servir a Rolend.

—Fresgkel, no es necesario...

—Lo es —interrumpió el anciano ferozmente—. Para limpiar de mi boca el gusto amargo del último juramento. ¿Me negaréis eso? —Elfrid no tenía argumento contra aquello. Desmontaron, Elfrid tomó entre las suyas las manos del Barón y él se arrodilló y repitió las palabras que le liberaban de un vasallaje y le obligaban a otro. Pero aquella vez había vida en su voz, y esperanza.

El cielo, de un azul pizarra seguía claro, y sólo la orla anaranjada de las nubes hacía presagiar sol y calor. Elfrid bostezó, se levantó titubeando, se desperezó y volvió a bostezar. Una voz a sus espaldas le hizo dar un salto. Era Gelc.

—¡Vaya, vaya! ¿Y cuánto has dormido esta pasada noche? —El soldado se paró frente a ella, con dos humeantes tazones de café en las manos. Pero cuando la guerrera tendió la mano, hambrienta, para recibir el suyo, él lo retiró con aire de reproche. Elfrid suspiró, y una sonrisa de arrepentimiento asomó a sus labios.

—He dormido. Bueno... un poco.

Gelc suspiró a su vez, pero le entregó uno de los cafés. Elfrid escondió la nariz en el tazón y cerró los ojos.

—Serás tu propia perdición —prosiguió Gelc, severo—. Esto no es ninguna fiesta.

—¿Como la de Megen Cove? —preguntó Elfrid, cortante—. Porque yo estuve allí, ¿te acuerdas?

Gelc se encogió de hombros y se bebió de un trago la mitad de su café.

—Pero no con la carga que tienes ahora. —Siempre cauteloso, Gelc echó un vistazo a su alrededor antes de proseguir, aunque sabía que los pocos hombres que estaban cerca dormían—. ¿Cómo está Fresgkel? Todavía no lo he visto esta mañana.

—Mejor. —Elfrid bajó la voz. Cuando quería, no se la oía a un paso de distancia—. Pero ya sabía...

—¿Lo de Bal? —preguntó Gelc, sobresaltado. Elfrid negó con un gesto. Gelc la miró, sin entender—. ¡Ah, eso!

—Sí, eso. Él... su hijo se lo contó, por supuesto.

—Bien... —Gelc reflexionó y pareció no encontrar motivo para alarmarse—. ¿Y Fresgkel, qué hizo?

—Inmediatamente quiso ponerse al servicio de Rolend, a través de mí, y hacer su juramento. Yo le dije que con la intención era suficiente. Entonces me pidió permiso para poner a Cretony al corriente. Dice que responde del Conde con su vida.

—Entonces está bien —dijo Gelc con aire sombrío—. Tal vez necesitemos toda la ayuda que podamos conseguir antes de que esta farsa termine.

—Pobre amigo mío —dijo Elfrid echándose a reír—. ¡La batalla te pone pesimista!

Gelc soltó un bufido y se terminó el café.

—Tal vez la necesitemos —reiteró, con más firmeza—. Simplemente trato de descartar cualquier inconveniente. Tú —añadió, acusándola amablemente— eres tan insensata como él. La gente como vosotros necesita de gente como yo, para poner los pies en la tierra mientras vuestros cerebros vuelan por las nubes. —Elfrid le

contempló, atónita.

Uno de los nietos de Marchham se acercó para traerles pan y carne, una manzana apenas madura para cada uno, y una copa de oscuro vino afrutado. Elfrid le dio las gracias, y el muchachito respondió con una sonrisa tímida antes de volver corriendo a las improvisadas mesas de avituallamiento.

—Tienes razón, por supuesto —farfulló Elfrid, con la boca llena de pan bastante duro—. Necesitamos todos los amigos y aliados que podamos conseguir en una jugada como ésta. Haré las guardias de medianoche con Grolpet —añadió—. Después de lo de ayer, el pobre hombre está nervioso como gata en celo, y quiere discutir una vez más los planes conmigo.

—¿Y?

—¿Qué crees? No llegamos a nada, excepto ponernos de acuerdo en no permitirles más maniobras de infiltración a esos jóvenes tontos.

—Algo que ya habíamos decidido antes. Ese hombre se preocupa demasiado. Hubieses hecho mejor en dormir.

—Sí. —Elfrid bostezó, cubriéndose la boca con el brazo—. Pero no podía negarme; no olvides que es un aliado. Y, además, podía haber tenido algo inteligente que proponer.

—Lo dudo. Después de todo, es un beldeniano.

Elfrid soltó una carcajada y casi se atragantó con un bocado de manzana.

—¡No te da vergüenza! Eres demasiado duro con ellos. Ya sé que provienes de un hogar culto, pero...

—No es ignorancia —farfulló Gelc—, sino estupidez.

—Si te portas muy bien conmigo, no le contaré nada de eso a Fialla... —Los ojos grises de la guerrera brillaban de malicia.

—¡Bah! —contestó Gelc—. Me portaré mejor de lo que mereces: no le contaré lo poco que has dormido esta noche. ¡Y eso que se lo habías prometido! ¿A qué hora dejaste a Grolpet?

—Poco después de medianoche, creo.

—No está tan mal. Has dormido cinco horas.

—Bueno... no exactamente. —Elfrid se inclinó sobre su comida—. El viejo Zorec vino poco después de que regresara. Buscaba a alguien con quien compartir su guardia.

—Y tú, claro está —dijo Gelc con sarcasmo—, fuiste con él.

Elfrid se encogió de hombros, arrancó un pedazo de pan, envolvió con él un trozo de carne y se lo metió todo en la boca.

—Me pareció una buena idea. Es el tipo de cosas que acostumbro a hacer. Pero no olvides que ese hombre me salvó la vida.

—¿Cómo podría olvidarlo? —Miró a su alrededor. Se oían ya conversaciones en

voz baja, a lo lejos, mientras los hombres se lavaban, empezaban a armarse o a ensillar sus caballos para el primer asalto. El cielo oriental clareaba, había ya un parche azul amarillento en el sitio donde aparecía el sol—. Lo estás haciendo bien de verdad, si hombres como Zorec te toman por Gespry.

Elfrid frunció el ceño.

—No estoy segura. Estaba terriblemente preocupado. Ve en mí una diferencia, Gelc. No, no es lo que piensas —añadió cuando el soldado se irguió, alarmado—. No. Cree que Gespry fue herido de mucha gravedad y trata de ocultarlo.

—Supongo que le habrás persuadido de que no es así.

—Es difícil saberlo. Creo que sí. Después hablamos sobre todo de su sobrino, el joven Zormerian.

Gelc aprobó con la cabeza.

—Buen chico. Un poco verde, y más valiente que hábil. Pero bueno. ¿Cuándo se hizo cargo del estandarte?

—Hará cinco o seis días, y desde entonces, no lo ha soltado. Tal vez tendría que concederle el derecho a llevarlo.

—Tal vez. Es peligroso para él. Están mal aprovechados, tanto Zorec como su sobrino, en la compañía de Grolpet. Él y Sevríc apenas les tienen en cuenta. Zorec debería haber sido capitán desde hace tiempo, ¡y mírale! Es sargento. Es el precio que se paga por servir en un ejército tan grande como éste.

—No es como en el tuyo. —Elfrid sonrió, burlona. Gelc se encogió de hombros.

—Cosecho los errores que siembro. Pero las cosas que hago bien son valoradas. —Contempló a Elfrid con mirada crítica—. ¿Has dormido algo, o no?

—Por supuesto —empezó Elfrid, indignada, y estropeándolo todo con otro bostezo. Gelc soltó una risita irónica—. Lo suficiente para luchar.

—Tú eres la única que puede saberlo —subrayó Gelc. Se levantó de un salto—. Iré a por los caballos. ¿Necesitas algo antes de que me vaya? —Elfrid negó con un gesto—. Fialla me dijo que te avise que estará aquí, con comida y bebida para ti después del primer asalto —añadió, y se alejó a grandes pasos.

La hija de Alster bostezó otra vez, y se estiró hasta que sus articulaciones crujieron. De repente, estar en pie le exigía un terrible esfuerzo. Estoy tan cansada... Cansada hasta los huesos, y no sólo porque no haya dormido anoche. Me duelen los pechos, aunque Fialla acomodó el nuevo vendaje con cuidado. Y estoy cansada también de desempeñar un papel para el que estoy tan poco dotada.

No, se regañó a sí misma con severidad, tú lo has elegido, has preferido desempeñar este papel a venir sola, como habías pensado al principio. Volvió a despezarse, escondió a Elfrid por completo en la persona del Arzobispo y sonrió a los soldados con los que se cruzaba.

¿Qué importaba? Faltaba poco: una semana, tal vez menos. Más, seguro que no.

Y todo habría terminado. ¿Y después? Era inútil aquel pensamiento. Lo apartó con impaciencia.

A lo lejos apareció Gelc, que traía dos caballos. Con él estaban Fidric, Boresin y Zorec, que se había unido a la guardia personal del Arzobispo y sostenía una animada conversación con Bor. Detrás de ellos, Zormerian, con los colores del Arzobispo en el fuste de su montura. Su expresión era un tanto desafiante, como si medio esperara que nadie notara que se había apropiado del estandarte, pero también que alguien lo viera, dándole así motivos para defender su posesión. Sería mejor que se lo hubiera dado, pensó Elfrid. Es peligroso, pero no por ello renunciará.

La luz del sol caía pálida y fría sobre los árboles del límite sur. Desde el centro del campamento de Darion avanzaba Sedry, con su guardia personal de diez hombres. Elfrid reprimió un deseo súbito de reír. ¡Ah, Sedry! Por mucho que cuides de tu persona, eso no evitará tu caída.

Sedry desmontó, abrazó al falso Arzobispo y los hombres de la guardia les aclamaron.

—¡Gespry! ¡Gespry! —Fialla venía corriendo.

Sedry, a punto de montar, se dejó caer al suelo. Sus pálidos ojos de mirada aguda se encendieron al contemplar a la amante del Arzobispo que, con la cabellera suelta, el pecho agitado por los jadeos y el rostro arrebolado, le hizo una breve reverencia.

—¡Gespry! Gracias a los Dioses que te encuentro. Hay mensajes... ¡Ay, un momento...!, mensajes urgentes de Rhames. —Elfrid le tomó las manos, besó la punta de sus dedos y miró al Rey.

—No quiero retener al batallón, Majestad. Os alcanzaré en pocos momentos.

Sedry esbozó un saludo, montó y lanzó el grito de guerra: «¡Darion!». Después partió, a tal velocidad que sus hombres tardaron en alcanzarle.

Toda la atención de Fialla estaba concentrada en Elfrid.

—Gennen. El Príncipe de las Llamas, hacia arriba. El Rey de la Aurora, invertido. La Lámpara. La Torre.

—Rolend marcha sobre Arolet, en el día de hoy —susurró Elfrid—. ¿Algo más?

Fialla negó con la cabeza. Había algo más, sí: el Sacerdote. ¿Gespry, su Gespry, bien y en Darion? No, callaría eso por el momento.

—El Príncipe de las Llamas. Él cabalga con Rolend. —Elfrid se volvió y sus ojos oscuros contemplaron el valle hacia el Suroeste. Su pálido rostro estaba de pronto encendido.

Fialla asintió.

—Por supuesto que sí. Tú se lo pediste.

Elfrid desvió la mirada y volvió hacia Fialla un rostro inescrutable.

—Rolend está libre y Arolet caerá en pocos días. Sedry sigue aquí. Nuestro plan está saliendo tan bien que no puedo creer en nuestra suerte. —Estrechó las pequeñas

manos de Fialla entre las suyas—. Cuídate, Fialla.

—¿Yo? Tú eres quien debe cuidarse, Gespry mío. Ojo con lo que haces. —Fialla retrocedió unos pasos mientras Elfrid montaba y esperaba que Gelc se colocase a un lado, Boresin al otro y Fidric abriese la marcha.

El día era húmedo, sofocante, y no había polvo, como si el aire cargado de humedad no pudiera sostenerlo. Marchham había vuelto a la vanguardia: Elfrid divisaba los colores del viejo Conde y oía con frecuencia el impresionante vozarrón del hombre por encima del farrago de la batalla. Los combatientes aguantaban bien, a pesar del calor agobiante. Pero la humedad afectaba también a los Fegez. Ya no se movían con la misma rapidez que por la mañana. Muchos de ellos se habían despojado de sus pieles y combatían vestidos apenas con un taparrabos que dejaba al descubierto sus cuerpos pintados.

Elfrid se colocó en medio de los beldenianos, que saludaron con una breve pero sentida aclamación el estandarte del Arzobispo.

Se oyó el grito de Grolpet: la fuerza mercenaria se abrió en el centro de la línea, como lo había hecho ya el día anterior y también por la mañana. Los Fegez todavía no habían aprendido a no caer en aquella trampa tan simple, y una vez más se precipitaron en el rectángulo y se detuvieron confundidos cuando los mercenarios los cercaron. Haciendo caso omiso de las furiosas protestas de Gelc, Elfrid estaba siempre en primera línea haciendo buen uso de su arco, hasta que la refriega se hizo demasiado intensa para malgastar más flechas.

Grolpet volvió a gritar; fue un alarido inarticulado. Elfrid se giró con la velocidad de un rayo. El jefe de los beldenianos miraba espantado el largo cuchillo de pesada hoja que le salía del vientre, incrustado entre los anillos entrelazados que reforzaban su cota de cuero. Con un grito terrible, asestó un último golpe de su ancha espada al guerrero Fegez que tenía debajo, antes de caer muerto de su caballo. El Fegez, decapitado, se desplomó sobre él.

Los beldenianos, privados de su capitán, entraron en pánico; los Fegez formaron un grupo compacto y se fueron por donde habían venido. Otros les reemplazaron. La línea mercenaria se desintegró totalmente.

El arco de Elfrid cayó al suelo sin que ella se diera cuenta cuando recogía las riendas de su caballo, lo espoleaba y se abría paso hacia adelante. Adelantó a Fidric antes de que éste tuviera tiempo de entender lo que estaba sucediendo. Elfrid se puso de pie en los estribos y gritó: «¡Belden, a mí!», con una voz que dominó el estruendo de la lucha. Zormerian iba justo detrás de ella; con un vigoroso brazo agitaba el estandarte a manera de señal, y con el otro blandía diestramente una espada beldeniana, corta y de hoja ancha. Elfrid oía a Gelc que profería espantosos improperios a sus espaldas, pero tantos soldados habían respondido a su arenga que su propia guardia no podía acercarse. Sujetó las riendas a la silla y se abofeteó una mejilla donde algo la había picado; espantó con su mano libre otra nube de tábanos al mismo tiempo que arremetía, espada en mano, en el centro de la lucha.

—¡Gespry! ¡Maldito seas! ¡Atrás! —aulló Boresin.

—¡Cuando pueda! —gritó Elfrid en respuesta. Uno de los persistentes tábanos la picó en el cuello y lo espantó de un manotazo furioso. ¡Maldición, hacen daño! Un Fegez caía y otro lo reemplazaba. Elfrid se echó hacia adelante para liberar su espada de un cuerpo y la blandió hacia atrás, en arco. Por el rabillo del ojo veía a uno de los beldenianos avanzar para cubrir su retirada.

—Todavía no, muchacho. Espera que haya un claro detrás de mí y llámame. Yo no puedo mirar.

—¡Sí, Señor!

Los beldenianos se reagrupaban rápidamente, atacaban y cercaban al enemigo.

Elfrid examinó la línea delantera: ¿Era aquél Gelc? Lo era. El guardia personal de Gespry, peligrosamente al descubierto, reorganizaba a los mercenarios. La guerrera sacudió la mano: algo la había picado con fuerza. ¡Por la oreja de Elorra, tendré comezón esta noche!, pensó.

Los bárbaros retrocedieron en desorden, pues Gelc había lanzado contra ellos una compañía de lanceros. Algunos cayeron y el resto huyó tratando con desesperación de abrirse paso a través del cerco beldeniano. Gelc tuvo que gritar las órdenes varias veces antes de que la línea de los mercenarios se abriera. Los que rodeaban a Elfrid empujaron hacia adelante, la arrastraron, y con ella, el estandarte del Arzobispo.

Una aclamación recorrió las filas mercenarias y se propagó hasta las de Darion. Elfrid detuvo su caballo. El muchacho había permanecido junto a ella durante los últimos minutos de endemoniada confusión, y se las había arreglado para abrir un claro para que su Arzobispo pudiera retirarse. Elfrid se hizo a un lado y retrocedió mientras el beldeniano ocupaba su sitio. Sólo entonces se atrevió a mirar a su alrededor. Era su primer momento de descanso en más de una hora.

—¡Dioses, hace calor! —Se apartó el cabello de la frente. La línea delantera estaba tranquila, la lucha se desarrollaba en los extremos. Resistirán, sin embargo. Por lo que veía y lo poco que recordaba, dedujo que no habían perdido terreno.

Las nubes se oscurecían sobre las montañas del Este. No era de extrañar, dada la humedad de la atmósfera. No muy lejos, Sedry descansaba, echado sobre su silla, jadeando. Su guardia le rodeaba en un círculo cerrado. Más allá estaba Fresgkel; un largo corte le atravesaba la mejilla.

Elfrid se golpeó el brazo: algo la había picado dolorosamente. Una lengua de fuego le recorrió la palma de la mano y sus dedos se encogieron convulsivamente.

Levantó la mano y se la miró, estupefacta. Un largo y feo corte recorría la distancia entre la base del pulgar y el extremo opuesto de la muñeca. Tenía la mano insensible. ¡Oh, Dioses, no! Con esfuerzo, presa de un súbito terror, movió la cabeza y se miró el antebrazo.

Una cosa tan pequeña. Como la que Baldyron le había mostrado en la quietud de

la tienda de Gespary. Tres de las cuatro puntas sobresalían de la carne. Éstas (y por el frío que le subía por el brazo, también la que estaba incrustada en el músculo) eran de un marrón moteado. El corte de la mano le ardía. Con un leve gemido, Elfrid se desplomó sobre su silla.

Una mano la agarró por el hombro. Era Fidric, y detrás, un Boresin preocupado.

—¡Gespary! ¿Qué pasa?

—Nada... estoy bien... —consiguió murmurar Elfrid, esbozando incluso una leve sonrisa despreocupada.

—¿Bien? ¡Por la uña de Alayya! —Fidric estrechó su hombro. Su mirada alerta detectó el dardo, lo sacó con su mano desnuda y lo examinó—. ¿Envenenado? —Elfrid asintió y cerró los ojos. Su rostro se contrajo en un esfuerzo por no gritar.

—Está helada, Bor, mi mano...

—¿Gespary? —La cara de Eavon, sombría de preocupación, apareció a su lado. El anciano de la Marca llamó a gritos a un guardia. Tomó la mano de Elfrid y la estrechó con fuerza. Ella reprimió un alarido de dolor. La sangre fluyó entre los dedos—. Tal vez drenemos así algo del veneno. ¿Hace mucho? ¿No? Si es que es el único. Un momento, aquí está.

Con los dedos enguantados, sacó el pequeño abrojo. Se quitó el guante, arrojó el dardo dentro y lo dejó caer en su carcaj, al tiempo que desenvainaba la daga.

—Vuelve la cabeza, hombre —ordenó Eavon con fiereza. Elfrid respiró hondo, cerró los ojos y dejó escapar un gemido mientras la hoja penetraba profundamente, dos veces, en su antebrazo.

Cuando abrió los ojos, deseó no haberlo hecho. Todo estaba borroso.

—¿Qué...? —hizo un esfuerzo, intentó de nuevo la pregunta—. ¿Qué veneno es?

—Belladona, por el color —replicó Eavon—. Pero es un dardo pequeño y no ha penetrado mucho. No morirás.

—¡Belladona, Dioses! —El terror, más que el dolor, paralizaba su mente—. Dicen que la belladona hace hablar a los hombres. Si hablo... —Su mano derecha estrechó con fuerza la de Eavon. El Barón movió la cabeza, y con más seguridad de la que en realidad sentía, afirmó:

—Nosotros te protegeremos.

—Sedry...

—No pienses en el Rey. Ven, debemos llevarte al campamento. La belladona no te matará, pero éste no es lugar para ti.

Gelc, alertado por el grupo que se había congregado alrededor del estandarte del Arzobispo, se abrió paso y se acercó. Eavon llamó a tres de sus hombres, tomó con firmeza las riendas de Elfrid, y empezó a conducirla hacia el campamento.

No era tarea fácil: los Fegez habían recibido un duro golpe, pero todavía quedaban muchos detrás de las líneas. Elfrid se aferraba desesperadamente a su

montura, tratando de no mirar nada con detenimiento, porque todo lo que veía parecía cambiar sutilmente de forma, convertirse en algo solapado y terrible.

La espada de Gelc atravesó la garganta de un Fegez, y un chorro de sangre se elevó ante ellos. Elfrid dejó escapar un grito de horror y cerró los ojos.

¿Qué me pasa, qué...? Cada vez le resultaba más difícil pensar, recordar quién era, qué era. La voz de Eavon le llegaba a los oídos, reconfortante, aunque se desvanecía de vez en cuando. ¿Sería la droga?

—Relájate si puedes, amigo mío. Conozco la belladona. Relájate, deja que siga su curso, no trates de combatirla. Eso sólo lleva a la locura.

Locura. Una palabra para reflexionar.

—¿Fue esto lo que llevó a mi Padre a la locura?

—Shhh... No, no pienses en ello. No temas. Te llevaremos sano y salvo a la tienda. Fialla está allí.

—Fialla...

—Eso es, piensa en Fialla —murmuró Eavon. De pronto añadió en voz alta—: ¡El Rey!

—¡Maldición! —ladró Gelc entre dientes. Tenía el cabello pegado a la frente y a la nuca—. Si viene con nosotros...

—¿Puedes tú impedirselo? —preguntó, áspero, Boresin. Gelc fulminó a su camarada de armas con la mirada, y se acercó todavía más al falso Arzobispo.

—Será mejor que aminoremos el paso —aconsejó Fresgkel con calma—. Dejemos que nos alcance. Sedry sospecha de todo el mundo, y no debemos hacer que sospeche de Gespary.

—¡Dioses, no! —murmuró Gelc para sí.

Elfrid se enderezó con esfuerzo y se obligó a abrir los ojos. ¿Por qué me miran de ese modo? ¿Qué les he hecho, para que me miren con miedo?

—No tengáis miedo, soy yo —dijo con un hilo de voz. Gelc le estrechó la mano y se obligó a sonreír para tranquilizarla.

—Gespary, querido amigo, tememos por ti. Estás enfermo. ¿Podrás llegar al campamento?

—Campamento. —Elfrid tragó saliva con visible esfuerzo, se irguió—. Gespary —murmuró para sí—, yo soy Gespary, Arzobispo de Rhames. Por supuesto que puedo —añadió en voz algo más fuerte. Una débil sonrisa se dibujó en sus labios—. ¡Sólo ha sido un rasguño, pero estas sanguijuelas mías lo han convertido en una herida! —Eavon festejó la broma con una sonrisa, pero su mirada permaneció muy preocupada.

—Claro que puedes llegar al campamento, Gespary. Es sólo un rasguño, como dices. Nosotros estamos aquí para ayudarte y protegerte contra los salvajes. —Elfrid cerró los ojos. Era mejor no mirar a nadie: sus caras se desdibujaban como si estuvieran bajo el agua, se tornaban malvadas, pérfidas. Pero... algo... ¡por supuesto!

—Fresgkel, ¿no te da vergüenza? debes decir Fegez —susurró. Consiguió una débil sonrisa. Eavon rió, más animado. Abrió la boca para regañar en broma a su compañero, y aliviar la tensión, cuando oyó unos cascos de caballo detrás de ellos. Giró la cabeza y la volvió a girar para aferrar la pierna de Elfrid.

—Atención, Gespry, Arzobispo de Rhames —la voz baja y grave pronunció las palabras con cuidado—. Viene el Rey.

—El Rey... —Elfrid frunció el ceño. De repente, tenía la mente en blanco. ¿Quiénes eran aquellos hombres?—. ¿El Rey? ¿Mi Padre? No, no puede estar aquí, se ha vuelto loco... —Las últimas palabras se perdieron en un gemido cuando Gelc le apretó con fuerza la mano lastimada.

—¡Ten cuidado con lo que dices! —siseó Eavon. No tuvo tiempo de decir nada más. Sedry se acercaba. Elfrid asintió y cerró los ojos. Sintió que su caballo se movía de nuevo y se arriesgó a mirar. El campamento, que momentos antes parecía estar a poco más de doscientas yardas, retrocedió hasta perderse de vista.

—No podré —murmuró. Nadie pareció haberla oído. Una voz familiar se abrió paso a través de sus lóbregos pensamientos. Conozco esa voz; ¡oh, Dioses, no, Sedry no! De Gespry no quedaba nada: una Elfrid aterrorizada se acurrucaba sobre la montura.

Una mano se apoyó ligeramente sobre su hombro derecho, que ahora le dolía a medida que la belladona se extendía por el brazo.

—Gespry, amigo mío, ¡decidme que no estáis malherido!

Gespry, yo soy Gespry. Soy el Arzobispo de Rhames, Gespry. La letanía la invadía, tranquilizadora, derrotando por un momento al veneno. Abrió un ojo y se encogió con un débil grito de terror. La cara del Rey estaba a pocos centímetros de la suya.

Sedry retrocedió, sobresaltado y confuso. Gelc se acercó a Elfrid y murmuró a su oído palabras de sosiego y aliento, aunque jamás se había sentido menos dispuesto a hablar de ese modo. De hecho, nunca más pudo recordar lo que había dicho. Eavon, acostumbrado a tratar con los venenos de los Fegez, se sacó el otro guante, tomó el lóbulo de la oreja de Elfrid entre el pulgar y el índice y le dio un pellizco salvaje.

—No es una herida mortal, Majestad —estaba explicándole Gelc al Rey. Alguien, razonó disgustado, tenía que hacerlo; el Barón estaba ocupado y Gespry... ¡Maldición! Gespry había perdido la razón. Dioses, ¿por qué habrían ido allí? Por los menos, sus temores no se traslucieron en su voz—. Pero el dardo estaba envenenado, y encima se ha cortado la mano con él.

—¿Vivirá? —preguntó Sedry, ansioso. Gelc se encogió de hombros y asintió, sombrío. Al otro lado, Eavon le hablaba a Elfrid al oído.

—Gespry, escúchame, éste es el Rey de Darion, el Rey Sedry. —Otro pellizco, más suave, en el lóbulo de la oreja. Los ojos grises buscaron los del Barón de la

Marca. Eavon reprimió un suspiro de alivio cuando vio en ellos la luz de la consciencia. Elfrid se las arregló para dedicarle una pobre sonrisa al Rey.

—Majestad, mis excusas...

—No es necesario, Excelencia —dijo Sedry. Su expresión ya no era de alarma, sino de preocupación—. Si necesitáis mis médicos, mis doctores, cualquier cosa...

—No, os lo agradezco. Sólo Fialla... —Cerró la boca con firmeza y se mordió el labio inferior por miedo a decir algo, cualquier cosa, que pudiera despertar las sospechas del Rey. Cerró de nuevo los ojos, porque el paisaje tomaba una intensidad de color y de formas que la aturdían.

—Tengo algunos antídotos, Señor —dijo Eavon. Sedry frunció el ceño un instante: había recordado que no se encontraba en buenos términos con él. Eavon pareció recordarlo también, y se produjo un silencio tenso, hasta que Sedry decidió aflojar, demasiado preocupado por el hombre herido que se encontraba entre los dos. ¡Si Rhames fuera a morir en Darion...! Un terror frío le invadió. Pero no, si alguien sabía de venenos de los salvajes, ése era Eavon. Por lo menos en eso sí que podía confiar en el anciano.

Se le hizo un nudo en la garganta al contemplar la delgada figura del Arzobispo, que luchaba por mantenerse erguido. Le gustaba aquel hombre, más que muchos a los que conocía. Pero si moría en Darion... Sedry apartó el pensamiento. Sus finos oídos captaban palabras sueltas:

—Un poco más y podremos descansar. No temas, cuidaré de ti. —El Arzobispo murmuraba para sí mismo. ¿Pero qué decía? Sedry se acercó más.

Gelc volvió un rostro preocupado hacia el Rey. También a él se le había formado un nudo en la garganta.

—Se repondrá, Rey Sedry. Sólo necesita descanso...

Sedry hizo un esfuerzo y dejó de prestar atención al entrecortado murmullo de Elfrid. Luchó contra aquella extraña sensación de alerta en sus sentidos internos, que volvía ahora con más fuerza que nunca. ¿Qué había en el Arzobispo de Rhames que desencadenaba en él aquel sentimiento de familiaridad? Después miró al soldado tan visiblemente preocupado y se avergonzó de sus divagaciones.

—¿Cómo se cortó la mano?

—No lo sé. Fresgkel le hizo una sangría. A mí no se me hubiera ocurrido —respondió Gelc. Al otro lado, oía a Elfrid murmurar:

—Los pájaros, sabía que vendrían. Lo sabía, él no quiere que lleguemos al mar. —Eavon aferró a Elfrid del hombro, como sujetándola para que no cayese del caballo y se alejó algunos pasos. Gelc casi podía oírse sudar. ¡Alayya, Elorra, hazla callar! De algún modo consiguió mantener la conversación con el Rey, apenas consciente de lo que decía: Sedry habría necesitado cuatro orejas por lo menos para escucharles a él y a Elfrid al mismo tiempo. Fidric, alertado por aquel sexto sentido que les hacía tan

buenos camaradas de armas, se acercó también para ayudar a Gelc a distraer al Rey.

Avanzaban con mayor lentitud a medida que el veneno hacía efecto. Elfrid se tambaleaba en la montura, se apoyaba en Eavon y terribles escalofríos y dolores le recorrían el cuerpo. Ya no recordaba quién era, ni dónde estaba. Le dolía el brazo, y la mano izquierda le ardía cuando rozaba cualquier cosa.

Fresgkel la sostenía ahora con la delicadeza con que habría sostenido a un niño, y le hablaba sin cesar, en un murmullo sedante. Los sonidos se volvían palabras de nuevo y se enlazaban para tener un poco de sentido.

—Ya estamos llegando, Gespny. Todo irá bien, Gespny, créeme. Es un poco de veneno de los salvajes, pero no suficiente para dañarte, Gespny.

Gespny. Ese soy yo. Soy Gespny, Arzobispo de Rhames. Tengo que recordarlo, recordarlo aunque el mundo se venga abajo.

Un estremecimiento de terror recorrió el delgado cuerpo mientras Sedry impartía órdenes a gritos: dos hombres correrían al campamento, para avisar a Nolse de su llegada y a Fialla de la del Arzobispo.

—El Rey está preocupado por ti, Gespny —la tranquilizó el hombre de la Marca—. La ira que sientes en su voz se debe a su preocupación por ti.

—Le tengo miedo —fue la respuesta, susurrada y trémula—. Le mentí a Fialla. Dije que nunca le había tenido miedo a Sedry, pero es mentira. Le tenía miedo cuando era pequeña y todavía le temo ahora. Me odia, siempre me ha odiado.

—Shhh... —la tranquilizó Eavon, echando un vistazo preocupado a su alrededor e intercambiando una mirada con Gelc. El hombrecillo estaba aterrorizado, pero se las arreglaba. Sólo alguien que le conociera bien se hubiese dado cuenta de ello. Gelc se dedicó de nuevo a distraer al Rey. Eavon volvió su atención a Elfrid—. No, no le temías, ni le temes ahora. Tú eres Gespny, Arzobispo de Rhames. ¿A quién habrías de temer?

—Yo soy Gespny. —El susurro fue aún más débil.

El delgado cuerpo se desplomó y Fresgkel, que había asistido a muchos hombres envenenados con belladona, reconoció la segunda fase: un breve período de lucidez en el que parecía que la droga había terminado su efecto. ¡Quieran los Dos que dure hasta que estemos a salvo en el pabellón de Gespny!

La mirada de Sedry se clavó en el que conocía como el Arzobispo y después se desvió, como casualmente. No estaría de más, pensó el Rey, probar... un poco. Apretó los dientes, resuelto, y se acercó.

Extraños pensamientos se agitaban frenéticamente en la mente de Elfrid: diminutos seres, más pequeños que las moscas del campo de batalla, hormigueaban debajo de su piel. Tragó en seco, controló las ansias de arrancarse los brazos, pues reconocía los efectos de la belladona. El aire era tan húmedo que costaba respirar. Por un aterrador momento, sus pulmones se paralizaron. Tuvo que concentrarse,

concentrarse con la fuerza de la desesperación, para que volvieran a inspirar y expirar. Pero de pronto se olvidó de sus pulmones: otro pensamiento rozaba su mente. Y no era suyo, y tampoco de la droga. ¡Cómo se atreve! La pura furia que sintió le dio una fuerza que no habría podido encontrar de otro modo; sus escudos mentales se levantaron firmes y permanecieron en su sitio.

Por encima del guardia del Arzobispo y de su Barón, Sedry echó una mirada penetrante y repentina al cuerpo herido de Elfrid. Pero Gelc le distrajo antes de que pudiera intentar la Adivinación por segunda vez.

Cruzaron los terraplenes. Eavon y Gelc sostenían a Elfrid, ya totalmente indefensa, y Fidric guiaba su caballo. Soldados horrorizados les contemplaban al pasar. Vadearon el río. Cuando volvieron a pisar tierra firme, un trueno retumbó, ominoso, a lo lejos.

Fialla lanzó un grito: Elfrid casi se había caído del caballo en los brazos del Barón de la Marca. La joven se tambaleaba en la silla.

—¿Por qué estamos aquí? ¿Es aquí donde mi Padre...? ¡No, no puede ser, él está loco, no puede estar aquí! —Gelc desmontó de un salto y le echó una rápida mirada al Rey que, con los ojos abiertos de consternación, trataba de oír, de entender, las palabras del Arzobispo.

Se hizo un silencio. Elfrid se apretó la mano herida, lentamente, con deliberación. El dolor aclaró su mente, y miró, sorprendida, a su alrededor. ¡Qué asustados están! ¡Por mi causa! ¡Y Sedry...! ¡Dioses! ¿Intentó la Adivinación conmigo? ¿Sospecha de mí, o fue mi propio miedo el que me traicionó? ¡Alayya, Elorra! ¿Qué he dicho y qué he pensado? La belladona se arremolinaba, terrible, por sus venas. Esto no puede ser lo peor, ni siquiera mi propia muerte, sino la de todos ellos...

La mirada asustada de Fialla se cruzó con la suya. Cerró los ojos y se aferró a la montura.

—Ayúdame —susurró, en voz tan baja que sólo Eavon la oyó. El anciano asintió con un leve gesto; levantó el puño y golpeó a la joven guerrera justo debajo de la oreja. Fialla gritó al verla caer y se echó sobre Elfrid que yacía inconsciente.

—¿Qué habéis hecho? —Zorec, que les había seguido sin ser advertido, se abrió paso entre los guardias atónitos.

—¿Yo? Nada —replicó Eavon con calma—. Excepto ahorrarle una parte de los sufrimientos que todavía le esperan. —Su mirada pasó por alto al mercenario y se clavó en Sedry. El Rey estaba blanco de ira, pero el Barón, en aquel momento, era su igual—. ¿Habéis visto alguna vez a un hombre debatirse en los horrores de la belladona, Señor? ¿Y vosotros, le habéis visto? Yo sí, yo he visto a hombres morir de esto, o volverse completamente locos.

Fialla lanzó un alarido con el rostro oculto en la blanca cabellera. El anciano de la Marca se apresuró a arrodillarse junto a ella.

—No morirá, Señora, os lo prometo. Pero el veneno le tendrá en sus garras hasta mañana por la noche, por lo menos. —Volvió a pasear la mirada por los consternados testigos—. ¿Cree alguno de vosotros que él no me agradecerá lo que he hecho?

—Perdonadme. —Fialla habló entre sollozos. Las lágrimas corrían por su cara—, habéis hecho lo mejor.

—No, querida Fialla —replicó Eavon con gentileza—. Sólo hice lo que pude. Ven, Boresin, amigo mío. Ve con mis muchachos. Korvegken, busca mi bolsa de antídotos, todos. Dásela a Bor, que vuelva con ella. Y ahora, vamos, le llevaremos adentro. —Boresin obedeció con tristeza, y se alejó con los hombres de Eavon.

Sedry se abrió paso y se arrodilló junto a Fialla. Por una vez, no estaba borracho en su presencia; y la preocupación por Gespary había apartado de él todo pensamiento que no fuera para el Arzobispo herido. Era su amigo, un hombre al que conocía y quería. Se sintió más avergonzado que nunca de sus dudas. ¡Por supuesto que un sacerdote podía intuir la Adivinación y rechazarla! ¡Y además con razón! Y si Gespary, su buen amigo Gespary, moría...

—Si necesitáis cualquier cosa que yo pueda tener, mi dulce Dama, pedidla. Y si es algo que no tengo, lo conseguiré, os lo juro. ¿Lo recordaréis?

Fialla asintió; con un sollozo se llevó el pañuelo a los ojos y consiguió susurrar un agradecimiento.

—No hay nada que agradecerme —respondió Sedry—. Si pudiera hacer más, lo haría, creedme. —Palmeó la mano de la joven y después, en un torpe e inhabitual gesto de afecto, acarició el rostro del Arzobispo. Gelc y Fidric levantaron el cuerpo inconsciente de la mujer. Fialla les siguió como una sonámbula.

Sedry se volvió y les indicó a sus hombres, con una señal, que le acercaran el caballo. Se frotó la barbilla pensativo. ¡Dioses!, ¿qué había estado farfullando Gespary? Locura, bestias salvajes, pájaros que atacan. ¡La belladona debía convertir la mente en un infierno! Sedry se estremeció. Y de pronto se paró en seco, tan súbitamente que sus hombres le miraron alarmados. El Rey sintió que un frío le corría por la espalda.

Con un gesto alejó a los guardias.

—Volved al campamento, yo iré después. —Giró en redondo, mientras los hombres cruzaban el río, vio a Zorec, que esperaba junto a un grupo frente al pabellón azul y oro, llamó su atención, y con un gesto, le señaló que se acercara.

Su mano volvió de mala gana a su barbilla. Sentía comezón, malditas moscas. Peor aún; necesitaba con urgencia un buen afeitado. También lo necesitaban todos sus hombres, o por lo menos los que no usaban barba. Y también el viejo que en aquel momento se inclinaba ante él: sus mejillas y barbilla estaban cubiertas de cortos pelos grises, igual que los de su abundante y corto bigote.

Las mejillas de Gespary, en cambio, aunque Sedry acababa de ver en ellas una

barba tan dura como la suya, estaban lisas y suaves, como recién afeitadas.

—¿Excelencia?

El hombre tenía un fuerte acento, pero el dialecto era comprensible. Sedry, por lo general muy puntilloso con las formalidades, ignoró el uso erróneo del tratamiento. De repente había cosas mucho más importantes.

—Ya habías servido con Gespry antes.

—Sí, vuestra Excelencia. Dos veces he servido. Cuando los Señores de la Costa tenían problemas con los piratas, la primera vez que él fue a Belden. Y después, en Megen Cove. Yo estaba a bordo del Rompeolas con él...

—Claro, claro —interrumpió Sedry con brusquedad—. Y ahora dime... —Sedry vaciló—. Gespry... ¿siempre ha sido barbilampiño?

—¿Quién? ¿Gespry? Siempre está bien afeitado, sí, siempre lo está.

—Me refiero a otra cosa —interrumpió Sedry. Alejó al viejo del pabellón del Arzobispo—. No tiene barba, no tiene barba alguna. Mira mi cara, tócate la tuya, hombre. ¡Gespry no tiene barba!

—¡Sí que tiene! —gritó indignado el viejo beldeniano. Sedry hizo un gesto tal de furia que el hombre enmudeció.

—¡Apariencia, sólo apariencia! ¡Su barba es una farsa, su cara es lisa como la de una muchacha!

—¡Oh, Dioses! —Para estupor del Rey, los ojos de Zorec se llenaron de lágrimas. El anciano se volvió para enjugarlas con torpeza.

—¿Qué pasa? —Sedry observó de reojo que un jinete pasaba cerca. Era Boresin, que volvía del campamento de Darion, con una pequeña bolsa de tela roja aferrada en la mano—. ¿Qué pasa? ¿Algo anda mal?

—Me lo temía —contestó Zorec, con una voz sin tono—. Me pareció tan raro desde el principio. Como..., ¡como si no fuera Gespry en absoluto!

—¿Como si...? —repitió Sedry, cada vez más alarmado. Zorec, inmerso en su propio dolor, continuó:

—Está más delgado y el pelo se le ha puesto blanco. —Hablabla con esfuerzo—. Siempre parece que tiene que obligarse, que probarse. Muy diferente de Gespry. Y tan tenso. Para mí que no se siente bien. Anoche le pregunté qué le pasaba. Sabía que había algo raro. Pero no quiso decirme nada, sólo me recordó que había sufrido heridas graves.

Se volvió hacia el silencioso y tenso Sedry.

—Eso ya lo sabía. Gespry tendría que haber muerto aquella noche. Tenía los huesos quebrados, el espinazo retorcido, las entrañas a la vista. Además se quemó, tuvo quemaduras horribles. Pero nunca me imaginé...

—¿Qué? ¿No imaginaste qué? —preguntó Sedry con un esfuerzo supremo para no gritar.

—Bueno... ¿Por qué otra cosa puede dejarle de crecer la barba a un hombre? Él siempre tenía una barba incipiente después de un día de batalla... como vos, como yo. —Se le nublaron los ojos—. ¡Pobre Señora Fialla! Hace tres años que es su amante sólo de nombre. —Dejó escapar un fuerte suspiro—. El mástil, Excelencia. Le castró.

—¿Gelc? —Apenas fue un susurro, pero el soldado estaba alerta. Elfrid, el rostro casi tan blanco como su cabello, hizo un débil intento de incorporarse sobre un codo, pero volvió a caer. Gelc se acercó.

—Aquí estoy —respondió—. ¿Cómo te sientes?

Elfrid cerró los ojos.

—He tenido días mejores. —Abrió un ojo y le echó una breve mirada al soldado. Una leve sonrisa le curvó los labios—. Ya vuelves a ser tú. Ya no pareces un monstruo.

—Bien. ¿Quieres agua? —Elfrid asintió—. Fialla está recorriendo el campamento con la Adivina, para asegurarles a los mercenarios de que no morirás. —Sirvió agua en una copa. La guerrera aceptó agradecida que la sostuviera con un brazo mientras bebía. Luego, con un suspiro, se tendió de espaldas—. Los Fegez atacaron justo antes de que empezara la tormenta. —Gelc no necesitaba palabras para saber cuál hubiera sido la pregunta de su compañera—. No es que quedaran muchos para entonces. Dicen que los hombres se enfurecieron cuando te sacamos del campo. Los salvajes no tenían ninguna posibilidad de éxito. Algunos de sus jefes se reúnen con el Rey esta mañana, para negociar una tregua.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —Elfrid se palpó el brazo con cuidado. La mano izquierda estaba envuelta en un grueso vendaje. La sentía rígida pero no le dolía, excepto cuando trataba de cerrar el puño. El brazo sólo le dolía donde Eavon la había sangrado.

—Casi dos días. No —añadió en un tono sin réplica—, no te muevas. —Con un suave empujón, la obligó a recostarse de nuevo—. Debes quedarte aquí. Fresgkel dice que la belladona debilita a un hombre, más allá de lo que le hace a su...

—Si me quieres —dijo Elfrid con un hilo de voz—, ¡no me hables de belladona! —Se miró la mano vendada, con aire pensativo—. ¡Dos días!

—Es el tiempo que ha hecho falta para que eliminaras el veneno. Ha sido una suerte para todos que Fresgkel estuviera cerca. De lo contrario, hubieras muerto. No. Tienes que quedarte aquí. Estás débil, y podrías enfermarse. Y, además, no es conveniente que los salvajes te vean. Cretony me contó que creen que eres un espíritu ancestral.

—Espíritu ancestral... ¿Qué es eso? —preguntó Elfrid, dominada por la curiosidad.

—El Gran Señor de los Reyes, o algo así. Parece que pocos de sus hombres llegan a tener edad para tener cabellos blancos, como los tuyos. Y los que llegan, no participan en las batallas. Según sus creencias, pues, tú no eres un ser viviente.

Elfrid rió.

—No puedo creerlo. Pero si trataron de matarme...

—¿Y qué? Por probar... Pero si te vieran ahora, eso podría perjudicar las negociaciones de Sedry. —Le pasó la mano por la frente para apartar los cabellos húmedos—. Fialla ha dejado caldo sobre el fuego; deberías tomártelo.

—Supongo que sí. Pero espera un momento. —Elfrid se puso de lado y se apoyó con cuidado en un codo—. Dime qué ha pasado. No recuerdo casi nada, excepto que Sedry estaba con nosotros. De eso sí me acuerdo. Y Fresgkel trataba de mantenerme apartada de él. Yo tenía miedo, de eso también me acuerdo, porque cuando abría la boca salían palabras, aunque yo no quisiera. —Cerró los ojos—. ¿Qué dije?

—¡Dioses! —exclamó Gelc desesperado—. ¡Qué no dijiste! Pero —añadió rápidamente al ver la expresión en la pálida cara de Elfrid—, nosotros entretuvimos tan bien al Rey que oyó poco o nada. Y debo reconocer que hablabas en voz baja. Eavon hizo lo que pudo, que fue bien poco, pero yo juraría que Sedry no oyó nada que no debiera.

—¡Ahhh! —con un suspiro, la joven se relajó y cerró los ojos—. Creo que podría comer algo, Gelc. —Pero cuando el guardia volvió con una escudilla en equilibrio entre las manos, ella se había vuelto a quedar dormida.

Las negociaciones proseguían al otro lado del campamento, en el amplio prado pisoteado frente al pabellón del Rey. Sedry estaba sentado en su sillón de alto respaldo, y un palio azul claro le protegía del sol. Nolse estaba en pie detrás de él, y dos de sus guardias personales se mantenían cerca. Junto a su rodilla derecha, había una bandeja con vino y una fuente de dulces.

No muy lejos, en sillas y taburetes trasladados desde la tienda del Rey, estaban sentados los testigos de las negociaciones por la parte de Darion: Marchham a su derecha, y más allá, Eavon. Aunque Sedry estaba disgustado con el Barón, no se atrevía a dejarle fuera de las negociaciones, ya que había salvado la vida del Arzobispo. Y lo que era igualmente importante, los Fegez le conocían y habían reclamado su presencia. Ya se sentían ofendidos por la ausencia de Korent, y Sedry no se atrevía a insultarles más aún.

Otros dos Barones de la Marca ocupaban sus sitios junto a Eavon: Ambersody, y a su lado Woldeg, con aire de sonámbulo y el cabello corto en señal de duelo por sus hijos. ¡Por los Dos, mis Barones son tan bárbaros como las bestias! pensó Sedry.

Los beldenianos no tenían mejor aspecto. Sevríc, ahora jefe del ejército de Belden, llevaba una ancha banda roja en la manga. De ella pendía la galonada cabellera de guerra de Grolpet. Algo apartados, dos de sus lugartenientes habían ceñido paños rojos a sus propias cabelleras de guerra y a las empuñaduras de sus espadas.

Los Fegez estaban agrupados, sin orden alguno, a la izquierda de Sedry. Vistos de cerca, a la luz del día y desarmados, podrían haber pasado casi por hombres

normales: el mismo Eavon estaba más tostado por el sol que muchos de ellos. Los más jóvenes mantenían un aspecto de berserkers, guerreros escogidos, fuertes y feroces, de quienes se decía que luchaban bajo el efecto de drogas y que poseían la facultad de cambiar de forma a voluntad, o de transformarse en lobos. Tenían cabelleras hirsutas y vestían capas de pieles y pantalones toscamente tejidos y bordados, adornados con cuentas. Casi todos tenían tupidas barbas. A uno o dos sólo se les veían los ojos, dos oscuros puntos brillantes en medio de una maraña de pelo. Los ojos no eran del todo humanos. Al mirarlos, no resultaba difícil creer en los cambios de forma.

Los mayores, por el contrario, iban ataviados con sencillez, con pantalones que podrían haber sido confeccionados con hilados de Darion o de Genneldry. Sus camisas también eran simples, aunque llamativas. Sólo uno, el de más edad a juzgar por su pelo blanco, sujetaba la abundante cabellera con una correa de cuero, a la manera de los Barones de la Marca. Los otros dos tenían los cabellos grises recortados a la altura de las orejas. Los tres iban afeitados.

Afeitados... Sedry se acarició la barbilla, afeitada hacía menos de una hora y tan suave como la piel de la joven Juseppa. Le resultaba difícil concentrarse en las negociaciones, y contaba con Nolse para mantenerse al tanto de los numerosos puntos conflictivos de la conversación, y para que le avisara cuando se hacía un silencio incómodo y los hombres se volvían hacia él.

¡No podía pensar! ¿Tendría razón el viejo mercenario? ¿Había perdido Gespry su virilidad en Megen Cove? En ese caso ¡pobre Dama Fialla! Pero no, ella no tenía ese aspecto. Sedry más que nadie conocía bien la expresión de las mujeres cuyos hombres ya no satisfacen sus necesidades. No. Y tampoco tenía ella la actitud de esas que buscan a otros hombres. Sedry también conocía a ese tipo de mujer, y se sentía poderosamente atraído por Fialla... ¡Basta! ¡Se habría dado cuenta!

¿Por qué el Arzobispo, aun tan drogado como lo estaba, había mantenido un control tan fuerte sobre sus pensamientos? Como si estuviera asustado. ¿Asustado de mí? ¿Pero por qué? ¿Qué sabe él que yo no deba saber? Cuestiones sacerdotales, claro. Pero en la situación de Gespry, en aquel momento, las cuestiones sacerdotales no podían importar tanto. No, había tenido miedo, ocultaba algo. ¿Por qué otro motivo reaccionaría un hombre tan prestamente contra la Adivinación?

Las palabras del viejo soldado daban vueltas en su cabeza, tal como lo habían hecho aquellas dos últimas noches que había pasado en blanco, los ojos clavados en el techo de su tienda, que se ondulaba con la brisa nocturna.

«... Como si no fuera Gespry...».

¿Si no fuera Gespry? ¡No era posible! Y sin embargo... Se movió en su asiento, sobresaltado por un leve toque y una palabra susurrada por Nolse, intercaló un comentario en la ya acalorada discusión y añadió otra observación cuando las cosas

se calmaron y Eavon traía a colación otro punto. ¡No! ¿Cómo podría un hombre personificar a Gespry de Rhames? ¡Un hombre tan conocido como él! ¿Y por qué?

¿Por qué? Bueno, aquel punto era fácil de responder. El hombre había sido herido de gravedad, todo el mundo lo sabía. Tal vez los rumores fueran ciertos, tal vez hubiera muerto y sus seguidores hubieran decidido mantenerle vivo. Pero encontrar otro hombre que se pareciera a Gespry, por lo menos tanto como para que la magia sacerdotal reforzara aquella apariencia...

Sedry volvió a la realidad una vez más para dirigirse al anciano jefe y repetir las palabras de la lengua bárbara que Nolse le susurraba al oído. Excelente: el anciano asintió y se volvió para conferenciar con sus compañeros. Pero el diálogo interior del Rey seguía, febril. Sedry nunca había visto al Arzobispo en persona, hasta esta campaña contra los bárbaros. Nadie en Darion conocía al Gespry de antes de Megen Cove, pocos le conocían en absoluto, excepto, como Sedry, por su reputación. Los aliados beldenianos de Gespry no le habían visto desde hacía tres años, y en tres años un hombre podía cambiar mucho. Según el viejo sargento, de hecho había cambiado. Pero si no era Gespry, ¿quién sospecharía? Lo único que debía mantener igual era su altura, su porte, su estilo de lucha, su habilidad con las armas. ¿Quién entonces se atrevería a negar que aquel hombre fuese Gespry, Arzobispo de Rhames? Nadie podría ver en él sino a Gespry, con sus conocidos guardias personales, su amante, su Lectora de Tarots.

¿Y si no fuera Gespry? Sedry se encogió de hombros mentalmente. Podía ser cualquiera. Cualquiera, quizá, que tuviera más o menos la misma constitución física. Además, ¿quién era él para decir cuan limitados eran los Dones sacerdotales? Desde ese punto de vista, muchos hombres, hasta en su propia familia, eran así de altos y delgados. Baldyron, por ejemplo, aunque no tan delgado. El segundo hijo de Ambersody, incluso Rolend. Sí, hasta la Bastarda tenía una figura muy parecida la última vez que él la había visto.

Nolse le tocó en el hombro y Sedry parpadeó y se concentró en los tres ancianos Fegez que se aproximaban. No se inclinaron, pero tampoco esperaba que lo hicieran. Aquello era una tregua, no una rendición. Aunque el resultado era el mismo: él no perdía tierras en el acuerdo; y ellos no perdían nada que no les hubiera sido tomado seis años antes. Mientras los jefes se despedían, Eavon tradujo con lentitud de la lengua común a la lengua bárbara; y a la inversa cuando Sedry respondió. Volverían al amanecer del día siguiente. El Rey estaría complacido de recibirlos. Los Fegez se volvieron, marcharon con paso resuelto hacia sus caballos y cabalgaron hacia el Este, rumbo a su campamento, sin mirar hacia atrás. Sedry les siguió con la mirada sin verles y sólo reaccionó para seguir a Nolse de vuelta a su pabellón. Suspiró, se echó sobre unos mullidos cojines y esperó que su escudero dejara caer la cortina de la entrada.

—¿Vino, Señor? Tenéis aspecto de haber dormido mal.

Nolse le acomodó los almohadones, salió y volvió momentos después con una jarra sellada y dos copas. Sirvió y bebió un poco antes de servirle también al Rey.

—Hablé con los hombres de Gespary antes de las negociaciones —dijo, tendiéndole una copa a Sedry—. Dicen que Rhames ya podrá levantarse mañana.

—Bien. Si hubiera muerto aquí... —Sedry apartó su copa intacta y miró al escudero—. Nolse...

—¿Señor?

Sedry jugueteó con sus anillos, convocó una bola de Luz Difusa y la dejó apagarse. Se sentía molesto, no estaba seguro de querer hablar, pero al mismo tiempo tenía miedo de no hacerlo.

—Decía cosas raras cuando le trajimos de vuelta al campamento. ¿Te lo conté?

—Sí, Majestad. —Nolse se dejó caer en el único asiento que quedaba en la tienda, un sencillo taburete de tres patas—. Era la belladona, Majestad. Yo nunca he tenido la desgracia de que me atacara, pero mi hermano sí. Durante tres días y tres noches vio monstruos; y nunca volvió a ser el mismo.

Sedry dejó de lado la observación de Nolse con un gesto de impaciencia.

—El Arzobispo no veía monstruos, excepto en mí. Gritaba de terror cada vez que me miraba. —Se contempló las manos, absorto—. Sólo a mí.

Nolse frunció el ceño un instante y sacudió la cabeza:

—También puede ser la belladona, Majestad. Jansek me contó después que cuando miraba a cualquiera de nosotros, le parecíamos extraños, seres malvados. Como si detrás de nuestras sonrisas estuviéramos conspirando y pensáramos abalanzarnos sobre él y asesinarle de la manera más horrible... Algo así. —Terminó de manera poco convincente—. Nunca pudo explicar bien lo que había sentido.

—No, él... —Sedry pidió su copa, la vació de un sorbo y la empujó hacia Nolse para que volviera a llenarla. Por algún motivo, no podía admitir en voz alta la idea de que había tratado de leer la mente de un Arzobispo de los Dos, ni siquiera a Nolse. Había un momento, estaba seguro, en que hasta Nolse se echaría atrás—. Tal vez sea yo quien vea conspiraciones donde no existen. Pero estaba raro, Nolse, muy raro. Todavía no lo entiendo y tampoco puedo expresarlo con palabras. Hasta sus propios hombres, no sé, Eavon estuvo todo el tiempo inclinado sobre él; aunque como tú dices, Gespary no se atrevía a mirarles porque estaban cambiados ante sus ojos. Conmigo, sin embargo... Gritaba cuando sus ojos se posaban en mí, no quería verme en absoluto.

—Tal vez no sea nada, Majestad —aventuró Nolse—. Aun cuando viese en vos algo terrorífico, ¿qué podría eso significar?

—No lo sé. Y sin embargo...

—¿Qué pensáis, Señor?

—No sé qué pensar —gritó Sedry—. Desde que su Adivina me hizo aquella advertencia, ¡por los Dos! ¡Hubiese preferido no saber nada! ¿Cuál de ellos es, Nolse? ¿Quién es el que conspira contra mí? ¿Quién quiere arrebatar me el trono de Darion? ¿Además de Hyrcan?

—Nadie, mi Señor, lo sabéis bien.

—No —susurró Sedry—. Me hizo la misma lectura ayer por la noche: conspiran contra mí. Cometí un error con Bal, pero no tenía elección posible. Mi destino está sellado.

—Con vuestra venia, Majestad, no es así.

El Rey se encogió de hombros. De repente vació su copa y la señaló para que Nolse la llenara.

—Oh, en ese sentido no, desde luego. ¿Que mis actos estén predeterminados, que no sea posible cambiarlos? No. Pero estoy acorralado, mis posibilidades disminuyen, están conspirando contra mí, todos, y yo no veo...

—¿Quién se atrevería a desafiaros, ni con una mirada? —exclamó Nolse—. ¡Ninguno de ellos! Nadie conspiraría contra vos, mi Rey, nadie sería tan estúpido. Vuestros barones, todos vuestros nobles, el vulgo... todos saben que no toleraréis lo más mínimo. Y no se atreven a nada. ¡A nada!

—Sí, pero Rhames no es uno de los míos.

—No, no lo es. —Nolse se detuvo para buscar las palabras. No lograba entender a Sedry. ¿Por qué no podía aceptar, lisa y llanamente, que las drogas Fegez alteraban a un hombre por muy brevemente que fuera? Era preciso cortar aquella línea de pensamiento inmediatamente—. Gespary no es uno de vuestros vasallos, pero os ha ayudado con un gran costo personal, suyo y de aquellos que le siguen. No podéis sospechar que tenga malas intenciones.

¿Y por qué Gespary, precisamente? Y si así fuera, ¿le habría permitido a la Adivina deciros lo que os dijo?

—Una Adivina no puede mentir —murmuró Sedry en su copa—. El Don abandona al que miente en presencia de los Tarots. Hasta yo lo sé.

—Muy bien, Majestad. Entonces, quizá Gespary sea de verdad vuestro enemigo. Quizás. —Nolse se aferró a la idea más fantástica que le vino en mente— haya sido comprado por los mercaderes de Lertondale, que le dieron más dinero que vos, y que le contrataron para asesinaros. —Tal como había esperado, Sedry echó atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—No, por supuesto que no. Entonces, ¿por qué sospechar de Rhames? —Se terminó el vino y alargó la copa para que le sirviera una vez más—. De todas maneras —murmuró desafiante y entre dientes, cuando Nolse salía para preparar su almuerzo— hay algo raro en el campamento del Arzobispo ¡y yo descubriré qué es!

La negociación para la firma de los tratados se alargaba: dos días, otro más. Sedry, que nunca había sido un hombre paciente, se consumía. Llevaba demasiado tiempo lejos de Arolet, lejos del centro de los acontecimientos, con sólo sus mensajeros y sus palomas para mantenerse informado. Nunca debería haber venido, o bien debería haberse ido al cabo de uno o dos días. Pero ahora los Fegez estaban dispuestos a negociar con Darion, por primera vez en la historia, y se tenía que quedar a la fuerza.

Los mensajeros trillaban el largo camino entre Arolet y el pabellón del Rey, cargados con pilas de documentos para él y sus consejeros; asuntos que el Witan consideraba muy urgentes o que requerían la firma y el sello del Rey. De Lertondale habían llegado los tributos y también documentos firmados. Era la primera señal de derrota de los orgullosos Maestros de los Gremios. Un fino rollo de papel con el sello del carcelero de Orkry. Por él sabía Sedry, así lo aseguraba el documento, que el Príncipe Rolend seguía encarcelado y que el Sur estaba absolutamente tranquilo.

Todo tranquilo, todo bajo control. Sin embargo...

Desde el entierro de Hyrcan en Killech, el Norte también estaba en paz. Otro mensaje, éste de Sigurdy, le comunicaba que se retiraba, pero esta vez por voluntad propia, a Bienes, donde su hija Sigron había profesado. De todos nosotros, pensó Sedry mientras rompía la nota y la arrojaba con indiferencia al fuego, ella es la que más quería a Hyrcan. ¿O será que piensa que yo tuve algo que ver con su muerte y busca su propia protección?

La interpretación de las cartas de la Adivina le corroía la mente.

¿Quién es Rhames? La pregunta acosaba a Sedry de día, lo mantenía despierto y alterado por las noches.

Las palabras del viejo beldeniano, que tanto lo habían impresionado la primera vez, ya no tenían sentido. Si Gespry era de verdad barbilampiño, pero se esforzaba en no parecerlo, había una razón que nada tenía que ver con mástiles caídos. No. ¿Que una mujer tan joven y bella como Fialla mantuviera esa farsa durante tres años sólo para proteger la hombría de Gespry de los rumores? ¡Ja! Él, Sedry, conocía mejor a las mujeres.

Visitaba rara vez el campamento del Arzobispo, pues Fialla cuidaba de que Elfrid, que estaba recuperándose de los terribles efectos de la belladona, recibiera pocas visitas y por breve tiempo. Una mañana, Sedry se presentó en la tienda para consultar a la Adivina, y se detuvo a hablar unos momentos con el que todavía creía, aunque a medias, que era Gespry. Elfrid estaba débil y había perdido peso desde su llegada a

Darion. Sus brazos, expuestos porque sólo vestía un justillo, eran todo piel y tendones. Fialla la estaba afeitando a la luz del sol, delante de la tienda. Los hombres de Gespry se mantenían cerca, atentos. Dos de los lugartenientes beldenianos discutían con ella asuntos de estrategia, de una manera desenvuelta aunque improvisada.

El Rey se quedó sólo unos minutos. Los Fegez llegarían en cualquier momento; y, además, en nada podía él contribuir a la conversación: Sedry no era estratega y lo sabía.

Lástima que Gespry no pudiera asistir a las negociaciones con los Fegez; hubiesen obtenido menos de Darion, de eso Sedry estaba seguro. Pero una de las primeras condiciones impuestas por los bárbaros había sido que el espíritu ancestral de los cabellos blancos volviera al mundo de los muertos. De modo que los Barones de la Marca se las arreglaban como podían, Sedry asistía en silencio y sombrío, sentado en su trono y Elfrid se mantenía cuidadosamente fuera de la vista.

El Rey caminó, solo, hacia el campamento de Darion, indiferente a su entorno, con la mente ocupada por la escena que acababa de presenciar: Gespry, con el rostro cubierto de jabón, Fialla pasando una navaja por una cara que no lo necesitaba en absoluto.

Todo esto para proteger a un hombre ¿contra qué? Si yo resultara castrado, ¿no estaría siempre a la defensiva por miedo a que otros hombres lo descubrieran y lo usaran contra mí? ¿Pero qué necesita Rhames, además de la hermosa Fialla? ¿Y por qué la Adivinación me advierte acerca de él, y por qué no puedo leerlo en absoluto? De acuerdo que rara vez uso mis Dones, pero la Adivinación me sirve bastante. ¿Entonces por qué me advierte y después deja de ayudarme? Y la Lectora de los Tarots... ¡Dioses! Sedry llegó a su pabellón, se sirvió vino y lo bebió de un sorbo, antes de que un rumor de hombres y caballos le anunciara que los Fegez habían llegado.

El resto de la mañana pasó lentamente. Consiguió mantener una apariencia de interés por las negociaciones, en una penosa traducción de Eavon, aunque habría sido incapaz de decir de qué habían estado hablando unos y otros. Los pensamientos se debatían ferozmente en su cerebro.

Hyrchan nunca me mintió. Nunca. ¿Por qué habría de hacerlo, él, que no le temía a ningún hombre, y menos a mí? Rhames mintió por Hyrchan, pero él dijo la verdad, sabiendo que yo podía haberlo hecho matar por eso. Con un esfuerzo, el Rey devolvió su vagabunda atención al presente, pues uno de los Fegez más jóvenes había extendido ante él una piel de oso, todavía con las garras. Nulse, que había recibido instrucciones precisas de Eavon y de Marchham, tenía ya un collar de plata y conchas pulidas para el intercambio, y sabía las palabras exactas que debía susurrar al oído del Rey, que las pronunció en voz alta, al tiempo que ofrecía el presente. Los Fegez

volvieron hacia sus mayores con la joya y un leve murmullo de conversación flotó sobre sus cuerpos apiñados, sobre los hombres de la Marca. Sedry volvió a entregarse a sus sombrías lucubraciones.

¡Sin embargo, Hyrcan me mintió! ¿Pero mintió realmente? Ya estaba muerto, con el veneno en el corazón, sabía que iba a morir, y negó haber mentido. El Rey reprimió un estremecimiento. ¿Por qué imaginar a Hyrcan presentándose ante los Dos, sin confesar y con una mentira en los labios? ¡Nunca! Pero si así era, ¡entonces la Adivina había mentido! ¿La Adivina?

Pero una Lectora de Tarots no podía mentir. ¡No, un momento! Lo que ella había dicho, lo había expresado con suma cautela. Sedry, se recriminó a sí mismo, cuidado con tu interpretación de las palabras que te dijo, no has tenido cuidado, ¿verdad? Creías tenerlo, quizá, pero... Un familiar, alguien que ha matado mucho. Eso es lo que la Adivina había dicho. Ningún nombre. Uno que ha matado mucho... Bien. Hyrcan. Pero un soldado, un viejo soldado, también ha matado mucho, ¿no? Rolend no, él nunca ha matado a nadie, que yo sepa. Maldición, no hay viejos guerreros en nuestra familia, ni en la de nuestro Padre, ni en la de nuestra Madre. Primos, tíos. Podría haber sido nuestro Padre, pero...

¡Por los Dos! ¡No quedaba nadie, excepto la Bastarda! ¡No, oh, no! ¡Eso nunca! Estaba muerta, tenía que estar muerta. No se había sabido nunca más de ella, desde que había conseguido escapar de Darion con el anciano, excepto la escasa información que había recogido de los que había mandado a perseguirla en Embersy del Sur. Y por supuesto, lo poco que Gespry sabía de ella.

¿Gespry? Sedry echó una mirada a su alrededor, un poco alarmado. Estaba seguro de que había pronunciado el nombre en voz alta. Todas las miradas estaban fijas en Eavon, que trabajosamente traducía para los de la Marca lo que dos de los Fegez mayores argumentaban.

—No —murmuró para sí—, ninguna mujer podría personificar a un hombre. ¡No de ese modo!

Una voz surgida del pasado resonó en su mente: Morelis, hablando en la Torre de la Princesa, la noche en que él le había comunicado sus planes a ella y a Merasma: «Esta criatura decididamente masculina...».

¡Ah! Eso era una cosa. Pero ¿hacer la guerra como un hombre, vivir con los hombres como uno más. Y, además, mantener esa farsa día tras día?

Sedry dejó de pensar. Los Fegez se retiraban, y Nolse le había puesto una mano en el hombro. El Rey se sobrepuso lo suficiente como para intercambiar algunas palabras con sus Barones antes de volver a su pabellón. Fuera había humedad y no corría viento; dentro, el ambiente era sofocante. Nolse le sirvió vino, colocó ante él su comida del mediodía, y se esfumó. Sedry bebió mucho, tocó apenas la comida y la apartó.

—¿No tenéis hambre, mi Rey?

—No. —Sedry contempló a su escudero con una mirada casi de astucia—. Estoy preocupado, amigo mío, y tengo miedo, lo reconozco. ¿Me ayudarás?

Nolse se sentó. Sus ojos negros, casi opacos, se clavaron en su Rey.

—Lleváis varios días preocupado.

—¿Se nota?

—Sólo puede advertirlo alguien que os conozca muy bien —le tranquilizó Nolse. Sedry suspiró y se reclinó en su asiento—. Permitidme ayudaros, Señor, si puedo.

—¿Qué haría yo sin ti, amigo Nolse? —murmuró Sedry. Su escudero se ruborizó y se puso a llenar de nuevo la copa del Rey.

—Pues bien: yo soy un hombre vuestro, mi Rey, lo sabéis. Me habéis dado todo cuanto tengo, y lo poco que pueda ayudaros es sólo parte de lo que os debo. ¿Qué preocupación tenéis?

—Gespry —dijo Sedry simplemente. Nolse reflexionó un momento.

—No habéis resuelto esa cuestión todavía. Y sin embargo, lo que el viejo sargento os dijo...

—Equivocado, todo equivocado. —Sedry vació su copa de un sorbo y la alargó de nuevo—. Desde luego, el viejo mercenario lo cree. Un toque apenas de Adivinación me bastó para saberlo. ¿Pero acaso por eso es cierto el hecho?

—Desde luego que no.

—¿Y por qué? ¿Por qué semejante mascarada? Si fuera cierto, si Gespry fuera... fuera... un eunuco, desde Megen Cove, ¿se lo echarías tú en cara?

—Yo no —replicó Nolse en el acto—. Pero si yo perdiera mi virilidad, trataría por todos los medios de que otros hombres no lo supieran. —Se encogió de hombros—. No es el tipo de cosa que un hombre quiere que sepan de él. Ningún hombre. En este caso, podría simular que se afeita, aunque no lo necesite. Y si pudiera, incluso trataría de mostrar con algún artificio que tiene barba, aunque no la tenga.

—No me convence —dijo Sedry, sacudiendo la cabeza—. Se trata de Gespry, Arzobispo de Rhames...

—Con mayor razón, sabiendo cuántos hombres le siguen y le quieren —empezó Nolse. Se calló cuando el Rey volvió a negar con la cabeza.

—Quizá. Pero yo tengo otro motivo. —El Rey empujó su copa a través de la mesa. Nolse vació la botella y fue a buscar otra. Sedry contempló absorto y con aire desdichado el fondo del vaso. Tal vez no debería beber tan deprisa, la cabeza le daba vueltas. Pero el terror que le hacía un nudo en el vientre se esfumaba al beber. Nolse entró sin hacer ruido, quitó el sello real del recipiente y sirvió—. Un motivo que une todas las piezas del rompecabezas sin dejar ninguna fuera. —Bebió—. Si Gespry no fuera Gespry...

—¿Cómo?

—Si Gespary hubiera muerto en Megen Cove...

Nolse reflexionó un momento.

—Es posible; y hasta probable. Un hombre tan mal herido bien podría haber muerto. ¿Y quién se enteraría si los sacerdotes no divulgan la noticia? El monasterio no es como una ciudad, o una aldea, donde las personas van y vienen y hablan libremente. —Siguió reflexionando—. Gespary ha sido bueno para Rhames, para el Rey y la Iglesia. Si muriera, se perderían algunas ventajas, y también cierto prestigio. Y Rhames se vería privada de una pieza importante para sus negociaciones, al no tener ya a Gespary para pacificar sus límites o para ayudar a los que necesitan controlar los suyos.

—Eso es lo que he pensado. —Sedry llenó su copa de nuevo y le pasó la botella a su escudero.

—Pero... ¡Un momento! —Nolse, a punto de beber se detuvo y sacudió la cabeza—. Si está muerto, ¿quién le sustituye?

—¿Tú le habías visto antes? —preguntó Sedry.

—No. Pero la mayoría de los beldenianos, sí. A menos que Grolpet y su hermano estén en el asunto.

—O a menos que el impostor tenga algún parecido con el verdadero Gespary. Ha cambiado mucho, todos lo dicen, ¿sabes?

—En ese caso... —Nolse bebió. Permaneció, callado unos minutos, mirándose las manos, y barajando posibilidades en su mente. Sedry vació su copa y estaba por la mitad de la siguiente cuando el escudero volvió a hablar—. Él tiene un tipo físico, supongo. El cabello puede teñirse, las mujeres lo hacen. Mi hermana Alixes, que ahora es pelirroja, no lo era hace un año.

—¿Entonces un cabello oscuro puede teñirse de blanco?

Nolse se encogió de hombros.

—Supongo que sí. Las doncellas de vuestra Señora, la Reina, lo sabrán mejor que yo. Pero además del cabello blanco, ¿qué otra particularidad tiene Gespary? Determinada estatura, cierta estructura corporal; aunque dicen que antes no era tan delgado.

—Dicen.

—Ojos oscuros. Se podrían encontrar algunos encantamientos para alterar los ojos. Pero tal vez ni siquiera fuera necesario. Los rasgos de la cara, los huesos, las manos, la boca: esas cosas no cambian con tanta facilidad, ni por enfermedad ni por heridas. Su estilo de luchar...

—Que podría ser aprendido —interrumpió Sedry.

—Desde luego —asintió Nolse, con una leve sonrisa—. Lo que tenemos, entonces, es a un hombre que podría, sin dificultad, ser reemplazado por otro. No es exageradamente alto, no tiene un ojo verde y otro azul, no le faltan un brazo o una

oreja. O sea que podría muy bien no ser Gespry. Pero si no es Gespry, ¿quién es?

Sedry se pasó la lengua por los labios resecos. De pronto se sentía indefenso y ridículo.

—Digamos... por ejemplo... una mujer.

Nolse le arrojó una mirada astuta y cautelosa.

¡Imposible! ¡Lisa y llanamente imposible, Majestad! Habéis visto a Gespry batirse en el campo de batalla... ¡Por el pulgar de Elorra, habéis luchado junto a él! ¡Yo mismo lo he visto! Ninguna mujer podría representar semejante papel. ¡Por los Dos, ninguna mujer podría enarbolar una espada de ese modo!

—¡Y tú vienes de la Marca! —exclamó Sedry echándose a reír—. Hasta yo he oído contar cómo la Castellana de Aldion echó a los Fegez del castillo en ausencia de su Señor. Y no desde la retaguardia, no. Vestida con cota de malla y blandiendo una espada.

—Conozco todas esas historias, Señor. Pero Nalleyta era una excepción. Las mujeres no manejan el arco y la espada como los hombres.

Sedry soltó una risa algo histérica.

—¿Con que Nalleyta era una excepción? ¿Y la Bastarda, amigo mío? —Volvió a reír. La copa salió despedida de su mano, rodó sobre la mesa, y su contenido se derramó sobre las alfombras. Ninguno de los dos hombres dio muestras de haberse dado cuenta—. A los quince años manejaba un arco mejor que yo ahora. A los diecisiete, sin escudo ni cota y descalza, casi mató a Hyrcan.

—Majestad, sed razonable —empezó Nolse, con voz apaciguadora. Se pasó la mano por el cabello—. Tuvo suerte, eso es todo. Hyrcan estaba tan alterado aquella noche, que hasta vuestra vieja ama, Panderic, podía haberle matado.

—No. —Sedry volvió a poner la copa sobre la mesa—. Bal me habló de eso, después. Era buena ya entonces. Mejor que yo, mejor que tú. —Nolse se encogió de hombros. Nunca se había interesado demasiado por las espadas, y no le molestaba que le recordaran su falta de habilidad—. Baldyron dijo —prosiguió Sedry, categóricamente—, que ella era hábil, muy hábil. En aquel momento, no llevaba ni dos años de entrenamiento; Hyrcan llevaba once. Reconozco —añadió, levantando una mano con gesto tajante para silenciar a Nolse—, reconozco, digo, que aquella noche Hyrcan estaba en un estado mental que no lo favorecía. Pero aun así, ella le mantuvo a raya. ¿Crees que tú hubieras podido hacerlo?

—Sabéis muy bien que no.

—¿Y quién —continuó Sedry—, hace muy poco, no sólo se enfrentó con Hyrcan en otro de sus ataques de furor asesino, sino que salió mejor parado que él? ¡Gespry!

Nolse observó en silencio cómo el Rey se llenaba otra copa.

—Eso no significa —dijo, obstinado—, que Rhames y la Bastarda sean la misma persona. Señor, ese hombre lleva aquí... unos tres meses. ¿Creéis que es posible

representar una farsa así durante tanto tiempo? ¡Ninguna mujer podría aguantarlo! — Sedry le miró a través de la mesa con igual obstinación. Nolse suspiró—. Muy bien, pues. Si tanto os preocupa la cuestión, ¿por qué no se lo preguntáis a él?

Sedry se echó a reír. Se tambaleó, puso las dos manos de plano sobre la mesa para estabilizarse.

—Perdonad —balbuceó—, ¿no nos hemos visto antes? ¡Vos sois la hija bastarda del Rey Alster!

Nolse hizo un gesto de impaciencia.

—No me habéis entendido...

—No. Te entiendo. Creo. ¿Pero cómo puede un hombre hacer semejante pregunta? Sobre todo después de lo de hoy. Fui hasta su tienda y allí estaba, sentado al sol, la parte inferior de la cara cubierta de espuma y la bella Fialla pasándole por las mejillas una navaja totalmente innecesaria. Yo... ¿qué podría decirle?

Nolse consideró el problema. Hubo un largo silencio, sólo interrumpido por algún grito ocasional o el tintinear de los arneses fuera del pabellón. Después sus ojos se entrecerraron y su cabeza se inclinó hacia un lado. Sedry se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración y soltó el aire con un suave suspiro. Conocía aquella expresión: Nolse había concebido un plan. Nolse le ayudaría.

—No, mi Señor. Hay una sola manera de hacerlo. Debéis —dijo, y su misteriosa sonrisa se hizo más amplia— preguntárselo a Gespry.

Sedry lo miró sorprendido, pero el escudero, absorto en sus pensamientos, no se dio cuenta. Sus ojos se entornaron aún más.

—Si —prosiguió con aire soñador— vos tuvierais en vuestro poder algo, una cosa que Gespry estimara mucho, una cosa por la cual contestaría a cualquier pregunta, por la cual haría cualquier cosa... Una cosa, o tal vez una persona, muy querida...

—Alayya, Elorra, la Dama Fialla. —Sedry sintió de pronto una excitación que le cortó la respiración. Sus labios se distendieron en una sonrisa que iluminó también sus pálidos ojos—. Si yo la tuviera a ella en mi poder, entonces Gespry tendría que decirme quién es, o qué pretende, para recuperarla. ¿No es así?

—Y si él es en verdad Gespry, ella le es muy querida.

—Y si no lo es, sigue siendo muy amada por el verdadero Gespry, si es que vive.

—De todos modos, los hombres que siguen a Gespry la quieren.

—¡Tiene que decírnoslo, tendrá que confesarlo! —gritó Sedry, exultante.

—Claro que sí. Es un asunto delicado, Majestad, pero resolverlo está a nuestro alcance. Con cautela, por si el hombre fuera Gespry, no daréis ningún paso en falso que pueda enfurecerle; y por si no lo fuera, que pueda enfurecer a sus aliados. Entonces —continuó el escudero con lentitud— si vos de verdad creéis que Gespry es Elfrid, la Bastarda...

—No. —Sedry aferró la copa con las dos manos, con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. El color huyó de su cara.

Nolse trató de esbozar una sonrisa de aliento pero sólo logró parecer desconcertado. ¿Por qué estaba Sedry tan aterrorizado? Si aquello era lo que una Adivina de la buena fortuna le hacía a un hombre, entonces él no quería saber nada de ella.

—Majestad, si creéis...

—¡No puede ser, no, no puede ser! ¡No puedo estar seguro, pero no se trata de eso, Nolse, es otra cosa! ¡Ella está muerta! Mi Padre está muerto, ella también tiene que estarlo. Por los Dos —prosiguió Sedry en un susurro casi ininteligible—, siempre la he odiado, la he odiado tanto que tiene que estar muerta.

Ante aquellas últimas palabras, Nolse se quedó sin respuesta. Sedry levantó la cabeza, miró a su escudero con ojos turbios y se derrumbó sobre la mesa. La copa volvió a escapar de sus manos, y las últimas gotas de vino formaron un charco alrededor de sus dedos.

Transcurrió un día, y luego otro. Elfrid estaba en pie otra vez, al parecer con pocas secuelas de sus heridas, victoriosa en su lucha contra la muerte. Con el retorno de los Fegez a sus campos y sus rebaños, podía cabalgar libremente por los campamentos, y la capa azul y oro del Arzobispo y su blanca cabellera, atraían la mirada de los soldados hacia ella.

Pero se había producido un cambio: Elfrid se sentía cada vez más ella misma, y temía que la personalidad que ella y el verdadero Gespry de Rhames habían forjado pudiera abandonarla. Que los Dos permitan que mi parte en esto termine —pronto—, pensaba. Se había convertido en una letanía. Pero sin duda, Rolend tomaría Arolet muy pronto, Sedry volvería allí desprevenido... ¡No, ya nada puede salir mal!

Tantas cosas habían estado a punto de salir mal, y habían sido evitadas por puro azar. Podía haber muerto. Fresgkel la había salvado: de Sedry, de ella misma, del veneno de los Fegez. No me había dado cuenta de lo mucho que me importa la vida, hasta estar a punto de perderla por culpa de la belladona.

Con mayor frecuencia cada vez, apartaba, impaciente, la mirada del Oeste. Él está allá. A menos que... no, no se atrevía a pensar en tales cosas. Sin duda, Rolend le había tomado a su servicio. Y no era un soldado novato, para exponerse a peligros innecesarios y morir por ello. Pero no saber lo que le estaba sucediendo, aquello era lo que la consumía.

Sedry estaba impaciente por regresar a Arolet. Los últimos mensajes eran alentadores, pero tantas cosas podían ir mal, y él se había ausentado demasiado tiempo. Pero ese asunto de Rhames..., no, no podía irse sin resolver el enigma. Además, pensaba que tal vez dependiera de ello mucho más que la satisfacción de su curiosidad.

Porque Hyrcan no le había mentado. No se explicaba cómo había podido pensar semejante cosa de su hermano. Pero un hombre tiene a veces pensamientos extraños, sobre todo si está atemorizado. Y él había estado atemorizado, y con razón. La Adivina le había dicho cosas que hubieran aterrorizado a cualquiera.

Pero la Lectora de Tarots tampoco le había mentado. No se habría arriesgado a perder su Don. Podía, desde luego, haber elegido algunas verdades para decírselas, y haber callado otras. Pero ¿no era eso también una mentira?

¡Todo era confuso, todo, y ya nada tenía sentido! Pero desde lo más profundo de su incertidumbre, Sedry se aferraba a una sola idea, tuviera sentido o no: el familiar a quien debía temer era una mujer. Y que Elfrid estaba implicada en un complot para privarle de Darion... oh, sí, podía creerlo, lo creía. Ella había jurado venganza y

viviría para cumplir el juramento, era capaz de llevar su rencor hasta ese extremo.

Pero que ella pudiera ser Gespry... ¡No, imposible! Él había cabalgado, luchado, bebido con ese hombre. Fuese lo que fuese lo que intuía sobre Gespry... ¡no, por todo lo que es sagrado, eso no podía ser! Si fuera cierto, se decía a sí mismo, la habría reconocido disfrazada de hombre o no.

Los campamentos se reducían poco a poco, a medida que los hombres de la Marca volvían a sus posesiones y los mercenarios, en compañías pequeñas, partían hacia Carlsport y hacia las naves que les llevarían de vuelta a Belden. Elfrid se quedó, porque aún tenía asuntos de Gespry que concluir con Sevic. Cabalgaba con frecuencia con el Barón de Eavon, que había conservado su guardia personal en el campamento como protección para el Rey y la comitiva del Arzobispo.

Los calurosos días se sucedían con una lentitud enervante. ¡Tengo que hacer algo!, pensaba Sedry en sus largas noches de insomnio, cuando los pensamientos se arremolinaban en su cabeza dolorida. Algo, sí, ¿pero qué? Gespry se iría en cualquier momento, y allí terminaría todo. Sedry había invitado al Arzobispo a acompañarle a Arolet, pero la invitación había sido declinada con una sonrisa. O sea que se irá, pensó el Rey. Entonces estoy equivocado, no está conspirando. Pero otra voz en su mente contestó: ¡O tal vez lo que ha tramado se lleve a cabo en poco tiempo! Debía descubrir el secreto de Gespry, y rápido. Pero ni él ni Nolse habían podido todavía elaborar un plan que les permitiera secuestrar a la amante del Arzobispo sin peligro para ellos mismos; y tampoco se les ocurría otra cosa.

Pero, finalmente, todos sus planes fueron innecesarios: Fialla cayó tan limpiamente en manos del Rey como si ella misma lo hubiera planeado.

Caía la tarde de un día sofocante. Era casi la hora de cenar. Sedry, cansado del círculo vicioso en que giraban sus pensamientos, envió a Nolse a por una botella de vino, y, malhumorado, le observó descorcharla y beberse el primer sorbo. Sólo entonces llenó su propia copa. Se la bebió de un trago, la volvió a llenar, y se enfrascó en una sombría contemplación de la mesa.

Una delicada tos de advertencia y disculpa le sacó de su ensimismamiento. Allí estaba Fialla, enmarcada por la cortina abierta. Los últimos rayos del sol iluminaban con reflejos azulados la suave cabellera negra. La sonrisa de Sedry fue espontánea, de genuino placer. Se levantó de un salto, agradeciendo estar lo bastante sobrio para no tambalearse.

—¡Mi querida y bella Dama! Es un honor. Entrad, por favor.

Ella inclinó la cabeza, salió del halo de luz, cruzó la tienda inmersa en la sombra y reapareció bajo la luz de la lámpara, junto a la mesa del Rey. Llevaba el cabello sujeto con un lazo, y una breve capa azul oscuro, corta y escotada hasta la curva exterior de los hombros, cerrada al frente, desde el pecho hasta la cintura, y que caía atrás en pliegues sobre su vestido azul pálido. El corazón de Sedry empezó a latir más

rápido. Le sonrió con fatuidad. ¡Alayya, Elorra! ¿Qué no haría un hombre por una mujer como ésta? Fialla bajó los ojos. Sus faldas susurraron cuando se inclinó en una reverencia. Sedry le tomó los dedos y se los acercó a sus labios, por un momento perdido en su aroma: una mezcla de rosas, especias y violetas.

—Rey Sedry, lamento muchísimo importunaros...

—No digáis eso, querida Señora. Me habéis salvado de una tarde aburrida. Además, ¿cómo podríais vos importunar a un hombre?

Fialla sonrió cortés pero tímidamente. Pensó que sería mejor evitar las insinuaciones del Rey.

—Me temo que he venido a pedir un favor. Hace algún tiempo me ofrecisteis chocolate y yo, como una tonta, no lo acepté. —Sacudió la cabeza y rió; el Rey sintió que se le erizaban los pelos de la nuca y que las mejillas le ardían. ¡Por los Dioses!, ¿no se daba cuenta aquella mujer del efecto que le producía a un hombre?—. Y ahora —prosiguió Fialla con una ligera consternación en la voz—, en la tienda de Rhames no hay nada, excepto vino, el café de Gespary o agua fría del manantial del Sur.

—Mi pobre Dama... —replicó Sedry, serio—. Deberíais haber acudido a mí antes. Yo no le aconsejaría a nadie que bebiera ninguna de esas cosas. —Le guiñó un ojo. Fialla, incómoda, se sorprendió a sí misma riendo como una niña. Debería haber ido a ver a Fresgkel, seguro que alguno de sus hombres tiene tés de hierbas, aunque él no beba más que vino.

—Los Dos sabrán cómo Gespary se ha podido aficionar por el café —dijo Fialla al final— porque yo, no lo sé. —Volvió a sonreír incómoda—. Así que he venido a pedir un poco de chocolate. No quería hacerlo, porque no sé si tenéis suficiente para compartir, pero como veis —añadió, con otra sonrisa— no tenía elección.

—Para una Dama tan bella, será un honor —murmuró el Rey, inclinándose de nuevo sobre sus dedos. Fialla se sentía cada vez más desconcertada.

—Señor, si os sigo escuchando, me haréis sentir vanidosa. —Cállate, tonta, si sólo puedes decir memeces, se dijo a sí misma.

—Recordad, además —añadió Sedry gravemente— que muy pronto salgo para Arolet; y mi gente ha traído más que suficiente para mis necesidades. ¡Nolse! ¿Nolse? —Súbita y silenciosamente, el escudero se desprendió de las sombras del fondo de la tienda—. Nolse, tengo una invitada: la Dama Fialla.

La sonrisa de Nolse apenas curvó la comisura de sus labios. Fialla la encontró desagradable, pero se reprochó a sí misma: Pobre hombre, no es culpa suya si tiene cara de hipócrita. Y para compensar el despiadado pensamiento, le brindó una sonrisa mucho más cálida que la que le hubiera dedicado en otras circunstancias.

—¡Ah, sí! —La sonrisa de Nolse se amplió un instante para luego desvanecerse por completo—. La Dama del Arzobispo. —Sedry, por alguna razón, encontró el comentario muy divertido. Una leve línea se dibujó entre las cejas de Fialla. Sedry, a

juzgar por su aliento, había estado bebiendo. Pero ¿estaban los dos borrachos?

—La Señora ha venido a buscar chocolate, Nolse. Creo que tengo una caja sin abrir. No, aquí no. En la tienda de los comestibles. Será mejor que vayas tú mismo a buscarla; ahora deben estar ocupados preparando mi cena. —Nolse giró sobre un talón y se deslizó de la tienda. Fialla le siguió con la mirada, todavía un poco perturbada. El hombre se movía de una forma demasiado silenciosa, y además había algo en su actitud... Lo dejó de lado. Todo se debía al profundo disgusto que le causaba pedir algo, sobre todo a aquel hombre, cuyas atenciones rayaban el insulto.

Se volvió hacia el Rey que, sonriendo, le ofrecía una silla.

—Nolse no tardará, querida Señora.

Ella inclinó la cabeza, todavía intranquila, y por ello voluble.

—No es tan indispensable, Majestad. Pero pensé que como anoche hizo frío... El vino, sobre todo el que nos queda, no es suficiente para hacerme entrar en calor.

—El chocolate es una excelente bebida para una noche fría. ¿Cómo está el Arzobispo? No le he visto hoy.

Fialla señaló vagamente hacia el río.

—Él y sus hombres han salido con Sevríc. Ya hay un nuevo contrato: combatir a los piratas, al Sur de Belden.

Sedry adoptó una expresión preocupada.

—El Arzobispo debe encontrar esto agotador, ¿no es así? —Sirvió vino para Fialla y le acercó la copa, de modo tal que rechazarla habría sido una ofensa—. No parece estar muy fuerte, estos últimos días... Con vuestro perdón, no soy quién para decirlo, por supuesto. —Volvió a llenar su propia copa y la levantó en un saludo, sonriendo al ver que ella también levantaba la suya y bebía.

Sedry sabía que Nolse estaba fuera, encomendando a la guardia personal del Rey y a sus propios hombres que vigilaran estrechamente la tienda y no dejaran pasar a nadie. ¡Y ella no sospecha nada, nada! pensaba el Rey. Se las ingenió para que su rostro no delatara sus pensamientos, mientras que ella tomaba un sorbo muy chiquitín de vino y apartaba la copa.

—Gespry no luchará con ellos esta vez. Se ha ausentado del monasterio demasiado tiempo, para un hombre que todavía sigue recuperándose de su última batalla.

—Megen Cove —asintió Sedry con aire de circunstancias. Mientras, una parte obsesionada de su mente seguía con júbilo a Nolse que colocaba a hombres de su confianza alrededor del pabellón. Casi podía sentir las pulsaciones de su corazón en el temblor de sus manos, así que las escondió por precaución debajo del borde de la mesa.

Por los Dos, ¡aquello sí que era una cacería! Jamás le había resultado tan estimulante conseguir a una mujer. Yo sé cómo terminará todo esto, sólo yo lo sé, ni

siquiera Nolse sospecha lo que pretendo hacer. Está tensa, sentada en el borde de la silla, en cualquier momento buscará una excusa para retirarse. Y sin embargo, ¡no sospecha nada!

—Entiendo que sus heridas fueron muy graves —prosiguió en voz alta Sedry—. Eso fue hace unos tres años... —Disimuladamente, miró a Fialla por encima del borde de su copa, con los ojos entrecerrados.

—Así es, aunque lo cierto es que ya está casi recuperado. Pero lleva mucho tiempo ausente del monasterio, y aunque es mucho lo que maneja a través de sus mensajeros, ya no puede continuar así. Su deber está en Rhames, y Gespry no es hombre de descuidar sus deberes. —¿Qué me pasa? Estoy tan excitada como un ave de caza. ¿De qué tengo miedo? Porque el miedo es lo que me hace hablar tanto.

Sedry levantó la mirada: Nolse había dejado caer la cortina tras de sí, se acercó a la amante del Arzobispo y colocó frente a ella una pequeña caja. Fialla le miró de frente y él se inclinó con expresión de reverencia. Sedry sonrió cuando Fialla tomó la caja en ambas manos, esperando que el escudero del Rey le retirara la silla.

—Bien, no quiero robaros más vuestro tiempo, Rey Sedry. —Incómoda de pronto al sentir la proximidad del hombre del Rey, la joven se apartó un paso. Un desagradable olor a alcohol se desprendía de la respiración algo agitada de Nolse. Sedry se levantó con aire consternado, aunque detrás de la consternación se adivinaba otra cosa, algo que ella no se atrevía ni siquiera a identificar.

—Pero no os vayáis tan pronto, mi querida Dama. Acercaos y sentaos, por favor, y bebed conmigo. Apenas habéis probado lo que os he servido.

—Con vuestra licencia, Majestad. —Fialla inclinó la cabeza en un breve saludo—. Todavía hay mucho que empaquetar antes de la partida. No cargamos nosotros con el pabellón de Gespry, por supuesto, pero debo prepararlo para que los hombres de Sevríc lo devuelvan a Belden. Y, además, Gespry tiene una camisa... —Balbuocé hasta detenerse, sus palabras un momento antes seguras y graciosas se convirtieron en un susurro, en nada. Ahora reconocía la expresión en la cara de Sedry. Era la de un niño que ha hecho algo prohibido y le ha salido bien. Estrechó la caja contra su pecho y, con una reverencia, se dirigió hacia el limpio mundo exterior.

Nolse ya no estaba a su lado, pero cuando llegó a la cortina se detuvo: allí estaba el escudero del Rey, con una expresión inescrutable y sin dar muestras de estar dispuesto a moverse o a franquearle la salida. Fialla tragó en seco.

—Señor, estáis cerrándome el paso. —Pronunció las palabras con toda claridad y al parecer sin miedo, pero el corazón le latía furiosamente en su pecho.

—Así es. —Sintió una presencia a sus espaldas: era Sedry. Estaba acorralada entre los dos.

—Pero no os vayáis tan pronto, Señora —repitió Sedry, con una dulzura burlona y engañosa. Su mano aferró el hombro de la joven. La palma estaba húmeda, los

dedos temblaban. Fialla cerró los ojos, trató de hacer entrar aire en sus pulmones paralizados. La mano aumentó la presión.

—Está bien —susurró—. Me quedaré un poco más. —En un resquicio de su mente estalló el reproche: ¡Tonta! ¿Qué has hecho? mientras volvía, con una calma fingida, a sentarse a la mesa del Rey. Silencio.

El Rey y su escudero se mantenían cerca, pero era evidente que esperaban que ella hablara primero. Sólo cuando estuvo segura de poder controlar su voz, lo intentó.

—Esto no resultará, Rey Sedry. No quiero provocar un incidente, pero no os atreváis a retenerme aquí contra mi voluntad. —Levantó la barbilla y siguió hablando con voz firme—. No sé qué pretendéis, o si estáis simplemente borracho y por lo tanto no sois responsable de vuestros actos. Pero si vos y vuestro servidor no me permitís transponer esa cortina antes de contar hasta diez, daré un grito que se oirá hasta Lertondale.

Sedry se echó a reír, encantado.

—¿Oyes eso, mi querido escudero? ¡Gritará! Me gustan las mujeres de carácter, mi querida Señora. ¿Pero quién os oirá en un campamento medio desierto? ¿Y cómo —añadió amablemente— podría el que os oyera transponer mi guardia?

—Vuestra... guardia.

—Rodea el pabellón. —Sedry lanzó una rápida mirada a Nolse para confirmar sus palabras—, y ha sido informada de que la Dama del Arzobispo ha venido aquí para una cita amorosa y que nadie debe molestarnos, bajo ninguna circunstancia. —Soltó una aguda carcajada.

—¡Dioses! —susurró Fialla. Si en aquel momento el Rey la hubiera tocado, se habría desmayado. Una terrible lasitud se apoderó de ella. Sedry la miró y movió la cabeza.

—Podéis dejar de lado esa expresión de disgusto, hermosa Señora. No tengo la menor intención de tocaros.

—¿Qué queréis? —¡Como si pudiera creerle! Su piel estaba helada, y sólo un obstinado orgullo le impedía temblar. ¡No debo mostrarme asustada!

—Pues bien, quiero... información. Ya veis, una insignificancia.

—Información... —repitió ella como un eco—. Yo no puedo daros ninguna información sin autorización de Gespry. Y además Gespry...

—¡Ah, sí! Gespry. —Al Rey le pareció divertida la observación. Cruzó una mirada con Nolse y se echó a reír. El escudero se retiró silenciosamente hacia las sombras de la entrada—. ¿Qué va a hacer él, Dama Fialla? ¿Vuestro Gespry?

Fialla tragó saliva e inspiró suficiente aire para que no se le quebrara la voz al hablar.

—No lo sé, pero no creo que os guste. Esto es más grave que ofender a una mujer de Darion. Recordad que Gespry no es vuestro súbdito. ¡Ni yo tampoco!

—No —concedió Sedry—. Pero Gespry... Tenéis razón, por supuesto. Es Gespry quien debe responder a mis preguntas, no vos. Desde luego, vos misma podríais decírmelo, si quisierais. ¿Quién o qué es Gespry? ¿Qué pretende? ¿No respondéis? Me lo temía. En ese caso, querida Señora, permaneceréis aquí hasta que el mismo Gespry venga a darme la respuesta que deseo.

Era peor que lo que ella había temido. ¿Qué sospecha? ¿Cómo puedo salir de aquí? Ella... ¡Elfrid no debe venir aquí!

—Sabéis muy bien quién es —respondió Fialla fríamente—. Gespry de Rhames, vuestro aliado, y yo creía que también vuestro amigo. Y, además, —añadió con sorna— un hombre que tiene muchos años de práctica con la espada. Un hombre cuyas habilidades igualan las de vuestro hermano Hyrcan.

—¿Es eso una amenaza? —exclamó Sedry, al parecer divertido—. Es indudable que esta Dama no tiene nada que temer: tiene la conciencia limpia y no esconde terribles secretos, ¿no es así?

Bien, entonces esperaremos a Gespry. Ve, Nolse, manda tu nota a la tienda del Arzobispo. Manda a uno de los guardias, y tú regresa de inmediato. —Nolse desapareció y el Rey se volvió hacia Fialla—. Tendremos tiempo, bella Dama, mucho tiempo, si lo que habéis dicho antes es verdad...

—Gespry, como dije, está ausente —dijo Fialla, impávida—. Yo no miento.

—No en eso —corrigió Sedry—. Puedo leerlo en vos. Pero en cuanto al resto, veo que guardáis vuestros secretos celosamente, demasiado celosamente para una mujer que es sólo la amante de un hombre de los Dos, y que no forma parte de... ¿De qué, Dama Fialla? —Silencio—. Puesto que sois mi huésped, aunque por fuerza, espero que terminaréis de beber vuestro vino.

—No beberé una gota más de vuestro vino. ¡Algunos hombres han muerto por beberlo, y yo pretendo seguir viviendo! —Contuvo la respiración y ahogó un grito, pues Sedry se había vuelto furioso hacia ella y la había obligado a levantarse de la silla—. Estáis lastimándome el brazo —jadeó. Los dedos apretaron más.

—¡Cómo! ¿Asustada después de todo? —Sedry se rió. Su boca buscó la de Fialla. Ella se echó hacia atrás y desvió la cara. La mano derecha del hombre la sujetaba por el hombro; la izquierda rozaba casi sin tocarla la piel del rostro, el hombro, el nacimiento de la garganta. Fialla sintió que se ahogaba. Sedry volvió a reír con un sonido untuoso y profundo. No sabe lo que está haciendo, pensó Fialla. Un momento más y vomitaría; sentía un gusto amargo en la boca. La boca del Rey se apretaba a su cuello—. Dicen que a un hombre le pueden colgar tanto por robar un pan como una rebanada.

Una súbita furia le dio fuerzas y, debatiéndose salvajemente, logró liberar un brazo.

—¡Bestia! —gritó y le golpeó con todas sus fuerzas. Sedry se apartó, pero no lo

bastante rápido: la sangre corrió por una mejilla.

Nolse se adelantó como un rayo. Sedry le señaló con ferocidad que se alejara.

—¡Yo me encargaré de esto, amigo mío! —Fialla gritó. La mano del Rey la había golpeado en la cara y con los dedos barbilla y la obligaba a mirarle—. ¡Mírame! ¡Mírame, he dicho! —Aterrorizada, ella le miró a los ojos, que estaban a menos de un palmo de los suyos. Había un corte profundo en el párpado izquierdo de Sedry. Le he hecho daño, por lo menos le he hecho daño. Sintió que recuperaba su coraje—. No tengo idea de lo que pretendíais conseguir, hermosa Dama...

—¿Yo? Nada. —Fialla se echó a reír, sabiendo que eso enfurecería todavía más a Sedry. Oyó movimientos agitados a sus espaldas.

—Señor...

—Cállate, Nolse. —El Rey ni siquiera le miró. El momentáneo triunfo de Fialla se desvaneció. Se puso a temblar. Su mirada, sin embargo, permanecía firme. Sedry se inclinó sobre ella—. ¿Por qué —murmuró entre dientes— tendría yo que esperar a Gespry? Dímelo, querida.

—Pero nosotros... —Nolse, de pronto estaba asustado.

—Sí. —Los ojos de Sedry tenían una pálida luz gris y su voz era suave, soñadora—. Ese era nuestro plan. Que Gespry nos diera su verdadero nombre y sus intenciones, para rescatar a esta hermosa mujer. —Su sonrisa heló la sangre de Fialla—. Tú me lo dirás —ordenó. Fialla negó con la cabeza. El Rey la abofeteó con la palma de la mano y repitió el golpe con el dorso—. Lo sabré —dijo sin emoción. No había sino una ligera curiosidad en su mirada cuando levantó la mano de nuevo. Con un grito ahogado, Fialla se echó hacia atrás.

Sedry la miraba con una admiración creciente. ¡Por los Dos, nunca había estado tan excitado! ¿Era aquello lo que Hyrcan sentía cuando mataba? ¿Aquella especie de fuerza? Había poder en seducir a una mujer, no cabía duda, y sobre todo a una que se resistía. Y poder en el chantaje después, cambiando silencio por más favores. Los Dioses sabían que él conocía esos placeres, desde la primera juventud.

¡Pero aquello! Nada ni nadie, nunca, lo había hecho sentirse tan vivo. ¡Tengo su muerte en mis manos y ella lo sabe! Algo de lo que pasaba en su mente debió traslucirse en su cara, porque Fialla palideció aún más y luchó desesperadamente para librarse. Pero ya no tenía fuerzas. Sedry apretó más y ella se derrumbó, tambaleante, contra él.

—Ahora me dirás lo que sabes de Gespry. —Las palabras de Sedry silbaron como flechas en el aire sofocante de la tienda—. O mejor dicho —se corrigió—, de quien dice ser Gespry. Y ten cuidado con lo que me cuentas, porque tú y yo sabemos que ése no es Gespry de Rhames. Ahora, un nombre. —Se hizo un silencio.

Sólo se oía el jadeo de Fialla. Sedry le soltó el hombro, la aferró por los cabellos y le echó la cabeza hacia atrás. Acercó su cara a la de la joven.

—Un nombre, Dama Fialla.

—Es Gespary, Arzobispo de Rhames. —Sedry la golpeó otra vez con la palma de la mano—. No sé qué queréis, no puedo decir nada más, no sé nada más. —Sacó fuerzas de flaqueza y rió con sorna—. ¡Pobre criatura asustada, que ve sombras y cree que son fantasmas! ¡Tal vez sea el fantasma de vuestro hermano Hyrcan, al que vos matasteis! ¡Tal vez haya venido para arrastraros a las Cavernas de la Noche!

—Un nombre, Señora —dijo Sedry, imperturbable—. No tratéis de distraerme, no estoy de humor para eso. Un nombre ¡Y rápido! O me obligaréis a usar mi Fuego contra vos. ¡Un nombre!

—Señor, escuchadme... —La sombra cerca de la cortina se movió, vacilante.

—Quédate donde estás, Nolse, por si alguien consigue burlar la guardia. ¡Y cállate, maldición! —Sedry retrocedió hasta el fondo de la tienda, arrastrando con él a Fialla. Se detuvo en el borde mismo del círculo de luz de la lámpara, junto a la hornalla de piedra donde ardía el fuego—. ¿Crees que no puedo arrancarte lo que quiero? —siseó—. Me estás mintiendo, ¡lo se! ¡Gespary os matará por esto! —susurró Fialla. Sedry soltó una carcajada histérica.

—Un hombre sólo muere una vez, mujer. Y por eso creo que tu Gespary ya no puede matar a nadie. ¡Un nombre, Dama Fialla! —De pronto la soltó y ella trató de escapar, pero él la alcanzó de un salto y le sujetó los brazos detrás de la espalda—. Un nombre, nada más. Vamos —insistía Sedry con engañosa dulzura.

—¡Él es Gespary! —gritó Fialla. Sedry ejerció una ligera presión sobre sus muñecas que le desgarró la espalda y los hombros—. ¿O preferís una mentira?

—¡Estás mintiendo ahora! —estalló Sedry—. Te lo preguntare sola vez más. Es tu última oportunidad, porque tengo poco tiempo y menos paciencia. —Tiró salvajemente hacia arriba. Fialla soltó un chillido y cayó de rodillas. Las lágrimas corrían por la cara, pero negaba con la cabeza—. ¿No? —De pronto Sedry se puso a su lado, apretándola contra su cuerpo. Con una mano sujetaba las dos muñecas y con la otra agarró la cabellera sujeta con una cinta en la nuca—. ¡Entonces, recuerda que tú te lo has buscado Fialla abrió los ojos al sentir un calor insoportable en la cara y el hombro!

—¡Oh, no! —El grito murió en sus labios. Las brillantes brasas de la hornalla llenaban su campo de visión. La mano de Sedry, enroscada en sus cabellos, la empujaba inexorablemente hacia abajo. De pronto, el olor a cabello quemado inundó la tienda. El cuerpo entero de Fialla se arqueó en una convulsión insoportable: su piel había tocado las piedras al rojo vivo. La mano del Rey, implacable, mantenía su cara a pocos centímetros del resplandeciente fuego.

—Un nombre —susurró Sedry—. ¿O quién volverá a admirarte cuando yo haya terminado?

—¡Alto! —Una voz atiplada resonó en la tienda y se oyó el ruido de una espada

cuando sale de su vaina.

La presión sobre sus manos, sobre su cuello, cesó, pero Fialla no podía moverse, y permanecía jadeando arrodillada donde Sedry la había dejado. La voz seguía sonando en sus oídos, lejana.

Sedry se volvió y se enfrentó a su escudero, con su propia espada y su daga en la mano.

—¿Cómo te atreves?

—¿Yo, Señor? ¿Atreverme yo? ¡Éste no era el plan!

—¡Lo he cambiado! Ella nos dirá...

—Nada, no nos dirá nada. Yo sé reconocer a una mujer honorable. Pero no permitiré que continuéis haciendo esto, Señor, podáis o no comprar vuestro deseo con semejante moneda.

—¿Que no permitirás? ¡Por los Dos! ¡Tú no tienes derecho a la palabra!

—¿No? Entonces me lo tomo. —Nolse avanzaba de costado, nervioso, dando un paso por vez. Trataba de situarse entre el Rey y la amante del Arzobispo—. Esta mujer no es como Elyessa o como Callandra. No podéis poner vuestras manos sobre ella como lo hicisteis con las otras. Si hacéis daño a esta dama, mi Rey, no quedará un hombre en Darion que os reconozca como su Señor. —Una sonrisa irónica, amarga, levantaba la comisura de sus labios—. En cuanto a mí, por primera vez en mi vida, descubro que tengo una conciencia.

Sedry empezó a reírse.

—¿Conciencia? ¿Tú?

—Divertido, ¿no? Os he ayudado en todas vuestras acciones, en todas las intrigas que habéis concebido, mi Rey. Cuando atacasteis Arolet para derrocar a vuestro Padre, yo os ayudé a conseguir fondos, a reunir hombres, a decidir en cuál de los Barones había que confiar y a cuál había que ocultarle los planes. Cuando planeasteis el asesinato en Arolet, ¿no fui yo quien sugirió utilizar a los hombres de Carlsport? Estaban dispuestos a asesinar a cualquiera, hombre o mujer, por dinero. Y era imposible vincularles con vos. Cada vez que veíais a la esposa de un burgués, a la dama de un Barón, y queríais tenerla, yo lo arreglaba todo.

»Son incontables los hombres que me deben la muerte, por la información que yo os conseguía a través de mis espías. —Inspiró profundamente y soltó el aire poco a poco. La espada en su mano derecha dejó de temblar, su voz se elevó firme—. Yo fui vuestras manos, vuestra mente, en todo cuanto hicisteis. Hasta llegué a poner en un vaso de vino de la Marca todo el veneno de un abrojo. Por vos, Señor, a vuestro servicio.

—Nadie te obligó a servirme —estalló Sedry. Su acento de la Marca, que raras veces se le notaba, fue por un momento muy fuerte.

—No. Nadie me obligó. Pero no os confundáis; no he sentido remordimiento por

nada de lo que he hecho por vos, y tampoco lo siento ahora. Pero esto... esto clama a los cielos. ¡Y yo digo que no lo haréis!

—¿Y quién va a impedírmelo? ¿Tú? —Sedry soltó una risotada.

—Con mi vida —contestó Nolse simplemente. Jadeó, y levantó su poco usada espada para protegerse del revés mordaz que le había dirigido el Rey.

¡Levántate, levántate, tonta débil!, se maldecía Fialla a sí misma, pero el terror y el dolor la aturdían. Con un esfuerzo terrible, tomó apoyo sobre los brazos entumecidos para arrastrarse y alejarse del fuego. Luego se desplomó sobre la alfombra. El ruido de la lucha, la tienda misma, se difuminaron.

Sedry refrenó su ira; debía controlarse, o incluso un estúpido como aquél podría derrotarle. Sólo los que eran como Hyrcan luchaban enfurecidos. Se echó a reír al ver que Nolse, aterrorizado, retrocedía con cautela, la espada torpemente agarrada en su mano derecha. La mesa estaba entre ambos.

—Deberías haberte quedado quieto, Nolse. —Sedry dio un quiebro y arremetió a través de la mesa. Una silla se tambaleó y cayó. Nolse gritó: la punta de la espada del Rey se había enterrado en su hombro—. Deberías haberte quedado donde estabas. —Nolse retrocedió ante la nueva estocada: una fina línea roja apareció en su mejilla y la sangre empezó a gotear sobre la camisa—. ¡Estúpido! —siseó Sedry—. ¡Estúpido y traidor!

Nolse puso la mesa patas arriba entre los dos y retrocedió precipitadamente al ver que Sedry la sorteaba de un salto. Hubo un discordante estruendo de espadas, luego un silencio repentino, seguido de un grito ronco y horrible. Fialla se arrastró con manos temblorosas, los ojos, enloquecidos y abiertos de par en par, clavados en la oscuridad de la tienda, entre el fuego y la cortina. Nolse dio un paso tambaleándose, luego otro, y se puso a oscilar entre las lámparas. La espada cayó de sus dedos inertes. Dio un zarpazo para cogerla, y se aferró a la única silla que quedaba en pie. Ambos se derrumbaron.

Sedry rodeó la mesa y envainó sus armas. Había sangre en sus pantalones de color gamuza. Hizo caso omiso de su escudero caído. Dio un paso, otro. Las puntas de sus botas pisaron las faldas de Fialla.

—Todavía no hemos terminado, Señora —murmuró entre jadeos. Un movimiento en la cortina desvió la atención de Fialla.

—¡Rey de Darion! ¿Qué es lo que queréis discutir conmigo?

Fialla lanzó un débil gemido y Sedry giró en redondo. Con el cabello encendido por el ocaso, cuyos tristes reflejos penetraban por la cortina ahora abierta, Elfrid alzaba su espada desenvainada.

—¿Qué? ¿No te decides, Sedry? —Elfrid le dirigió al Rey una breve sonrisa burlona que no suavizó en absoluto la helada furia de sus ojos—. Había una nota en mi tienda, ofreciendo cambiar a Fialla por un nombre, que yo debo dar. Pero tus hombres se mostraban reacios a dejarme entrar. —Se hizo un silencio—. ¡Fialla! ¿Fialla?

—Estoy aquí —balbuceó la joven con la garganta seca y los dientes castañeteando. Elfrid lanzó una mirada hacia el rincón de donde había surgido la voz.

—No puedo verte. ¿Estás... estás herida?

—No. —Fialla no logró decir nada más.

Los ojos de Elfrid volvieron hacia el Rey.

—Espero que no, querida mía, espero que no.

—¿Cómo has franqueado la guardia? —preguntó Sedry.

—¡Ah, eso! Encontraron otra cosa con que entretenerse: cómo evitar discusiones con los hombres de Fresgkel. ¿Qué, te sorprende? ¿No pensarías que iba a venir aquí solo?, ¿verdad? —Se hizo un tenso silencio, que Elfrid rompió—: Me veo obligado a señalarte que es con mi mujer con quien has estado jugando; y no con demasiada delicadeza, diría yo.

Sedry se echó a reír, y su risita débil y ligera entrecortaba sus palabras.

—¿Tu mujer? ¿Tu mujer? —Pero la histeria desapareció y dio paso a una furia que hizo resplandecer la daga en su mano derecha—. ¡Mientes!

Elfrid le dirigió una sonrisa helada.

—¿Adivinación? ¿Pretendes leer mi mente? ¿Acaso has podido hacerlo antes?

—¡Tú no eres Gespary! —gritó Sedry—. Y me dirás quién eres... ¡No, no se te ocurra moverte, todavía estoy entre tú y ella! —Retrocedió un paso y su talón rozó el pie de Fialla. Ella lo retiró bruscamente—. ¡Me dirás por qué afeita ella cada día una cara que lo necesita tan poco como la suya propia!

—Pero Rey Sedry —replicó Elfrid, amable— si estáis temblando. ¿De qué tenéis miedo? ¿De mí? Soy vuestro aliado, ¿ya no lo recordáis? Os sentís mal, tal vez...

—¡No juegues conmigo! —El Aura resplandeció por los hombros de Sedry—. ¡Dime la verdad, o arrojaré mi fuego contra ella!

La mujer guerrera dio un paso, pero se detuvo bruscamente al ver que Sedry se inclinaba hacia la mujer acurrucada a sus pies.

—Vuestro fuego no sirve de gran cosa, Rey Sedry, y los dos lo sabemos. Pero si insistís en conocer la verdad... no os gustará, me lo temo.

»Vuestro mensaje no fue el único que llegó a Rhames desde Darion, solicitando mi ayuda. ¿Lo sabíais? No, claro que no.

—Mensaje... —Sedry frunció el ceño—. Rolend...

—El Príncipe Rolend —corrigió Elfrid con suavidad—. Lo consulté con mis capitanes, y con la Adivina. Después de algún tiempo, decidimos que yo debía acudir en ayuda del Príncipe, y por lo tanto de Darion. Pero no podía llegar a vuestras tierras en franco desafío. En consecuencia, encontramos otra manera.

—No.

—Rolend está libre y ha salido de Orkry —prosiguió Elfrid. Sedry sacudió la cabeza incrédulo, negándose a creer—. Me diréis que estáis informado. —Los dientes de la guerrera centellearon en una breve sonrisa—. ¿Queréis que os repita, palabra por palabra, el último mensaje que recibisteis del carcelero de vuestro hermano, la nota escrita por vuestra hermana?

—No.

—Es verdad, sabéis que es verdad. —Elfrid fingió concentrarse en la contemplación de la punta de sus dedos—. En estos momentos, el Príncipe Rolend ya ha tomado Arolet y ha persuadido al Witan y al Consejo, para que le apoyen. La Iglesia ya está con él. Ya no sois Rey.

—¡Mentira! ¡Son todo mentiras! —gritó Sedry.

—No. ¿Por qué habría yo de mentir? Vuestros hombres, los que os han seguido hasta aquí, los que vigilaban vuestra tienda, han sido dominados por Eavon y Marchham. Solamente tenéis una posibilidad: deponer vuestras armas y abdicar por voluntad propia.

—¿Abdicar? ¿Yo? —Sedry se echó a reír—. ¿Y ante quien? ¿O ante el viejo Eavon? Ya le gustaría a él, ¿no? —La risa cesó de golpe—. Mientes. Gespary de Rhames jamás ha intervenido en cuestiones civiles. ¡Jamás!

Elfrid se encogió de hombros.

—Hasta ahora no. Pero siempre hay una primera vez.

—No. —El Rey contempló a Fialla, que yacía inmóvil a sus pies—. Pero supongamos que te creyera, supongamos que Rolend haya logrado de algún modo huir de Orkry y arrebatarme Arolet. Incluso —dijo y se detuvo para inspirar hondo— incluso que se ha adueñado de Darion como una concesión de mi Witan, del Consejo de mis Barones. Eso tiene remedio, ahora que estoy sobre aviso.

—Pensad así, si queréis.

—Sería estúpido por mi parte entregarme dócilmente a las manos de los hombres de la Marca. ¡Aprecio demasiado mi vida!

—Conocéis a vuestro hermano. El Príncipe Rolend no quiere que sufráis daño alguno.

Sedry soltó una risita seca.

—¿Y tu voz revela otro pensamiento? Yo no la he ofendido, no de la manera que tú piensas...

—Yo no pienso nada.

—Pero ella no es... la razón... —prosiguió Sedry, titubeante. Era penoso forzar la Adivinación, extenuante. Pero ¡Dioses!, necesitaba saber—. No, ella no es la razón por la que deseas mi muerte... Porque la deseas, lo veo en tus ojos...

—Tal vez.

—Tal vez —imitó burlón Sedry con voz chillona—. No, aquí hay algo que falla, algo erróneo desde el principio. Pero yo preferí ver lo que tú querías que todos vieran, y dejé de lado lo que sabía.

—Entonces fuisteis muy tonto —dijo el falso Gespary, con otra sonrisa helada.

—He sido tonto por confiar, sí. Tú eres quien busca mi muerte.

—No. El Príncipe... el Rey Rolend se ha pronunciado en contra de ella y yo me someto a sus órdenes.

—¿Quién eres? —Sedry se había puesto pálido. La persona que durante largas semanas había tomado por el Arzobispo dejaba de resistir a su indagación mental. ¡Casi como si le desafiara a ver...!

Elfrid soltó una carcajada y avanzó un paso más hacia la luz. Cuando habló su voz era diferente, sin inflexiones, sin acento.

—¡Vaya... estás asustado! Es raro ver miedo en tus ojos.

—¿Quién...? —El Rey retrocedió. Su pie se enredó en las vestiduras de seda de Fialla, y estuvo a punto de caer.

—Nunca te he tenido miedo, Sedry. Nunca. No te tuve miedo cuando, junto con tus amadas hermanitas, nuestras amadas hermanitas, planeaste mi muerte. Yo estaba al corriente. ¿Te sorprende? No sentí miedo de ti cuando me interpose entre nuestro Padre y tú, y vi su muerte en tus ojos.

—No. —Sedry retrocedió otro paso, moviendo la cabeza.

—Vengativa, sí, lo era. Juré que te mataría, Sedry. Lo juré mil veces, a cada paso que daba camino de Carlsport.

—¡No! ¡No puede ser... tú no eres...!

—¿No? —El Aura iluminó la esbelta figura, la espada en alto—. Bien, en este caso, tal vez no sea yo... ¿no sea quién, Sedry?

El rostro de Sedry tenía una palidez de muerte.

—Bastarda. —Sus labios formaron la palabra pero no pudieron emitir sonido alguno. La joven hizo una profunda y burlona reverencia. Cuando se irguió, tenía lista la espada.

—Elfrid —corrigió amablemente—, soy Elfrid, Hermano.

—¿Pensabas que me ibas a engañar, a mí?

—Te engañé. A ti y a todos los demás. —Sedry contuvo la respiración y en sus ojos apareció una mirada resuelta. Elfrid se rió—. ¿Qué? ¿Quieres pedir ayuda? Adelante, Hermano, llama cuanto quieras. ¿Y bien? Por supuesto, dudo mucho de que alguien acuda, si llamas. Como te dije, tus hombres ya no custodian este pabellón. Lo

hacen los hombres de Eavon y de Cretony, y me han jurado lealtad.

—A ti...

—Más precisamente a Elfrid, hija de Alster, y a través de mí, al Rey Rolend. Lo saben todo, ¿comprendes? —Los hombros de Sedry se hundieron—. Pero nadie más lo sabrá. No... —añadió, con tono de advertencia—. Yo de ti no me molestaría en hacerlo. ¿Piensas librarte de tu situación gritando que Gespry, el Arzobispo de Rhames, es en realidad la hija bastarda del viejo Alster, y que ha vuelto del exilio para vengarse del legítimo Rey de Darion? —Se hizo un silencio—. Es mejor que les dejes la táctica a otros, Sedry, nunca ha sido lo tuyo.

—Mis hombres no apoyarán a una...

—Tus hombres no te creerán —le interrumpió Elfrid fríamente—. ¿O acaso creerán que una mujer lleva la cota y los colores de Gespry y capitanea las fuerzas mercenarias? ¿Que una mujer ocultó su sexo bajo los colores de Rhames? No, Sedry. Mis hombres, mi Dama, mi Lectora de Tarots, todo desmiente ese demencial pensamiento tuyo. Nadie puede creerte; pensarán que las presiones de los últimos años, y tus maldades, te han llevado a la locura. A la locura... como a tu Padre.

—¡Me creerán —gritó Sedry, furioso— cuando exhiba ante ellos tu cadáver desnudo! —Aferró la espada y se lanzó al ataque.

Elfrid soltó una carcajada y se afirmó en su sitio. Con una mano apartó la mesa caída. ¡Esperaba que esto ocurriera! ¡Por los Dioses, sí que lo esperaba! ¡Vamos, Hermano, levanta tu espada contra mí! ¡Te arrancaré el corazón a pedazos y reiré mientras mueres!

—¡Elfrid, no! —Ninguno de los dos oyó el débil grito. Fialla se desmayó y quedó tendida sobre la alfombra justo cuando Sedry se lanzaba contra su adversario.

No podía haber estado inconsciente mucho tiempo; todavía luchaban bajo las lámparas de plata. Momentos después, ambos se perdieron en la sombra. Al otro lado de la lona coloreada de la tienda, Fialla oía a los hombres gritar en la lengua común, algunos con el fuerte acento arcaico de la Marca. Después oyó un rumor de pasos presurosos.

La joven se apartó del fuego un poco más, a rastras, hasta que dejó de sentir su calor. Un gemido se le escapó de los labios al apoyarse en un brazo; el dolor era horrible, y sentía punzadas en la mano. Apretó los dientes y volvió la cabeza: en su capa de terciopelo había un agujero del tamaño de una moneda de plata, por el cual se veía la piel ampollada. No era tan grave como le había parecido, dado el dolor. Se apoyó con cautela sobre el otro brazo, y logró por fin sentarse y tocarse el cabello. Sintió las puntas chamuscadas, aunque le pareció que tampoco era demasiado grave. Vanidad ¡Una mujer que se preocupa más por sus bucles que por su vida no puede estar malherida!

Eso le hizo sonreír débilmente, pero todavía temblaba demasiado para ponerse en pie. Y no se atrevía a esperar en la tienda. ¡Sedry no debía morir! Y Elfrid... Gespry... Se apoyó sobre las manos y las rodillas, retiró la voluminosa falda de debajo de sus piernas y empezó a arrastrarse hacia la cortina. Se detuvo al llegar al cadáver de Nolse: yacía de costado y sus ojos abiertos miraban hacia algún punto remoto. La sangre había empapado la alfombra, borrando el delicado diseño de flores y pámpanos sobre la trama casi blanca. Se estremeció y se alejó de él tan de prisa como pudo.

Se detuvo al llegar a la mesa. La cortina estaba sólo a unos cuatro pasos de distancia, pero le parecieron cuatro leguas. Descansaré. Sólo un momento. Oía a los hombres, allí fuera y el estruendo de las espadas. Puedo detenerles. Y lo haré si consigo llegar. Trató de controlar su respiración.

De pronto, se quedó sin aliento: un hombre alto, oculto por una pesada capa con capucha, había entrado en la tienda, su silueta esbozada por su antorcha. Vaciló un momento, la cortina retenida por su hombro. Un débil grito se le escapó a Fialla, y su mano se levantó, temblando, en un último gesto de defensa, al ver que el hombre daba un paso, cerrándose la cortina detrás de él.

—¿Fialla?

—¿Gespry? —susurró ella—. ¿Mi Gespry?

Con rápido movimiento, el hombre echó atrás la capucha y se arrodilló a su lado. La luz de las lámparas y del fuego iluminó su espesa cabellera blanca cuando el verdadero Arzobispo de Rhames abrazó a su Dama.

—Aquí estoy, querida. Soy yo, yo en persona, amada Fialla.

—Gespry. —Fialla sólo atinaba a abrazarlo—. ¿Por qué estás aquí?

Él sonrió con expresión de suficiencia.

—Ya te decía que mejoraba día a día, pero tú no querías creerme, ¿no es cierto? Me sentía lo bastante bien para venir personalmente en ayuda del Príncipe Rolend, eso es todo. ¿Qué pasa? —Preguntó, besando con dulzura los dedos de la joven—. ¿No te alegras de verme? —Por toda respuesta, Fialla se echó en sus brazos.

Incorporarse le exigió un terrible esfuerzo. ¡Cuánto más fácil hubiera sido permanecer allí, protegida y a salvo!

—Gespry, Sedry sabe.

—Entiendo.

—Ella... no quería luchar contra él, pero no tuvo elección...

—No, no hace falta que me lo digas, Fialla. Yo tenía su palabra. Pero Sedry... Eso es malo. ¿Cuándo se enteró, y cómo?

—Cuándo, no lo sé. Hace un tiempo. —Se encogió de hombros, e hizo una mueca al sentir el dolor recorrerle el hombro e instalarse en su estómago—. Este último mes, ha estado como loco; tenía miedo de todo el mundo. La Adivina hizo demasiado bien su trabajo. Pero no teníamos idea de que él sospechaba que Gespry no era Gespry. De lo contrario, yo jamás hubiese venido aquí. —Hizo una pausa—. Trató de hacerme confesar. —El agradable rostro de Gespry adquirió por un instante una expresión asesina. La besó en la frente.

—Te ha hecho daño. ¿Es grave, querida? No, no, ya veo. Es doloroso, ¿verdad? Sé que lo es. —Sedry...

—Rolend está aquí. Vine con él. Sedry está acabado. —Volvió a cubrirse con la capucha. Fialla se aferró a su cuello, y él la levantó suavemente y salió. Retuvo la cortina con el hombro, se inclinó para besarla, y le murmuró al oído—: No podemos dejar nada librado al azar. Recuerda quién es Gespry aquí. —Intercambiaron una mirada preocupada—. ¿Podrás, amada mía?

—Por supuesto. Debo hacerlo, y lo haré.

Dejó reposar la cabeza sobre su hombro mientras Gespry convertido en uno de los veinte monjes anónimos, caminaba hacia los soldados que se apiñaban en semicírculo. Los hombres se abrían para darles paso, les seguían con la mirada y guardaban silencio escandalizados. Así que era eso: el Rey, contra toda razón y prudencia, había cedido a su deseo por la dama de su aliado, y al verse rechazado, había recurrido a la fuerza. ¿Por qué si no iba el Arzobispo a enfrentarse a él con tanta furia?

Fialla, con los ojos cerrados y los labios apretados para soportar el dolor que le

laceraba el brazo, no pudo apreciar el cambio que se producía en los últimos partidarios de Sedry al ver cómo el monje la llevaba a través de la multitud, la depositaba con delicadeza en el suelo, sujetándola porque se tambaleaba.

Los dedos del monje estrecharon los suyos, en clara señal de advertencia. Fialla parpadeó. Allí estaba Sedry. Sangraba de un largo corte en la cara y otro en el antebrazo. Frente a él, Gespry. La persona que ella debía seguir reconociendo como Gespry estaba allí, a poca distancia, las armas todavía en posición de combate. Su camisa estaba desgarrada en el hombro, y la sangre corría por la manga hasta sus largos dedos.

Más allá, todavía montado, estaba un hombre joven. Su cabellera era tan rubia como lo había sido la de Gespry antaño, y un bigote de un dorado más oscuro le ocultaba el labio superior. Una fina banda de plata sujetaba sus cabellos; la capa verde y oro, forrada de piel, ondulaba en la brisa de la tarde. También era verde y oro la insignia que lucía en el hombro.

—Rolend —murmuró Fialla—. Rey Rolend.

Entonces se dio cuenta de que Rolend estaba hablando, de que llevaba varios minutos exhortando a Sedry a adoptar cierta línea de conducta. Pero éste parecía estar sordo, porque sus ojos, su atención, se concentraban en la espada de su adversario.

—Yo soy el Rey de Darion —dijo Rolend con serenidad—. El Witan lo ha confirmado, el Consejo de los Barones lo ha ratificado. La Iglesia me apoya. —Hubo un silencio. Los hombres se miraban unos a otros, intranquilos. ¿Qué le pasaba a Sedry?—. Has causado grandes daños a nuestra tierra, Hermano. Entre Hyrcan y tú, habéis tratado de convertirla en un osario.

—Tú eres el Rey. —Sedry sí había escuchado—. ¿Y yo? ¿Qué será de Sedry, que fue soberano de Darion? ¡Contéstame, Hermano!

—La elección es tuya, Hermano. No quiero ser injusto, pero no puedo permitir que transites libremente por nuestra tierra. Puedes tomar el camino a Carlsport y por lo tanto a Embersy, con escolta completa. Morelis está dispuesta a darte asilo. También puedes fijar tu residencia en Kellich, tal vez en Orkry. Con las libertades de movimiento que yo me atreva a concederte... —Se detuvo: Sedry reía a carcajadas.

—No quieres ser injusto —se mofó. La risa se esfumó. Arrojó su espada a un lado y dio tres rápidos pasos al frente. Elfrid se mantuvo firme en su sitio, la espada, casi olvidada, colgando de su mano ensangrentada—. Has jugado conmigo —susurró Sedry—. ¡Tú has provocado esta situación! ¡Tú lo has planeado! —Levantó una mano, con gesto amenazante. Una chispa azulada encendió débilmente sus dedos, pero hacía tiempo que el Fuego le había abandonado.

—No. Yo lo hubiera planeado de un modo distinto —dijo Elfrid. Parecía como si estuvieran a solas.

—¿Sí? —se burló Sedry—. ¿Y ahora crees que yo iré con este... con este

muchacho? ¿Como prisionero? ¿Como un animalito doméstico?

—Esa es su decisión, no la mía. —La voz de Elfrid era tan baja que ni los soldados más próximos podían oírla—. Yo te hubiera despellejado vivo, poco a poco, y eso todavía hubiese sido poco comparado con lo que te mereces. Tú te lo has buscado, Sedry. Todo. Y en cuanto a qué eres ahora... bien, eso es algo que Rolend y el Witan tienen que decidir.

—No. —Los ojos de Sedry recorrieron la multitud silenciosa, evaluaron la expresión de las caras—. No. Hay otra posibilidad. —Giró sobre los talones y buscó la mirada del joven Rey, que había desmontado—. No quiero vivir, Hermano, si es para ser el blanco de todas las culpas que tu Witan quiera echarme. Ni tampoco si es por la clemencia de ella. —Rolend avanzó hacia él con cautela. Sedry retrocedió—. No, todavía soy dueño de mí mismo —susurró—, ¡y la elección es mía! Sedry giró en redondo, aferró la daga con las dos manos y, antes de que nadie pudiera detenerle, se la hundió en la garganta hasta la empuñadura. Los brazos de Rolend detuvieron su caída.

—¡Gespry! —Con un alarido terrible, Fialla se adelantó, y pasó junto a Rolend, que arrodillado en el suelo sostenía a su hermano. Elfrid se sobresaltó y apartó su atónita mirada de los dos hombres. Espada y daga cayeron de sus dedos inertes, y abrazó a Fialla—. ¡Dime que no estás herido, Gespry mío, dime que no te ha herido! —No podía parar de llorar. Elfrid acarició la brillante cabellera, el hombro y la besó en la frente.

—No estoy herido, Fialla. ¡Pero tú! ¡Oh, no! ¿Qué te ha hecho? —Con dedos temblorosos tocó la manga chamuscada, pero los retiró como un rayo al oírla gritar de dolor. Fialla la tranquilizó con un gesto de la cabeza, pero pasaron varios minutos antes de que pudiera hablar.

—Yo... cuando yo me negué, cuando resistí —dijo por fin, entrecortadamente— me golpeó. Me golpeó. Juró que iba a ponerme la cara en el fuego... —A diferencia de la voz de Elfrid, la de Fialla se oyó desde el otro lado del claro. Hubo un murmullo de ira y comentarios airados entre los soldados.

—Ya no puede lastimarte, ni ahora ni nunca. Está muerto, Fialla, y por su propia mano. —Indiferente a todos los presentes, abrazó de nuevo a Fialla. La amante del Arzobispo cerró los ojos y se acurrucó contra ella con un suspiro de agradecimiento.

Elfrid tenía la mirada perdida por encima de la negra cabellera de Fialla. El olor a cabello quemado le invadió la nariz. Tenía que haberle matado, pensó.

Y, sin embargo, no lo había hecho, aunque había tenido más de una ocasión mientras se batían. Me hubiese convertido en otro Hyrcan, en otro Sedry. ¿Será por eso que no lo hice? ¿O porque mi Padre, a pesar de todo, no lo hubiera querido? ¿O porque sabía que la muerte sería más soportable para Sedry que el exilio? ¿O es que, simplemente, no he querido volver a matar? ¿Sabía Gespry lo que yo pensaba hacer,

y por eso cuando llegó el momento, no pude? Cerró los ojos y lanzó un suspiro de cansancio.

Gespry, yo soy Gespry, Arzobispo de Ehames, y ésta es mi Señora, la Dama Fialla. ¿Cuántas veces, durante los últimos meses, se lo había repetido? ¿Y cuánto tiempo más debería seguir haciéndolo?

Y después de eso, ¿qué quedaba? Sedry estaba muerto. Hyrcan, muerto. Alster, muerto, desde hacía tiempo. Siete años llevaba muerto, y sólo ahora quedaba vengado. Cada momento de estos últimos ocho años han conducido a esta situación. Y ahora que Sedry está muerto, ¿por qué me siento aliviada de que mi mano no haya empuñado la espada para matarle? De pronto se sintió cansada, terriblemente cansada.

Rolend se puso lentamente en pie y se acercó. Los claros ojos grises, que le señalaban sin duda alguna como hijo de Alster, estaban bañados en lágrimas. Guardó silencio un momento. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Después dijo:

—Vos sois Gespry, Arzobispo de Rhames, ¿no es así? Yo soy Rolend.

Elfrid inclinó la cabeza. Sus brazos seguían abrazando a Fialla, como para protegerla.

—Soy Gespry. Vuestra llegada ha sido inesperada, Majestad, pero no inoportuna. Ésta es mi Señora, la Dama Fialla.

Fialla abrió los ojos con esfuerzo y trató de rendir pleitesía al nuevo Rey de Darion; sólo pudo abrazarse a Elfrid.

—Majestad —murmuró, cerrando de nuevo los ojos—, os ruego que me perdonéis, pero no me encuentro bien.

Rolend avanzó un paso, miró a Fialla con aire preocupado y puso una mano sobre el hombro de Elfrid.

—Está realmente muy pálida, Excelencia; y según veo, también está herida. Tampoco tenéis buen aspecto, Señor. ¿Podréis llegar a vuestro pabellón? Enviaré a mis hombres para que os acompañen. ¿No? Entonces será mejor que la Señora descanse. Sé —prosiguió, como con prisa— que fuisteis un aliado de mi hermano. Naturalmente, cualquier hombre que haya servido a Sedry debería ser sospechoso, para mí y para mis hombres. Pero no veo razón ni necesidad de desconfianza entre nosotros. Cuando mis asuntos me lo permitan, iré a vuestro pabellón para asegurarme de que vos y la Señora os encontráis bien.

—Mi agradecimiento, Majestad. Siempre seréis bienvenido —y una sombra de la cálida sonrisa de Gespry iluminó el delgado rostro.

Rolend se arrodilló e inclinó la cabeza. La bendición de Gespry resplandeció por sus dorados cabellos. Cuando el Rey se levantó, Elfrid inclinó la cabeza con deferencia. En ese momento, le susurró al oído:

—Fresgkel de Eavon, el Conde de Marchham, y todos los que les siguen, os son

fieles, hermano. Os doy mi palabra. —Rolend le dirigió una mirada de asentimiento.

Elfrid se volvió. Un sacerdote, ataviado con las burdas ropas marrones del monasterio de Rhames, se arrodilló ante ella.

—Padre, ¿debo iniciar las plegarias por el alma de este hombre? —Ella asintió, pero al recordar que la capucha la ocultaba a la vista del monje, dio el permiso con palabras, al tiempo que volvía la espalda. Los monjes empezaron a entonar las últimas plegarias sobre el cuerpo de Sedry. Fialla miró por encima del hombro al internarse en la multitud silenciosa, y vio a Fresgkel arrodillarse ante su nuevo Rey.

Sus piernas empezaban a temblar: el pabellón del Arzobispo, resplandeciente como un faro, se desvanecía en una neblina de lágrimas. Elfrid la sostenía con el brazo, pero no hablaba; de hecho apenas parecía respirar y caminaba como una sonámbula, aturdida por los acontecimientos. Le pareció que transcurrían horas antes de que tres de los hombres de Eavon les alcanzaran. Uno se hizo cargo de ella y los otros dos ayudaron a Elfrid.

Una vez transpuesta la cortina, el ruido y el calor le hicieron abrir los ojos. Dos fuegos ardían en sus hornallas, se habían encendido todas las lámparas, y lo que parecía ser una multitud se apiñaba en la sala principal. Las voces, al borde de la histeria, se interrumpían unas a otras. Las conversaciones cesaron cuando Fialla fue instalada con delicadeza en una silla. Elfrid se deshizo de sus compañeros, con un gesto exento de violencia, y se apoyó contra la mesa. Gelc y Boresin se abrieron paso entre la muchedumbre.

—Estoy bien. No os preocupéis por mí. Pero Fialla... —Su voz se quebró—. Le ha hecho daño, Gelc, ve a buscar a Zorec; él curó mis quemaduras hace tres años. Le necesitamos. —El soldado miró con aprensión a la chamuscada toquilla y salió de la tienda a toda carrera.

—Dioses —murmuró Fidric al arrodillarse a su lado—. Fialla, será mejor que te estires en la cama.

—No —respondió ella—. Él me necesita aquí. Sedry le hirió. Fid, examina su herida.

—Estoy bien —insistió Elfrid. Se arrodilló al otro lado de Fialla. Sevríc y dos de sus ayudantes permanecían de pie, mudos, al otro lado de la mesa. Detrás de ellos, estaban Eavon y varios de los guardias beldenianos. Cuidado con lo que hablas, recordó Elfrid. Hay oídos por todas partes. Y después, con desesperación: No puedo, ya no puedo más, no puedo. Se reprendió con rabia y recobró el dominio de sí misma. Las lágrimas nublaban sus oscuros ojos grises.

—Fialla, querida mía...

—¿Gespry? —Las lágrimas corrían por sus mejillas—. ¡Me duele, amado mío! — Elfrid tomó las pequeñas manos entre las suyas.

—Ya lo sé, ya sé que duele. —Era imposible hablar en privado. Pocos momentos después, Zorec y Gelc se abrieron paso entre el gentío. Les seguían tres hombres con los colores de Rolend.

El viejo beldeniano hizo retroceder a los espectadores.

—¡Necesito espacio para trabajar, me molestáis! —Y dirigiéndose a Elfrid—: Es mejor que te apartes, amigo mío. Será más valiente sin ti. Bor, Fid, haced sentar a este hombre. ¡Está a punto de desmayarse!

Era cierto. Los soldados ayudaron a Elfrid a incorporarse (parecía incapaz de hacerlo por sus propios medios) y la instalaron con delicadeza en su sillón favorito. Allí permaneció, con la mirada en blanco fija en los silenciosos espectadores que se apiñaban alrededor de Fialla. Con un gemido, escondió de pronto el rostro entre las manos. Gelc vaciló, se acercó a ella y le susurró algo al oído. Con un gesto imperioso, Zorec señaló a los otros dos que se acercaran a ayudarlo.

—No puede ser muy grave —murmuró Fialla, tratando de aligerar la carga de los que la rodeaban. Zorec esperaba, indeciso, con la venda en una mano y un cuchillo de hoja delgada en la otra—. En este momento me preocupa más mi manga que mi piel —dijo Fialla. El viejo soldado le sonrió, con inesperada gentileza.

—Cortaré lo menos posible. No —añadió, examinando la quemadura—, no es muy grave. Condenadamente doloroso, eso sí, y con perdón de la palabra, Dama Fialla, y os dolerá durante unos días. —Se inclinó sobre su bolsa y extrajo su cajita de ungüento—. Bor... —Boresin tomó las manos de Fialla entre las suyas.

Zorec era diestro y cuidadoso. A Fialla sólo se le escapó un grito cuando los dedos le apretaron el codo, a cierta distancia de la quemadura, provocándole una reacción espasmódica en la mano. Cerró los ojos y se mordió los labios para no gritar. Zorec la vendó sin apretar y le puso el brazo en cabestrillo para inmovilizarlo. Entonces Fialla abrió los ojos, aunque le costó un esfuerzo, pues lo único que quería era dormir. Le dio las gracias. Zorec rechazó los agradecimientos con un gesto de la mano y se acercó a la mesa. Elfrid no era una paciente tan bien dispuesta como Fialla pero finalmente permitió que el viejo beldeniano le lavara las heridas.

Boresin apareció de repente junto a ellos, con dos jarras de vino.

—Bebed —ordenó en un tono sin réplica. Mientras bebían, echó una mirada alrededor: Gelc, Zorec y Zormerian estaban sacando a la gente del pabellón. La Adivina también había aparecido y se arrodillaba junto a Fialla.

—Gespry. —Fialla extendió una mano.

Elfrid levantó lentamente la cabeza pero transcurrieron algunos minutos antes de que se fijara en ella. Se puso de pie, tambaleante, y se apoyó en la mesa. Fidric acercó su silla a la de Fialla y, con cierta rudeza, la sentó en ella. Elfrid le dirigió una cansada sonrisa que no iluminó sus oscuros ojos grises y tomó la mano de Fialla en una de las suyas. La otra acarició, breve y cariñosamente, la blanca cabellera de la Adivina.

—Te ha hecho daño. Debería haberle matado, Fialla.

—No. No habría estado bien.

—Tal vez. En todo caso —dijo Elfrid perpleja—, no lo hice. Y me alegro... creo que me alegro. Ahora mismo me es difícil estar segura de nada. Creo que me alegro. —Detrás de los ojos grises velados por las lágrimas, la que hablaba era Elfrid. Gespry había desaparecido por completo—. Mi Padre le amaba, a pesar de todos sus

defectos. Fue eso lo que, al final, le volvió loco. Yo había pensado honrar la memoria de mi Padre matando a Sedry. Tienes razón, Fialla, no habría estado bien. Pero él... te hizo daño a ti... ¡a ti!

—Tú no hubieras podido matarle —declaró la Adivina. Tenía la voz ronca, y hablaba como si le doliera la garganta—. No estaba en ti quebrantar tu voto.

Elfrid se encogió de hombros.

—Así es, por la razón que sea. —De repente, una sonrisa, una sonrisa de verdad, iluminó su rostro—. Nos has dado un buen susto, querida. Y la pobre Adivina... Cuando volví de la reunión con Sevríc, me encontré la tienda a oscuras. Ella —la guerrera señaló con la cabeza— estaba sentada en la mesa, con un papel arrugado en la mano, en tal estado emocional que no conseguía arrancarle una sola palabra sensata...

La Adivina sacudió la cabeza con tristeza.

—Yo no podía ni razonar. Tuvo que sacudirme varias veces antes de que pudiera aceptar el hecho y decirle que habías caído en la trampa del Rey. —Miró a Fialla con ojos acusadores—. Sabías que era arriesgado, te advertí que debías evitar a ese hombre.

—¡Viste esto, y no dijiste nada! —interrumpió Elfrid. Su voz era inexpresiva pero su rostro estaba blanco de repentina furia.

—Lo vi —replicó la Adivina con calma, indiferente a la ira de Elfrid—, pero no tenía sentido que te lo dijera, porque era posible evitarlo por más de un medio. Tampoco era una certeza. —Miró a Fialla con expresión de reproche—. La manera más fácil de evitarlo era que tú evitaras a ese hombre.

—Yo. —Fialla inició un encogimiento de hombros pero lo suspendió al sentir una punzada en el brazo— no podía creerlo, supongo. Que se atreviera a hacerme daño, arriesgándose a perder a un aliado de la talla de Gespry, a perder el respeto de sus propios partidarios. No podía creer que nadie, y menos aún un Rey, fuera capaz de atacar así a una mujer.

—Ni tú —interrumpió Elfrid con aspereza—, ni Fresgkel. Tú sabías que él era capaz de cualquier cosa. Te lo dije muchas veces, tú misma pudiste verlo. Lo que hizo... con Bal, entre otras cosas. —Estrechó la mano de Fialla—. Basta. No hace falta que te dé un sermón. Mejor olvidémoslo. Por lo menos tú.

Fialla asintió. Lo había olvidado, sobrepasada por el dolor y por lo últimos acontecimientos.

—Gespry —susurró Fialla en voz tan baja que sólo Elfrid pudo oírla—. Está aquí. Está...

—¿Él está...? —Elfrid se incorporó a medias—. ¿El Arzobispo Gespry? —Formó las palabras con los labios, sin emitir sonido alguno—. No. En Rhames.

—Está aquí, te lo juro.

—Pero... —En aquel momento se oyeron voces. Varios hombres hablaban con la guardia. Fialla se volvió hacia la entrada. Elfrid le tocó el brazo para tranquilizarla.

Gelc se levantó de un salto, farfullando en voz baja.

—Ahora les despido. —Salió de la tienda. Hubo un silencio. Luego se oyó un murmullo. El soldado volvió a entrar. Boresin le siguió, y mantuvo la cortina abierta. Parecía que hubiesen visto a un fantasma. Cuatro monjes ataviados con la sencilla capa azul de viaje del monasterio de Rhames se acercaron a la luz. El monje alto iba en cabeza. El pabellón había sido desalojado con presteza. Sólo se habían quedado los hombres de armas, Zorec y su sobrino entre ellos. La Adivina, exhausta, había vuelto a sus mantas. Los cuatro monjes de Rhames, sentados muy juntos en una punta de la mesa, intercambiaban de vez en cuando algunas palabras en voz baja. Fialla, con los ojos cerrados, se reclinaba contra el verdadero Gespry, ataviado de monje. Sus brazos la envolvían en un abrazo, pero evitando con cuidado dañar el brazo vendado. Al otro lado, Elfrid se inclinaba hacia adelante, los codos apoyados en las rodillas.

El parecido entre ambos era tan grande, que desconcertaba, si bien ya no era tan pronunciado como lo había sido antes: Gespry había ganado peso en los últimos meses. El rostro de Elfrid tenía el aspecto demacrado y exhausto del que ha sufrido mucho y sus ojos oscuros parecían atormentados. Por otra parte, el verdadero Gespry lucía una áspera barba.

—Lo has conseguido —dijo. No añadió ningún elogio. No podía encontrar, en aquel momento, con aquel rostro consumido frente a él, palabras para ello.

Elfrid sonrió con desaprobación.

—Me pregunté muchas veces si lo lograríamos. La suerte nos acompañó, más de lo que era prudente esperar.

—Tu propio valor, tu capacidad —empezó Gespry. Elfrid le interrumpió. Su sonrisa había desaparecido.

—No. Si yo hubiese sabido, si me hubiese dado cuenta de lo que emprendíamos, jamás lo habría hecho.

—No lo creo —dijo Gespry que se inclinó para besar la frente de su amada—. No hubiese sido propio de ti. Tienes honor, y la fortaleza moral de tu padre. No hubieras abandonado la empresa por su dificultad.

—No puedes saberlo —dijo Elfrid con aire obstinado—. Apenas si me conozco a mí misma; ni siquiera yo sé lo que hubiera hecho. ¿Cómo podría saberlo? Y si no lo sé yo, ¿cómo podrías saberlo tú? —Se hizo un silencio. Gespry la miró, algo sorprendido—. De algún modo, nunca he sido yo misma, siempre he sido alguna otra cosa, para alguna otra persona. Era la favorita de mi Padre, su ojo derecho, su juguete, como decía Sedry. Para Sedry y sus amigos, yo era la Bastarda del Rey.

»Después Sedry tomó Arolet y me convertí en una desterrada, un ser deshonrado

y vagabundo, protector y compañero de un anciano loco. Fui un soldado, una doncella guerrera. Y luego ¡los Dioses me ayuden! fui Gespry, el Arzobispo guerrero de Rhames, amado por todos, el mejor soldado y estrategia de cinco reinos, portador del Fuego Sagrado. —Se pasó las largas manos por el cabello—. Nunca he sido Elfrid. A este yo mío que estás viendo no lo conozco, Gespry. No sé quién es Elfrid, no la veo. —Se reclinó otra vez en la silla, algo avergonzada—. Lo siento, no era mi intención hacer del asunto una cuestión personal.

—Tranquilízate. Ahora todo ha terminado...

—No. —Elfrid cerró los ojos, agotada—. He terminado este papel, sí. Pero ¿cuál será el próximo? Yo... —Los ojos grises miraron a Gespry—. Lo siento, estoy tan cansada que divago.

Cansada, exhausta, más bien a punto de desmayarse. Gespry observaba a su compañera, que se había deslizado todavía más en el sillón, con los ojos entornados. Finas venas azules surcaban sus párpados. Había cumplido con su parte, más allá de lo que nadie había podido prever. Pero si tenía que mantener la ficción mucho más tiempo...

—Pronto terminará todo, Elfrid. En cinco días más, nos habremos ido de Darion.

—Oh, sí, por supuesto. —Elfrid se movió, inquieta. Gespry la miró con suspicacia. Había algo en su voz... Algo le rondaba en la cabeza. Antes de que pudiera descubrirlo, Elfrid suspiró—: Gespry, no creo que pueda seguir. Yo...

—Ha sido muy duro para ti, lo sé.

—Es lo más duro que he hecho en mi vida. Pero no por lo que tú piensas. He pasado demasiado tiempo de mi vida con ropas masculinas para que eso me resulte difícil. Aunque nunca lo hubiera logrado sin Fialla y nuestros hombres. Pero planificar batallas, enviar a los hombres a una muerte probable, eso sí me costó terriblemente. Aunque sé que a ti también siempre te ha costado. Y, además, tuve una gran ayuda en la parte táctica, nadie se dio cuenta...

—No tenían por qué —interrumpió Gespry, con amable reproche—. Sabes lo suficiente del arte de la guerra para decidir por ti misma. Y no me vengas con falsas modestias; los dos estamos demasiado cansados para eso.

Elfrid esbozó una sonrisa cansada pero divertida.

—Personificar a un hombre, a cualquier hombre común, no me hubiera quitado el sueño. ¡Pero a ti! La gente te venera, y con razón. Tu cordialidad, tu cariño por cada uno de ellos, tu confianza y tu fe en el más humilde de tus soldados... Yo no sabía lo que era eso: amor, confianza. Nunca aprendí esas cosas. Excepto con mi padre —añadió en un susurro—. Compartirme a mí misma con mil hombres o más, entregarme a ellos como tú lo haces, Gespry, ésa ha sido la tarea más difícil que jamás haya tenido que cumplir.

Ante sus palabras el que se sintió confundido fue Gespry. Se encogió de hombros

para dar por terminado el tema.

—Lo has hecho muy bien, cualquiera haya sido el resultado.

Había oído hablar a los hombres, en el camino entre el pabellón de Sedry y el suyo. Y había llegado a la conclusión de que la mera interpretación de un papel por parte de Elfrid no habría podido suscitar tanta devoción en los soldados; ni siquiera el Rasgo familiar habría bastado. Contempló con compasión a la joven exhausta. Era demasiado dura consigo misma, pero siempre lo había sido. Se acercó y le tomó la mano.

—Sevric partirá por la mañana. Cuando se haya ido, cambiaremos nuestros lugares. No —interrumpió la protesta con un gesto—, debes descansar, querida prima, hasta un ciego se daría cuenta, si es que vamos a cabalgar hacia la costa mañana por la noche. —Otra vez aquella vacilación de... ¿de qué...? danzando por su pálido pero resuelto rostro. De pronto, Gespary tuvo una certeza que le heló el corazón: No piensa regresar con nosotros.

»Permíteme hablar en privado unos momentos con esta dulce criatura —prosiguió Gespary con calma. Después, cuando todos durmieran, podría discutir con su testaruda y joven prima, hacerla entrar en razón—. Y después, será mejor que las dos os vayáis a dormir. Fialla —murmuró y la besó en la frente—, tengo que volver al campamento del Rey dentro de un rato. Pero antes quiero hablar contigo, amada mía. —Se puso en pie y levantó a Fialla en brazos. La pesada cortina de la alcoba se cerró tras ellos. Elfrid les siguió con la mirada, con una determinación creciente reflejada en los labios.

—Mi pobre Fialla —murmuró Gespary al oído de su Dama—. De todos nosotros, tú eras quien menos merecía ser lastimada.

—No digas eso. Pero él... pero Elfrid —se corrigió y Gespary sonrió—. Es la costumbre —dijo ella, sonriendo con tristeza—. Me llevará meses pensar en vosotros dos como en dos personas distintas. Ella... —Vaciló—. No, más tarde te lo contaré todo.

—Mañana por la noche —prometió Gespary—. No trates de hacerlo ahora, estás demasiado cansada, y prefiero hablar de cosas más agradables. —Le besó el cabello, arrugando la nariz sin querer al sentir el olor a quemado que se desprendía de él—. Finalmente triunfamos, ¿no es así? Suerte, como dice mi joven prima, aunque yo sospecho que todos vosotros ayudasteis en algo. Y nadie descubrió la sustitución, salvo el Rey. —En sus ojos había una pregunta y Fialla respondió.

—También lo supo su escudero. Pero ambos están muertos. —Hizo una mueca de disgusto. Era difícil pensar, recordar—. No, hay dos más.

—¿Mis nuevos guardias? —preguntó Gespary con dulzura—. ¿El viejo Zorec y su sobrino? Eso no representa ninguna dificultad.

—No. Ellos no saben nada todavía. Me refería a Fresgkel, el Barón de Eavon.

—Fresgkel... ¡ah, sí! El Barón de la Marca, el que estaba a cargo de la guardia personal de Sedry cuando llegamos. Juró lealtad al nuevo Rey antes de que yo tuviera tiempo de iniciar las plegarias por el alma de Sedry. Elfrid garantiza su lealtad. — Cerró los ojos por un instante. Hubiera sido mejor, mucho mejor, que nadie se enterara. Y lamentable, por lo menos, que alguien lo supiera—. ¿Quién es el otro? — preguntó con calma.

Fialla apoyó la cabeza contra su hombro.

—Bal, el hijo menor de Fresgkel. —Abrió un ojo. El rostro de Gespry permanecía impassible, pensativo—. Baldyron, Barón de Korent —aclaró ella.

—¡Ah! El joven Korent. —Algo en su expresión sorprendió a la joven. ¿Desaprobación?

—Fue vasallo de Sedry. —Prosiguió Fialla. ¿Qué ocurría?— Pero rompió ese juramento hace tiempo, hace mucho tiempo, puesto que él fue quien ayudó a Alster y a Elfrid a salir con vida de Darion hace ocho años.

Gespry inclinó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

—De repente —dijo por fin sin dejar de reír—, ¡todo tiene sentido! Ella nunca me dio su nombre; en realidad, habló muy poco de ese episodio. ¿Fue ella misma quien te lo contó?

Fialla asintió y cerró los ojos.

—Sí, no hace mucho. Pero, Gespry, todo va bien ¿no es cierto? —La ansiedad la hizo incorporarse—. Él... Rolend no... Ya sé que fue un hombre de Sedry, pero después de lo que el Rey le hizo...

—Eso es algo que tendrás que contarme después junto con el resto —dijo Gespry—, ya que él no quiere hablar. Sólo dijo que el Rey le había desterrado. En cuanto a tu preocupación, querida, no temas por el muchacho. Ha habido una confusión... supongo.

—Pero él juró lealtad hacia Rolend.

—No. —Gespry volvió a reírse, encantado—. No quiso hacerlo. Dijo que ya había jurado lealtad a la Dama Elfrid, Princesa de Darion, y que no rompería ese juramento por ningún hombre. —Fialla le miró incrédula—. El nuevo Rey lo aceptó, por supuesto. La verdad es que le ha tomado un gran afecto a Korent.

—Ya no es Korent. Sedry le despojó...

—¡Ah, te refieres a eso! —dijo Gespry con un gesto despectivo—. El Rey Rolend le ha devuelto sus tierras. Baldyron las rechazó. Es un joven muy obstinado, ¿no? El Rey Rolend ya le ha dicho, por cierto, que su rechazo es impropio y posiblemente sospechoso, y que no lo aceptará bajo ninguna circunstancia. —Acarició con un dedo la barbilla de Fialla—. Obstinados, ambos, aunque al final el Rey impondrá su voluntad, si es que en algo conozco a los hombres.

—Sé que eres buen juez, Gespry. Como también sé que puedes confiar en él en

cuanto se refiere a tu secreto. Puedes confiar en Baldyron. Él guardó el secreto de Elfrid desde el principio. Nunca te traicionará, como no la traicionaría a ella.

—¿De veras?

—Estoy segura. El la ama.

—¡Ah! ¿La ama?

Fialla hizo un gesto e hizo una mueca de dolor, pues su hombro, olvidado desde hacía varios minutos, había anunciado su presencia con mordacidad. Se inventó una sonrisa tranquilizadora al ver que Gespry se inclinaba hacia ella con sus oscuros ojos llenos de angustia.

—Claro que la ama. Cualquiera se daría cuenta, como yo. La Adivina también lo vio. Y después de todo —añadió en tono alegre—, ¿qué mejor pareja que el Príncipe de las Llamas y la Princesa?

—Ninguna —replicó Gespry serio, levantando la barbilla de Fialla y besándole los labios— salvo, quizás, el Sacerdote y la Dama de los Pájaros.

# TERCERA PARTE

Elfrid

El sol de la tarde tenía ya la intensidad del verano pleno, pero una leve brisa lo atenuaba. Había un rectángulo de hierba pisoteada y de basura enterrada en el sitio donde había estado el pabellón del Arzobispo. La tienda había sido desarmada y empacada antes del alba y emergía ahora del equipaje acomodado en la caravana del ejército beldeniano que se dirigía a Carlsport. En la otra orilla del río, sólo quedaban unos setenta y cinco hombres: los de Eavon. El viejo Marchham había partido poco antes del mediodía. Cerca del agua estaba la compañía del Arzobispo, que ahora incluía a los doce monjes de Rhames.

Uno de los sofás de Sedry yacía, incongruentemente, sobre la hierba, cerca de la compañía montada. En él se veía una figura delgada, de rostro tostado por la intemperie, reclinada sobre almohadones. A su lado, sentado en una silla del mismo estilo, estaba el nuevo Rey de Darion.

Los dos, aunque rodeados por la frenética actividad de los hombres que terminaban de dismantelar el campamento del Arzobispo, estaban aislados y como a solas. Hasta la guardia personal de Rolend había sido despedida, con instrucciones de ayudar a Fialla y de ocuparse de los caballos y de diversos asuntos en el pabellón de Sedry.

Conscientes de todos los hombres que les rodeaban, los dos mantenían la ficción: Rolend se dejó caer sobre una rodilla para recibir la bendición del Arzobispo, y la luz resplandeció un instante por sus cabellos dorados. El Rey rechazó con un gesto que no daba lugar a dudas, el intento del supuesto Arzobispo por levantarse y rendir pleitesía.

—No, Excelencia. No os encontráis bien, y no quiero ser responsable de que no podáis partir esta noche. —Su voz, resonante como la de Sedry pero no tan alta, llegaba a quienes les rodeaban.

—Como ordenéis, Majestad. —Elfrid le sonrió con tristeza.

Rolend arrastró su silla hasta que sus rodillas tocaron las almohadas que sostenían a Elfrid, y tomó su mano entre las suyas. Ella le miró sorprendida, pero devolvió el apretón con afecto.

—¡Por la oreja de Alayya! Es bueno volver a verte, pariente mía.

—Yo también me alegro, pariente. No has envejecido nada desde la última vez que te vi, cuando... —Se interrumpió. Rolend le apretó la mano.

—Lo sé. No pienses en eso, Elfrid. Me he arrepentido de aquel día más que de cualquier otro hecho de mi vida.

—¿Por qué, Rolend? No hables así. Fue mejor que estuvieras. De no haber sido por ti, nuestro Padre y yo habríamos muerto.

—No todo fue obra mía, por lo visto —interrumpió Rolend con amargura. Elfrid

se encogió de hombros.

—¡Ah! Te refieres a eso. De todos modos, ni siquiera habríamos llegado hasta el camino, a no ser por tu intervención.

¡Ah! ¡Eso! Rolend la miró con curiosidad. Era extraña la manera en que hablaban ambos del asunto, como si se sintieran molestos, o avergonzados por alguna razón. Dejó de lado el pensamiento.

—No sé por dónde empezar, Elfrid, cómo agradecer tu ayuda.

—Fue dada con placer, pariente mío —replicó ella.

—Hermano —corrigió Rolend con dulzura. Un suave rubor encendió los pómulos de Elfrid.

—Hermano. Lo hemos logrado, ¿no? Tú eres el Rey. Y serás un buen Rey, estoy segura.

—Así lo espero —respondió él.

—Tan bueno como nuestro Padre. Mejor, en realidad —prosiguió con la mirada perdida en la lejanía. Hablaba con lentitud, como si los pensamientos acudieran a su mente por primera vez—. Mejor, porque tú no eres tan parcial como lo era él.

—Nuestro Padre fue un buen Rey.

—En algunos aspectos. En otros... Tenía una gran visión, debo reconocerlo. Pero habría sido mucho más feliz si hubiese sido un Barón de la Marca, como su amigo Fresgkel. O incluso un agricultor, o un pastor. Era demasiado parecido a la gente común para ser un gran Rey. Ahora me doy cuenta.

Hubo un silencio.

—¿Te sorprendió ver a Gespny? —preguntó Rolend.

Elfrid reflexionó, y sacudió la cabeza.

—Un poco, quizás. Aunque en realidad, mucho. Sabía que se estaba consumiendo por no poder manejar el asunto él mismo, por haber enviado a otra persona, aunque dispuesta, a ocupar su lugar. Y sabía también que ya estaba lo bastante repuesto para intentar el viaje, si bien no la lucha.

—Encabezó a los que tomaron Orkry —dijo Rolend, con una repentina mueca traviesa. La misma sonrisa de Alster. El corazón de Elfrid se encogió.

—Muy propio de él —dijo.

—A veces me pregunto por qué lo hizo —prosiguió Rolend, como para sí mismo—. Le envié los mensajes a él porque era la única esperanza que tenía, la única esperanza que veía para la pobre Darion. Aunque sabía que nunca interviene en asuntos internos.

—Así es. Pero él también tenía sus razones, razones que le parecieron valederas. Yo... —Elfrid bajó la mirada y se contempló las manos.

—Él me lo contó —dijo Rolend, ahorrándole la angustia de tener que seguir hablando—. Me dijo que lo hizo por amor a una prima tonta, que de otro modo se

habría arrojado contra los hombres de Sedry sin ninguna oportunidad de llegar a él. Por el honor de un anciano enfermo —sus ojos se llenaron de lágrimas— pariente suyo. ¿No fue por eso, Elfrid?

Elfrid levantó la mirada y le sonrió.

—Tú mismo lo has visto. El parecido que hay entre nosotros es sorprendente, teniendo en cuenta lo lejano del parentesco. Sólo existen registros de él en sus árboles genealógicos y en nuestros casi ilegibles archivos. Hace cinco generaciones, un hombre de su familia se casó con la hija de un antepasado de nuestro Padre.

Rolend pensó que el parecido era, más que sorprendente, inquietante. Aunque bajo la cruda luz del sol, se daba cuenta que había también importantes diferencias.

—Es una vergüenza —dijo Rolend— que este asunto deba permanecer en secreto. Su participación en los acontecimientos, y sobre todo la tuya... Respecto a esto último, sin embargo, he pensado algo, si aceptas.

—Si acepto... —murmuró Elfrid, con la vista clavada en sus manos.

—Según tengo entendido —prosiguió Rolend como si no la hubiera oído— tú regresas a Rharaes con Gespny. —Elfrid se movió, inquieta, pero permaneció callada—. Yo, después de fijar mi residencia en Arolet, anunciaré mi decisión de buscar a mi hermana desaparecida. Para entonces, ya te parecerás menos a Gespny —prosiguió, mirándola con ojo crítico—; te habrá crecido el cabello, usarás otras ropas... —Rolend, yo...

—¡Maldita sea! ¿Es que tengo que discutirme con cada uno de vosotros cuando trato de recompensaros? —interrumpió el Rey, con fingida exasperación—. Podrás regresar a Darion dentro de un año, más o menos. Te daré tierras, tu sangre te hace merecedora de ellas...

—¡No, Rolend!

—Cállate —insistió, con una amplia sonrisa—. Soy el Rey de Darion y no está bien interrumpirme a cada momento, eso ya lo he aprendido. Podría —dijo con una sonrisa maliciosa—: Podría darte las posesiones de Merasma; pero ella y el conde me han ayudado tanto estos últimos días... —Elfrid le miró con asombro—. Lo único que quiero decir es que tengo que seguir vigilándola y asegurarme de que no vea otra posibilidad mejor que mi recompensa. ¿Entiendes? —Le hizo un guiño cómplice—. En cuanto al asunto de las tierras, y aparte del hecho que te las mereces por rango, te habrás dado cuenta, espero, de que tus hijos ocuparán el tercer lugar en la línea de sucesión, hasta que yo me case.

—¿Mis hijos? ¡Pero, Rolend...! —protestó ella débilmente. El Rey siguió hablando como si no la hubiera oído.

—Aparte de que por derecho familiar debes tener posesiones propias, la ayuda que has prestado a mí y a Darion, ¡he dicho que te calles, hermana!, te las garantiza. En realidad, a nadie le importa tanto si eres o no hija legítima. A mí, por lo menos,

no.

—Rolend. —Elfrid apretó la mano de su hermano—. Te estaré agradecida y me sentiré feliz el resto de mis días por lo que acabas de decir. Pero... no. No, no puedo.

—Pero Gespary...

—Tampoco puedo ir con él. Lo siento —añadió, con una sonrisa traviesa que borró por un momento el cansancio de su rostro—, no se debe interrumpir al Rey. Escúchame: no debo ser vista con él, por lo menos ahora. Somos demasiado parecidos, los hombres de Rhames empezarán a hacerse preguntas y terminarán por adivinar la verdad. No podemos correr ese riesgo. ¡Admítelo!

—Pues bien...

—¿Lo ves? Desde luego, podría retirarme al monasterio con las vestimentas de un monje, teñirme de nuevo el cabello, esperar que crezca; esperar también hasta que él recupere el peso y la musculatura que perdió hace tres años. El parecido no era tan notable cuando yo era soldado suyo, ¿sabes? Sólo lo veías si te fijabas. Es sobre todo una cuestión de estructura física. Pero mientras tanto, no puedo ir a Rhames. Y menos aún a Darion, tú mismo lo entiendes.

—¡Por los Dioses, Elfrid! ¿A dónde irás entonces? —protestó Rolend—. ¡No puedes desaparecer!

—No. Y todavía no lo he pensado bien. Pero...

—¿Está Gespary enterado de eso? —El Rey la observó con suspicacia. Elfrid negó con la cabeza.

—No me veo con ánimos hasta que no me sienta más fuerte. Él es más duro que tú cuando se trata de discutir algo, Hermano mío. Pero mira, te buscan —añadió con dulzura. Su voz, apenas un susurró, adquirió de pronto una cadencia inconfundible, su cara se transformó: volvía a ser Gespary, Arzobispo de Rhames.

Rolend la contempló atónito, y se volvió. Fresgkel se mantenía respetuosamente a pocos pasos de distancia. A su lado estaba su escudero, Kanadry, un hombre apenas mayor que él pero cuyo rostro exhibía una expresión de disgusto y agobio que, probablemente, en poco tiempo más se convertiría en permanente. Rolend se golpeó la frente con la mano y exclamó:

—¡El Consejo! ¡Por los Siete Infiernos, lo había olvidado!

—Id entonces. —El Arzobispo le dedicó una afectuosa sonrisa. El Rey le devolvió la sonrisa, pero quedó impresionado por la transformación. Le resultaba difícil recordar que aquella persona era su pariente, su hermanastra, y no el hombre vigoroso, si bien aún convaleciente, que le había ayudado a liberarse y a ser coronado Rey de Darion.

—Si los Dos lo permiten, volveremos a vernos, Rey Rolend, por lo menos una vez más, antes de que volvamos a nuestras obligaciones respectivas.

La voz era la del Arzobispo; la promesa, de Elfrid. Rolend sonrió, puso la rodilla

en tierra ante el sillón. La Bendición iluminó sus cabellos y confortó su corazón.

—Si los Dos lo permiten —repitió mientras se levantaba. Se volvió. Su escudero y los hombres de su guardia personal le rodearon. Kanadry se puso a resumirle rápidamente los temas a tratar mientras se dirigían al campamento de Darion.

—Venía para ver si queríais cabalgar conmigo esta tarde, pero veo que no os sentís bien. —Elfrid se despertó y vio a su lado a Fresgkel. Por la posición del sol, calculó que había dormido por lo menos dos horas.

—No. Este descanso fue más idea de Fialla que mía. —Se apoyó sobre los codos—. Piensan llegar a Carlsport en dos días, sabéis, y...

—¿Piensan? Ya veo —dijo Eavon, al interrumpirse Elfrid— que necesitáis que alguien os haga entrar en razón. Entonces, ¿no podéis cabalgar? —Miró a su alrededor con los labios apretados en señal de desaprobación—. Hay demasiada gente aquí y quisiera hablaros a solas.

Por toda respuesta, Elfrid se levantó. Ya volvía a tenerse en pie, observó el viejo Barón, aunque un poco más lenta que de costumbre. Ella se dirigió hacia los caballos, pero Fresgkel la retuvo.

—No. He traído uno para vos.

—Gracias, amigo mío. ¡Fidric! —El soldado extrajo la cabeza de entre un montón de extraños objetos que estaba envolviendo—. Me voy a cabalgar con Fresgkel.

—No le entretendré mucho —añadió el Barón.

—Se lo diré a Fialla —respondió Fidric—. Si no se preocuparía.

—Lo sé. Pero ya estoy bien. Por lo menos, para cabalgar —puntualizó Elfrid con honestidad. Se acercó a Eavon. Juntos cruzaron el río, montaron y se alejaron hacia el Este.

—¿Qué significa eso que acaba de contarme nuestro nuevo Rey? —prorrumpió Eavon ferozmente en cuanto las últimas tiendas de Darion quedaron atrás—. Dice que no piensas regresar a Rhames.

—¿Te ha dicho por qué?

—Dice...

—¿Te parece que no estoy en lo cierto?

—Pues bien...

—Fresgkel. —Elfrid detuvo su caballo y puso, como por impulso, una mano en el brazo del viejo Barón—. ¿Qué otra cosa puedo hacer? ¿Esconderme en los corredores del monasterio de Gespny durante todo un año o más, hasta que los hombres no le vean a él cuando me miran a mi? ¿Temiendo siempre que alguien preste atención y se descubra todo?

—Podrías...

—¿O ir con Rolend y hacer lo mismo en Arolet? Me descubrirían de cualquier

modo. ¿Y qué posibilidades tendría entonces Rolend de mantenerse en el trono? ¿Cómo conservaría Gespary su reputación?

—Entonces, sacrificarás tu vida por ellos dos —replicó Fresgkel lleno de resentimiento. Elfrid le miró sorprendida.

—No se trata de eso, tú sabes que no.

—¿No? Entonces ¿a dónde irás? —Se hizo un pesado silencio. Elfrid bajó los ojos ante la mirada airada del anciano—. ¿O todavía no lo has pensado? ¿No has encontrado nada adecuado, o no lo has pensado siquiera?

—No he pensado en nada, Fresgkel, no he pensado en otra cosa, o casi, pero...

—Entonces ven a Eavon. Allí estarás segura. Y debo reconocer —añadió con dulzura— que me alegraría tenerte allí.

—No sé qué decir a tu ofrecimiento, Fresgkel, pero...

—Yo te considero como a una hija —empezó, pero no pudo continuar porque su voz se quebró. Elfrid se inclinó y le abrazó.

—¡Oh, Fresgkel, pobre amigo mío! Quisiera decir algo que no te duela, algo que no te ofenda. Pero no puedo ir, se sabría muy pronto. —Se volvió y se dejó caer al suelo.

—No se sabría, yo cuidaría de eso —replicó Eavon. Desmontó y tomó las riendas de ambos caballos. Caminaron lentamente por el valle desierto y silencioso. A lo lejos, los pájaros de la pradera, rojos y grises, alzaron el vuelo.

—Pero aun cuando no se supiera, Fresgkel, no puedo estar escondiéndome durante un año o dos, simplemente no puedo. Si mi vida dependiera de ello, si no hubiera ninguna otra salida, tal vez. Pero...

—¿Pero qué?

—Debe haberla. Otra salida. Algún lugar adonde yo pueda ir.

—Si no es a Eavon —dijo el anciano, siguiendo sus propios pensamientos— podría convenirte Korent. Está más lejos, es...

—Me parece —respondió Elfrid— que Korent no es tuyo para que puedas ofrecerlo. —Sintió un frío glacial en el estómago. ¿Sería por eso que nadie pronunciaba su nombre? Bal, Bal mío, ¿y si te envié a la muerte?

Eavon frunció el ceño. Por algún motivo, parecía absolutamente furioso.

—Bien, tal vez no. Entonces, Marchham. Cretony te recibiría con placer.

—Fresgkel, si yo pudiera, me quedaría contigo, y con mucho gusto. Me eres casi tan querido como lo era mi Padre, lo sabes.

—Pero no puedo persuadirte, ¿no es así? —Se hizo un largo silencio—. Me lo temía. Muy bien, entonces. —Se dirigió hacia un árbol alto y frondoso, ató los caballos a una rama baja y se dejó caer al suelo, bajo la sombra. Elfrid se acercó y se apoyó contra el tronco con un suspiro de cansancio.

Estaba cansada, tan cansada que últimamente las lágrimas acudían a sus ojos con

demasiada frecuencia. Tengo que reaccionar, se reprendió a sí misma, enojada, y se tragó las lágrimas. Pero había otra cosa que la había mantenido en vela todas las noches, que la rondaba sin descanso. ¿Por qué nadie habla de él? Ni siquiera su padre. ¿Y por qué Fresgkel parece tan enfadado, tan inquieto? ¿Por qué Gespary y Rolend me miran de esa manera tan rara cuando se menciona el nombre de Bal? ¿Qué les pasaba? ¿Y qué le pasaba a ella, que no se atrevía a preguntar?

Eavon la miraba con indignación contenida.

—No tiene sentido partir así por el mundo, sin amigos a tu lado. Todavía no te has recuperado de esta tonta mascarada.

—No tan tonta, Fresgkel. Nos salimos con la nuestra.

—Sí —gruñó el Barón—. Y casi acaba contigo. Ya se han perdido demasiadas vidas valiosas, para tener encima que añadir la tuya. —Otra vez tenía el semblante duro. Se controló con esfuerzo y cambió de expresión—. Te conozco demasiado bien, eres obstinada y nada de lo que yo diga te hará cambiar de idea. Me lo temía, pero tenía que intentarlo.

—Y te lo agradezco, Fresgkel, créeme, te lo agradezco.

—¡Bah! No lo suficiente, si no entrarías en razón. Bien. Podría contarte algunas cosas de las tierras que están más allá de la Marca, si es que eso puede ayudarte en algo. Son lugares donde Rhames jamás ha puesto el pie, ni tampoco sus pastores mercenarios. Peligrosos, todos ellos, ¿pero qué es eso para ti?

—No tengo intención de suicidarme, amigo mío. Cuéntame, cuéntame.

El viejo Barón se inclinó hacia adelante, tomó una ramita y empezó a dibujar en el suelo. Elfrid le observaba.

—Veamos —empezó él—. Ya conoces algunas cosas: Eavon aquí, este valle aquí. —Hizo algunas marcas en el mapa—. Aquí Korent, aquí Marchham. Y más allá, hacia el Nordeste —llenó la zona con rayas onduladas—, están las tierras de los Fegez. No irás allá, espero. —La miró con un aire feroz que no logró en absoluto ocultar su preocupación—. Y aquí, por supuesto, está Marga, pero me dirás que Marga no es conveniente, y así es bajo tu punto de vista. Pero si te diriges hacia el Este y un poco al Sur... —trazó una gruesa línea justo por debajo del límite del territorio Fegez— llegarás, después de cabalgar durante muchos días entre bosques, montañas y colinas, a una sierra de picos sorprendentemente elevados. Los bosques de las laderas empiezan a escasear a mitad de camino hacia las cimas, y están nevadas el Día Más Largo. Yo lo sé. Los vimos varias veces, cuatro o cinco, cuando éramos muchachos.

—¿Los vimos, Fresgkel?

—Sí, Cretony, Alster y yo. Antes de que Alster tuviera que tomarse en serio sus obligaciones como Príncipe Heredero. Bien, hay, o por lo menos había, un camino a través de estas cumbres, un camino que no figura en ningún mapa, que yo sepa. Más

allá de esas montañas hay una pradera, ríos, otras tierras.

—¡Oh! —murmuró Elfrid. En realidad, nunca había pensado demasiado en las Montañas Orientales. Desde hacía por lo menos cincuenta años, nadie las atravesaba, ni en un sentido ni en otro. Al menos, en Darion no se sabía que hubiera sucedido.

—La más importante de estas tierras es Gelborsedig.

—¡Oh! —Elfrid se inclinó sobre el mapa, su cansancio por un momento olvidado—. ¡Gelborsedig!

Eavon asintió.

—La conoces. Al menos has oído las leyendas.

—Algunas. —Elfrid contempló el tosco mapa con ojos brillantes—. Comerciabamos con ellos, antes de que mi Padre naciera. Llegaban de aquellas tierras caravanas cargadas de pura seda, marfiles labrados, esmeraldas y jade. Y se volvían con buena lana de Darion y... bueno, con lana.

Eavon asintió.

—Después tuvieron guerras civiles, una tras otra, y los Fegez empezaron a atacar las caravanas. Pero al final fueron los problemas internos los que interrumpieron el comercio. Seda verdadera. Y brocados. Mi primera esposa, la madre de Telborn, llevaba un vestido de brocado de plata cuando me casé con ella. —Suspiró, sacudió la cabeza con melancolía y volvió al mapa—. Si yo fuera dueño de mis actos, aunque no es así —prosiguió con un aire que quería ser despreocupado—, intentaría Gelborsedig. El que logre reanudar el comercio con aquellas gentes se hará inmensamente rico.

—Gelborsedig...

—No es que las riquezas te importen, lo sé. Pero por el riesgo mismo, por lo desconocido... Además, Gespny es menos conocido allí que en cualquier otro lugar adonde pudieras ir. Yo quisiera —añadió con voz ácida— que por lo menos fueras acompañada. —Levantó una mano para hacerla callar—. No, ya sé lo que me vas a decir: que no tienes derecho a poner en peligro la vida de los demás.

—Entonces. —Elfrid le sonrió como avergonzada—, puedes darlo por dicho, amigo mío. No quiero discutir contigo; de todas las personas que conozco, eres el último con quien discutiría. Pero no puedes hacerme cambiar de idea sobre ese punto. Además, sabes que puedo cuidarme sola.

—Lo sé —refunfuñó el Barón—. Te he visto hacerlo. Y también te he visto caer alcanzada por un dardo Fegez, sin tener culpa alguna. ¡Ten mucho cuidado —gritó de pronto, con expresión feroz— de que eso no vuelva a sucederte!

—Haré todo lo que pueda para evitarlo —respondió Elfrid con gran seriedad—. Te lo prometo, Fresgkel. De pronto siento tantos deseos de vivir como cualquiera.

—¿Es verdad eso? Cuida entonces de que el deseo de vivir no te abandone.

—Lo juro, amigo mío. Será mejor que volvamos —añadió Elfrid con un suspiro

—. Todavía me necesitan para algunas cosas. Y además, debo hablar de este asunto con Gespry.

—Bien. Te deseo suerte en esa conversación.

Eavon se levantó y se sacudió las ropas. Volvieron al campamento en un silencio tranquilo y afectuoso. Cuando Elfrid desmontó y le entregó las riendas, el anciano caballero se inclinó hacia adelante y la tomó del hombro.

—Prométeme que me verás antes de partir.

—Lo juro. Si tienes tiempo, dibújame un mapa, ¿quieres?

—Es mi deber —replicó Eavon con tristeza— protegerte del mal hasta donde pueda.

Sin volver la cabeza, galopó hacia el campamento de Darion. Elfrid suspiró y fue en busca de Fialla y de Gespry. La discusión, lo sabía, sería hartamente difícil.

Elfrid detuvo su caballo y se inclinó en la montura para contemplar el valle por la entrada del lado Sur, la misma por la que lo había visto por primera vez. Estaba casi desierto: sólo había quince tiendas en la zona de Darion, y la de Eavon, rodeada de las de sus hombres. A media mañana, también ellos habrían partido. En el lado más próximo, sólo se veía el conjunto de las cinco tiendas que albergaban al Arzobispo, sus ayudantes inmediatos, sus monjes, y los cinco beldenianos que se habían quedado para ocuparse del resto del equipaje. También éstos se habrían ido al día siguiente, mucho antes del atardecer, dejando una vez más el valle con sus ciervos, sus osos, y alguna ocasional partida de caza de los Fegez.

El pabellón del Arzobispo debía encontrarse ya a mitad de camino hacia Carlsport, donde se embarcaría rumbo a Belden, en espera de la próxima campaña de Gespary y sus mercenarios. Y eso sería pronto, pensó Elfrid. El próximo contrato de Sevríc, contra los piratas del sur, probablemente sería, como todas esas batallas, breve y sangriento. Y ya surgía otra campaña: el escudero de Rolend había traído mensajes de Arolet, del embajador del reino de Zel Feq, una isla septentrional. Según los mensajes, la isla estaba de nuevo a punto de entrar en guerra contra su vecina continental Belissa, una zona montañosa y beligerante situada al Norte de Marga. El problema siempre era el mismo: derechos mercantiles y de tránsito a través de los angostos estrechos que dividían los dos países.

De hecho, Sevríc ya había hablado con Gespary, quien había accedido, en principio, a conducir a las fuerzas mercenarias contra Belissa. A juzgar por los progresos que había hecho en los últimos tres meses, pensó Elfrid, podría cumplir con ese compromiso sin dificultades. A diferencia de mí, se dijo sin censurarse. Hacía falta algo más que un parecido físico para ser un Gespary, pero nadie, ni siquiera ella, podía ser culpado por no estar a semejante altura.

Bordeó el valle y dirigió su caballo hacia el estrecho y trillado sendero que salía de los campamentos. Cuando éste bifurcó, tomó por la izquierda hacia el Este, siguiendo una senda más estrecha, entre los árboles. La seguía el caballo de carga que Eavon le había proporcionado.

Gespary se había mostrado terriblemente triste al saber que Elfrid no regresaba a Rhames con ellos, aunque, le pareció a Elfrid, no sorprendido. Y enseguida había reconocido la sensatez de su razonamiento. Fueron los cinco camaradas de armas, todos ellos, quienes trataron de hacerle reconsiderar su decisión. Y Fialla se había echado a llorar. Sin embargo, se las había arreglado para reír con buen humor al abrir el paquete que Elfrid le había entregado diciendo que «era algo para que la recordara». Envuelto en la bufanda azul claro estaba el pesado vendaje que Elfrid había usado para ocultar sus pechos.

Realmente, con la ropa que usaba, no había una gran diferencia. Pero sin el vendaje respiraba mejor y se sentía más libre.

Libre. Detuvo su caballo tan bruscamente que el de carga tropezó con ellos. Respiró hondo y soltó una carcajada que hizo callar a los pájaros cercanos.

—¡Soy libre! —dijo. Ni soldado ni mujer guerrera. Ya no estaba obligada por la terrible promesa que había hecho, tantos años antes, sobre el cadáver apergaminado de un anciano; ya no debía ceñirse a un curso de acción que la ponía a cada momento en peligro de muerte. No estaba ligada a ningún hombre, a ninguna mujer, a nada. No dependía, ¡gracias a los Dos!, de la imagen que nadie tuviera de ella. Era Elfrid de nuevo, Elfrid por primera vez.

Echó la cabeza hacia atrás y contempló el cielo que se oscurecía. Las estrellas se insinuaban en el azul terciopelo del firmamento, entre las distantes copas de los pinos. Tarde o temprano tendría que buscar un lugar para pasar la noche. Todavía estaba demasiado cansada para recorrer largas distancias, aunque se lo había ocultado a quienes la habían despedido aquella noche. No se había atrevido a esperar el amanecer. Había demasiadas posibilidades de que los hombres que se quedaban se pusieran a hablar si veían a alguien cabalgar en una dirección extraña. Y aunque Fialla había empapado sus cabellos con una mezcla de espantoso olor, que les había devuelto casi su color castaño original, su figura era demasiado conocida para arriesgarse.

Palpó la bolsa larga y fina que pendía de su cinturón: era un regalo de Fresgkel. En uno de sus bolsillos interiores estaba el mapa que él había dibujado, la obra cuidadosa de sus manos. Sonrió mientras espoleaba a su caballo. Le parecía verle, sacando la punta de la lengua entre los dientes, el ceño fruncido por la concentración mientras trazaba con esmero el contorno de las tierras y escribía sus nombres.

Pobre hombre, se había esforzado tanto. ¿Cómo había ella podido ganarse un afecto tan profundo? Por ella misma, lo sabía y le asombraba. No por nada que hubiera hecho, ni por la ayuda que hubiera podido prestar, no. La quería porque era ella, Elfrid. Había intentado disuadirla una vez más, cuando le entregó el mapa y la fina caja de cuero para guardarlo. Dándose cuenta al final de que era inútil, la había besado en la frente como si hubiera bendecido a su propia hija y se había alejado antes de que ella pudiera pronunciar palabra.

Si Bal vive, si está vivo, Rolend no le echará en cara haber sido un hombre de Sedry, seguro que no. Fresgkel no se dará cuenta de que me he ido, cuando vuelva a tener a su hijo. Era una mentira. Lo sabía y se sintió incómoda. Uno no podía mentirse así. Había una sola razón posible por la cual Fresgkel no quería hablar de su amado hijo menor. Y si, al igual que el viejo Barón, ella no pensaba en eso, no hablaba de él... Parpadeó con furia para alejar las lágrimas. Era mejor que se fuera hacia el Este. Por el momento, Darion tenía muy poco que ofrecerle.

Cabalgó sin prisas durante una hora, llegó por fin a un amplio claro, y se deslizó de la silla. El sendero, que seguía serpenteando entre los árboles, se acercaba en este punto al borde de la quebrada. El campamento había quedado atrás, invisible detrás de los árboles, excepto por un débil resplandor que tal vez fuesen fogatas. Desde aquel punto de observación, ella y Gelc habían contemplado la salida del sol sobre un campamento Fegez, hacía una eternidad. Mientras miraba y se desperezaba para devolverles la vida a sus tensos músculos, una luna casi llena, de un blanco azulado casi deslumbrante, una luna de cazadores, coronó las cumbres orientales. Bien. Podría viajar varias horas más, compensando así la lentitud de su marcha. Quería estar lejos antes del amanecer.

Suspiró, cerró los ojos y se apoyó contra su montura. La capa cálida y áspera del caballo le acarició la mejilla. Era mejor seguir, ya se había demorado demasiado y se quedaría dormida donde estaba. El silencio, sin ni siquiera una brisa que agitara los árboles, inmóviles como estatuas, era completo.

Una lechuza emitió una ululación larga y aguda; Elfrid se sobresaltó: el animal planeaba casi en silencio sobre su cabeza, proyectando su sombra sobre la grupa del caballo. Se inclinó para controlar la silla y se detuvo de pronto, al tiempo que su mano se deslizaba por su cinturón, hacia la empuñadura de la espada. Si hubiera habido viento, o la más mínima brisa, jamás lo habría oído: alguien cabalgaba por el sendero, detrás de ella, pero la capa de agujas de pino amortiguaba el ruido de los cascos. El corazón le saltó en el pecho cuando el jinete, una vaga sombra sobre su cabalgadura, entró en el claro iluminado por la luna.

El silencio era absoluto, excepto el ahogado sonido de los cascos. Elfrid retrocedió un paso, la espada medio desenvainada. Pero una certeza interna la invadió en el mismo momento en que la luna se levantaba por encima de los últimos árboles de las cimas septentrionales e iluminaba el claro.

—¿Bal? —La espada, olvidada, volvió a su lugar y su mano cayó al costado del cuerpo—. ¿Baldyron?

Era Baldyron. El caballo recorrió en silencio la distancia que les separaba. El joven de la Marca saltó a tierra y caminó lentamente hacia ella.

Parecía estar cansado, cansado hasta los huesos. El agotamiento le demacraba la cara y le entristecía los ojos. Había cambiado el estandarte finamente bordado, verde y negro, de Korent, por el sencillo y rústico marrón de los guerreros anónimos, sin blasones. Sin embargo, en el pecho llevaba una pequeña insignia, tan burdamente cosida que sin duda lo había hecho él mismo, a la luz de un fuego. Elfrid la miró sin entender: rojo y blanco; gules sobre fondo de plata. Era un escudo de armas, pero ¿de quién?

Fue como si lo hubiese dicho en voz alta, porque la respuesta le llegó, rápida:

—Los colores de Alster, tus armas.

—¿Mis armas? —Le miró, atónita—. Yo no tengo armas.

—Ahora las tienes. El Rey te las ha concedido.

—¡No me dijo nada!

—No, porque sabía que intentarías negarle el derecho que sin duda tiene. Es un hombre muy decidido, nuestro nuevo Rey. Te aconsejo que conserves con honor lo que ya te ha dado. Y los demás honores que piensa concederte, cuando regresemos.

—Cuando... regresemos... —De pronto Elfrid se acercó y lo aferró de la camisa, en un súbito acceso de furia—. ¿Dónde has estado estos últimos días? ¿Dónde? Tenía miedo...

—¿Miedo? ¿Por mí? —Sus ojos se iluminaron, sus manos cubrieron las de Elfrid—. Lo siento, no lo sabía. Pensaba que... no importa. Permanecí en Arolet un día más que Rolend, arreglando una o dos cosas que tuvo que dejar si quería alcanzar a Sedry antes de que fuera demasiado tarde. —Vaciló un momento—. Llegué hoy por la tarde, tan exhausto que apenas pude arrastrarme hasta la tienda de mi padre y dormir. El pabellón de Gespary ya no estaba. Creí que te habías ido con él. Mi padre me contó esta noche todo lo que había sucedido desde que partí. Primero me enfurecí y pensé en dejarte a tu suerte. —Por un momento pareció tan furioso como se debió sentir—. ¡Ni siquiera preguntaste por mí!

—¿Cómo podía hacerlo? —Ella no estaba menos furiosa. Sus manos aferraron con fuerza la camisa—. ¡Pensé que estabas muerto! Tu padre no hablaba de ti. Tampoco hablaba Rolend. Gespary profirió algunas exclamaciones raras pero no dijo nada. ¿Qué razón podía yo encontrar para su conducta, sino ésa?

—Basta. —Le volvió a coger las manos—. Dentro de un momento, nos tiraremos uno a la garganta del otro, y sin motivo alguno. La razón es mucho más simple: están disgustados conmigo, eso es todo. No es nada importante, no es para preocuparse. —Se hizo un silencio. La lechuza volvió a ulular; a lo lejos, al otro lado de las cimas, se oyó el rugido de algún felino—. ¿Cabalgaremos más esta noche, o nos quedamos aquí?

—¿Nos quedamos? —Elfrid registró la palabra y agitó la cabeza con ferocidad—. ¡No, Bal, no! Yo hago esto por un motivo...

—¿Y yo no? ¡Conozco tu motivo! Para salvar la reputación de Gespary, el prestigio de Rolend con su precioso Consejo de los Barones, te desterrarías...

—Nada de eso —empezó Elfrid, impaciente, pero se calmó cuando él la tomó de los hombros.

—No discutiremos el asunto, así te ahorraré la necesidad de mentirme. No puedes viajar sola.

—¿No? —Ella le miró fijamente—. Puedo valerme por mí misma.

—Tienes un vasallo y tiene sentido que te lleves contigo lo que es tuyo. —Su expresión era severa y resuelta. Ella abrió la boca y volvió a cerrarla—. Bien, asunto

resuelto. ¿Seguimos cabalgando o acampamos aquí esta noche?

—Pero Korent... —protestó débilmente Elfrid—. ¿Qué pasa con tus posesiones? Gespry me dijo que volvían a ser tuyas. Si me dices —añadió, con voz áspera— que las has rechazado...

Bal echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Eres tan imposible como cualquiera de ellos! No. Yo quería rechazarlas. Después de todo, me las dio Sedry, y yo quería deshacerme de cualquier cosa que me lo recordara. Pero ellos...

—¿Ellos?

—El Rey Rolend, mi Padre, el Arzobispo. Los tres hombres más terribles que he conocido nunca. ¡Ninguno de los tres tolera que se les contradiga absolutamente en nada! Argumentaron hasta que me dolió la cabeza. Nuestro nuevo Rey no quería escuchar nada, decía que Korent volvía a ser mía por haberle ayudado. Gespry le apoyaba, añadiendo que además me la había ganado por ayudarte a ti. Y mi Padre respaldaba a ambos y no me dejaba pronunciar ni siquiera palabra. No, no las rechacé, no me dieron ninguna oportunidad de hacerlo.

—Entonces, no puedes abandonarlo todo por un capricho —empezó Elfrid, indignada. Baldyron sacudió la cabeza.

—Vos no sois un capricho, Señora mía. Para mí, no —añadió con firmeza—. Korent será bien atendida durante nuestra ausencia. Y Des, mi hermano Dessac, adquirirá una valiosa experiencia para el día futuro en que nuestro Padre le entregue Eavon.

—Le has dado Korent a tu hermano —dijo Elfrid lentamente. No acababa de entenderlo todo. Aferró con fuerza la camisa, áspera y real.

—No, no es un regalo. Traté de hacerlo cuando aún intentaba librarme de aquellos tres. Por supuesto, no funcionó. Dessac se hará cargo de Korent, pero sólo hasta que regresemos. Y ahora —añadió en tono alegre—, por tercera vez, mi Señora ¿seguiremos cabalgando esta noche?

De pronto Elfrid se echó a reír.

—Bal, mi Señor Baldyron. Yo te llamo por tu nombre, y el mío es Elfrid. ¡Recuérdalo! ¡Te juro que si vuelves a llamarme «mi Señora...»!

—Un vasallo sujeto a juramento no se atrevería a llamar a su Dama de otro modo —replicó él gravemente; pero su mirada era cálida.

—¿No? Entonces te libero de tu voto. ¿O acaso debo jurar yo también a cambio? Porque iremos a Gelborsedig como iguales, tú y yo, o no iremos.

La sonrisa que iluminó la cara de Baldyron borró su cansancio y le quitó años de encima.

—Como iguales. Bueno, ya lo hemos hecho antes, ¿no? Ahora eso queda establecido, Elfrid mía. Aunque —una súbita duda le hizo arrugar la frente— no

querría obligarte a aceptar mi compañía.

—¿Ah, no? —De pronto la alegría la invadió, la risa burbujeó en ella—. Muy bien, entonces. Quizá sea mejor que admita que me sentiré muy complacida si me acompañas.

Se miraron a los ojos.

—¿Muy complacida? —preguntó Baldyron extendiendo las manos.

—Muy complacida. —Elfrid enlazó sus dedos con los del hombre. Los brazos de Baldyron la estrecharon muy fuerte, y sus labios se posaron en su frente.

Elfrid tomó las riendas de su caballo y Baldyron corrió a buscar el suyo, que se había alejado. La luz de la luna les alcanzó cuando cruzaron el claro, muy juntos, antes de perderse en el silencio y la sombra del bosque.



RU EMERSON. Nació en el estado de Montana (USA) y estudió en la Universidad de Montana, en Missoula. Ha trabajado como redactora publicitaria y secretaria y ha vivido en Salem (Oregón) y en el sur de California antes de fijar su residencia en Dallas en 1983, donde trabaja en la administración y ha iniciado su carrera de escritora.

*La princesa de las llamas* (1986) fue su primera novela y ha obtenido un inesperado éxito de ventas tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña. Su obra más reciente es una trilogía de fantasía con el título genérico *The Tales of Nedao*, que se compone de *The first tale of Nedao: To the haunted mountains* (1987), *The second tale of Nedao: In the caves of exile* (1988) y *The third tale of Nedao: On the seas of destiny* (1989).